

**BENJAMIN
BLACK**

PECADO



Lectulandia

Una de las primeras cosas que el joven inspector Strafford detecta al empezar a investigar la muerte del reverendo Lawless es el carácter novelesco, como de obra de Agatha Christie, del escenario y los personajes que tiene ante él: el cadáver hallado en la biblioteca de la mansión de los Osborne, el coronel proverbialmente envarado, su lánguida y evanescente esposa, la hija en rebeldía... Casi parece una puesta en escena. Pero el cadáver del sacerdote es real, y su brutal castración, también. La espesa nieve invernal que ha cubierto el paisaje irlandés de Wexford no puede ocultarlo todo. Y el comisario Hackett, viejo conocido de los lectores de la serie de Quirke, da el primer aviso: Strafford, a medida que indague más y más, descubrirá que hay poderes que quieren mantener en secreto lo ocurrido.

Benjamin Black se sumerge de nuevo en la Irlanda de los años cincuenta e inicia una nueva serie, con su inimitable estilo y su don para crear ambientes y personajes fascinantes. Y con un nuevo protagonista: Strafford es desgarrado, protestante, abstemio... «Era solo cuestión de tiempo antes de que le dijese que no parecía policía, pero lo que querían decir era que no parecía un policía irlandés».

Lectulandia

Benjamin Black

Pecado

Inspector Strafford - 1

ePub r1.0

Titivillus 04.04.2018

Título original: *Snow*
Benjamin Black, 2017
Traducción: Miguel Temprano García
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INVIERNO, 1957

Soy un cura, por el amor de Dios, ¿cómo me puede estar pasando esto a mí?

Había reparado en el casquillo vacío y sin bombilla, pero no le había dado importancia. No obstante, cuando llegó a mitad del pasillo, donde la oscuridad era mayor, algo le agarró del hombro izquierdo, una especie de animal, le pareció, o un pájaro grande y robusto, que le clavó las garras en la parte derecha del cuello justo por encima del borde del alzacuellos de celuloide. Solo sintió el golpe rápido y lacerante, luego el brazo se le entumeció hasta la punta de los dedos.

Con un gruñido, se apartó de su atacante. Notó un regusto a bilis mezclada con whisky, y algo metálico y áspero que era el sabor del terror mismo. Una calidez pegajosa descendió por su costado derecho y por un instante dudó de si el animal no le habría vomitado encima. Avanzó tambaleándose y llegó al rellano, donde brillaba una única bombilla. Se tocó la pechera de la camisa y se puso las manos delante de la cara; a la luz de la bombilla, la sangre que había en ellas parecía casi negra.

El brazo seguía entumecido. Trastabilló hasta las escaleras. La cabeza le daba vueltas y temió rodar por ellas, pero se aferró al pasamanos con la mano izquierda y consiguió bajar la amplia curva hasta el vestíbulo. Una vez allí se detuvo, mareado y jadeante, como un toro herido. No oía nada, solo un retumbar lento y sordo en las sienes.

Una puerta. La abrió, buscando con desesperación dónde refugiarse. La punta del pie se le enganchó en el borde de la alfombra y cayó de bruces, desmadejado y sin fuerzas, y al caer se golpeó la frente contra el parqué.

Yació inmóvil en la penumbra. La madera, que olía a cera y polvo viejo, le rozó suave y fría la mejilla.

El abanico de luz del suelo a sus pies se plegó de pronto cuando alguien entró y empujó la puerta para cerrarla. Un animal, el mismo u otro, se inclinó sobre él, respirando. Unas uñas o garras, no supo decir qué, rebuscaron en su regazo. También ahí estaba pegajoso, pero no por la sangre. Vio el brillo de la cuchilla, notó cómo cortaba, fría y profundamente, su carne.

Habría gritado, pero le fallaron los pulmones. No le quedaban fuerzas, ya no. A medida que desfallecía, también fue disminuyendo el dolor, hasta que no quedó más que un frío cada vez más gélido. Confiteor Deo... Rodó de espaldas, soltó un suspiro como un estertor, y una burbuja de sangre se hinchó entre los labios separados, se

hincho y se hinchó, y estalló con un leve sonido que sonó cómico en el silencio, aunque a esas alturas ya no pudo oírlo.

Lo último que vio, o le pareció ver, fue un leve parpadeo de luz que amarilleó un instante la oscuridad.

—El cadáver está en la biblioteca —dijo el coronel Osborne—. Venga por aquí.

El inspector Strafford estaba acostumbrado a las casas frías. Había pasado sus primeros años en una mansión grande y sobria muy parecida a esa, luego lo habían enviado al colegio en un lugar que era aún más grande, gris y frío. A menudo se maravillaba de los extremos de pobreza e incomodidad que se daba por descontado que soportarían los niños sin la más mínima queja o protesta. Ahora, mientras seguía a Osborne por el amplio vestíbulo —losas pulidas por el tiempo, una cornamenta en una placa, retratos borrosos de los antepasados de Osborne en las paredes a ambos lados—, le pareció que el aire era incluso más frío allí que fuera. En una cavernosa chimenea de piedra, tres trozos de turba húmeda colocados en forma de trípode ardían hoscos, sin emitir ningún calor detectable.

Había estado nevando sin cesar durante dos días y esa mañana todo pareció detenerse con silencioso pasmo ante el espectáculo de semejantes extensiones de blancura ininterrumpida por todas partes. La gente decía que era inaudito, que nunca había visto un tiempo así, que era el peor invierno que se recordaba; pero decía eso mismo todos los años cuando nevaba y también los años en que no nevaba.

La biblioteca daba la impresión de ser un sitio donde no hubiese entrado nadie desde hacía mucho tiempo, y ese día era como si estuviesen abusando de su paciencia, como si estuviera indignada de que violasen su soledad de forma tan brusca y repentina. Las vitrinas con la puerta de cristal de las paredes miraban hacia delante con frialdad y, detrás del vidrio empañado, los libros aguardaban hombro con hombro con una actitud de resentimiento mudo. Las ventanas con parteluces estaban encajadas en gruesos alféizares de granito, y la luz reflejada por la nieve, irreal, cruda y blanca, brillaba a través de los numerosos cristales emplomados. Strafford ya había echado un vistazo escéptico a la arquitectura de la casa; falso estilo Artes y Oficios, había pensado enseguida con desprecio. No es que fuese un esnob, o no exactamente, lo único que pasaba era que le gustaba que se dejasen las cosas como estaban y no que se las disfrazase de lo que nunca podrían ser.

Pero ¿y él? ¿Era enteramente auténtico? No le había pasado desapercibida la

mirada de sorpresa con la que el coronel Osborne, al abrir la puerta principal, le había observado de pies a cabeza. Era solo cuestión de tiempo que le dijiesen, el coronel Osborne o alguna otra persona de la casa, que no parecía un policía. Estaba acostumbrado. La mayor parte de la gente lo decía a modo de cumplido, y él intentaba tomárselo como tal, aunque siempre se sentía como un estafador a quien le hubiesen descubierto el truco.

Lo que querían decir era que no parecía un policía irlandés.

El inspector Strafford, de nombre St. John —se pronuncia «Sinyún», explicaba fatigado—, tenía treinta y cinco años y parecía diez años más joven. Era alto y delgado —la palabra era desgarbado—, de rostro estrecho y afilado, ojos que bajo cierta luz eran verdes y pelo de ningún color en particular, con un mechón que tenía tendencia a caerle sobre la frente como un ala lacia y brillante, y que él se apartaba con un gesto rígido característico en el que utilizaba los cuatro dedos de la mano izquierda. Llevaba un terno gris que, como toda su ropa, parecía ser una talla o dos más grande de la cuenta, una corbata de lana con el nudo muy apretado, un reloj de bolsillo con una cadenilla —había sido de su abuelo— y una gabardina gris con una bufanda de lana gris; se había quitado el sombrero de fieltro negro blando y ahora lo sujetaba a un lado por el ala. Tenía los zapatos empapados por la nieve fundida —no pareció reparar en los charcos que se estaban formando a sus pies en la alfombra— y también tenía los bajos de los pantalones mojados.

No había tanta sangre como debería, en vista de las heridas infligidas. Cuando miró más de cerca, reparó en que alguien había fregado la mayor parte. También habían manipulado el cadáver del cura. Yacía de espaldas, con las manos juntas sobre el pecho y con los pies, calzados con unos zapatos de clérigo grandes y brillantes, alineados con pulcritud. Solo le faltaba un rosario alrededor de los nudillos.

No digas nada de momento, se dijo Strafford; ya habrá tiempo de hacer preguntas incómodas después.

En el suelo, al lado de la cabeza del cura, había un alto candelabro de latón; la vela se había consumido y el sebo se había derramado por los lados; extrañamente, parecía una cascada helada de champán.

—Qué cosa tan rara, ¿verdad? —dijo el coronel tocándolo con la puntera del zapato—. Le aseguro que me dio escalofríos. Como si hubiesen celebrado una misa negra o algo así.

—Hum.

Strafford nunca había oído hablar del asesinato de un cura, no en este país, o al menos no desde los días de la Guerra Civil, que había terminado cuando él daba sus primeros pasos. Cuando se conocieran los detalles, si es que llegaban a saberse, sería un escándalo enorme; no quería pensar en eso, aún no.

—¿Dice que se llamaba Lawless?

El coronel Osborne frunció el ceño al mirar al muerto y asintió con la cabeza.

—El padre Tom Lawless, sí... o el padre Tom, que es como lo llamaba todo el

mundo. —Alzó la vista para mirar al inspector—. Gozaba de mucha simpatía entre la gente de aquí. Todo un personaje.

—¿Amigo de la familia?

—Sí. Viene a menudo, supongo que ahora debería decir «venía», desde su casa en Scallanstown. Guarda su caballo en nuestros establos... Soy el montero mayor de Keelmore, el padre Tom nunca se perdía una salida. Se suponía que ayer íbamos a cazar, pero nevó. Vino de todas formas, se quedó a cenar y le ofrecimos una cama para pasar la noche. No podría haberle dejado marchar con ese tiempo. —Sus ojos volvieron a mirar el cadáver—. Aunque, al verlo ahora y lo que le ha pasado al pobre hombre, lamento no haberlo enviado a su casa, con nieve o sin ella. No se me ocurre quién puede haber hecho algo tan espantoso. —Tosió un poco y apuntó avergonzado con el dedo en dirección a la entepierna del muerto—. Le he abrochado los pantalones como mejor he podido, por decoro. —Adiós a la integridad de la escena del crimen, pensó Strafford con un suspiro silencioso—. Cuando lo examine verá que... en fin, que han castrado al pobre hombre. Qué salvajes.

—¿Cree que han sido varias personas? —preguntó Strafford arqueando las cejas.

—Varias. Una. No lo sé. Esto se veía mucho en los viejos tiempos, cuando luchaban por su supuesta libertad y el campo estaba abarrotado de asesinos energúmenos de todo tipo. Todavía deben de quedar unos cuantos, si es que eso sirve de algo.

—Entonces ¿cree que el asesino, o los asesinos, vinieron de fuera?

—Por Dios, hombre, no creerá que alguien de la casa haría una cosa así, ¿no?

—¿Un ladrón? ¿Algún indicio de allanamiento..., una ventana rota, una cerradura forzada?

—No sé, no lo he mirado. ¿No es ese su trabajo, buscar pistas y demás?

El coronel Osborne parecía rondar los cincuenta, era delgado y correoso, tenía un bigote como un cepillo de uñas y unos ojos azul hielo de mirada penetrante. Era de talla mediana, habría sido más alto de no haber sido tan patizambo —el resultado, tal vez, pensó sardónicamente Strafford, de tanto salir de caza— y tenía unos andares extraños, entre inseguros y tambaleantes, como un orangután con un problema en las rodillas. Llevaba zapatos gruesos de cuero muy bien cepillados, pantalones de montar de sarga con la raya muy marcada, una chaqueta de caza de *tweed*, camisa de cuadros y una pajarita de topes de color azul pálido. Olía a jabón, a humo de tabaco y a caballos. Empezaba a clarearle la coronilla y tenía unos mechones de pelo rubio muy engominados y peinados hacia atrás que se juntaban en la base del cráneo formando una especie de rizos puntiagudos, como la punta de la cola de un pájaro exótico.

Había combatido en la guerra como oficial de los Dragones de Inniskilling, había hecho algo notable en Dunkerque y le dieron una medalla.

Todo un tipo el coronel Osborne, un tipo que Strafford conocía muy bien.

Era raro, pensó, que alguien se tomara la molestia de vestirse y acicalarse tan minuciosamente, cuando el cadáver de un cura castrado y apuñalado yacía en el suelo

de su biblioteca. Pero, claro, había que guardar las formas, fuesen cuales fueran las circunstancias —durante el sitio de Jartum habían seguido tomando el té todos los días, a menudo al aire libre—, ese era el código de la clase a la que pertenecía el coronel, que era también la clase de Strafford.

—¿Quién lo encontró?

—Mi mujer.

—Entiendo. ¿Dijo si estaba así, tumbado de esta forma, con las manos juntas?

—No; de hecho, lo adecenté un poco.

—Entiendo.

Demonios, pensó, ¡demonios!

—Pero no le junté las manos... eso debió de ser la señora Duffy. —Se encogió de hombros—. Ya sabe cómo son —añadió despacio con una mirada elocuente.

Strafford sabía que con eso se refería a los católicos, claro.

Luego el coronel sacó una pitillera de plata del bolsillo interior de la chaqueta, apretó el cierre con el pulgar, abrió la pitillera en la palma de la mano y mostró dos pulcras hileras de cigarrillos, cada una de ellas sujeta con una goma elástica. Strafford reparó automáticamente en que la marca era Senior Service.

—¿Le apetece fumar?

—No, gracias —respondió Strafford. Siguió contemplando el cadáver. El padre Tom había sido un hombretón de hombros robustos y pecho ancho; unos mechones de pelo lanoso le asomaban de las orejas... Los curas, al no estar casados, tendían a descuidar esas cosas, pensó Strafford. Lo que le recordó—: ¿Y dónde está ella ahora? —preguntó—. Su mujer.

—¿Eh? —Osborne le miró por un segundo, con dos colmillos de humo de cigarrillo saliéndole de la nariz—. Ah, sí. Está arriba, descansando. Le he dado un poco de *brandy* y de oporto. Ya imaginará en qué estado se encuentra.

—Por supuesto.

Strafford se dio unos golpecitos con el sombrero en el muslo izquierdo y miró distraído. Todo tenía un aspecto irreal: la enorme sala cuadrada, las estanterías nobles, la elegante aunque descolorida alfombra turca, la disposición de los muebles y el cadáver, tendido con tanta pulcritud, con los ojos abiertos y velados, mirando vagamente hacia arriba, como si su propietario no estuviese muerto, sino sumido en una especulación desconcertante.

Y luego estaba el hombre que había al otro lado del cadáver con los pantalones recién planchados, la camisa de algodón de cuadros y la pajarita anudada de forma experta, con su bigote militar, los ojos fríos y un rayo de luz de la ventana que había a su espalda centelleando en la pendiente de su cráneo tenso y bronceado. Era demasiado teatral, sobre todo con esa luz brillante y artificial que se abría paso desde fuera; parecía la escena final de un melodrama de salón, con el telón a punto de bajar y el público dispuesto a aplaudir.

¿Qué había ocurrido la noche anterior para que este hombre acabase muerto y

mutilado?

—¿Ha venido desde Dublín? —preguntó el coronel Osborne—. Debe de haber sido peligroso. Las carreteras parecen de cristal. —Hizo una pausa, levantó una ceja y bajó la otra—. ¿Ha venido solo?

—Me llamaron por teléfono y me acerqué. Estaba visitando a unos parientes cerca de aquí.

—Ah, ya veo —murmuró el coronel. Luego carraspeó—. ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Stafford?

—Strafford, con erre.

—Lo siento.

—No se preocupe, le pasa a todo el mundo.

El coronel Osborne asintió con la cabeza, frunció el ceño y se quedó pensando.

—Strafford —musitó—. Strafford.

Le dio una larga calada al cigarrillo y cerró el ojo por el humo. Estaba intentando ubicar el nombre. El inspector no se ofreció a ayudarlo.

—Pronto llegará más gente —dijo—. Guardias, de uniforme. Un equipo forense. Y un fotógrafo.

El coronel Osborne le miró alarmado.

—¿De prensa?

—¿El fotógrafo? No... uno de los nuestros. Para hacer un registro fotográfico de la... de la escena del crimen. Apenas les molestará. Pero es probable que la historia llegue a los periódicos y también a la radio. Es inevitable.

—Sí, supongo que sí —dijo sombrío el coronel Osborne.

—Claro, lo que cuenten no dependerá exactamente de nosotros.

—¿Qué quiere decir?

Strafford se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que sabe tan bien como yo que en este país los periódicos no publican nada que no haya sido..., en fin, censurado.

—¿Censurado? ¿Por quién?

—Por los que mandan. —El inspector hizo un gesto hacia el cadáver que había a sus pies—. Han asesinado a un sacerdote.

El coronel Osborne asintió con la cabeza y movió la mandíbula a los lados como si mascase.

—Por mí pueden censurar todo lo que quieran. Cuanto menos salga a la luz, tanto mejor.

—Sí. Podría tener suerte.

—¿Suerte?

—Podría no salir nada a la luz. Me refiero a que las circunstancias podrían..., digamos, encubrirse. No sería la primera vez.

El coronel no reparó en la ironía de esa última observación: el encubrimiento en caso de escándalo no solo no era raro sino más bien la norma. Volvió a contemplar el

cadáver.

—Aun así, es un mal asunto. Dios sabe lo que dirán los vecinos.

Una vez más, miró de soslayo al detective con una mirada intrigada.

—Strafford —dijo—. Es raro, pensaba que conocía a todas las familias de por aquí.

Se refería, claro, a todas las familias protestantes, y Strafford lo sabía. Los protestantes eran más o menos el cinco por ciento de la población de la todavía joven República, y, de ese número, solo una pequeña fracción —los «protestantes de a caballo», como los llamaban con desprecio los católicos irlandeses— se las arreglaban aún para aferrarse a sus fincas y vivir más o menos como habían vivido antes de la independencia. Por eso no era ninguna sorpresa que pretendieran conocerse o al menos tener noticia unos de otros, mediante una intrincada red de parientes, familia política, vecinos y una cohorte de antiguos enemigos.

En el caso de Strafford, no obstante, era evidente que el coronel Osborne no tenía respuesta. Divertido, el inspector decidió ceder... ¿qué más daba?

—Roslea —dijo, como si fuese una contraseña, que, cuando se paró a pensarlo, es lo que era—. Cerca de Bunclody, esa parte del condado.

—¡Ah, sí! —dijo ceñudo el coronel—. ¿Roslea House? Creo que estuve una vez, en una boda o algo por el estilo. ¿Es su...?

—Sí. Mi familia todavía vive allí. Bueno, mi padre. Mi madre murió joven y solo tuvieron un niño.

«Solo un niño»; siempre le sonaba raro a sus oídos de adulto.

—Sí, sí —farfulló asintiendo el coronel, que no le había prestado mucha atención—. Sí, claro.

Strafford notó que no estaba muy impresionado: no había ningún Osborne cerca de la parroquia de Roslea, y el coronel no estaba muy interesado en ningún sitio donde no hubiese ningún Osborne. Strafford imaginó a su padre riéndose; a su padre le divertían las pretensiones de sus correligionarios y los complicados rituales de clase y privilegios, o de privilegios imaginarios, con que vivían, o intentaban vivir, en esos tiempos difíciles.

Al pensarlo, Strafford volvió a dejarse llevar por el asombro: ¿qué podía haber sucedido para que un cura católico, «un amigo de la familia», estuviese tendido muerto en su propia sangre, en Ballyglass House, la casa solariega de los Osborne, de la antigua baronía de Scarawalsh, en el condado de Wexford? No era raro que quisiera saber qué dirían los vecinos.

A lo lejos oyeron llamar a la puerta principal.

—Debe de ser Jenkins —dijo Strafford—. El oficial Jenkins, mi ayudante. Me avisaron de que estaba de camino.

Lo primero en lo que reparaba todo el mundo al ver al oficial Jenkins era en lo achatada que tenía la cabeza. Era como si le hubiesen rebanado la coronilla, como el extremo de un huevo cocido. ¿Cómo, por pequeño que sea, puede haber un cerebro en un espacio tan reducido?, pensaba la gente. Intentaba disimular la deformidad untándose el pelo con Brylcreme y peinándose con una especie de tupé, pero no engañaba a nadie. Se decía que a la partera se le había caído de cabeza cuando nació, pero la historia parecía un tanto inverosímil. Extrañamente, nunca llevaba sombrero, tal vez pensaba que un sombrero le aplastaría el pelo ahuecado con tanto cuidado y echaría a perder el intento de camuflaje.

Era joven, todavía en la veintena, serio y entregado; también era inteligente, aunque no tanto como él creía, tal como había tenido ocasión de pensar a menudo Strafford con cierta comprensión. Cuando alguien decía algo que no entendía, se quedaba callado y atento, igual que un zorro al olfatear la presa. No era popular en el Cuerpo, lo cual era razón suficiente para que a Strafford le fuese simpático. Los dos eran marginados, algo que no preocupaba a Strafford, o al menos no mucho, aunque Jenkins odiaba que lo dejaran de lado.

Cuando la gente le decía en broma, como si por alguna razón eso les divirtiera, que lo que necesitaba era echarse novia, fruncía el ceño y se le ruborizaba la frente. Que se llamase Ambrose no era ninguna ayuda, y menos cuando todo el mundo, excepto él mismo, lo llamaba Ambie: Strafford reconocía pesaroso que era difícil parecer un hombre serio cuando tenías el cráneo achatado como un plato vuelto del revés y te llamabas Ambie Jenkins.

Por pura coincidencia, Jenkins llegó a la vez que el equipo forense, que subió detrás de él los escalones de la entrada, dejando tras ellos penachos de humo de cigarrillo.

Eran Hendricks, el fotógrafo, un hombre fornido con gafas de concha, espesas cejas negras y un caso grave de acné heredado de la adolescencia; Willoughby, el experto en huellas dactilares —al menos se suponía que era un experto— cuya piel color de masilla y manos temblorosas eran las marcas evidentes de un bebedor

secreto; y su jefe, el fumador compulsivo Harry Hall —a quien siempre llamaban por el nombre y el apellido, como si fuesen uno solo, por lo que sonaba como un apellido con guion: HarryHall—, que, con sus enormes hombros encorvados, el cuello grueso y los colmillos prominentes y amarillos, a Strafford le recordaba siempre a un elefante marino.

Strafford había trabajado antes con los tres; en privado los conocía como Lew, Curly y Mo. Se quedaron sobre las losas del vestíbulo sacudiéndose la nieve de las botas y echándose el aliento en las manos. Harry Hall, con la colilla de un cigarrillo pegada al labio inferior y dos centímetros de curva ceniza en la punta, contempló la cornamenta y los retratos ennegrecidos de las paredes y soltó una de sus risas de fumador.

—Dios, ¿habéis visto esto? —resolló—. Solo falta que se presente Poirot en la escena. —Lo pronunció «Puarrot».

También habían llegado un par de guardias de uniforme en un coche patrulla, uno alto y el otro bajito, ambos boquiabiertos, recién salidos de la academia de la Garda en Templemore e intentando ocultar su falta de experiencia y su torpeza con su actitud desafiante y mirando con fijeza y la mandíbula adelantada. En realidad, no tenían nada que hacer, así que Jenkins les pidió que esperasen en el vestíbulo a ambos lados de la puerta principal y no dejasen entrar ni salir a nadie sin la autorización correspondiente.

—¿Cuál es la autorización correspon...? —quiso preguntar el más alto de los dos, pero Jenkins le dedicó una mirada vacía y no dijo más.

Aunque, cuando Strafford hizo pasar a Jenkins y a los forenses a la biblioteca, el guardia alto observó al otro y murmuró:

—La autorización correspondiente... ¿a qué se refiere si se trata de una casa particular? —Y los dos se rieron con la risa cínica que estaban intentando aprender de los veteranos del Cuerpo.

El coronel Osborne seguía de pie al lado del cadáver, tieso como una vela, rígido y expectante. También allí Harry Hall miró feliz y asombrado a su alrededor, y contempló los estantes, la chimenea de mármol y los muebles medievales falsos.

—Es una biblioteca —le susurró incrédulo a Hendricks—. Una puta biblioteca de verdad, ¡y con cadáver y todo!

Los forenses nunca dedicaban su primera atención al cadáver, era una parte no oficial de su código profesional. No obstante, Hendricks se había puesto manos a la obra, las bombillas del *flash* de su Graflex se encendían, silbaban y dejaban a todos los presentes ciegos uno o dos segundos después de apagarse.

—Venga a tomar un poco de té —dijo el coronel Osborne.

La invitación estaba dirigida solo a Strafford, pero el oficial Jenkins no se percató o le trajo sin cuidado —Jenkins tenía una vena engreída— y siguió a los dos hombres cuando salieron de la sala. En la cocina, Osborne le miró con severidad, pero no dijo nada. Jenkins se alisó el pelo de la nuca; no iba a dejarse avasallar por un irlandés

anglófilo con zapatos de cuero y pajarita.

—¿Se las arreglarán ahí dentro? —le preguntó el coronel Osborne a Strafford, haciendo un gesto hacia la biblioteca.

—Serán muy cuidadosos —respondió cortante Strafford—. Normalmente, no rompen nada.

—¡Ah!, no me refería..., es decir, solo quería saber si... —Frunció el ceño. Estaba rellenando el hervidor de agua en el fregadero. Al otro lado de la ventana las ramas negras y desnudas de los árboles estaban cargadas con tiras de nieve que brillaba como azúcar granulada—. Parece una pesadilla.

—Casi siempre es igual. La violencia siempre parece fuera de lugar, lo que no es de extrañar.

—¿Ha visto usted muchos? Asesinatos y cosas así.

Strafford esbozó una leve sonrisa.

—No hay «cosas así»..., el asesinato es único.

—Sí, entiendo lo que quiere decir —respondió Osborne, aunque era evidente que no lo entendía del todo.

Dejó el hervidor sobre el fogón; tuvo que buscar las cerillas, las encontró por fin. Abrió los armarios y se quedó mirándolas con impotencia. Estaba claro que no había pasado mucho tiempo en la cocina en los últimos años. Sacó tres tazas de un estante; dos tenían grietas en los lados, como finos pelillos negros. Las dejó sobre la mesa.

—¿A qué hora encontraron el cadáver...? —empezó Jenkins, pero se interrumpió al ver que los dos hombres miraban detrás de él. Se volvió.

Una mujer había entrado sin hacer el menor ruido.

Se quedó al lado de una puerta baja que conducía a otra parte de la casa, con una mano tensa sobre la otra a la altura de la cintura. Era alta —tenía que encorvarse un poco para pasar por la puerta— y muy delgada, su piel era pálida y sonrosada, como la leche desnatada cuando se mezcla con una gota de sangre. Tenía el rostro alargado, igual que una Virgen de un pintor clásico poco conocido, ojos negros y la nariz fina con un bultito en la punta. Llevaba una rebeca beis y una falda gris que le llegaba hasta la pantorrilla y que le hacía arrugas en la cadera, apenas más ancha que la de un muchacho.

No era guapa, le faltaba carne para eso, pensó Strafford, pero de todos modos algo en su apariencia frágil y melancólica hizo sonar una campana en su interior con un silencioso y pequeño «¡tin!».

—¡Ah!, estás ahí, cariño —dijo el coronel Osborne—. Pensaba que estabas durmiendo.

—He oído voces —respondió la mujer, mirando a Strafford, a Jenkins y otra vez a Strafford con ojos inexpresivos.

—Es mi mujer —explicó Osborne—. Sylvia, este es el inspector Strafford, ¿y...?

—Jenkins —replicó Jenkins, subrayando la palabra con un gesto de desaprobación; no entendía por qué la gente no recordaba nunca su nombre..., al fin

y al cabo no se llamaba Jones, ni Smith—. Oficial Jenkins.

Sylvia Osborne no les saludó, se limitó a adelantarse desde la puerta mientras se frotaba las manos. Daba la impresión de tener frío, era como si no hubiese entrado en calor en toda su vida. Strafford tenía el ceño fruncido; al principio había pensado que debía de ser la hija de Osborne, o tal vez una sobrina, pero desde luego no su mujer. De hecho, le había dado la impresión de que era como mínimo veinte años, e incluso veinticinco, más joven que su marido. En cuyo caso, pensó, tenía que ser su segunda esposa, puesto que tenía hijos crecidos; le habría gustado saber qué había sido de la primera señora Osborne.

El hervidor de agua soltó un pitido estridente.

—Me he cruzado con alguien en las escaleras —dijo la señora Osborne—, un hombre. ¿Quién es?

—Probablemente, uno de los míos —respondió Strafford.

Ella le miró con gesto inexpresivo, luego se volvió de nuevo hacia su marido. Le observó mientras vertía el agua hirviendo en una gran tetera de porcelana.

—¿Dónde está Sadie? —preguntó.

—La he enviado a casa de su hermana —respondió con brusquedad Osborne. Luego miró a Strafford—. El ama de llaves. La señora Duffy.

—¿Por qué? —quiso saber sorprendida su mujer, arrugando la pálida frente. Todos sus movimientos eran lentos y cuidadosamente calculados, como si estuviese vadeando en el agua.

—Ya sabes lo cotilla que es —observó Osborne, desviando la mirada, y luego murmuró para sus adentros—, aunque su hermana tampoco es que sea muy discreta.

La señora Osborne miró a un lado y se llevó una mano a la mejilla.

—No lo entiendo —dijo con voz vacilante—. ¿Cómo pudo entrar en la biblioteca si rodó por las escaleras?

Una vez más, Osborne contempló a Strafford, con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Imagino que eso es lo que está intentando averiguar el hombre del inspector Strafford —le dijo a la mujer en voz alta, aunque luego suavizó el tono—. ¿Quieres un poco de té, cariño? —Ella negó con la cabeza y, con la misma expresión de perplejidad, dio media vuelta y salió por la puerta por la que había entrado, sin apartar las manos de la cintura y con los codos apretados contra los costados, como si corriese peligro de derrumbarse y necesitara sujetarse—. Cree que ha sido un accidente —les aclaró en voz baja Osborne cuando se marchó—. No me ha parecido oportuno contárselo... ya se enterará.

Repartió las tazas de té y se quedó la que no estaba desportillada.

—¿Sabe si alguien oyó algo por la noche? —preguntó Jenkins.

El coronel Osborne le miró con cierto desagrado, como sorprendido de que alguien de rango inferior se creyera con el derecho de hablar sin pedir permiso a su superior.

—Desde luego yo no oí nada —dijo lacónico—. Supongo que es posible que Dominic sí lo oyese. Me refiero a mi hijo Dominic.

—¿Y qué hay de los demás? —insistió Jenkins.

—Nadie ha oído nada, que yo sepa —replicó muy envarado el coronel, mirando su taza.

—¿Y dónde está ahora su hijo? —preguntó Strafford.

—Se ha llevado al perro a dar un paseo —dijo Osborne. Su expresión daba a entender que incluso a él le parecía como mínimo incongruente: aquí un muerto y allí un perro al que hay que sacar a pasear.

—¿Cuánta gente había anoche en la casa? —preguntó Strafford.

Osborne desvió la mirada hacia arriba y movió los labios mientras contaba en silencio.

—Cinco —dijo—, contando al padre Tom. Además del ama de llaves, claro. Tiene una habitación —hizo un gesto en dirección al suelo—, en el piso de abajo.

—Entonces usted, su mujer, su hijo y el padre Lawless.

—Eso es.

—Así me salen cuatro; ¿no ha dicho que eran cinco, sin contar al ama de llaves?

—Y mi hija, ¿no se lo he dicho? Lettie. —Algo cruzó vagamente por su semblante, como la sombra de una nube que rozara una colina un día ventoso—. Dudo que oyera nada. Duerme muy profundamente. De hecho, no parece hacer otra cosa. Tiene diecisiete años —añadió, como si esto explicase no solo la afición a dormir de su hija, sino también muchas otras cosas.

—¿Dónde está ahora?

El coronel Osborne dio un pequeño sorbo de la taza y torció el gesto, Strafford no supo si por el sabor del té —era tan fuerte que casi era negro— o al pensar en su hija. Aunque decidió meditarlo después. Una de sus reglas era que en un caso de asesinato no había nada en lo que no valiese la pena fijarse. Puso las dos manos sobre la mesa y se levantó.

—Quisiera ver la habitación donde durmió anoche el padre Lawless —dijo.

Jenkins también se había puesto en pie. El coronel Osborne siguió sentado mirándoles, abandonó un instante su actitud enérgica y escéptica y, por primera vez, pareció inseguro, vulnerable y asustado.

—Es como una pesadilla —repitió. Miró casi implorante a los dos hombres que tenía delante—. Supongo que se pasará. Que pronto parecerá más que real.

El coronel Osborne había hecho pasar a los policías de la cocina al pasillo, y se hallaban al pie de la escalera —Strafford admiró para sus adentros la elegante curva del pasamanos—, cuando, en ese instante, Harry Hall salió de la biblioteca arrastrando los pies y encendió un cigarrillo cubriéndose con la mano.

—¿Tiene un momento? —le preguntó a Strafford.

El inspector miró la corpulenta figura que tenía delante e intentó no mostrar su antipatía. No era que tuviese mucha importancia: hacía mucho que los dos habían dejado claro su mutuo desagrado, aunque habían llegado al acuerdo tácito de no dejar que eso interfiriese con su trabajo: a ninguno de los dos le importaba tanto el otro como para pelearse.

El coronel Osborne y el oficial Jenkins se habían detenido en los primeros escalones y se habían dado la vuelta, esperando.

La tensión entre Strafford y el forense era palpable, el coronel Osborne frunció el ceño y miró a Harry Hall, a Strafford y a Jenkins con interés inquisitivo.

Era curioso —estaba pensando Strafford— cómo, en la escena de un crimen violento, las peleas y las disputas estallaban de forma exagerada y extrema, igual que, cuando se quema un bosque, se producen pequeños incendios en otros sitios cercanos que todavía no parecen amenazados por las llamas.

—Claro —dijo Strafford, mientras se volvía hacia los dos hombres que le esperaban en la escalera—. Jenkins, suba con el coronel Osborne y vaya echándole un vistazo al dormitorio. Subo en un minuto.

Harry Hall volvió a la biblioteca. Hendricks estaba colocando otro rollo de película en la cámara, mientras Willoughby, que se había puesto un par de guantes de goma, se arrodillaba al lado de la puerta e, indiferente, aplicaba unos polvos en el picaporte con una brocha suave de marta cibelina. Harry Hall dio una calada al cigarrillo con gesto preocupado.

—Es raro —dijo en voz baja.

—¿Usted cree? Empezaba a pensar algo por el estilo —respondió Strafford. Harry Hall se limitó a encogerse de hombros. A Strafford siempre le sorprendía que

su ironía pasara desapercibida tan a menudo.

—Lo apuñalaron arriba y, de algún modo, se las arregló para llegar aquí —dijo Harry Hall—. Supongo que intentando huir de quien le había apuñalado. Mi suposición es que entró y se cayó, había perdido ya litros de sangre, y que yacía en el suelo cuando le cortaron el aparejo: los cojones, la polla, todo el tinglado. Que, dicho sea de paso, no hemos encontrado. Alguien debe de habérselos quedado de recuerdo. Un corte limpio, a propósito, con un cuchillo afilado como una cuchilla de afeitar, un trabajo de profesional.

Dio otra calada al cigarrillo. Al aspirar hizo un sonido sibilante y se volvió para mirar el cadáver del suelo. Trafford se preguntó distraído cómo alguien, cualquiera, podía haber realizado un número suficiente de castraciones para ganarse el título de profesional.

—Como puede ver —prosiguió Harry Hall—, alguien lo adecentó. Fregaron la sangre del suelo, pero después de que estuviera seca. Menudo trabajito.

—¿Y cuándo debieron de hacer el trabajito?

El hombretón se encogió de hombros; estaba aburrido, no solo con este caso, sino con su trabajo en general; le faltaban siete años para jubilarse.

—A primera hora de esta mañana, lo más probable —dijo—, teniendo en cuenta que la sangre estaba seca. También limpiaron la alfombra de la escalera; todavía se ven las manchas.

Se quedaron un momento en silencio contemplando el cadáver. Hendricks estaba sentado en el brazo de un sillón de respaldo alto con la cámara en el regazo: su misión allí había concluido y estaba descansando un poco antes de subir a hacer más fotografías. De los tres, Hendricks daba la impresión de ser el más despierto, cuando en realidad era el más perezoso de todos.

Willoughby seguía arrodillado al lado de la puerta, todavía aplicando los polvos. Al igual que los otros dos, sabía que la escena del crimen había sido totalmente alterada, y que su trabajo casi seguro sería una pérdida de tiempo; aunque no parecía importarle mucho.

—El ama de llaves —dijo Trafford apartándose el mechón de pelo de los ojos con cuatro dedos rígidos—, ella fue quien hizo la limpieza, o al menos lo intentó.

Harry Hall asintió con la cabeza.

—Siguiendo órdenes del coronel Siniestro, supongo.

—¿Se refiere al coronel Osborne? —preguntó Trafford con una sonrisa imperceptible—. Es probable. Tengo entendido que a los viejos soldados no les gusta ver sangre: les trae demasiados recuerdos o algo por el estilo.

Volvieron a guardar silencio, luego Harry Hall dio un paso hacia el inspector y bajó aún más la voz.

—Oiga, Trafford, esto pinta muy mal. ¿Un cura muerto en una casa llena de protestantes? ¿Qué van a decir los periódicos?

—Probablemente, lo mismo que los vecinos —respondió distraído Trafford.

—¿Los vecinos?

—¿Qué? ¡Ah!, al coronel le preocupa que pueda producirse un escándalo.

Harry Hall resopló.

—Diría que la probabilidad es bastante alta, la verdad —dijo con sequedad.

—¡Oh! Yo no estaría tan seguro —murmuró Strafford.

Se quedaron allí, mientras Harry Hall apuraba el cigarrillo y Strafford se acariciaba pensativo la mandíbula enjuta. Luego fue a donde estaba Willoughby.

—¿Qué hay?

Willoughby se incorporó con movimientos dificultosos haciendo muecas.

—Esta espalda mía —jadeó— me está matando. —Tenía gotas de sudor en la frente y en el labio superior; era casi mediodía, y necesitaba una copa cuanto antes—. Hay huellas, claro —dijo—, cuatro o cinco diferentes, una de ellas ensangrentada, que supongo que podemos asegurar que es del reverendo padre. —Sonrió, levantando el labio por un lado en lo que pareció más una mueca—. Debía de ser un tipo fornido, para llegar aquí desde el rellano.

—Puede que lo trajesen.

Willoughby se encogió de hombros; estaba tan aburrido como los otros dos. Los tres estaban aburridos: aburridos, helados y deseando largarse de ese sitio lúgubre, frío y sanguinolento y volver a su acogedor despacho en Pearse Street. Eran dublineses: estar en el campo les daba escalofríos, al menos a Harry Hall y a Hendricks, pues Willoughby ya los tenía.

—¿Y en el candelabro? —quiso saber Strafford.

—¿Qué?

—¿Ha encontrado huellas en él?

—Aún no lo he comprobado. Lo he mirado por encima... parece que lo han limpiado.

Harry Hall se acercó al tiempo que encendía otro cigarrillo. Fumaba Woodbines, no porque fuesen baratos, sino porque eran fuertes. «No hay nada mejor para arrancar las flemas», decía, y tosía con fruición para demostrarlo.

—Bueno —dijo—, ¿cómo vamos a manejarlo?

—¿Manejarlo?

—Ya sabe a qué me refiero. Esto va a traer muchos problemas, más de uno podría quemarse los dedos.

Strafford miró las manchas de nicotina en las manos rollizas de aquel hombretón.

—¿Ha llamado alguien a una ambulancia? —preguntó.

—Hay una del hospital general de Wexford de camino —respondió Harry Hall—. Aunque a saber cuándo llegará con este tiempo.

—No es más que nieve, por Dios —dijo Strafford con un destello de irritación—. ¿Por qué tiene que repetir todo el mundo lo mismo?

Harry Hall y Willoughby cruzaron una mirada; hasta el menor estallido de Strafford se consideraba una prueba de su frialdad aristocrática y de su desprecio por

quienes lo rodeaban; sabía que lo llamaban lord Estirado por un personaje de un tebeo del colegio. Y no le habría importado de no ser porque su reputación de ricachón dificultaba aún más su trabajo.

—En cualquier caso —dijo Harry Hall—, ya hemos terminado.

—Sí —respondió Strafford—. Gracias, sé que no podían hacer mucho dadas las...

—Hemos hecho todo lo posible —le interrumpió Harry Hall entornando los ojos—. Espero que lo refleje en su informe.

Strafford suspiró; estaba harto de esos Tres Chiflados y tenía tantas ganas de perderlos de vista como ellos de marcharse. Harry Hall se alejó y empezó a ayudar a los otros dos a recoger el equipo; los tres tenían una sufrida expresión de agravio. El inspector fue hacia la puerta, se detuvo al llegar y se volvió hacia Harry Hall.

—¿Han advertido al doctor Quirke de que hay un cadáver de camino?

Hacía poco que habían nombrado al doctor Quirke patólogo del Estado.

Harry Hall volvió a mirar a Willoughby y sonrió.

—No está —dijo.

—¡Ah! ¿Adónde ha ido?

—¡De luna de miel! —exclamó Hendricks—. ¡Yuju!

Y disparó el *flash*, para celebrarlo.

En vez de subir a ver el lugar donde habían atacado al cura, Strafford deambuló un rato por las habitaciones de abajo, para orientarse. Siempre hacía lo mismo cuando investigaba un crimen, tenía que fijar en su imaginación la geografía del lugar donde se había cometido; la clave era formarse una imagen de la escena y ubicarse en ella para de ese modo tener un punto de vista. A veces, en situaciones así, se incorporaba a sí mismo a la escena, como una figura de cartón en la maqueta de un escenógrafo, sin moverse y dejando que lo moviesen a él; la idea le gustaba, aunque no sabía muy bien por qué. Jugaba a ser Dios, habría dicho su novia —su antigua novia— con una de sus miradas amargas.

Había dos salones: uno a la izquierda y otro a la derecha de la puerta principal. Pero solo el de la izquierda daba la impresión de estar en uso. Un fuego de leña ardía en la chimenea y había libros y periódicos desperdigados aquí y allá, y tazas, platillos y vasos en una mesa baja, y la bufanda de tela escocesa de alguien estaba colocada sobre el respaldo de un sillón. Qué familiar le resultaba todo: los muebles destartados, el vago desorden y ese leve olor a moho y humedad que desprenden todas las casas antiguas. Había pasado su infancia en habitaciones como esas; las viejas impresiones solían ser duraderas.

Se plantó delante de una de las grandes ventanas que daban a los árboles desnudos, al césped cubierto de nieve y a la curva del camino lleno de baches que conducía a la carretera principal. Había una montaña cubierta de nieve a lo lejos; parecía irreal, nítida y pintoresca, igual que los adornos de un pastel de Navidad. Debía de ser el monte Leinster, pensó; detrás el cielo estaba cargado de nubes plomizas y purpúreas: más nieve en camino.

Strafford se dio unos golpecitos en los incisivos con las uñas de dos dedos, como hacía cuando estaba distraído, o ensimismado, o ambas cosas.

Harry Hall tenía razón, ese era un caso raro, y tenía muchas posibilidades de causarle muchas complicaciones si no iba con sumo cuidado y lo manejaba de la mejor manera.

Aún no sabía con exactitud qué manera era esa ni cuáles eran las complicaciones

que le amenazaban. Pero los curas no morían asesinados, y menos en sitios como Ballyglass House; la Iglesia católica —los que mandan, dicho con otras palabras— se entrometería, y sin duda lo tataría, contaría alguna mentira creíble para el público; la única cuestión era saber cuán profundamente enterraría los hechos.

Sí, era raro. Sabía muy bien que esa era la razón por la que Hackett —el comisario jefe Hackett, su superior en Dublín— le había puesto al frente del caso. «Conoce usted el terreno —le había dicho Hackett por teléfono esa mañana—. Habla usted su idioma, confiarán en usted. Buena suerte».

Pero en este caso iba a necesitar más que suerte, algo en lo que de todos modos no creía: cada cual se labra su propia suerte, o bien otros, por lo general idiotas, la labran por él.

Algo, un instinto primitivo, le dijo que no estaba solo, y que le estaban observando. Con cuidado se volvió y contempló la sala. Entonces la vio, debía de llevar ahí todo el tiempo. En esas casas viejas bastaba con quedarse inmóvil y en silencio para confundirse con el entorno, como un lagarto en una tapia de piedra. Estaba acurrucada bajo una manta marrón en un viejo sofá delante del fuego, con las rodillas apretadas contra el pecho y el pulgar en la boca. Sus grandes ojos parecían enormes, ¿cómo había tardado tanto tiempo en intuir, en un punto central entre sus omoplatos, la fuerza de su escrutinio?

—Hola —dijo—. Disculpe, no la había visto.

Ella se sacó el dedo de la boca.

—Lo sé. Le he estado observando. —Lo único que podía ver eran la cara y las manos, porque todo lo demás estaba oculto por la manta. Tenía la frente ancha y la barbilla puntiaguda, y unos ojos que parecían tan grandes como los de un lémur. Su pelo encrespado rodeaba el rostro con una mata de rizos rebeldes y, a juzgar por su aspecto, no muy limpios—. ¿No le da asco —preguntó mirándose el pulgar— cómo se arruga y palidece la piel al chuparla? Mire —alargó el dedo para que lo viera—, es como si acabaran de sacarme a rastras del mar.

—Usted debe de ser Lettie —dijo.

—¿Y quién es usted? No, déjeme adivinar. Es el policía.

—Sí. El inspector Trafford.

—No tiene usted pinta de... —Se interrumpió al ver su gesto cansado—. Supongo que deben de decirle a menudo que no parece un policía. Y, con ese acento, tampoco habla como tal. ¿Cómo se llama?

—Trafford.

—Me refería al nombre de pila.

—En realidad es St. John. —Era incapaz de decir su nombre sin sentirse cohibido.

La chica se rio.

—¡St. John! Es casi peor que el mío. Me llaman Lettie, pero en realidad me llamo Lettice, lo crea o no. Imagínese llamar a una niña Lettice. Es por mi abuela, pero aun

así...

Sus ojos entornados, entre astutos y divertidos, estaban fijos en él, como si esperase que en cualquier momento fuese a realizar algún truco maravilloso, como, por ejemplo, hacer el pino o levitar; recordó, por su propia juventud, que una cara nueva en la casa siempre parecía augurar un cambio y algo de emoción, o al menos un cambio, pues la emoción es tan rara en una familia así, como la de ella, o la de él antes, que parece una fantasía descabellada.

—¿Le gusta observar a la gente? —preguntó él.

—Sí. Es increíble la de cosas que alguien puede hacer cuando cree que no hay nadie mirando. La gente delgada siempre se hurga la nariz.

—Espero no haberlo hecho.

—Probablemente lo habría hecho, si hubiese pasado más tiempo. —Hizo una pausa—. Es emocionante, ¿verdad? ¡Un cadáver en la biblioteca! ¿Lo ha resuelto ya? ¿Nos va a juntar a todos después de cenar para explicarnos la trama y revelar el nombre del asesino? Yo digo que ha sido el Ratón Blanco.

—¿El...?

—Sylvia, mi madrastra, la reina de los cazadores de cabezas. ¿La ha conocido? Es posible que no se haya percatado, porque es casi transparente.

Apartó la manta a un lado, se levantó del sofá, se puso de puntillas y entrelazó las manos por encima de la cabeza, gruñendo y desperezándose. Era alta para ser una chica, pensó él, delgada y de tez oscura, y un poco patizamba: digna hija de su padre. No era guapa, en ningún sentido convencional de la palabra, y ella lo sabía, pero que lo supiera, lo cual era evidente por su actitud cómica y desgarrada, le daba, paradójicamente, cierto porte enfurruñado. Llevaba pantalones y una chaqueta de hípica de terciopelo negro.

—¿Iba a montar? —preguntó Strafford.

La joven bajó los brazos.

—¿Qué? ¡Ah!, la ropa. No, no me gustan los caballos; son bichos malolientes, que se desbocan, muerden o ambas cosas. Me gusta la ropa, es muy favorecedora y, además, cómoda. Esta era de mi madre, la de verdad, la que murió, aunque tuve que hacerla arreglar. Era muy corpulenta.

—Su padre creía que todavía estaba usted durmiendo.

—¡Ah!, se levanta con las gallinas y piensa que los que no lo hacen son... —Hizo una imitación muy convincente del coronel Osborne— «unos puñeteros holgazanes», ya me entiende. En serio, es un viejo farsante. —Volvió a coger la manta, se la echó sobre los hombros, fue a su lado a la ventana y contempló el paisaje cubierto de nieve—. ¡Dios! —exclamó—. ¡Puñeteras extensiones heladas! Y mire: han talado más árboles del bosque. —Se volvió hacia Strafford—. Sabrá usted, claro está, que somos pobres como ratas. Han vendido la mitad de la madera y cualquier día se caerá el tejado. Es la casa Usher. —Sorprendida, hizo una pausa, y arrugó la nariz—. A saber por qué se supone que las ratas tienen que ser pobres. Además, ¿cómo iban a ser

ricas? —Se estremeció y se arrebujó en la manta—. ¡Estoy helada! —Le echó otra mirada de soslayo—. Pero, claro, las mujeres siempre tienen frío, ¿verdad?, en las extremidades. Para eso están los hombres, para calentarnos.

Una sombra cruzó por delante de la ventana y Strafford se asomó a tiempo de ver pasar a un muchacho enorme con botas de goma y una chaqueta de cuero, que andaba con un torpe paso de la oca en la nieve. Tenía pecas y una espesa mata de pelo enmarañado, de color rojo tan oscuro que casi parecía de bronce. Las mangas de la chaqueta le quedaban cortas y le asomaban las muñecas, que brillaban más blancas que la nieve de alrededor.

—¿Es su hermano? —preguntó Strafford.

La joven soltó una risa chillona.

—¡Esta sí que es buena! —gritó moviendo la cabeza y transformando la risa en un gorgoteo—. Estoy deseando contarle a Dominic que lo ha confundido usted con Fonsey. Lo más probable es que le dé un puñetazo o algo así; tiene muy mal genio.

El muchacho había desaparecido de la vista.

—¿Quién es Fonsey? —quiso saber Strafford.

—Él —señaló ella con el dedo—, el mozo de cuadra, supongo que lo llamaría usted. Cuida de los caballos, o se supone que lo hace. En realidad, él también es medio caballo. ¿Cómo se llamaban esas criaturas que había en la antigua Grecia?

—¿Los centauros?

—Eso es. Eso es Fonsey. —Volvió a soltar una risa gutural como si tuviese hipo—. El centauro de Ballyglass House. Le advierto que está un poco chiflado —se llevó un dedo a la sien e hizo un movimiento giratorio—, así que vaya con cuidado. Yo lo llamo Calibán. —Una vez más miró a Strafford con esos enormes ojos grises sujetándose la manta contra el cuello, como si fuese una capa—. St. John —dijo pensativa—. Nunca había conocido a ningún St. John.

Strafford estaba golpeándose otra vez el muslo con el sombrero; era otro de sus hábitos, uno de sus muchos tics, tantos que su novia decía que la volvía loca. Hizo ademán de marcharse.

—Tendrá que disculparme —dijo—. Tengo cosas que hacer.

—Buscar pistas, supongo. ¿Olisquear colillas de cigarrillo y buscar huellas dactilares con una lupa?

Él empezó a volverse, luego se detuvo.

—¿Conocía mucho al padre Lawless? —preguntó.

La chica se encogió de hombros.

—¿Que si lo conocía mucho? No sé ni si lo conocía. Siempre estaba por aquí, si se refiere a eso. Todo el mundo pensaba que era muy simpático. Nunca me fijé mucho en él. Era un poco siniestro.

—¿Siniestro?

—¡Oh!, ya me entiende. No era compasivo, no sermoneaba, bebía, era el alma de la fiesta y demás, pero al mismo tiempo se fijaba en todo, siempre estaba atento...

—¿Como hace usted?

Ella apretó los labios en una línea fina.

—No, como yo no. Como un mirón... por eso era siniestro.

—¿Y qué cree que le pasó?

—¿Que qué le pasó? ¿Se refiere a quién le apuñaló en el cuello y le cortó su cosita? ¿Cómo quiere que lo sepa? A lo mejor no fue el Ratón Blanco. A lo mejor ella y el Hombre de la Sotana estaban haciendo cosas raras y papá se lo cargó en un ataque de celos. —Volvió a imitar la voz de su padre sacando el labio superior—. «¡Hace falta tener la cara muy dura para venir aquí a tontear con mi mujer!».

Strafford no pudo contener una sonrisa.

—¿No oiría usted nada anoche, verdad? —preguntó.

—¿Quiere decir si oí cómo le cortaban el cuello al reverendo? Me temo que no... duermo como un tronco... cualquiera se lo dirá. Lo único que oigo es al fantasma de Ballyglass gimiendo y arrastrando sus cadenas. Sabe que este lugar está embrujado, ¿no?

Él volvió a sonreír.

—Tengo que irme —dijo—. Estoy seguro de que nos veremos otra vez antes de que me marche.

—Sí, en el salón, sin duda: cócteles a las ocho. *Diez negritos* y todo eso... lo estoy deseando. —Él se apartó riéndose en voz baja—. Llevaré un vestido de noche y una boa de plumas —gritó ella—. ¡Y un puñal en la media!

El equipo forense se había marchado en la furgoneta, dejando una estela de humo de tubo de escape en la puerta principal. Strafford fue al pie de las escaleras y se inclinó con las manos en las rodillas para inspeccionar la alfombra; sí, había manchas de color rosa que subían. Eran muy tenues; el ama de llaves había hecho lo que había podido, pero, como él mismo se dijo, la sangre es más espesa que el jabón y el agua. Sonrió. «Más espesa que el jabón y el agua». Le gustaba.

Subió las escaleras, dando palmaditas en el pasamanos. Intentó imaginar al cura bajando a trompicones las escaleras con la sangre brotando de la arteria seccionada del cuello. A no ser que hubiese visto o al menos oído a su atacante, debió de quedarse perplejo: ¿quién se atrevería a matar a un cura? Y no obstante alguien se había atrevido.

Al atravesar el descansillo llegó al pasaje corto y estrecho que llevaba al otro pasillo y a las habitaciones. También ahí había restos de una mancha de sangre en la moqueta. Esta era grande y circular; así que era donde le habían apuñalado. Lo habían hecho por detrás, sin duda, pues era un hombretón y se habría defendido de un atacante que hubiese ido hacia él blandiendo un cuchillo.

¿Significaba eso que había sido alguien que estaba en una de las habitaciones esperando a que pasara? ¿O había otra forma de llegar hasta allí, otra entrada desde el exterior? Esas casas antiguas siempre eran desconcertantes, por las muchas reformas que se hubieran ido haciendo poco a poco a lo largo de los años.

Siguió andando, y sí, había un ventanal y una antigua salida de incendios, oxidada en algunos sitios hasta formar una filigrana delicada como el encaje. Examinó el pestillo: no lo habían forzado; de hecho, supuso por su aspecto que la ventana no se había abierto desde hacía años.

Oyó voces que salían de una puerta que tenía a su espalda. Entró en la habitación y encontró a Jenkins y al coronel Osborne de pie al lado de una cama deshecha. La habitación era pequeña, la cama grande y el colchón tenía un hueco en el centro; los únicos muebles eran unos cajones y una silla con el asiento de mimbre. La sotana del cura colgaba detrás de la puerta, como el pellejo de un animal grande y sin pelo.

—¿Ha encontrado alguna cosa? —preguntó Strafford.

Jenkins negó con la cabeza.

—Se levantó por la noche, Harry Hall dice que la hora de la muerte debió de ser entre las tres y las cuatro de la madrugada, se vistió, incluso se puso el alzacuellos, salió del cuarto y ya no volvió.

—¿Por qué se pondría el alzacuellos si solo iba al baño?

—El baño está en la otra dirección, al final del pasillo —dijo el coronel Osborne señalando con el pulgar.

—Entonces ¿qué cree que estaba haciendo? —preguntó Strafford.

—No sé —replicó Osborne—. Puede que fuese a por otro trago de Bushmills. Le serví un último vaso para que se lo llevara a la habitación al acostarse.

Strafford miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—No lo he visto —dijo Jenkins—. Se lo llevaría, si iba a servirse otro trago, y tal vez se le cayó cuando le atacaron.

Strafford aún no se había quitado la gabardina y seguía sosteniendo el sombrero con la mano izquierda. Miró una vez más la habitación pequeña y sin espacio, y salió.

En el rellano, el coronel Osborne se le acercó furtivamente y le habló con la boca ladeada.

—¿Quiere quedarse a comer? —murmuró—. La señora Duffy va a volver de casa de su hermana. Ella nos preparará algo.

Strafford miró a Jenkins, que en ese momento salía del dormitorio a su espalda.

—¿Incluye eso a mi colega?

Osborne pareció incómodo.

—Bueno, había pensado que su hombre podría arreglárselas por su cuenta. Bajando por la carretera está la Gavilla. Tengo entendido que no está mal. Bocadillos, sopa, hasta puede que tengan un plato de estofado.

—¿La Gavilla de Cebada? Ahí es donde me alojaré esta noche.

—¡Oh, pero podríamos haberle ofrecido una cama!

Strafford le dedicó una sonrisa insulsa.

—¿Quiere decir dos camas: una para mí y otra para el oficial Jenkins?

El de más edad suspiró irritado.

—Como quiera —cedió lacónico—. Diga al señor Reck, es el dueño de la Gavilla, que va de nuestra parte. Le tratará bien. Pero comerá con nosotros, ¿verdad? Digo ustedes dos.

—Gracias —respondió Strafford—. Muy amable.

Otra vez salió al pasaje oscuro entre los dos pasillos donde habían acuchillado al cura. Strafford se detuvo y escudriñó la oscuridad.

—Tenemos que encontrar el vaso de *whisky* —dijo—. Si se le cayó tiene que estar aquí en alguna parte. —Se volvió hacia el oficial Jenkins—. Ponga a esos inútiles que tiene montando guardia en la puerta a buscarlo, así no se dormirán. El vaso

probablemente habrá rodado debajo de algo.

—Muy bien.

Strafford alzó la vista.

—¿Suele haber una bombilla ahí? —preguntó, señalando hacia el casquillo vacío, metido en una pantalla apenas mayor que una taza de té de un material que podría haber sido piel humana, tensa, seca y traslúcida.

El coronel Osborne examinó el casquillo.

—Debería haber una bombilla, sí, claro. No me había dado cuenta de que no la hubiese.

—Entonces ¿alguien la ha quitado? —preguntó Strafford.

—Supongo que sí, puesto que no está en su sitio.

Strafford se volvió hacia el oficial Jenkins.

—Dígale a esos dos que busquen el vaso y una bombilla. —Miró de nuevo el casquillo vacío y se llevó la mano a la barbilla—. Así que fue planeado —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó Osborne.

Strafford se volvió hacia él.

—El asesinato fue premeditado. Eso debería facilitar un poco las cosas.

—¿Ah, sí? —Osborne parecía confundido.

—Alguien que actúa por impulso puede tener suerte. Golpea sin pensar y después todo parece natural porque lo es. Pero un plan siempre tiene algún error. Siempre hay un fallo. Nuestra labor es dar con él.

Se oyó ruido abajo, gritos y los ladridos de un perro. Una corriente de aire frío ascendió por la escalera, luego se oyó la puerta principal al cerrarse de un portazo.

—¡Sujétalo, por Dios! —gritó enfadado alguien—. A la señora Duffy le dará un ataque si pone las patas llenas de barro en las alfombras.

Strafford y los otros dos se asomaron por encima del pasamanos y miraron abajo hacia el vestíbulo. El mozo de cuadra, Fonseca, se encontraba allí con su mata de pelo rojo y la chaqueta de cuero. Tiraba con violencia de la correa, e intentaba controlar a un perro labrador negro muy grande y mojado. En la puerta, quitándose un par de guantes de cuero, había un joven con un abrigo de cuadros y, en la mano, un sombrero con una pluma en la cinta. Sus botas de goma estaban embarradas y con pegotes de nieve fundida. Apoyado en la mesa del vestíbulo había un largo cayado de pastor. Se quitó el sombrero y lo sacudió con fuerza.

—Mi hijo —le dijo Osborne al inspector Strafford, y luego gritó—: ¡Dominic, está aquí la policía!

El joven alzó la vista.

—¡Ah, hola! —exclamó.

Al ver al coronel, Fonseca soltó al perro, dio media vuelta, corrió apresuradamente a la puerta principal y desapareció. El perro perdió de pronto el interés por estar nervioso, extendió las cuatro patas y se sacudió salpicándolo todo de agua de nieve.

El coronel Osborne descendió el primero por la escalera.

—Dominic —dijo—, este es el inspector Strafford, y... y su ayudante.

—Jenkins —gruñó el oficial, espaciando las sílabas—. O-ficial Jen-kins.

—Sí, eso, lo siento —se disculpó el coronel ruborizándose un poco—. Jenkins.

Dominic Osborne tenía una belleza clásica, con la mandíbula larga y recta, una boca de aspecto ligeramente cruel y los azules ojos de pedernal de su padre. Primero miró a un detective y luego y al otro, y le tembló la comisura del labio, como si hubiese visto algo gracioso.

—El largo brazo de la ley —dijo con superioridad y sarcasmo—. ¿Quién lo iba a decir, aquí en Ballyglass House?

Strafford estudió al joven con interés; no era tan frío como quería dar a entender y su sarcasmo era forzado.

El perro olisqueó los zapatos de Strafford.

—Vamos —les indicó el coronel a los dos detectives, frotándose las manos—. Veamos si está lista la comida.

Strafford se agachó y rascó al perro detrás de la oreja; el animal movió la cola y sacó la lengua en una sonrisa amistosa; a Strafford siempre le habían gustado los perros.

Desde el principio había notado algo raro en este caso, en un sentido que no había visto antes; la sensación le había inquietado desde que llegó y de pronto reparó en qué se trataba. No había nadie llorando.

La ambulancia iba de camino desde el hospital general de Wexford cuando llamaron al teléfono a Strafford, y su superior, el comisario jefe Hackett, le ordenó que la cancelase.

—Vamos a enviar un furgón desde aquí —dijo Hackett entre las interferencias de la línea; la conexión era tan mala que distorsionaba el sonido de su voz y daba la impresión de estar hablando desde el espacio exterior—. Quiero traer el cadáver a Dublín. —Strafford no respondió; supo por el tono de voz de su jefe que se estaban dando los primeros pasos para encubrir el asunto, igual que cuando se coloca la utilería en el escenario. Strafford no era el único que se veía a sí mismo en el papel de escenógrafo; había otros, más decididos y mucho más hábiles que él en pintar decorados falsos, aguardando entre bambalinas—. ¿Está usted ahí? —le espetó irritado Hackett—. ¿Ha oído lo que he dicho?

—Sí, lo he oído.

—¿Y?

—Es demasiado tarde para cancelar la ambulancia, llegará de un momento a otro.

—¡Pues envíela de vuelta! Ya le he dicho que el cadáver tiene que venir aquí. — Se produjo otra pausa. Strafford notó que la irritación de Hackett iba en aumento—. ¡No se quede ahí sin decir nada! —gruñó el comisario jefe—. Le oigo. Sabe de sobra que este asunto hay que manejarlo con guante de seda. —Suspiró—. Han llamado del palacio al inspector jefe. Oficialmente, por lo que a nosotros se refiere, la muerte del cura ha sido un accidente. Y por nosotros, me refiero a usted, Strafford.

Strafford sonrió lúgubre al micrófono. El palacio era la residencia de John Charles McQuaid, el arzobispo de Dublín, el clérigo más poderoso del país; Jack Phelan, el inspector jefe de la Garda, era un conocido miembro de los Caballeros de San Patricio; con la Iglesia habían topado. Si su excelencia reverendísima el doctor McQuaid decía que el padre Lawless se había apuñalado a sí mismo en el cuello por accidente y luego se había cortado los genitales, eso era lo que había ocurrido y a la gente no se le permitiría saber otra cosa.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Strafford.

—¿Cuánto tiempo qué? —le espetó Hackett. Estaba tenso; Hackett no solía estar tenso. Jack Phelan debía de haber arremetido contra él por venganza.

—¿Cuánto tiempo se supone que debemos mantener la ficción de que han apuñalado a este cura por accidente? Es mucho pedir que la gente se lo trague.

Hackett volvió a suspirar. Cuando se producía una pausa como esa en la línea, si se escuchaba bien, se podía oír, detrás de las interferencias eléctricas, una especie de trino lejano. A Strafford siempre le había fascinado esa música inquietante y cacofónica que le daba escalofríos. Era como si las huestes de los muertos cantaran para él desde el éter.

—«Mantendremos la ficción» —a Hackett le divertía imitar el acento y los giros educados de Strafford— mientras haga falta.

Strafford se dio unos golpecitos con las uñas en los dientes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con suspicacia Hackett.

—¿Qué ha sido qué?

—Ha sonado como si alguien hiciera chocar dos cocos.

Strafford se rio para sus adentros.

—Enviaré a Jenkins con el cadáver —dijo—. Él le dará un informe preliminar.

—¡Ah!, se va a encargar usted solito, ¿eh? Gideon de Scotland Yard resuelve el caso él solo.

Strafford nunca había tenido claro qué le molestaba más al comisario jefe, si el pedigrí protestante de su subordinado o su tendencia a hacer las cosas a su manera. Lo más probable era que tampoco lo supiese el propio Hackett.

—¿Quiere que escriba el informe ahora —propuso Strafford—, o dejo que Jenkins se lo explique con sus palabras? Todavía no sabemos mucho.

Hackett no respondió, pero le hizo una pregunta a su vez:

—¿Dígame, Strafford, usted qué cree? —Parecía preocupado, solo una imposición de palacio podía preocuparle tanto.

—No sé qué pensar —dijo Strafford—. Ya se lo he dicho —prosiguió—. Apenas tengo nada aún..., señor —añadió en tono mecánico.

Hacía frío para estar en el discreto rincón del vestíbulo donde tenían el teléfono, con el auricular pegajoso en la mano y una corriente de aire que se colaba por debajo de la puerta principal y se le enroscaba alrededor de los tobillos.

—Alguna impresión tendrá de lo ocurrido —reiteró Hackett.

—El coronel Osborne cree que el crimen lo cometió alguien de fuera... Insiste en que tiene que tratarse de un allanamiento.

—¿Y lo ha sido?

—No lo creo. Harry Hall ha echado un vistazo antes de marcharse, y yo también, y no hemos encontrado indicios de que hayan forzado la entrada.

—Entonces ¿fue alguien de la casa?

—Por lo que he visto, debe de serlo. Es la suposición en la que me estoy basando.

—¿Cuánta gente había anoche en la casa?

—Cinco, seis, contando al muerto, y el ama de llaves. Hay una fregona que trabaja allí, pero vive en el pueblo y debió de irse a su casa. Siempre es posible que alguien tuviese una llave de la puerta principal, la nieve habría tapado sus huellas esta mañana.

—Dios Santo —murmuró Hackett, con un suspiro de irritación—. Este asunto va a acabar apestando, ¿lo sabe?

—Ya huele bastante mal, ¿no cree? —dijo Strafford arrastrando las palabras con su voz de lord Peter Wimsey; si a Hackett le gustaba imitarlo, a él le gustaba darle suficiente material para que lo hiciera. No obstante, Hackett no picó el anzuelo.

—¿Cómo es la familia? —preguntó.

—Aquí no puedo hablar —dijo en voz baja Strafford—. Jenkins le informará.

Hackett estaba pensando otra vez; Strafford lo imaginó con claridad, repantigado en la silla giratoria de su pequeño despacho en forma de cuña, con los pies en la mesa y las chimeneas de Pearse Street apenas visibles tras él a través de la ventana, cuyos cristales estarían empañados por la escarcha, excepto un óvalo transparente en el centro de cada uno de ellos. Llevaría su traje azul brillante por el uso y la corbata grasienta que Strafford estaba convencido de que no desanudaba nunca, sino que se la aflojaba por la noche y se la quitaba por encima de la cabeza. Habría el mismo calendario viejo en la pared y la misma marca de color marrón oscuro donde alguien había aplastado un moscardón hacía incontables veranos.

—Es un asunto muy puñetero y muy raro —dijo pensativo el comisario jefe.

—Desde luego, es raro.

—Bueno, téngame informado. Y, Strafford...

—¿Sí, señor?

—Recuerde que aunque sean gente bien, uno de ellos ha matado a ese cura.

—Lo tendré presente, señor.

Hackett colgó.

Hasta que volvió a la cocina, Strafford no reparó en el frío que hacía en el vestíbulo. Allí estaban encendidos los fogones, el aire vibraba de calor y olía a carne cocinada. El coronel Osborne estaba sentado a la mesa y daba golpecitos con los dedos en la madera, mientras el oficial Jenkins se apoyaba en el fregadero con los brazos cruzados delante del pecho; llevaba abrochados los tres botones de la chaqueta; Jenkins era muy escrupuloso con lo que consideraba los buenos modales. Strafford tuvo la sensación de que no habían intercambiado una palabra desde que lo llamaron al teléfono.

—Era Hackett —le dijo a Jenkins—. Han enviado una ambulancia desde Dublín.

—Pero ¿y la de...?

—Tenemos que enviarla de vuelta.

Los dos hombres se miraron con frialdad. Los dos sabían que el caso iba a ser difícil, pero no habían imaginado que la maquinaria se pondría en funcionamiento tan rápido.

Al otro lado de la ventana, encima del fregadero, un petirrojo se posó en el alféizar y miró a Strafford con un ojo como una cuenta negra y brillante. El cielo estaba cubierto de grandes nubes de color malva tan bajas que parecían descansar sobre el tejado, como una almohada sucia y enorme.

—Enseguida servirán la comida —anunció el coronel Osborne, en tono despistado, sin mirar a ningún sitio en particular. Volvió a dar golpecitos con los dedos. Strafford pensó que ojalá parase; era un ruido que le ponía los nervios de punta.

La señora Duffy había regresado de casa de su hermana, y en ese momento salía muy ajetreada de la despensa. También ella, como todas las personas a quienes había visto hasta el momento en Ballyglass House, parecía sacada del reparto de una obra de teatro y desempeñaba el papel casi de forma demasiado convincente. Era gruesa y bajita, con ojos azules y mejillas rollizas y sonrosadas y el pelo gris recogido en un moño en la nuca. Llevaba una falda negra, un delantal immaculado y borceguíes negros forrados de piel. Empezó a poner los platos, los cuchillos y los tenedores en la mesa. Osborne se levantó de la silla y se la presentó a Strafford y al oficial Jenkins. Ella se ruborizó y por un momento pareció que iba a hacer una reverencia, pero se contuvo, fue a los fogones y avivó el fuego.

—Siéntense, caballeros, por favor —dijo Osborne—. No son necesarias tantas ceremonias.

Oyeron el timbre de la puerta principal.

—Debe de ser la ambulancia de Wexford —dijo Strafford. Miró a Jenkins—. ¿Puede ir usted? Dígales que lo sentimos, pero que no les necesitamos.

Jenkins salió. Osborne miró a Strafford con ojos inquisitivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué han enviado una segunda ambulancia?

—Supongo que es una cuestión de eficacia —dijo con frialdad Strafford—. Cuanto antes se haga la autopsia, tanto mejor.

Osborne asintió, pero su mirada era escéptica.

—Imagino que su jefe debe de estar preocupado —observó.

—Lo está, desde luego —respondió Strafford.

Se sentó a la mesa. La señora Duffy se acercó con una cazuela de barro humeante, sujetando las asas con ayuda de un trapo. Dejó la cazuela entre los dos hombres.

—¿Les sirvo yo, coronel —preguntó—, o prefieren servirse ustedes? —Se volvió hacia Strafford—. Espero que le guste el estofado de carne con riñones, señor.

—Oh, sí, claro —respondió Strafford, y tragó saliva.

—Es ideal para un día tan frío —opinó el ama de llaves, sonriendo al inspector, con las manos rollizas entrelazadas sobre su regazo.

—Sí, gracias, Sadie —dijo el coronel Osborne, y la mujer dejó de sonreír, dio media vuelta y regresó a la despensa con unos andares como los de un pato.

El coronel frunció el ceño disculpándose.

—Si se le da la oportunidad, no para de parlotear. —Levantó la tapa de la cazuela

y sirvió a Strafford—. Me temo que es de ayer —dijo.

Strafford esbozó una sonrisa tímida.

—Oh, siempre he pensado que el estofado de carne con riñones está mejor el segundo día, ¿no cree? —Se sintió noble y valeroso; no podía entender que los riñones de vaca hubiesen llegado a considerarse un alimento apto para el consumo humano.

El oficial Jenkins volvió y cerró la puerta a su espalda. Osborne frunció el ceño —estaba claro que seguía irritado por tener que invitar a un miembro de otro rango a su mesa—, pero se las arregló para hablarle con cordialidad.

—Vamos, oficial, siéntese y pruebe este excelente estofado. Los huevos cocidos son pequeños, como verá... Son huevos de pollita. Las cría el marido de Sadie, de la señora Duffy. En mi opinión, son mejores que las variedades más grandes.

Huevos de pollita y una cadáver en la biblioteca; la vida es rara —opinó Strafford—, pero la vida de los policías aún lo es más.

Strafford notó que Jenkins tenía hambre, pero no empezó hasta que los otros dos cogieron el cuchillo y el tenedor; un tipo muy educado, pensó Strafford: su madre le había enseñado bien.

—Imagino que al chófer no le habrá hecho mucha gracia que le dijese que se fuera —observó Strafford—, después de venir hasta aquí con la nieve y el hielo.

Jenkins le miró sorprendido; no se acostumbraba a la idea de Strafford de que era posible hacer su trabajo de forma caballerosa. Él se había limitado a decirle al chófer y a su compañero que no necesitaban sus servicios y no se había quedado a oír sus quejas. Los tres hombres comieron un rato en silencio, luego Strafford dejó el cuchillo y el tenedor.

—Debo pedirle, coronel Osborne —dijo carraspeando y frunciendo el ceño—, que me haga un relato exacto de lo sucedido esta mañana.

Osborne, mascando un trozo de carne lleno de ternillas, lo miró con las cejas arqueadas. Se tragó la carne más o menos entera.

—¿Es necesario hablarlo en la mesa? —preguntó irritado. Strafford no respondió, solo le dedicó una mirada neutral. El hombre mayor suspiró por la nariz y contempló las líneas profundas y gastadas de la mesa de madera—. Me despertaron los gritos de mi mujer —dijo—. Pensé que se había caído, o que había chocado con algo y se había hecho daño.

—¿Por qué estaba en la biblioteca? —quiso saber Strafford.

—¿Qué?

—¿Qué hacía en la biblioteca en plena noche?

—Oh, pasa horas allí —dijo Osborne en un tono desdeñoso por los insondables caprichos de las mujeres en general y de su esposa en particular.

—¿Es insomne? ¿Le cuesta conciliar el sueño?

—¡Si lo sabré yo! —soltó Osborne—. Y sí, lo es. Siempre lo ha sido. He aprendido a convivir con ello.

¿Y ella?, le habría gustado saber a Strafford. Imaginó que no era una cuestión que su marido preguntase a menudo, de sí mismo, o de su mujer. El segundo matrimonio de Osborne parecía estar estancado; ¿cuánto tiempo llevaría casado ese soldado envejecido con una mujer mucho más joven, una mujer a quien su hijastra había apodado el Ratón Blanco?

—¿Y qué hizo usted?

Osborne se encogió de hombros.

—Me puse la bata y unas zapatillas, y fui a buscarla. Dormía como un tronco, así que supongo que debía de estar un poco espeso. La encontré en el vestíbulo, sentada en el suelo, llorando. No conseguí que me dijera nada con sentido, lo único que hacía era señalar a la puerta de la biblioteca. Entré... y lo encontré.

—¿Estaba encendida la luz? —preguntó Strafford. Osborne le miró sin comprender—. De la biblioteca —le aclaró Strafford—, ¿estaba encendida?

—No sabría decirle. Supongo que sí... Recuerdo haber visto con claridad lo que... Me llevé una buena impresión, se lo aseguro. Pero a lo mejor la encendí yo, no lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Estoy intentando imaginarme la escena; eso ayuda.

—En fin, había sangre por todas partes, claro..., un charco enorme en el suelo debajo de él.

—¿En qué postura estaba? —preguntó el oficial Jenkins—. Quiero decir, ¿estaba bocabajo?

—Sí.

—¿Y usted le dio la vuelta?

Osborne le miró con el ceño fruncido, se volvió y respondió a Strafford.

—Sí, tenía que echar un vistazo para ver qué le había ocurrido. Luego vi la sangre en los pantalones, y la... la herida. —Se detuvo y luego prosiguió—. Estuve en la guerra, conozco la violencia, pero les aseguro que estuve a punto de vomitar al ver lo que le habían hecho. —Volvió a hacer ese movimiento de masticación con la mandíbula—. Cabrones... Perdonen mi lenguaje.

Strafford toqueteó la carne del plato, como si estuviese comiendo, aunque en realidad la estaba distribuyendo alrededor del plato como había aprendido a hacer de niño. Ese estofado en concreto siempre le había parecido repugnante, pero los huevos, apenas mayores que canicas, hacían que lo fuese aún más.

—¿Llamó usted a la Garda? —preguntó.

—Sí, telefoneé al cuartel de Ballyglass y pregunté por el sargento Radford. Tiene la gripe.

Strafford le miró.

—¿La gripe?

—Sí. Se puso su mujer, dijo que estaba muy enfermo y que no pensaba sacarlo de la cama con este tiempo. He de decir que su tono me pareció de lo más impertinente. Claro que hace poco que han perdido a un hijo; de no ser por eso, le aseguro que le

habría echado un buen rapapolvo. Fue a hablar con Radford y luego volvió y me aconsejó que llamase al cuartel de la Garda en Wexford. En vez de eso llamé al 999 y me pasaron con su gente.

—¿Con mi gente? ¿En Pearse Street?

—Supongo que sería Pearse Street; algún sitio de Dublín.

—¿Y con quién habló usted?

—Con alguien de la oficina. —De pronto, Osborne soltó irritado el cuchillo, que rebotó en la mesa y cayó con estrépito sobre las losas del suelo—. Por el amor de Dios, ¿qué más da con quién hablase?

—Coronel Osborne, en su casa se ha cometido un asesinato —dijo Strafford en voz baja y tranquila—. Mi misión es investigar el crimen y descubrir quién lo cometió. Como comprenderá, necesito saber todo lo posible sobre lo ocurrido anoche. —Hizo una pausa—. ¿Recuerda algo de lo que dijo su mujer cuando la encontró usted en el vestíbulo, después de que hallara el cadáver del padre Lawless?

El ama de llaves, al oír el cuchillo golpear contra el suelo, llegó corriendo de la despensa con uno limpio. El coronel Osborne se lo quitó irritado de la mano sin dignarse a mirarla.

—Ya le he dicho —respondió— que no tenía sentido lo que decía..., estaba histérica. ¿Qué esperaba?

—Tendré que hablar con ella, claro —dijo Strafford—. De hecho, tendré que hablar con todos los que estuvieron en la casa anoche. ¿Tal vez pueda empezar por la señora Osborne? —El coronel, cuya frente se había puesto de color rojo oscuro por debajo del apergaminado bronceado, estaba esforzándose por dominar su genio. Cuando Strafford volvió a hablar, lo hizo en un tono aún más tranquilo que antes—. Como antiguo soldado, comprenderá, coronel, la importancia del detalle y la meticulosidad. A menudo la gente ha visto u oído cosas en cuya importancia no repara. Ahí es donde intervengo yo. Parte de mi formación consiste en reparar en los... llamémoslos matices.

Notó que Jenkins lo miraba con incredulidad; sin duda estaba pensando en el hecho de que la formación que había recibido él había sido muy básica, de personas que probablemente no sabían lo que significaba la palabra «matices».

El coronel Osborne estaba atacando enfadado la comida, clavando el cuchillo y el tenedor como si fuesen armas. Strafford le observó; supuso que había cosas que prefería no revelar —aunque ¿acaso no era igual con todo el mundo?— y que no sería fácil sacárselas.

Volvió a sonar el timbre. El coronel Osborne se apoyó en el respaldo de la silla y alargó el cuello para ver por encima del fregadero.

—Es la segunda ambulancia —dijo.

Jenkins miró el plato y suspiró. A diferencia de su superior, le gustaba el estofado de carne con riñones —su madre se lo hacía de niño—, con huevos o sin ellos. Dejó los cubiertos y se levantó despacio de la mesa, bastante molesto.

Strafford le puso una mano en el brazo.

—Dícales a esos novatos que pueden irse también, ¿quiere, oficial? No tiene sentido que se queden.

Cuando Jenkins se marchó, Strafford se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Bueno, coronel —dijo—, volvamos a empezar desde el principio, ¿de acuerdo?

—Usted debe de ser el cuñado —dijo el hombre deteniéndose en el pasillo. Y añadió con jovialidad—: Pensaba que tenía prohibida la entrada en la casa.

Era un tipo rubicundo de unos treinta y tantos, con el pelo ondulado y ojos oscuros muy grandes. Llevaba un terno de *tweed* del color y la textura de unas gachas, zapatos de ante marrones y un pañuelo de seda rojo en el bolsillo de la chaqueta. También llevaba un abrigo de pelo de camello colgando del brazo y un sombrero de fieltro marrón en la mano; venía de fuera, pero los zapatos estaban secos, así que debía de usar chanclos. Olía a humo de cigarrillo y a brillantina cara. Strafford le miró y reconoció otro tipo familiar: el profesional rural —¿abogado?, ¿médico?, ¿veterinario de éxito?—, alegre, desenvuelto, consciente de ser un seductor, orgulloso de su reputación de disoluto, pero despierto como un hurón.

—A propósito, me llamo Hafner, doctor Hafner. También conocido como el Boche, si le pregunta usted a Lettie.

—Strafford. Casi todo el mundo me llama Inspector.

—¿Ah, sí? —No se habían dado la mano. Hafner levantó una poblada ceja—. ¿Y de qué es inspector, si se puede saber? —Había notado el acento de Strafford, de ahí que subrayara lo de «si se puede saber».

—Soy policía.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha pasado? ¿Han robado la cubertería?

—Ha habido... ha habido un incidente —respondió Strafford. Miró el maletín negro a los pies del médico—. ¿Viene por trabajo o solo de visita?

—Un poco de cada. ¿Qué tipo de incidente?

—Fatal.

—¿Ha muerto alguien? Dios mío... ¿quién? ¿No será el viejo?

—¿El coronel Osborne? No. Un cura llamado Lawless.

Esta vez las dos cejas de Hafner se arquearon tanto que casi le rozaron la línea del pelo.

—¿El padre Tom? ¡No!

—Me temo que sí.

—¿Qué le ha pasado?

—Tal vez sea mejor que vea usted al coronel Osborne. ¿Quiere acompañarme?

—Dios —exclamó en voz baja Hafner—. ¡Así que por fin se lo han llevado por delante!

El oficial Jenkins había partido en el asiento delantero de la ambulancia, apretado entre el conductor y su ayudante, pues no le había apetecido hacer el viaje con el cadáver. Strafford le había dado instrucciones sobre lo que debía decirle al comisario jefe Hackett cuando llegara a Dublín, y le había ordenado volver al día siguiente con las instrucciones del jefe.

En rigor, Hackett debería haber ido él mismo a Ballyglass, pero había dejado claro que no tenía intención de hacerlo, y había argüido el tiempo como excusa. Strafford sabía muy bien que la verdadera razón de su astuto jefe para mantenerse a distancia era su prudente determinación de no ponerse directamente en la escena de un caso que podía ser explosivo. A Strafford no le importaba que lo dejaran a su aire... Al contrario, estaba agradecido de ser el único al mando. Por lo general, el comisario jefe no dejaba las manos libres a sus subordinados, ni siquiera cuando, como en ese caso, si usaba las suyas corría el riesgo de que se las amputasen hasta el codo.

Strafford fue a la cocina, pero el coronel Osborne ya no estaba allí: la señora Duffy le informó de que había ido a ver cómo se encontraba «la señora de la casa». Ella estaba fregando los platos.

—Buenos días, Sadie —la saludó Hafner con desenfado.

—Buenos días, doctor —respondió con sequedad el ama de llaves, volviéndose hacia el fregadero y sumergiendo los brazos en el agua jabonosa; estaba claro que el doctor Hafner no le era simpático.

—Vamos —le dijo Strafford—, busquemos un sitio donde hablar. —Salió de la cocina y fue hacia la parte delantera de la casa—. ¿Cuida usted de la salud de toda la familia? —preguntó por encima del hombro.

—Supongo que sí —contestó Hafner—, aunque nunca me lo había planteado de ese modo. —Dejó el abrigo y el sombrero en la mesa del vestíbulo, se palmeó los bolsillos y sacó un paquete de Gold Flake y un mechero Zippo—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias —respondió Strafford—. No fumo.

—Sabia medida.

Strafford abrió la puerta del salón y asomó la cabeza.

—Bien, se ha ido —dijo.

—¿Quién?

—Lettice.

—¿Lettice? ¿Quiere decir Lettie? ¿Se llama Lettice? Ahora me entero. —Se rio—. ¡Imagínese, llamar a una niña Lettice!

—Sí, eso ha dicho ella.

El fuego había perdido fuerza y el salón estaba bastante más frío que antes. Strafford se inclinó sobre el hogar, apoyándose con un brazo en la repisa de la chimenea, juntó las brasas en un montoncito con el atizador y echó dos troncos encima. Se alzó una voluta de humo que le llenó la nariz y le hizo toser y parpadear. Hafner, de pie en el centro de la sala, encendió el cigarrillo y guardó el paquete.

—Bueno, ¿qué le ha pasado al bueno de Tom? —preguntó—. Quiero decir al padre Lawless, supongo que debería mostrar un poco de respeto.

Strafford no respondió directamente; estaba observando los troncos humeantes, todavía con los ojos llorosos.

—Me ha llamado la atención lo que ha dicho en el vestíbulo.

—¿Qué he dicho? —preguntó Hafner.

—«Así que por fin se lo han llevado por delante». ¿Qué quería decir?

—Nada. Una broma... admito que de mal gusto, dadas las circunstancias.

—Algo debía de querer decir. ¿Es que el padre Lawless no era bien recibido en la casa? Sé que venía mucho de visita. Que le guardaban el caballo y que a veces se quedaba a dormir...; anoche, sin ir más lejos, a causa de la nieve.

Hafner se acercó a la chimenea y también él se quedó contemplando los troncos del hogar, que habían empezado a arder, a regañadientes, según daba la impresión, sin emitir todavía ningún calor perceptible.

—Oh, siempre era bienvenido, claro. Ya sabe cuánto les gusta a los protestantes tener a un cura complaciente en la casa... —Se detuvo y miró de soslayo a Strafford—. Dios, supongo que usted debe de serlo también, ¿no?

—Sí, si se refiere usted a eso, soy protestante. Es decir, me bautizaron en la Iglesia de Irlanda.

—Ya he vuelto a meter la pata. ¿Serviría de algo si digo que lo siento?

Strafford se rio un momento.

—No tiene por qué disculparse —repuso—. No me importa. —Empujó uno de los troncos con la puntera del zapato—. Ha dicho que era «una especie» de médico de la familia. ¿Le importaría explicármelo?

Hafner soltó una risita gutural.

—No veo motivos para no hablar con usted —dijo—. Lo que quise decir es que sobre todo cuidó de la señora O.

—¿Por qué? ¿Es que está enferma?

Hafner no le miró y dio una larga calada al cigarrillo.

—No, no. Solo delicada, ya sabe... muy tensa. Sus nervios... —Dejó la frase sin terminar.

—Es bastante más joven que el coronel Osborne.

—Sí, así es.

Guardaron silencio; la cuestión del matrimonio de los Osborne y su probable complejidad quedó suspendida en el aire frío, pero cerrada de momento a más preguntas.

—Hábleme del padre Lawless —pidió Strafford.

—Lo haré, si antes me cuenta qué le ha pasado. ¿Lo ha derribado ese puñetero caballo? Es una bestia.

Uno de los troncos crujió y chisporroteó.

—Su paciente, la señora Osborne, lo encontró esta mañana en la biblioteca.

—¿El corazón? Abusaba mucho de la botella y... —Alzó el cigarrillo— del tabaco.

—Más bien... una hemorragia, podría decirse. Se han llevado el cadáver a Dublín, le harán la autopsia a primera hora de la mañana.

—Tenía que pasar, antes o después —dijo Hafner con desenvoltura profesional—. El padre Tom llevaba una vida de excesos, a pesar del alzacuellos. La jerarquía siempre lo estaba llamando al orden. Creo que el propio arzobispo tuvo que hablar con él más de una vez... Tiene una casa aquí, en la costa.

—¿Quién?

—El arzobispo.

—¿Quiere decir el doctor McQuaid?

Hafner se rio.

—Solo hay un arzobispo... o al menos uno que cuente. Si te desmandas, cae sobre ti como una tonelada de ladrillos, seas católico, protestante, gentil o judío. Su excelencia reverendísima lo tiene todo atado y bien atado, con independencia de tu credo, raza o color... Da igual quién seas, puedes llevarte un pescozón en el cuello.

—Eso tengo entendido.

—Ustedes lo tienen más fácil, créame. Está harto de los protestantes, pero si eres católico y ocupas un puesto de relevancia, monseñor no tiene más que levantar el meñique y tu carrera se desvanece como si fuese humo... o primero en las llamas del infierno y luego como si fuese humo. Y no solo funciona con los sacerdotes. Cualquiera puede recibir una reprobación eclesiástica y sus días se han acabado en lo que se refiere a la santa Irlanda. No creo que le sorprenda, aunque sea usted metodista.

Hacía mucho tiempo, desde que iba al colegio, que Strafford oía llamar despectivamente, a él y a sus correligionarios, metodistas; nunca había sabido por qué.

—Habla como si lo supiese por experiencia —dijo.

Hafner negó con la cabeza con una especie de sonrisa desdeñosa.

—Siempre he medido mis palabras. La Iglesia vigila de cerca a los médicos: la madre, el hijo y demás son la base de la familia cristiana, hay que protegerlos. —Guardó silencio pensativo un momento—. Una vez me presentaron a McQuaid. —Se volvió hacia Strafford—. Un cabrón frío como el hielo, se lo aseguro. ¿Lo ha visto alguna vez en persona? No se ha perdido nada. Se parece mucho a Stan Laurel, pero sin gracia. Tiene la cara larga y fina, pálida y exangüe, como si llevase años viviendo en la oscuridad. ¡Y los ojos...! «He oído decir que va usted mucho por Ballyglass

House, doctor», me dijo con esa voz meliflua suya. «¿Es que no hay suficientes familias católicas en la parroquia?». Créame que pensé si no debería coger el maletín e irme a trabajar a Estados Unidos. Aunque no he hecho nada para atraerme su ira, excepto hacer mi trabajo.

Strafford asintió con la cabeza. No le gustaba ese tipo con su tosca jovialidad y su cháchara mundana; a Strafford le gustaba muy poca gente.

—Me tomó usted por el cuñado de alguien —murmuró—. ¿De quién?

Hafner frunció los labios y soltó un silbido para demostrar lo impresionado que estaba.

—No se le pasa a usted nada, ¿eh? ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Strafford.

El médico echó la colilla al fuego, que por fin empezaba a desprender un poco de calor.

—Le tomé por el famoso Freddie Harbison, el hermano de la señora, cuyo nombre nunca se pronuncia entre estas cuatro paredes. Siempre está sin un céntimo y pulula por ahí para ver qué puede rebañar. Es la oveja negra de los Harbison de Harbison Hall; todas las familias tienen una.

—Sí, supongo que sí —respondió abstraído Strafford; y reparó en que, si lo que decía Hafner era cierto, él sería la oveja negra de su familia, puesto que al ser hijo único no había otro candidato para el puesto. Aunque dudaba que tuviese el valor necesario para ser «negro», por más que quisiera—. ¿Qué ha hecho para tener tan mala reputación?

—Oh, circulan todo tipo de historias sobre él. Turbias iniciativas comerciales, dispendios, la hija de esta o aquella gran casa... ya sabe. Podrían ser solo cotilleos, claro. Uno de los grandes placeres de la vida rural es denigrar a los vecinos y apuñalar a los mejores por la espalda.

Strafford, que había estado sonriendo y asintiendo con la cabeza mientras escuchaba la descripción del hermano disoluto de la señora Osborne, cogió una fotografía un tanto descolorida que había sobre la repisa de la chimenea y en la que un coronel Osborne más joven y delgado en mangas de camisa, con pantalones bombachos y un jersey de críquet, de pie en el césped delante de Ballyglass House, sonreía, con envarado cariño paterno, a un niño de unos doce años y a una niña más pequeña mientras jugaban; la niña estaba tendida como una carretilla en miniatura y el niño la empujaba por la hierba. Detrás, en las escaleras de la casa, había una figura femenina borrosa. Llevaba un vestido de verano de color pálido que le llegaba a las rodillas, tenía la mano izquierda levantada, al parecer no a modo de saludo sino de advertencia, y, aunque tenía el rostro borroso por la sombra de un haya, su postura, inclinada en ángulo y con la mano extendida, hacía que pareciera asustada, enfadada o ambas cosas. Era una escena extraña, pensó Strafford; parecía ensayada, una especie de retablo cuyo significado se había desvanecido igual que la propia fotografía. Solo se veía uno de los pies de la mujer, con un zapato pasado de moda,

estrecho y puntiagudo, apoyado de manera tan precaria en el escalón que parecía estar a punto de salir volando por los aires, igual que una figura mítica y alada vestida de gasa en un cuadro prerrafaelita.

—¿La primera señora Osborne? —preguntó Strafford, dándole la vuelta a la fotografía para que pudiera verla Hafner.

—Supongo que sí —dijo el médico observando la figura borrosa de la mujer—. Yo no llegué a conocerla.

—Murió, ¿no?

—Sí, murió. Se cayó por las escaleras y se partió la espalda. —Notó la mirada de sorpresa de Strafford—. ¿No lo sabía? Fue una tragedia. Sobrevivió unos días, creo, luego expiró.

Inclinó la cabeza, frunció el ceño y contempló con atención la imagen.

—Desde luego, por su aspecto, parece frágil, ¿verdad?

El doctor Hafner, después de fumar otro cigarrillo y de compartir un par de cotilleos más —Strafford sabía que tendría mucho cuidado de no revelar ningún secreto familiar, si es que lo sabía, lo cual siendo médico era casi seguro—, se despidió y fue en busca de su paciente.

Cuando se marchó, Strafford se quedó al lado de la chimenea, con los brazos relajados y las manos en los bolsillos de los pantalones —cualquiera que lo hubiese visto habría pensado que esos bolsillos eran profundísimos al ver lo hundidas que estaban las manos—, con el ceño fruncido y la mirada perdida. Tenía la costumbre, cuando intentaba desenmarañar pruebas, o fragmentos de pruebas, de caer en una especie de trance. Después, cuando volvía en sí, apenas podía recordar la dirección que habían seguido sus pensamientos o cuál había sido el resultado; lo único que quedaba era un vago resplandor, como el de una bombilla que está a punto de fundirse. Solo podía suponer que, abstraído de ese modo, debía de haber llegado a alguna parte, debía de haber hecho algún progreso, aunque no supiese adónde había ido ni cuáles eran esos progresos. Era como si se hubiese quedado dormido un instante y se hubiera sumido en el acto en un sueño revelador profundo y poderoso, cuyos detalles se hiciesen transparentes al despertar, aunque perduraran el sentido y el brillo de su significado.

Salió al vestíbulo y se probó varios de los pares de botas de goma que había debajo del perchero hasta que dio con uno que le valía más o menos. Luego se puso el abrigo y el sombrero, se envolvió el cuello con la bufanda y partió al frío y blanco resplandor de la tarde invernal.

Había dejado de nevar, pero a juzgar por el aspecto cargado del cielo estaba claro que aún nevaría más. Rodeó la casa, deteniéndose de vez en cuando para orientarse. El edificio necesitaba reparaciones y reformas urgentes; los marcos de las grandes ventanas estaban podridos, la masilla estaba resquebrajada y había grietas que recorrían las paredes allí donde se había colado la budelia, cuyas ramas ahora no tenían hojas; al alzar la vista, vio que los canalones estaban caídos y que las tejas se habían roto después de incontables tormentas invernales. Lo embargó una cálida

oleada de nostalgia; solo alguien que hubiese conocido la vida en un lugar así, supuso, podría entender el particular cariño y la tristeza que sentía ante el espectáculo de tanta decadencia y decrepitud.

Llegó a la salida de incendios que había visto desde el ventanal del primer piso; allí abajo el óxido había hecho aún más daño que arriba y le sorprendió que todavía se sostuviera en pie. La nieve estaba intacta alrededor de la base: nadie había subido por esos escalones recientemente; nadie, imaginó, los había subido desde hacía mucho tiempo. Que el cielo ayudase a quien se quedase atrapado por el fuego en los pisos de arriba y su única escapatoria fuera esa escalera frágil y desvencijada.

Entonces, de pronto, por segunda vez ese día, tuvo la sensación de que lo estaban observando. Volvió la cabeza aquí y allá, entornando los ojos contra el cegador brillo del césped blanco que se extendía ante él hasta una lejana cerca de alambre de espino que señalaba la linde de un bosque muy espeso. Todavía no se había orientado bien y dudó de si sería el bosquecillo que le había enseñado Lettie antes, desde la ventana del salón, donde habían talado los árboles. Pero no, era demasiado extenso para llamarlo bosquecillo. Los árboles de ramas negras parecían presionar hacia delante con desesperación, como si en cualquier momento pudieran romper la cerca y avanzar, con las raíces a rastras por campo abierto, apelonarse alrededor de la casa y golpear furiosamente las ramas contra los muros indefensos. Strafford respetaba la naturaleza, a distancia, pero nunca había conseguido amarla, ni siquiera en la adolescencia, cuando leyó a Keats y a Wordsworth y se hizo panteísta; detrás de las flores y del canto de los pájaros, solo veía la lucha sangrienta y constante por la dominación y la supervivencia.

Al principio, cegado por el contraste entre el blanco de la nieve y la oscuridad de los árboles del fondo, no pudo ver a nadie. Luego algo se movió de un modo en que no podría desplazarse una rama agitada por el viento o por los pájaros, y, concentrándose y entornando mucho los ojos, distinguió lo que podría ser una cara, aunque a tanta distancia no era más que una mancha pálida y borrosa contra el trasfondo oscuro de los árboles, rodeada por una especie de halo oxidado de pelo. Nada más detectarlo, fuese lo que fuese, una persona de verdad o un efecto de la luz, desapareció en un segundo, o eso pareció, en las pardas profundidades de los árboles invernales.

¿Era una persona o un fantasma de su imaginación?

Echó a andar a través del césped. La nieve era espesa, pero no tanto como para no dejar pisadas verdes a su paso. Cuando llegó al sitio donde había visto, o creído ver —seguía sin estar seguro—, al observador camuflado que lo había estado mirando, no encontró ningún hueco en la cerca de alambre de espino, y las ramas de los árboles de detrás estaban tan juntas que parecían una pared impenetrable. Luego encontró un sitio donde habían pisoteado unos helechos. Empujó el alambre de espino hacia abajo, se recogió los faldones de la gabardina y pasó una pierna por encima de la cerca pensando en el daño que podría hacerse con una maniobra tan arriesgada.

Libre del alambre, avanzó hacia los árboles. La zona estaba a cubierto y solo había unas cuantas manchas de nieve en el suelo, demasiado pocas y demasiado dispersas para que cualquiera que hubiera pasado por allí hubiese dejado huellas. No vio ningún sendero, aunque un instinto primitivo, de eones de antigüedad, le guio mientras se internaba más y más en el bosque. Las ramas le azotaban como un látigo de siete colas, e inmensos arcos de zarzamora tan gruesos como su pulgar extendían sus espinosas antenas y le tiraban de la gabardina y de la pernera de los pantalones. Pensó en lo deprisa que desaparecen los adornos de la humanidad; ahora era solo un cazador, persiguiendo a su presa, con los nervios en tensión y la mente en blanco, el aliento contenido y las venas cosquilleándole; también estaba un poco asustado.

Observó algo que brillaba oscuro sobre una hoja, lo tocó con la punta de los dedos; era sangre, y fresca.

Continuó abriéndose paso entre los árboles hoscos y resistentes, buscando más gotas de sangre y encontrándolas. Se sentía como el intrépido héroe de una saga antigua siguiendo con tesón la pista dejada especialmente para él, que le conduciría por fin a la peligrosa capilla oculta en el bosque helado.

Al cabo de un rato se detuvo; fue como si notase el ruido antes de oírlo. Delante de él, alguien estaba cortando algo; no madera, sino algo parecido. Inmóvil, escuchó, inhalando sin prestar atención los olores que le rodeaban, el olor verde y fuerte de los pinos, el olor pardo y suave de la arcilla. Volvió a avanzar, con más cuidado, apartando las ramas y agachándose para esquivar las zarzas.

Escaramujo: *Rosa rubiginosa*; no era consciente de saber el nombre científico hasta que surgió de la nada; siempre le fascinaban las cosas que sabía sin saber que las sabía.

Tenía frío, mucho frío; su gabardina y su sombrero eran absurdos e inútiles en esas condiciones, le recorrieron espasmos de escalofríos y tuvo que apretar los dientes para que no castañearan. Además, una de las botas de goma que había tomado prestadas debía de tener una raja pues notaba una humedad gélida empapándole el talón del calcetín.

El terreno descendía en pendiente y tuvo que ir con cuidado para no resbalar en las hojas mojadas y medio heladas. Se detuvo a escuchar. El ruido había cesado. Siguió bajando, bajando y bajando, a trompicones, resbalando, tambaleándose y manteniéndose a duras penas en pie, hacia el corazón más profundo del bosque, donde reinaba una especie de penumbra. Notaba el corazón que latía despacio en su celda. «No pienses en nada, límitate a ser, como un animal». Su entrenamiento en la policía le había enseñado no a no tener miedo, sino a no prestarle atención.

La oscuridad empezó a clarear y, casi de pronto, llegó a la linde de un claro, una especie de hondonada en el centro del bosque. En ese terreno despejado había una alfombra de nieve.

En medio del claro se alzaba, o más bien se tambaleaba, una vieja caravana de esas familiares que se enganchan al coche; no tenía ruedas, la pintura estaba

descascarillada y sus ventanas estaban empañadas. A saber cómo habría llegado allí. En una esquina del tejado redondeado una alta chimenea de metal, inclinada a un lado como el tubo abollado de una estufa, soltaba perezosas volutas de humo gris.

Delante de la puerta estrecha había una traviesa de ferrocarril aserrada a modo de escalón.

En el suelo, a la izquierda de la puerta, había una mancha de sangre circular de unos noventa centímetros de diámetro. ¿En qué pensó al ver el marcado contraste entre la sangre y la nieve? Luego cayó en la cuenta: en la irresistible manzana de piel roja como la sangre y carne blanca de la malvada madrastra. No obstante, estaba seguro de que dentro de ese desvencijado vehículo no le esperaba ninguna Blancanieves.

Salió de los árboles y cruzó el claro. Las suelas de las botas de goma crujieron en la nieve, un ruido imposible de evitar y que por fuerza alertaría de su llegada a cualquiera que hubiese en la caravana, si es que había alguien dentro.

La puerta tenía una vieja manija de coche, rayada y comida por el óxido, en vez de picaporte. Alzó los nudillos para llamar, hizo una pausa y, de pronto, como si se adelantaran, de hecho, como si le hubiesen estado esperando, la puerta se abrió de par en par, con tanta fuerza que tuvo que apartarse para que no le golpeará. Una figura corpulenta apareció ante él, una figura que reconoció: hombros grandes, frente despejada y pelo rojo cobrizo a la luz que salía por la puerta.

Era Fonseca, el joven asilvestrado, con un mono de trabajo, botas de clavos, un chaleco sucio de lana y la chaqueta de cuero con el cuello de piel comido por la polilla.

El inspector, dominándose, esbozó su más amable sonrisa.

—Me llamo Strafford —dijo—. Y usted es Fonseca. —Miró la mancha de sangre a su derecha—. Ha estado cazando, ¿no?

—Tengo permiso —respondió enseguida Fonseca—. No soy un furtivo.

—No he dicho que lo fuese —replicó el detective—. Solo... —volvió a contemplar la mancha en la nieve— la sangre. —Puso un pie, el del talón mojado, en el escalón improvisado—. Oiga, ¿le importa si entro un momento? Aquí fuera hace frío.

Notó que Fonseca dudaba de si tendría valor para negarse y que acabaría decidiendo que no. Se hizo a un lado. Era joven, probablemente no tendría más de dieciocho o diecinueve años, tímido, desconfiado y vulnerable a pesar de su corpulencia. Le faltaba uno de los incisivos; el hueco rectangular parecía muy negro y lúgubre, como la entrada de una cueva muy profunda vista desde el otro lado del valle.

El interior de la caravana olía a parafina, a sebo, a carne, a sudor, a humo y a calcetines sucios. Debajo de la ventana, en una mesa —era poco más que un estante cubierto de formica, enganchado a la pared y con dos patas—, sobre una hoja de papel de carnicero manchada de sangre, había un conejo despellejado y listo para

asar.

—Le he interrumpido la cena —dijo Strafford.

—No hace ni un minuto que he encendido el fuego —respondió Fonse; el diente que le faltaba hacía que tuviese un leve ceceo. Señaló con la cabeza hacia una estufa rechoncha, detrás de cuya ventana sucia de hollín chisporroteaba una débil llama. Había unos cuantos trozos de madera colocados en círculo alrededor de los lados bulbosos—. Estoy esperando a que se seque la leña.

Había cerrado la puerta de la caravana, y en el espacio cerrado, los fétidos olores agobiaron tanto a Strafford que le obligaron a respirar por la boca.

Contempló el lugar de un vistazo. Había dos catres estrechos, uno enfrente del otro, a ambos lados de lo que habría sido la ventana trasera cuando la caravana todavía estaba en uso; un armarito alto de madera brillante y vetada, y un par de sillas antiguas de madera. Al otro extremo, había una especie de cocina pequeña con un infiernillo de gas, un fregadero y un sitio para secar los platos, con unos ganchos arriba para colgar las tazas y unos cuantos utensilios de cocina.

Strafford notó como el muchacho le observaba y le oyó respirar, se volvió hacia él y se fijó mejor en las bolsas del mono de trabajo y en las manchas del chaleco, y le recorrió una punzada de lástima como una rápida descarga eléctrica. Fonse; debía de llamarse Alphonsus. Parecía un crío confundido, un niño abandonado en el bosque. ¿Cómo habría ido a parar allí, solo en ese lugar desolado? Y los padres que lo habían bautizado con ese nombre tan ridículo —¡Alphonsus!—, ¿qué había sido de ellos?

—¿Se ha enterado de lo que ha pasado en la casa? —preguntó Strafford—. ¿Sabe que han matado a un cura?

Fonse; asintió; sus ojos tenían un tono verde amarillento sucio, con unas incongruentes pestañas largas y curvas como las de una chica. Su frente despejada estaba cubierta de espinillas y tenía una herida abierta en la comisura del labio que no paraba de toquetearse. A los olores de aquel lugar tan poco ventilado se sumaba el suyo, una mezcla de cuero, heno, polvo de caballo y hormonas.

Sus manos eran enormes y estaban cubiertas de sabañones por el frío. Acababa de entrar después de limpiar y trocear el conejo. ¿Serían capaces esas manos de apuñalar a un hombre en el cuello y de mutilarlo después? Pero las manos no son más que manos, se dijo; ¿sería capaz Fonse; de asesinar a un cura?

Notó un olor a caza procedente de la mesa donde estaba el conejo.

—Dígame, Fonse; —soltó—, ¿dónde estuvo anoche? —Volvió a mirar con aire despistado a su alrededor—. ¿Estuvo usted aquí? ¿Durmió aquí?

—Siempre estoy aquí —respondió sin más Fonse;—. ¿Dónde iba a estar si no?

—Así que esta es su casa, ¿no? ¿Qué hay de su familia? ¿Dónde vive?

—No tengo —dijo el chico sin inmutarse, expresando el hecho crudo sin más.

Estaba claro que había sufrido mucho. Strafford creyó percibir la angustia sorda y constante del muchacho: era un olor a carne fuerte y cálido.

—¿Es usted del pueblo? ¿Nació aquí, en Ballyglass? —El chico apartó la cara y

murmuró algo para sus adentros—. ¿Cómo? —preguntó Strafford sin cambiar el tono amable y tranquilizador.

—He dicho que no sé de dónde soy.

El inspector no supo qué decir. Al principio había sospechado que podía ser retrasado mental, pero a pesar de su tamaño y su porte —era fuerte como un toro y tan alto que tenía que agacharse para no darse con el techo de la caravana— estaba atento a todo con disimulo y había un brillo de astucia en su mirada.

Strafford fue a la estufa y extendió las manos, aunque solo despedía un levísimo calor.

—¿Conocía al padre Lawless? —preguntó—. Al padre Tom, ¿lo conocía?

Fonsey volvió a apartar la mirada, como si le hubiesen golpeado, y de nuevo encogió los enormes y cargados hombros.

—Lo veía en la casa. Tiene un caballo aquí. Mister Sugar. Una bestia muy grande —lo pronunció «bisti»—, diecisiete manos y ojos de loco.

—¿Cuidaba usted de él..., de Mister Sugar?

—Cuido de todos. Es mi trabajo.

Strafford asintió. Notó que el muchacho quería que se fuese.

—O sea, que no tenía mucho trato con el cura —dijo—. Aparte de cuidar de su caballo. ¿Alguna vez le habló a usted?

Fonsey frunció el ceño y entornó los ojos, como si le pareciese una pregunta capciosa, y se toqueteó la herida del labio.

—¿Qué quiere decir con que si me habló?

—Ya me entiende: ¿charlaba con usted, hablaban de caballos y demás?

El muchacho movió despacio la cabeza con la frente despejada y la maraña de rizos; su pelo, en la oscuridad de la caravana, parecía más oscuro y brillaba como caramelo quemado.

—¿Charlar? —dijo, como si fuese una palabra nueva para él, un concepto nuevo—. No, no charló conmigo.

—Ya sabe, tenía reputación de ser muy..., en fin, muy cordial y amistoso.

Se hizo una pausa, luego Fonsey soltó una risita grave, apretó los labios sonrosados y volvió a tocarse la herida de la comisura del labio.

—¡Ah!, claro —respondió—. Todos son muy amistosos.

El sendero era más empinado por esa parte del claro, enfrente de por donde había llegado. Fonsey le había aconsejado ir en esa dirección y le había asegurado que le llevaría a la carretera de Ballyglass House; era más largo, pero más fácil que volver dando tumbos por el camino del bosque por donde había venido.

Subió con torpeza por la pendiente, clavando el tacón de las botas en el barro cubierto de hojas para impulsarse y sujetándose a un tronco y a otro, con la esperanza de no caerse; se imaginó con un tobillo roto, caído en una mata de zarzas y pidiendo ayuda a Fonsey con voz cada vez más débil, mientras la luz del crepúsculo iba disminuyendo, la oscuridad lo cubría todo y se congelaba hasta morir.

Cuando llegó a la carretera, tuvo que saltar otra cerca de alambre de espino y se alegró de tener las piernas largas y las articulaciones flexibles. Sabía que físicamente no era gran cosa, pero ser tan desgarrado a veces tenía sus ventajas.

Comprendió que ignoraba en qué dirección ir para llegar a Ballyglass House y estuvo un minuto mirando aquí y allá, hasta que tomó una decisión y siguió por la derecha.

La hierba helada crujía bajo sus botas. Un cuervo le observó desde una rama en lo alto de un árbol y abrió el pico negro para graznar a su paso.

La carretera tenía muy poco tráfico; las roderas en la nieve, una línea paralela a cada lado, no eran tan profundas como para acceder al asfalto. Apenas llevaba recorridos cuatrocientos metros, cuando un camión de ganado llegó traqueteando a su espalda, y él se detuvo y se apartó a la cuneta para dejarlo pasar. El chófer, de mofletes colorados, encaramado en su asiento de detrás del parabrisas salpicado de barro, tocó la bocina como mofándose de él. Strafford pensó que debía de parecer ridículo, con las enormes botas negras de goma y esa gabardina tan absurda. Los chóferes de camión, y hasta los cuervos, se creían con derecho a burlarse.

Siguió andando. Tenía frío, mucho frío. Aunque llevaba las manos en los bolsillos del abrigo, las yemas de los dedos se le habían entumecido; quería una bebida caliente y un fuego para calentarse las piernas. Notó una oleada de rabia, teñida de lástima por sí mismo. Debería haber hecho caso a su padre y haber estudiado

Derecho. A esas alturas sería un abogado de éxito con toga, peluca y cuello blanco y almidonado en el Tribunal Supremo, leería informes, cotillearía sobre los clientes y bebería oporto por las tardes en el calor de una taberna de Dublín decorada con caoba, latón y azulejos blancos y negros. Sí, esa era la vida que había desdeñado, y en ese momento estaba ahí, caminando por una carretera comarcal cubierta de nieve y con el aire cortante de principios de invierno, triste y solitario, sin amigos de cara colorada que lo esperasen y entrechocaran los vasos en la comodidad de Doheny & Nesbit's.

Había veces en que le parecía irreal ser nada menos que inspector, vivir en una ciudad, tener una oficina y un escritorio, y un teléfono que sonaba con desquiciante estridencia —por alguna razón siempre cuando menos se lo esperaba— y por cuyo auricular le hablaban voces incorpóreas. Tal vez todo fuera un sueño y siguiese siendo un niño en la cama de Roslea House, su padre fuese joven y su madre aún viviese, y todo eso estuviera por llegar o, mejor aún, estuviese destinado a disiparse con la luz de la mañana. Sí, a menudo pensaba que se había inventado a sí mismo, que era su propia fantasía.

En ese momento oyó un segundo vehículo que se le acercaba, así que se detuvo y una vez más se apartó para dejarlo pasar. Era una vieja furgoneta Ford gris de dos puertas, alta y rechoncha, que, con la parte trasera abultada, la rejilla frontal alargada y protuberante, y los faros fijos como dos grandes ojos sobre los guardabarros anchos y grises, guardaba un sorprendente parecido con un alce. Pintadas con unas grandes letras negras en el costado del vehículo se podían leer las palabras:

JEREMIAH RECK
CARNICERO FAMILIAR
CARNES DE CALIDAD

En vez de pasar de largo, la furgoneta se paró traqueteando y la puerta del pasajero se abrió desde el interior. El conductor era un tipo grandullón de rostro amable de unos sesenta y tantos, con el pelo negro engominado y peinado hacia atrás. Tenía ojos negros y brillantes con los párpados caídos por los lados: ojos de Einstein, pensó Strafford, al mismo tiempo tristes y alegres. El hombre se inclinó en el asiento y miró al inspector con gesto risueño y tranquilo.

—Suba, suba, hombre —dijo con un incongruente gracejo señorial en la voz—. ¿Quién se cree que es, Scott en la Antártida?

Strafford hizo lo que le pedía, se instaló en el asiento, cerró la puerta y se puso los faldones de la gabardina sobre las delgadas y frías espinillas. Una oleada de aire caliente ascendía de la calefacción a sus pies y enseguida empezó a picarle la nariz.

La furgoneta seguía inmóvil y el conductor, que se había dado la vuelta para observar mejor a su acompañante, le tendió la mano.

—Soy Reck —dijo—. ¿Y quién es usted, mi pálido amigo, si no le importa que le

pregunte?

—Me llamo Strafford.

—¿Strafford con erre?

—Exacto.

—¡Ah! Entonces creo que vamos a tener el placer, mejor dicho, el honor de disfrutar de su compañía esta noche.

—¿Ah, sí? —dijo Strafford sin comprender.

—En la Gavilla de Cebada. Soy Reck.

—Pero en la puerta dice...

—Sí. También soy ese Reck. Carnicero, verdulero, tabernero y dueño de una pensión. Podría usted decir que soy un hombre para todo, y tendría razón. —Empujó el cambio de marchas y soltó el embrague, las ruedas derraparon en la carretera helada, luego cogieron agarre y la furgoneta avanzó con una sacudida—. ¿Puedo preguntar, señor, qué hace en un sitio tan apartado un día como hoy? ¿De dónde viene?

—Estaba en el bosque.

Reck asintió con la cabeza; tenía la actitud relajada y tranquila de algunos hombres que viven en paz consigo mismos y con el mundo. Tan grande era su cintura que el bulto de su vientre estaba encajado debajo del volante. Strafford se apoyó en el crujiente asiento de cuero; los dedos de los pies empezaban a entrar en calor con el aire caliente.

—En el bosque, ¿eh? —dijo pensativo, tarareó un fragmento de la melodía de *La merienda de los ositos*, «tum-tum tititum», y luego silbó aspirando el aire entre los dientes—. Ha tenido una conversación con el Chico Espantoso, ¿eh?

—¿El...?

—El Feroz Fonsey.

—Pues la verdad es que sí. ¿Tan feroz es?

—Yo diría que sí. Es nuestro Gargantúa, ¿o era Pantagruel? Hace mucho que leí el libro. Yo lo llamo el Chico Espantoso; lo digo con cariño, entiéndame.

—¿Cómo se apellida? Si es que tiene apellido.

—Sí que lo tiene. Se llama Welch. Se pronuncia «Walsh», pero aquí, en el condado de los incultos, lo pronunciamos Welch. Su madre era una tal Kitty Welch... o «Walsh», si insiste usted.

—¿Aún vive en Ballyglass?

—No. Está en algún lugar de Inglaterra. En Manchester, creo.

—¿Y su padre?

Reck soltó una risa estruendosa.

—Bueno —dijo—, nuestro Fonsey es otro ejemplo de ese raro fenómeno, la inmaculada concepción. Raro, digo, aunque la estrella de Belén hace frecuentes apariciones en esta fecunda isla nuestra, como sin duda sabe usted bien. —Se detuvo, y volvió a hacer ese ruido con los dientes; era una especie de silbido invertido—.

Kitty lo dejó en un orfanato antes de marcharse. En el pueblo la criticaron mucho, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Y, cuando fue lo bastante mayor para usar los puños, empezó a desmandarse y lo enviaron a un correccional en la costa Oeste, un sitio llamado Letterferry, temido y conocido por todos los delincuentes juveniles. ¿Ha oído usted hablar de él? Cuando salió, años después, la señora Reck y un servidor cuidamos un tiempo de él. Lo contraté de aprendiz en la carnicería, pero le faltaba estómago. Le gustaba tan poco como a mí desnucar a pobres animales indefensos, aunque yo me rijo por el principio de que si uno está dispuesto a comérselos, tiene que estar dispuesto a sacrificarlos. En cualquier caso, llegó un día en que nuestro Fonsej se marchó de la Gavilla de Cebada, y luego supimos que vivía en una caravana en el bosque de Ballyglass y cuidaba de los caballos de sus señorías en la Casa. Todavía me ayuda alguna que otra vez con el reparto. —Hizo otra pausa y movió la cabeza globular—. Pobre Fonsej, ha tenido una vida muy dura y se merecería algo mejor.

—¿Por qué se marchó? —preguntó Strafford.

—¿Por qué nos dejó a la señora Reck y a un servidor? ¿Cómo saberlo? Los caminos de la naturaleza son inextricables y Fonsej es la naturaleza personificada. Dios sabe lo que le harían en Letterferry. No hablaba nunca de eso y dejé de preguntarle. No obstante, las cicatrices se veían, tanto las físicas como las espirituales.

A través de un desgarrón en las nubes por poniente, el sol apareció un momento como un resplandor dorado oscuro. Reck volvió a tararear para sus adentros y luego dijo:

—¿Sería indiscreto preguntar qué asuntos estaba tratando usted con nuestro Fonsej en el bosque?

—Lo vi desde Ballyglass House y decidí ir a charlar con él. Solo eso.

El hombre miró de soslayo al inspector.

—Tal vez estaba usted siguiendo una línea de investigación clara, como dicen en los periódicos.

—No; lo estaba siguiendo a él.

Al doblar una curva estuvieron a punto de chocar con un rebaño de ovejas que iba en dirección contraria, a cargo de un muchacho con un abrigo que le quedaba demasiado grande, ceñido con un cordel amarillo por la cintura. Reck detuvo la furgoneta y los dos hombres esperaron rodeados por un mar de sucia lana gris. Strafford observó distraído a los animales y admiró su larga y aristocrática cabeza y las pequeñas pezuñas, como pepitas de carbón tallado sobre las que trotaban con tanta delicadeza; le sorprendieron sus ojos protuberantes y brillantes de apariencia inteligente, que expresaban una resignación estoica teñida de incurable vergüenza por su situación, representantes de una antigua raza, pastoreados ignominiosamente en una carretera comarcal por un mocoso con un palo.

—La oveja es un animal interesante —observó Jeremiah Reck—. Su grito no ha

cambiado desde Arcadia. Creo que lo he dicho bien. ¿Es usted lector, señor?

—Cuando tengo tiempo.

—¡Ah!, pues debería usted buscar tiempo. El libro es una de las grandes glorias de nuestra inventiva como especie. —Las ovejas pasaron y el carnicero volvió a meter una marcha—. No es usted de por aquí —dijo; no era una pregunta.

—No, pero tampoco de muy lejos: nací en Roslea.

—¿Más allá de New Ross? Bueno, al menos es usted de Wexford.

Strafford sonrió para sus adentros, divertido por lo de «al menos».

Siguieron adelante, el ruido de los neumáticos sobre la nieve medio derretida le pareció relajante.

—Seguro que se habrá enterado de la muerte del padre Lawless —dijo con la vista fija en la carretera.

—¡Oh!, sí, pero no quería parecer entrometido. —Miró al inspector con ojos astutos—. Aquí las noticias viajan deprisa. ¿Qué le ha pasado a ese pobre hombre?

—Bueno, ha muerto.

—Eso es lo que puede llamarse una respuesta poco informativa —dijo Reck—, si es que puede llamarse una respuesta. —Silbó un rato entre dientes—. Dicen que se cayó por las escaleras en plena noche, pero si me preguntasen yo diría que hay algo más.

—¿Por qué lo cree?

—¡Oh!, por varias razones. Por ejemplo, no creo que las autoridades de Dublín envíen a un inspector a investigar un accidente, ¿no? Habrían dejado que se encargase el policía de aquí.

—¿El sargento Radford?

—Eso es —se rio Reck—. Nuestro valiente Dan Radford, el *sheriff* de Deadwood City.

—No lo conozco —dijo Strafford mirando los árboles cubiertos de nieve que pasaban por la ventanilla—. Por lo visto no se encuentra bien.

—¿No se encuentra bien? —murmuró Reck—. ¿Eso ha dicho? Ejem.

Strafford había adivinado ya que Radford debía de ser un alcoholico.

—La gripe, me han dicho —añadió.

—¡Ah!, la gripe. Hay mucha por ahí... La señora Reck la ha pasado, pero de momento yo me he librado. —Hizo una pausa y silbó—. ¿Sabía que los Radford perdieron a un hijo?

—¿Qué le sucedió?

—Se ahogó. Muy trágico.

El silbido de Reck, comprendió Strafford, era muy parecido al ruido de un hervidor de agua cuando el líquido está a punto de entrar en ebullición, la comparación le gustó; le complacía pensar en la armonía secreta de las pequeñas cosas.

—O sea —dijo al cabo de un momento—, que nadie sabe quién es el padre de

Fonsey, ¿no?

—Estoy seguro de que Kitty Welch sí lo sabe, pero no lo quiere decir. Por mi parte, tengo mis sospechas, pero me las callo. —Estaban llegando a lo que parecía otra curva traicionera y redujo una marcha—. La pobre Kitty no era mala chica, solo un poco nerviosa cuando había luna llena. Se le podía perdonar, pero no muchos lo hicieron. —Suspiró—. La gente puede ser implacable, creo.

Tomaron la curva y vieron Ballyglass House asomando entre la niebla helada al final de la carretera sinuosa, con las chimeneas humeando como una batería de cañones.

Reck detuvo la furgoneta. La luz de las ventanas del piso de abajo estaban encendidas, pues la tarde empezaba a declinar por el oeste, donde se apelotonaban más nubes de nieve.

—¿Cenará con nosotros después? —preguntó Reck, con su voz amable.

—Espero que sí.

—Transmitiré esa información a la señora Reck. ¿Le parece bien algo modesto pero nutritivo? Y dígame, ¿hay algo que no le guste?

—No creo.

—Yo confieso tener aversión por las coles y, en particular —bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—, por las coles de Bruselas.

—Yo como cualquier cosa —dijo Strafford.

—¿Dentro de lo razonable?

—Dentro de lo razonable. ¿Quiere que le llame para decirle cuándo podré estar con ustedes?

Reck asintió distraído con la cabeza, examinando la casa a través del parabrisas.

—Notable familia, los Osborne —dijo—, notable en muchos sentidos. ¿Ha conocido a la segunda señora Osborne? —Hizo una pausa sin dejar de escudriñar el edificio, moviendo la cabeza despacio y silbando hacia dentro—. ¿Sabe usted que la primera murió en circunstancias parecidas a las del padre Tom? —Miró animado hacia Strafford—. Me temo que esa escalera debe de estar gafada.

—Gracias por traerme —dijo Strafford abriendo la portezuela—. Seguiré andando. Hasta luego. Si voy a llegar tarde, le telefonaré. Y en este caso, ¿podría dejar fuera una llave?

—¡Oh!, no se preocupe, estaré en mi puesto: el auténtico casero nunca duerme. —Observó a Strafford mientras salía a la mezcla de fango y nieve de la puerta—. ¿Sabe? —dijo—. No creo que el Chico Espantoso, por temible que sea, pudiera asesinar a un cura, porque no podía retorcerle el pescuezo a un pollo sin derramar ninguna lágrima.

La casa estaba en un alto y pareció alzarse sobre él, mientras se aproximaba por el camino de acceso, y abrir sus falsas alas palladianas como para atraparlo en su negro abrazo. No creía que los objetos inanimados estuviesen poseídos por otras potencias que las que les otorga la imaginación humana a partir de los miedos y fantasías infantiles. No obstante, un día antes había muerto en ella un hombre, un cura, apuñalado en el cuello, en la oscuridad, en lo alto de las escaleras, abatido igual que Jeremiah Reck abatía a sus animales. Había bajado tambaleándose por las escaleras y había caído de bruces sobre el suelo de madera; lo habían mutilado y abandonado allí en un charco de sangre para que exhalara su último aliento. ¿No dejaría un hecho así una huella, un eco, un temblor en el aire, como el zumbido después del tañido de una campana?

Intentó imaginar cómo sería ser apuñalado y acuchillado de ese modo, caer, desangrarse y morir. Cuando era joven y no era más que un recluta en Templemore, había creído que ser policía le enseñaría cosas que la gente nunca sabría, entre ellas, y ante todo, cómo sería morir de forma violenta, pero también de cualquier otra manera. Era una tontería, claro. Al fin y al cabo, la muerte era la muerte, una vivencia que probablemente ni siquiera sería una vivencia para quien se moría. No obstante, así se había aferrado a ella, y, para ser sinceros, aún seguía haciéndolo.

Era eso lo que le había empujado a hacerse policía: el convencimiento de que tendría acceso, igual que un antiguo alquimista, a una serie de conocimientos arcanos y secretos. Que no sería como los demás, abriéndose paso a tientas por el mundo, ignorándolo todo excepto los afectos más sencillos, los impulsos más normales: el hambre, el temor, el deseo, la esperanza e incluso la felicidad, o el triste sueño de la misma. No, sería uno de los elegidos, por encima del mundo y de sus quehaceres triviales. Era, sí, era una fantasía absurda; y no obstante...

No tenía a nadie: ni mujer, ni hijos, ni amante, ni amigos. Ni siquiera tenía familia; unos pocos primos a quienes no veía nunca y un tío en Sudáfrica que le enviaba una postal todas las Navidades y que había dejado de hacerlo; probablemente habría muerto. Estaba su padre, claro, pero no pensaba en su padre como una

persona, no exactamente, sino como una parte de sí mismo, el árbol del que había brotado, al que pronto haría sombra y al que con el tiempo acabaría superando en altura.

Nada de eso le preocupaba, no tanto como para ser consciente de ello; pues tenía serias dudas sobre lo profundamente que uno podía llegar a conocerse. Sin embargo, su soledad le parecía algo singular. Su vida estaba, según creía, en un estado de calma peculiar, de equilibrio tranquilo, un estado que sospechaba que era exclusivo suyo, o al menos muy poco habitual, puesto que otras personas, por lo que sabía de ellas — que no era mucho—, parecían existir en una fiebre constante de agitación, impaciencia y deseos frustrados. No podría vivir así ni aunque quisiera, y de hecho quería, pues echaba en falta todo lo que la gente le decía que eran las vivencias auténticas de un ser humano.

El impulso más fuerte de todos los que le dominaban era la curiosidad, el simple deseo de saber, de ser partícipe de lo que estaba velado para la mayoría de la gente. Para él todo era una cifra, un acertijo, un misterio, y las pistas para resolverlos estaban desperdigadas por ahí, al azar, ocultas, o, lo que era aún más fascinante, escondidas a la vista de todos aunque solo él pudiera reconocerlas como tales.

El objeto más anodino podía adquirir vida y significado para él, podía latir en la súbita conciencia de sí mismo; una pista, ese fenómeno humilde y trillado, era algo que esperaba sin que nadie reparase en ella hasta que, atrapada por la luz de la mirada irresistible del investigador, estallaba y, ruborizándose, se entregaba a pesar de sí misma.

Extrañamente, o a él así se lo pareció, se alzó ante él, proyectada contra el aire frío y azulado de la tarde, la imagen de la mujer pálida y desmayada de Geoffrey Osborne, la primera vez que la vio, en la puerta de la cocina, temblando como si estuviese al borde de ser ella misma, y mientras andaba dando torpes zancadas con las botas de goma llenas de agua de otra persona, se sorprendió al oírse pronunciando su nombre en voz alta, exhalándolo en bocanadas como si fuera un ectoplasma — Sylvia; Sylvia—, hasta que el nombre flotó libre de la mujer a quien debía nombrar, y se convirtió en un conjuro, una invocación, una especie de llamada.

Se detuvo y se quedó tambaleándose sobre los talones, como una estatua contra la que ha chocado un viandante. ¿Cuál era la sensación que lo recorría, totalmente nueva y en cierto modo familiar? No se estaría enamorando, era imposible... ¡No, claro que no! Sería demasiado banal, más que absurdo, la quintaesencia del paso de lo sublime a lo trivial, una broma grotesca gastada por unos anhelos de los que ni siquiera era consciente. ¿Amor? El amor lo derribaría de su pedestal.

La verdadera señora Osborne, no obstante, al volver a verla poco después, no se parecía en nada a la figura diabólica que había surgido en su imaginación apenas cinco minutos antes cuando se detuvo, espantado y estupefacto, en el camino de acceso a la casa; no, era otra persona distinta por completo; tanto que de hecho se preguntó si la mujer a quien había visto esa mañana no tendría una hermana gemela

idéntica, y si no sería ella.

Cuando llamó a la puerta le abrió la señora Duffy, el ama de llaves, y le dijo, para su sorpresa, porque no le gustaban las coincidencias, que la señora Osborne había preguntado por él. Al decírselo, le miró de un modo extraño y al mismo tiempo cómplice, y eso le pareció como una advertencia.

Encontró a la mujer en una salita —supuso que podía llamarse así— encajada detrás del salón en el que había conocido a Lettie esa mañana.

En la habitación, que parecía ser el dominio privado de la señora Osborne, preponderaban la cretona y la seda descolorida; había un considerable número de cojines, muchos botes de latón y jarrones de cristal y feas figuritas de porcelana con capas, miriñaques, calzones y tricornos; a Strafford le pareció muy similar a la ilustración de la tapa de una caja de chokolatinas.

La señora Osborne estaba sentada, o más bien posando, en el sofá tapizado de satén amarillo. Llevaba un vestido de gasa azul oscuro de cuello alto, cintura estrecha y falda ancha que se abría simétricamente en abanico a ambos lados, colocada de tal modo que sus pliegues recordaban la concha de la que surge la Venus de Botticelli. Lucía un collar de perlas en el cuello y un broche de esmeraldas con forma de escarabajo prendido en la pechera del vestido. Habían preparado el té en una mesita que tenía delante: jarritas, alcuzas de plata, tazas de porcelana fina, cuchillos, tenedores, cucharillas; había trozos de pastel colocados en capas pulcramente imbricadas sobre delicados platillos.

Strafford reparó en todo de un vistazo y se le encogió el corazón; una estrella de luz reflejada en la mejilla de la tetera pareció guiñarle un ojo con malévola alegría.

—¡Está usted aquí! —exclamó animada la señora Osborne, mostrando al sonreír dos filas de dientecillos blancos, dos de los cuales estaban ligeramente manchados de lápiz de labios. Era tan superficial como las baratijas que la rodeaban; sus ojos brillaban, aunque no de forma saludable, y tenía arreboladas las mejillas. Obligándose a devolverle la sonrisa, Strafford notó que el corazón se le encogía aún más.

La señora Osborne dio unas palmaditas a su lado en el sofá, invitándole a sentarse, pero él fingió no darse cuenta, fue a por una silla, la puso delante de la mesita y se sentó imperturbable en ella. Su anfitriona frunció ligeramente el ceño por un segundo, contrariada por su rechazo, pero luego volvió a exhibir una sonrisa brillante aunque un poco torcida.

—Sí, mejor, claro —murmuró—. Así podemos vernos más amistosamente.

A él, en ese momento, le pareció que estaba bastante loca.

El pelo, que esa mañana había llevado suelto y lacio, se lo había peinado de forma mucho más complicada, con una gruesa trenza colocada a modo de tiara sobre la frente y con rizos a los lados tapándole las orejas. A Strafford le recordó a alguien, pero no supo a quién. Dentro del zapato, el talón del calcetín seguía mojado, aunque ya era una humedad caliente, lo cual resultaba peor que cuando estaba fría. De hecho,

habría preferido volver a estar fuera, andando bajo la nieve, a pesar del aire helado, de la oscuridad cada vez mayor y de la incomodidad física de tener el pie mojado. Allí, en esa salita de fantasía entre tantas chucherías y baratijas, se sentía como el Conejo Blanco... ¿o sería la Liebre de Marzo?

—¿Lo sirvo yo? —preguntó la señora Osborne, y sin esperar respuesta empezó a servir el té—. ¿Un terrón o dos?

—Sin azúcar, gracias.

—¿Leche?

—No, gracias.

—Ah, lo prefiere usted solo. Bien, yo también. Aquí tiene.

La taza, cuando se la pasó, chocó levemente contra el platillo. Él la cogió y la puso en equilibrio sobre la rodilla, sin probar el té.

—Señora Osborne —dijo—, tengo que hablar con usted sobre lo que pasó anoche.

Ella alzó una ceja pintada.

—¿Anoche?

—Sí. O esta madrugada, es decir..., cuando encontró usted al padre Lawless. Su marido me ha dicho que no podía usted dormir y...

—¡Oh! —exclamó ella con un retintín de melancólica alegría—, ¡yo nunca duermo!

—Lo lamento —dijo Strafford lamiéndose los labios, y luego continuó—: Pero anoche, en particular, tengo entendido que estaba usted muy... muy inquieta, y que por eso bajó. ¿Podría contarme lo que pasó exactamente?

—¿Lo que pasó? —Le observó en apariencia muy perpleja—. ¿Qué quiere decir con lo que pasó?

—Me refiero a cuando encontró usted al padre Lawless —dijo él con paciencia—. Quisiera saber si encendió la luz.

—¿La luz?

—Sí, la luz eléctrica. —Strafford señaló la lámpara que colgaba sobre su cabeza; tenía una pantalla de tafetán—. ¿La encendió usted al entrar en la biblioteca?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría saber con qué claridad vio usted el... el cadáver del padre Lawless.

—No entiendo —murmuró ella, bajando los ojos y mirando aquí y allá, como si pudiera hallar la explicación en alguna parte a su alrededor.

Strafford suspiró.

—Señora Osborne, bajó usted de madrugada y encontró al padre Lawless en la biblioteca. ¿No es así? Y estaba muerto. ¿Lo recuerda...? ¿Recuerda haberlo encontrado? ¿Había encendido usted la luz? ¿Vio cómo murió? ¿Vio la sangre?

Ella se quedó inmóvil, en silencio, observando el suelo a sus pies.

—Supongo que debí de verla —dijo con voz débil y ausente—. Quiero decir que

si había sangre debí de verla —alzó de pronto la vista y le miró con intensidad—, ¿no?

—Es lo que le estoy preguntando —dijo con paciencia. Se sentía como si estuviese intentando sacar algo precioso de los pliegues impenetrables de un papel inesperadamente resistente—. ¿Lo recuerda?

Ella movió despacio la cabeza de un lado al otro, como una niña que no terminara de entender lo que le decían, sin dejar de mirarle; luego se removió y se sentó muy erguida, apoyando los hombros en el respaldo y parpadeando como si acabara de despertar de un trance.

—¿Quiere un poco de pastel? —preguntó, esbozando de nuevo su luminosa sonrisa, aunque no sin esfuerzo, notó Strafford—. Lo ha hecho la señora Duffy, se lo he pedido yo. —Su gesto se tornó más sombrío y volvió a fruncir el ceño como una niña, esta vez malhumorada y enfadada—. Seguro que está muy bueno —dijo con petulancia—. Los pasteles de la señora Duffy siempre lo están. Es famosa por lo buenos que son sus pasteles, todo el mundo lo dice, ¡el condado entero habla de los pasteles de la señora Duffy!

Gruesas lágrimas iridiscentes llenaron sus ojos y temblaron en los párpados inferiores, pero no llegaron a caer. Strafford, sujetando su taza y el platillo con una mano, alargó la otra hacia la mesa y la mujer que tenía delante levantó la suya con el aire dubitativo de una niña y la puso en la suya. Él notó la frialdad de su palma y los delicados huesos de debajo de la piel. Tenía los nudillos azules. Ninguno de los dos dijo nada, pero se miraron con una impotencia perpleja y compartida.

La puerta se abrió con lo que a Strafford le pareció un portazo y el coronel Osborne irrumpió en la salita.

—¡Ah, estás aquí! —dijo, sonriendo a su mujer—. Te he buscado por todas partes. —Se interrumpió y los observó a los dos, que le devolvieron la mirada cogidos de la mano—. ¿Va todo... va todo bien? —preguntó, sorprendido a su vez.

Strafford soltó la mano de la señora Osborne y se puso en pie. Estuvo a punto de decir algo, sin saber muy bien qué, pero la señora Osborne le interrumpió.

—¡Oh, por el amor de Dios! —le espetó, con una voz nueva y áspera—. ¡Por qué no me dejáis todos en paz!

Luego se levantó del sofá, se secó con la palma de la mano las lágrimas que no había vertido, apartó a su marido de un empujón y se marchó.

—Lo lamento... —se disculpó Strafford, al mismo tiempo que el coronel Osborne gemía: «¡Oh, Dios!».

Hacía un frío espantoso, pero no le importaba. Estaba bajando por la pendiente entre los árboles cuando, justo a tiempo, vio salir a Strafford de la caravana y echar a andar en dirección a donde ella se encontraba. Era raro, pensó, que lo reconociera nada más verlo, a pesar de las botas de goma y del sombrero calado hasta las orejas. Debía de tener frío, con esa gabardina y una bufanda fina de lana; ni siquiera llevaba guantes.

Se apartó a un lado, lejos del sendero —su sendero, llevaba meses abriéndolo, nadie lo recorría ni sabía siquiera de su existencia—, y se escondió entre un grupo de abedules. Su trenca era más o menos del mismo color que el entorno y confió en que eso la camuflara. Pero ¿y si la había visto ya? Parecía un policía bastante torpe, pero sabía muy bien que las apariencias pueden ser engañosas.

Si la veía, oculta entre los árboles, ¿qué le diría?, ¿qué excusa le daría por esconderse de él? Podría decir que su padre la había enviado con un mensaje para Fonse, algo de los caballos, y que se había asustado al divisar a alguien con botas negras y un sombrero calado subiendo por la cuesta. Pero sabía que no la creería.

Pero ¿por qué se había escondido? ¿Por qué no podía estar paseando por el bosque?

Aun así, habría dado media vuelta y echado a correr hacia la carretera de no ser porque ya era demasiado tarde, estaba a mitad de la pendiente. No encontraría el sendero, su sendero, pero estaba claro que iba a pasar muy cerca de donde ella estaba entre los pálidos y esbeltos troncos de los abedules, sin apenas atreverse a respirar y con el corazón en un puño.

¿Era el miedo o los nervios lo que hacía que su corazón latiera tan deprisa? Las dos cosas, supuso. Porque estaba nerviosa y estaba asustada, aunque de un modo agradable, pensando en que podía verla, acercarse y... ¿qué?

A lo mejor era eso: tal vez quería que la atrapase, tal vez deseaba que la atrapasen, no solo allí y en ese instante, en esa pendiente cubierta de nieve, sino siempre, y en cualquier parte. A veces, de pequeña, Dominic la dejaba jugar al escondite con él y sus amigos, y cuando empezaba el juego y se escondía dentro de un ropero, detrás de unos vestidos de su madre que olían a sudor y a rancio, o yacía

con los brazos alrededor de las rodillas debajo de la cama en el gran dormitorio de atrás, respirando polvo y procurando no estornudar, notaba una especie de cálida oleada creciendo en su interior —un poco como la sensación que se tiene cuando se está a punto de vomitar— y no sabía si temía o quería que la descubriesen.

Uno de los chicos mayores, se llamaba Jimmy Waldron —aún le parecía estar viéndolo tal como era entonces, con los dientes salidos y el pelo grasiento—, la descubrió escondida detrás de la puerta del cuarto de baño de arriba, pero en lugar de gritar para avisar a los demás de que la había encontrado, la obligó a entrar en el cuarto de baño y cerró la puerta, le subió el vestido e intentó besarla y no la soltó hasta que ella le mordió en el labio y le hizo sangre.

Strafford había llegado a su altura, y tan cerca, apenas a cinco o seis metros de donde ella estaba, que lo oyó jadear por el esfuerzo de trepar por la ladera empinada y resbaladiza. ¿Y si saltase sobre él con uñas y dientes como un animal? Eso le haría perder la compostura y reparar en su presencia, vaya que sí. Pero no se movió, contuvo el aliento y esperó a que pasara de largo.

Se quedó allí hasta que lo vio llegar a lo alto de la pendiente y a la carretera. Oyó un camión que pasaba; si lo atropellaban, se lo tendría merecido.

Era tan engreído como esos idiotas apocados de los bailes de caza que no la sacaban a bailar porque les daba miedo, o los supuestos aficionados a los caballos amigos de su padre, que se quedaban con sus copas de jerez en la mano y le sonreían con una mirada estúpida y vidriosa; la mitad de ellos no recordaban su nombre. Aunque peor era la familia de su madrastra, los Harbison, que estaban convencidos de ser un regalo de Dios al condado y que habían permitido que su hija chiflada se casara con su pobre padre y le amargase la vida.

En cualquier caso, el policía era guapo, aunque fuese tan flacucho —¿cómo podía ser tan delgado?—, y tenía unas manos muy bonitas, se había fijado en ellas, con las uñas limpias y cortas. Tenía una fobia con las uñas, por el modo en que seguían creciendo igual que el pelo, creciendo y creciendo, incluso después de morir, según le habían contado una vez; imagínate, pensó, imagínate estar tendida a dos metros bajo tierra en la más negra oscuridad, con el cráneo cubierto de mechones de pelo como fibra metálica y los dedos esqueléticos aferrados al pecho esquelético con centímetros de algo frágil y brillante como la madreperla creciendo en la punta.

El frío había empezado a colarse a través de la suela de sus botas de montar, así que salió de su escondrijo y continuó descendiendo por la pendiente. Se tomó su tiempo y bajó despacio. No podía permitirse resbalar y caer de espaldas en el fango medio congelado porque la falda que llevaba no era suya. En cuanto estuvo segura de que el doctor Hafner —el Boche— se había ido, entró en el dormitorio, donde el Ratón Blanco yacía desmayada en la cama, y cogió una de sus faldas de *tweed* y un jersey muy abrigado del armario, los llevó a su cuarto y se los puso.

Le gustaba ponerse la ropa de su madrastra, no sabía muy bien por qué: solo que le producía una especie de escalofrío que le alegraba de un modo un tanto siniestro.

Entonces se detuvo junto a los árboles, al borde del claro, y se quitó las bragas —no fue fácil con las botas de montar—, las enrolló y las guardó en el bolsillo de la falda de su madrastra. El aire, helado como la seda, se coló por debajo de la falda de *tweed* y le acarició los muslos; no sintió frío, sino todo lo contrario.

Ahí estaba la caravana, con las huellas de Strafford alejándose de ella, y la gran mancha circular de sangre en la nieve pisoteada al lado de la entrada.

Al llegar a la puerta dudó; ni tan solo después de tanto tiempo, había logrado decidir qué etiqueta seguir en esas... esas ¿qué? Ni siquiera sabía con qué palabra describir lo que hacía cuando iba así al bosque. «Visitas» sonaba ridículamente formal, y cuando intentaba pronunciar la palabra la oía exactamente del mismo modo estrangulado —«vsts»— en que lo diría el Ratón Blanco cuando se comportaba igual que la reina Isabel y ponía esa vocecilla que recordaba a los chillidos de un ratón. ¿Y «citas»? No, sonaba igual que «vsts», pero más estúpido.

En cualquier caso, ¿qué más daba? En su imaginación no estaba allí en realidad. Era raro: ¿cómo podía estar y no estar al mismo tiempo en un sitio? Vivía en su imaginación, eso era. Una vez una mañana verde y luminosa de verano centelleante de rocío —lo recordaba con viveza— había estropeado una tela de araña tejida entre dos coles en el huerto, y todas las crías de araña habían salido corriendo por los hilos en todas las direcciones, debía de haber cientos, incluso miles; eso le pasaba a ella: era la araña en el centro de la tela, y los animalillos que escapaban de ella eran versiones de sí misma huyendo al mundo.

Llamó mecánicamente a la puerta —a saber qué estaría haciendo ahí dentro ese animal—, apretó la manija de coche, subió el escalón de madera y entró por la estrecha puerta.

Cuando era niña y su madre le leía *El viento en los sauces* a la hora de acostarse, siempre había estado de parte de las comadreas y los armiños.

Fonsey estaba acucillado delante de la estufa, alimentándola con ramas.

—Esa leña está verde —dijo Lettie—. ¿Cómo quieres que arda si la leña está verde? Qué burro eres. —Él ni siquiera volvió la cabeza. Tenía levantado el cuello de la chaqueta de cuero y llevaba unas zapatillas de tenis sin cordones, las botas que acababa de quitarse estaban al lado de la estufa boquiabiertas y con la lengua fuera. Ella podía olerle desde donde estaba—. Y además hueles como un turón. —Él murmuró alguna cosa—. ¿Qué? —preguntó ella en tono cortante—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que qué sabrás tú de cómo huele un turón.

—Bueno, al menos sé lo que es un turón —en realidad, no lo sabía—, y tú no.

Fonsey se levantó. A ella siempre le sorprendía su tamaño, y en la estrechez de la caravana aún parecía más grande. Así de pie, con su aire desmañado, moviendo la cabeza sobre el cuello corto y grueso, podría haber sido un enorme animal saliendo de su escondrijo en un agujero del suelo.

En momentos así, cuando era ella quien iba a verlo, sabía que debería temerlo, pero no lo hacía. De hecho, era él quien la temía, ella lo sabía y le interesaba. Era dos

o tres veces más fuerte, podría romperle la muñeca o el cuello con un giro de esas manazas de carnicero suyas, pero de los dos era ella quien tenía más poder. ¿Cómo era posible? Los hombres, todos los hombres, según su experiencia, temían a las mujeres, por más que estuviese dispuesta a admitir que no podía decirse que su experiencia en esa área fuera muy amplia.

Justo entonces reparó en el conejo eviscerado que había sobre la mesa.

—¿Qué es eso tan asqueroso?

—Mi cena. —Cogió una sartén ennegrecida del gancho de encima del fregadero y la puso sobre el fogón—. ¿Quieres un poco?

—No conseguirás que se caliente lo suficiente con esa...

—... leña verde. Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer, comértelo crudo? Te imagino mascando una tajada cruda con la sangre corriéndote por la barbilla. Tú también eres un animal.

Fonsey se volvió y la miró. Ella le devolvió la mirada. Qué espinillas tan horribles, se dijo. ¿Cómo podía soportar verlo, con todas esas cosas en la frente?

—¿Has traído cigarrillos? —preguntó él.

Lettie sacó una pitillera plana de plata del bolsillo de la trenca y la abrió. Le había tomado «prestada» la pitillera a su madrastra y se la había quedado; los cigarrillos de dentro eran Churchman's. Normalmente llevaba Senior Service que cogía de una de las cajas de doscientos cigarrillos que su padre encargaba cada quince días en Fox's, de College Green.

—También he traído esto —dijo, sacando de un bolsillo interior una petaca de ginebra Gordon's. Se rio—. Podemos celebrar un cóctel.

Él esbozó su sonrisa torva que dejó ver el hueco del diente.

—¿Vas a quitarte el abrigo? —preguntó en voz baja; cuando estaban solos así, sabía hacer que la pregunta más sencilla sonase insinuante.

—¿Sabes el frío que hace aquí? —respondió ella indignada—. ¿Por qué no te quitas tú el abrigo, o como se llame eso que llevas? —Fonsey le había contado que su chaqueta estaba hecha de pelo de caballo y que en la guerra había sido de un piloto de Spitfire que había muerto; fuese o no verdad lo del piloto muerto, lo del pelo de caballo era creíble, pues todavía apestaba al matadero.

Lettie rompió el sello de la botella de ginebra con las uñas. Él la miró encantado, toqueteándose despistado la herida del labio.

—Ha venido ese policía —dijo—. Stafford, o como se llame.

—Lo sé. Lo he visto subiendo por la pendiente. El olor de ese conejo es asqueroso, por cierto.

—Huele igual que tú —dijo Fonsey, con una sonrisa astuta, apretando la punta de la lengua contra el hueco del diente.

—Eres asqueroso. —Se sentaron, uno en cada camastro, enfrente el uno del otro, con la cabeza apoyada contra la pared de la caravana. Habían encendido los cigarrillos, y Lettie abrió la ginebra. Sostuvo la botella delante de sus ojos con el ceño

fruncido—. ¿Cómo vamos a bebernos esto?

—La compartimos a medias.

—¿Quieres decir que bebamos los dos de la misma botella? Ni lo sueñes... y menos con esa herida que tienes en la boca. Búscame un vaso. —Él se levantó y abrió el mueble alto con las vetas agrietadas en la puerta, regresó con un vaso mugriento y se lo dio—. ¡Está asqueroso! —gritó ella—. ¿Es que nunca limpias nada?

Se levantó el dobladillo de la falda, cogió un pliegue de la tela de *tweed* y la frotó con fuerza por dentro del vaso. Fonseca volvió a desplomarse en el camastro y se inclinó apoyándose en el codo. Lettie tenía alzada la pierna izquierda y él vio la parte superior de las medias y el botón del ligero que las sujetaba en su sitio.

—Tienes unas piernas muy bonitas —dijo.

—Sí, muy bonitas y patizambas, gracias a mi querido padre.

—Me gustan.

—A ti te gusta todo. —Se sirvió la mitad de la ginebra en el vaso y le pasó la botella con la otra mitad—. Chinchín. —Dio un sorbo e hizo una mueca—. Odio cómo sabe esto. No sé por qué lo bebo.

—Porque hace que te sientas mejor.

—A lo mejor hace que te sientas mejor tú; a mí me hace sentir peor.

—Pues no te la bebas. Dámela.

—¡Oh!, calla de una vez —respondió ella, sintiéndose de pronto sin fuerzas, y apartó la cara. Echó otro trago y dio otra calada al cigarrillo. Aún no había aprendido a inhalar, Fonseca siempre decía que desperdiciaba el tabaco. Estaba mirando la luz declinante a través de la ventana sucia—. ¿Qué le has contado a Sherlock Holmes? —preguntó.

—¿A quién?

—Al inspector, ¿lo recuerdas? El que acaba de venir. ¿O es que tu preclaro cerebro ya lo ha olvidado? Y, a propósito, no es Stafford, sino Strafford.

—¿Te ha visto?

—¡Pues claro que no! Me he escondido. —Hizo una pausa—. ¿Qué te ha preguntado?

—Nada. Quería saber si estuve aquí anoche.

—¿Y qué le has dicho? —Lettie le observó por encima del borde del vaso.

—¿Tú qué crees?

Ella asintió pensativa con la cabeza.

—No es tan tonto como parece.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Había encogido las rodillas, y los ojos de Fonseca estaban fijos en la pálida parte inferior de sus muslos, que ella separó un poco, fingiendo no darse cuenta de que lo estaba haciendo. Él siguió contemplándola con intensidad y volvió a llevarse un dedo a la herida del labio. Lettie se rio en voz baja—. ¿Por qué no miras un poco? —dijo, y tomó otro trago, esta vez más largo, del vaso mugriento.

Fonsey la miró a la cara, luego volvió a bajar los ojos y fijó la mirada húmeda en lo que le estaba mostrando. Lettie le dio la colilla.

—Tírala, ¿quieres?

Cogió la colilla y la aplastó en un platillo que había en el fregadero, al lado de los restos encendidos de su propio cigarrillo.

—Se quema la sartén —dijo ella—. ¿No ves el humo que está echando?

Fonsey se levantó, fue a la estufa, quitó la sartén del fuego y la soltó en el suelo con estrépito.

—Ya ves que he conseguido encenderla —dijo—, aunque la leña estuviese verde.

—¡Ah, sí, eres un genio!

Una vez más volvió y se desplomó en el camastro. Ella había relajado los muslos por completo y los había separado con descuido; los faldones de la trenca estaban apartados, y la falda se le había subido a la cadera. Fonsey tenía la frente ardiente, las espinillas brillaban y se oía su respiración, no era rápida, sino lenta y profunda, como una especie de suave gemido; pensó en Strafford al pasar a su lado por la pendiente, y en el ruido áspero y acelerado de sus jadeos.

Fonsey parecía tenso, como si estuviera angustiado o dolorido.

—Arrodíllate —ordenó ella—. Vamos, ponte de rodillas, zoquete.

«Zoquete»: era una palabra con la que había dado hacía poco, en algún libro; la conocía de antes, claro, era una palabra común, pero esa vez había reparado en ella, la había recordado; le gustaba. Zoquete.

Fonsey se levantó del catre y se hincó de rodillas delante de ella. No fue fácil: el espacio entre los dos camastros era tan reducido que apenas había sitio para él; ella miró divertida cómo se golpeaba en todas partes. Luego, le puso una mano en la cabeza, metió tres dedos de la otra en el vaso y se untó la ginebra entre los muslos; el alcohol le picó, pero le dio igual.

—Bébetela —le mandó, con la voz pastosa—. Vamos, lame... lámela.

Fonsey hundió el rostro por debajo de sus rodillas y le hurgó entre los muslos como un terrier al introducirse en la madriguera de un zorro, pensó ella. Tenía el pelo caliente y le cosquilleaba la piel. Era como si la lamiera un animal. Alzó una ojeada lánguida hacia el crepúsculo en la ventana. Zoquete, pensó. Lame. Lame mi regazo. ¡Lame mi regazo! Se habría reído si no hubiese estado tan cerca de correrse. Unas luces como estrellas empezaron a estallar y a silbar delante de sus ojos y pensó en esos animales de los dibujos animados, el gato Tom, y ese conejo, ¿cómo se llamaba? Cada vez que los golpeaban en la cabeza, unas estrellas giraban en círculos por encima, como ruedas de santa Catalina. ¡Bugs Bunny, eso es! Olió el conejo que había sobre la mesa; le había dicho que olía igual que ella. Lame, zoquete, lame. Estrellas. Tenía la lengua seca, lengua de gato. El gato Tom, un gato salvaje, un gato salvaje. Silbidos, silbidos, silbidos.

Fonsey apartó la cabeza de los muslos, y ella se recostó suspirando y apuró las últimas gotas de ginebra del vaso. A menudo consideraba que eso era lo mejor, esos

momentos de pereza cuando había terminado y la imaginación se le nublaba y no tenía que pensar en nada. Fonseca, su pobre zoquete, seguía postrado con los hombros contra sus rodillas y la cabeza greñuda descansando en su muslo. Nunca se besaban, ella no lo permitiría, jamás lo permitiría, ni siquiera aunque no tuviera una herida en la boca, la frente cubierta de espinillas y el sabor de ella en la boca; sencillamente no quería besarle; no quería besar a nadie.

Ella le puso la mano en el hombro y lo apartó.

—Ahora tú —dijo.

Él se toqueteó la parte delantera del mono de trabajo para soltarse los corchetes y se lo bajó y ella le puso las piernas alrededor del cuello y entrelazó los tobillos por detrás. No le miró acurrucado allí, temblando y gruñendo; no quería mirar, era demasiado feo, esa cosa grande y púrpura asomando, con la punta como un casco y el puño bombeando de ese modo espasmódico tan horrible, igual que si estuviese ordeñando una vaca. Al final soltó una especie de maullido sorprendentemente suave, como el gemido de un niño en sueños. Sus piernas seguían alrededor de su cuello y él ladeó la cabeza y pegó la boca a la carne suave y fría de color gris perla de detrás de la rodilla. Era muy raro ver esa cabezota con la maraña de grasientos rizos pelirrojos instalada entre sus rodillas, como una cabeza decapitada en una bandeja.

Empezó a decir algo, pero ella le interrumpió.

—¡No! —dijo con un susurro feroz, cogiéndolo de una oreja y retorciéndosela—. No empieces con lo del amor. Ni tú me quieres ni yo te quiero a ti. Nadie quiere a nadie. ¿Está claro? ¿Entendido?

Él murmuró alguna cosa e intentó asentir con la cabeza, y ella le soltó la oreja, que se había puesto muy roja.

No estaba segura de adónde habría ido a parar lo que había ordeñado, habría salpicado el suelo, supuso, o el lateral del camastro. Una de esas tardes que habían pasado juntos así, había cogido una gota con el dedo y la había probado, solo un poco, con la punta de la lengua, por curiosidad. Tenía un sabor extraño, como de sal y serrín empapados en leche.

Imagina tener pegotes de ese mejunje dentro de ti, pegajosos y calientes, y esos minúsculos renacuajos retorciéndose en él y corriendo por tus conductos.

Nunca había dejado que nadie lo hiciera, aunque unos cuantos lo habían intentado, entre ellos Jimmy Waldron, en una fiesta en casa de los Atherton la Navidad pasada; estaba estudiando para maestro o algo por el estilo, y jugaba al *rugby*; parecía haber olvidado que la había encerrado en el cuarto de baño aquel día cuando eran niños. Pero ella se acordaba, vaya si se acordaba. Tuvieron que llevarle a casa después de que vomitase en el suelo del invernadero cuando ella le dio un rodillazo en la entrepierna con todas sus fuerzas; a lo mejor eso le enseñaría a tener las manitas quietas.

Fonseca se había arrastrado de nuevo hasta el otro catre, se estaba subiendo el mono de trabajo y se quedó allí apoyado otra vez en el codo y mirándola con una

sonrisa estúpida. Ella se bajó la falda hasta las rodillas; qué pena no poder contarle a Minnie Mouse lo que había hecho su hijastra esa tarde vestida con su ropa. La próxima vez quizá le pediría a Fonsey que le echase eso encima y luego la colgaría en el armario para que la puta se llevase una sorpresa.

—¿Cuándo vuelves al colegio? —preguntó Fonsey, encendiendo otro cigarrillo.

—No voy a volver —respondió ella.

—¡Ah! ¿Y por qué no?

—No voy a volver y ya está.

—Algo tendrá que decir tu padre.

—Sí, bueno, mi padre que diga lo que quiera.

Había estado interna cuatro años en un colegio de Gales del Sur, una pocilga espantosa a las afueras de un pueblo cuyo nombre no había aprendido a pronunciar correctamente porque tenía unas doce consonantes y casi ninguna vocal. No le había dicho a nadie excepto a Dominic que no iba a regresar después de las vacaciones de Navidad, pero ni siquiera a él le había contado por qué. Lo cierto era que la habían expulsado: una monja la había pillado con un tipo, uno del pueblo, en la puerta trasera una noche, ella con la lengua en mitad de su garganta y él con la mano en mitad de su uniforme de gimnasia.

Podía haberse librado de no ser porque había sido una más, y la más grave, de la larga lista de sus depravaciones, como las llamaban ellas. La conversación con la señorita Twyford-Healy, la directora, no había sido agradable, pero era un precio ridículo comparado con el regalo de la libertad que le habían concedido de pronto. Te-Hache, que era como llamaban todas a la señorita Twyford-Healy, había escrito a su padre, informándole de que su hija no podía volver después de las vacaciones. No obstante, se las había arreglado para interceptar la carta —había pasado muchas mañanas acurrucada en el rellano, helada hasta el tuétano vestida únicamente con su camisón, esperando detrás del pasamanos la llegada del correo— y ahora permanecía horas despierta por las noches en la cama, preguntándose qué le diría exactamente a su padre cuando llegara el momento de volver al colegio y tuviese que contarle que la habían expulsado.

Era raro que, con tantas cosas en las que pensar, concediera tanta importancia a algo tan trivial como que la hubieran expulsado de un colegio. Estaba claro que no había quien la entendiera.

Strafford, con las manos en los bolsillos de los pantalones, llevaba un rato deambulando por la casa en busca de Dominic Osborne, y por fin lo encontró, cómo no, en el salón. Ballyglass estaba construido según generosos preceptos victorianos, y debió de jactarse de tener veinticinco o treinta habitaciones, pero con los años la familia la había reducido —la había ido vaciando— hasta convertirla en una vivienda burguesa consistente en poco más que la cocina, el comedor, un salón «de trabajo», tres dormitorios en el piso de arriba, un baño y un lavabo independiente, y había dejado que el resto se sumiera en un estado de quietud intemporal, como esas salas que nunca se visitan en los museos y donde se guardan las piezas que se han pasado de moda y que ya nadie quiere ver. El padre de Strafford había hecho una reducción aún más radical de Roslea House, y ahora apenas salía de lo que antes había sido su despacho y que había ido transformando poco a poco en una madriguera que servía para todo y en la que había dispuesto una cama doble, la cama que había compartido con su mujer los pocos años que duró su matrimonio, un fogón de gas, una estufa de parafina y varios orinales decorados, que eran parte de una colección reunida por un antepasado olvidado.

Había oscurecido ya, y en el salón habían echado las cortinas y encendido las luces. Dominic Osborne estaba instalado en un sillón junto al fuego, con una bandeja con las cosas del té en una mesita a su lado y un libro de medicina abierto sobre las rodillas: cursaba segundo de Medicina en el Trinity College de Dublín. El labrador que había salpicado el vestíbulo de aguanieve al sacudirse estaba tendido a los pies del joven, suave y grueso como una foca. El fuego ardía animado y el aire estaba cargado del olor de los troncos llameantes.

Al levantar la vista cuando entró Strafford, el joven frunció el ceño. También el perro alzó la cabezota cuadrada, miró al inspector con los ojos adormilados y volvió a apoyarla de golpe en el suelo de madera.

—¡Ah!, le he estado buscando —dijo Strafford—. Espero no estar molestándolo. Osborne cerró el libro y lo dejó en el suelo al lado de la silla.

—No me molesta. Supongo que querrá... ¿cómo se dice?, interrogarme sobre el

padre Tom.

—Bueno «interrogar» no es una palabra muy exacta —respondió Strafford con una sonrisa amable. Se acercó al fuego y puso las manos delante de las llamas—. Eso solo sucede en las películas.

—No voy a serle de ninguna ayuda —dijo Osborne con frialdad—. No oí nada; duermo como un tronco.

—Como todo el mundo en la casa, por lo visto, excepto su madre. —El joven le miró con intensidad—. Lo siento, quería decir su madrastra.

—Sí, ella deambula mucho de noche.

—Por lo general, yo tampoco duermo muy bien, así que la comprendo.

—Seguro que le encantará saberlo —dijo Dominic con evidente sarcasmo.

Visto de cerca, no era tan apuesto como le había parecido cuando se asomó por encima del pasamanos esa mañana desde lo alto de lo que todos llamaban las escaleras traseras. Era guapo, sin duda, con esa mandíbula recta y los ojos azules y fríos de su padre, pero había algo vago en él, algo incompleto y esquivo. ¿Qué tendría? ¿Veinte o veintiún años? Trinity le había impreso una jactancia que no sonaba auténtica y tal vez nunca llegaría a serlo.

Iba vestido como su padre, de hecho, de forma casi idéntica, con una chaqueta de *tweed*, pantalones de pana, camisa de cuadros, pajarita y unos zapatos de cuero cuya puntera brillaba a la luz del fuego como una castaña recién pelada. El día menos pensado, si no lo había hecho ya, empezaría a fumar en pipa y se emborracharía con los amigos los sábados por la noche, conduciría un coche deportivo y hablaría despectivamente de las chicas; nada de eso sería convincente tampoco. A Dominic Osborne siempre le faltaría algo indescriptible, siempre habría algo que no acabaría de encajar.

Pero era estudiante de Medicina, se recordó a sí mismo Strafford: sabía dónde encontrar la yugular.

—¿Le importa si me siento? —preguntó el detective y, sin esperar respuesta, se acomodó en otra butaca al otro lado de la chimenea—. Está siendo un día muy largo.

—¿Ah, sí? No para el padre Tom.

—Pues no. —Un tronco se asentó en la chimenea y levantó una constelación de chispas—. Supongo que lo conocía de toda la vida, ¿no?

El joven se encogió de hombros.

—No me atrevería a decir tanto. Aunque siempre estaba en la casa, claro.

—¿En la casa?

—A papá, a mi padre, le caía bien, o le gustaba que viniera. Supongo que le hacía compañía. Tenían intereses comunes: la caza, el tiro y demás.

—¿A usted no le gustan esas cosas?

—¿Y a usted?

—Ahora vivo en la ciudad, no tengo muchas ocasiones.

—Tal vez no para cazar, pero para disparar sí, ¿no? Al fin y al cabo es usted

inspector de policía.

—No llevo armas.

—¡Ajá!

El tronco de la chimenea volvió a asentarse y produjo otra exhibición de fuegos artificiales en miniatura. Strafford pensó de pronto en el mundo cubierto de escarcha de fuera, en las montañas nevadas y en los árboles negros y sin hojas, todos suspendidos en un vasto y gélido silencio. Y luego, claro, pensó en la muerte.

—¿Conoció usted a su madre?

—¿Qué? —Dominic Osborne volvió a mirarlo fijamente—. ¿Que si la conocí? Pues claro.

—¿Qué edad tenía usted cuando...?

—Doce. ¿Sabe que se cayó por las escaleras de atrás, las mismas que...?

—Sí... —Estuvo a punto de señalar la coincidencia, pero se contuvo; no habría sido de buen gusto.

El joven se apartó y contempló el fuego. El perro, a sus pies, empezó a estremecerse y a gemir en sueños. A Strafford siempre le había extrañado que los perros soñasen; ¿cómo era posible si se suponía que no tenían memoria?

—La encontré yo —dijo el joven, sin apartar la vista del fuego; las llamas se reflejaban en sus ojos—. También era de noche, todo el mundo dormía.

—¿Y usted la oyó caer?

—Sí, la oí. —De repente, se movió en el asiento y miró a la cara al inspector—. ¿Va a preguntarme por qué no oí caer al padre Tom por las mismas escaleras si dormía en la misma cama que esa otra noche?

—No. Además, no creo que se cayese.

—¿Qué?

—El cura... aún estaba en pie, hasta que llegó a la biblioteca.

—Entonces el ruido debió de ser totalmente diferente —dijo Dominic Osborne. Suspiró, como si se sintiese muy cansado de pronto, y cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla. Cuando volvió a hablar su voz sonó extraña, como si llegara de una sala vacía y resonante—. Una vez, hace muchos años, en Francia, viajamos los cuatro en tren —dijo—, mi madre, mi padre, mi hermana y yo. Era uno de esos modelos nuevos diésel, muy rápido, supongo que un tren expreso, que iba de París hacia el sur. Estábamos llegando a Lyon, creo que era Lyon, cuando chocamos con algo en la vía. Hizo un ruido muy raro, una especie de traqueteo a lo largo de los vagones. Pensé que habíamos topado con un paso a nivel y que era el ruido de la barrera de madera al romperse y pasar por debajo de las ruedas. El maquinista debió de quitar el pie del freno, ¿cómo se llama?, ¿el freno automático?, porque después de la colisión seguimos avanzando..., ¡oh!, al menos un kilómetro o dos, cada vez más despacio, hasta que nos detuvimos. Nunca olvidaré el silencio que se produjo entonces, fue casi tan raro como el ruido de lo que habíamos roto a nuestro paso. —Se levantó, fue a la chimenea y echó otro tronco a las llamas. Luego se quedó

allí, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mirando el fuego y recordando—. Tuvimos que esperar varias horas hasta que llegó otro tren y nos llevó a Niza. Al día siguiente estaba en todos los periódicos: dos chicas de un pueblo por donde pasaba el tren habían hecho un pacto de suicidio y se plantaron delante de la máquina. Lo que oímos fueron sus huesos al romperse y rodar en la vía, debajo de las ruedas. —Se interrumpió y volvió a sentarse, apoyó la cabeza en la silla una vez más y cerró los ojos—. Nunca lo olvidaré. Aún recuerdo el ruido de los huesos traqueteando por la vía como bolos.

El perro soltó varios gañidos agudos y levantó los labios igual que un caballo al relinchar.

—Lo siento —dijo Strafford.

Dominic Osborne abrió los ojos y los movió a un lado para mirarle.

—¿Qué siente...? ¿Lo de las dos chicas que se suicidaron o lo de mi madre? — Bajó un brazo y acarició el suave costado del perro. Strafford lo contempló.

—¿Estaban muy unidos su madre y usted? —preguntó.

El joven soltó una especie de risa.

—¿Es que no ha leído a Freud? ¿No lo están todas las madres y sus hijos?

—No todas; no siempre.

—Y usted, ¿tiene una? Quiero decir, una madre. —El joven se inclinó hacia delante con los codos sobre los reposabrazos de la butaca y entrelazó los dedos observando al detective—. Sospecho que también la perdió pronto, como yo. ¿Es así?

Strafford asintió con la cabeza.

—Sí. Un cáncer. Yo era más pequeño que usted..., tenía nueve años.

Se quedaron en silencio; los dos contemplaron el fuego. Strafford estaba pensando en su madre. Extrañamente no pensaba mucho en ella, no tanto como en su padre; pero claro, su padre aún estaba vivo. Ella, su madre, había muerto por esa misma época del año, en una habitación de la planta baja muy parecida a aquella, donde habían convertido el sofá en una cama improvisada. Pasaba horas observando a los pájaros del jardín: los zorzales, los mirlos, los petirrojos y las urracas con sus raros y chasqueantes graznidos. «Imagina ser un gusano», decía con voz aflautada; el cáncer estaba devorando ya su esófago, y movía la cabeza compadeciéndose de todos los bichos.

Strafford recordaba el olor a medicinas en la habitación, el calor sofocante, las ventanas cerradas y el aire tan cargado y empalagoso como si fuese algodón mojado. Ella le pedía que le llevase la botella de *brandy* del mueble del comedor envuelta en un papel de periódico. En aquel entonces le dejaban beber todo el *brandy* que quisiera, pero a ella le gustaba fingir que era un secreto entre los dos.

Se incorporó en el asiento y dejó de lado esos recuerdos.

—Hábleme de anoche, ¿quiere? —dijo.

Dominic Osborne se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le cuente? Estoy seguro de que ya ha oído todo lo que había

que oír.

—Y yo estoy seguro de que no. Además, quisiera oír su versión.

El joven se arrellanó en la butaca y miró la penumbra del techo, por detrás de la luz de la lámpara.

—Llegué de Dublín en el tren de la tarde —dijo—. Matty le pidió prestada la furgoneta a los Reck para ir a recogerme a la estación.

—¿Quién es Matty?

—Matty Moran. Trabaja, si es que puede decirse así, en la Gavilla de Cebada. Mi padre emplea sus servicios de vez en cuando para recortar los setos, cazar ratas: chapuzas. Si se aloja en la Gavilla lo conocerá, es como si viviera en el bar. Le gustará. —Hizo una mueca de bufón, tirándose de la comisura de los labios—. Matty es un personaje de Ballyglass, uno más.

—¿Estaba aquí el padre Lawless cuando llegó usted?

—Sí, había venido a comer, creo, y luego no se pudo ir por culpa del tiempo.

—¿Se quedaba mucho en la casa? Quiero decir, por lo general.

—Bueno, le guardamos el caballo...

—Sí, lo sé —dijo Strafford interrumpiéndole y haciendo un esfuerzo por no parecer impaciente; siempre le parecía tedioso intentar extraer información de los testigos: igual que quitarle la espina al pescado—. Entonces, venía mucho por aquí, ¿no?

—Sí, supongo que era uno de los hijos. ¿Por qué? ¿Tiene alguna importancia?

—No lo sé.

—Le gustaba estar aquí. ¿Por qué no iba a gustarle? Cama y comida gratis, gente civilizada con quien conversar, si no se tiene en cuenta a mi hermana. Creo que no debería haberse metido a cura. —Strafford notó una nota de amargura en la voz del joven. ¿Qué pensaba del cura que no debería haberse metido a cura? Tantas preguntas, tantas incógnitas. Estaba muy cansado—. Su trabajo —dijo Dominic Osborne— debe de ser como intentar hacer un puzle, juntar todas las piezas, buscar un patrón, ¿no?

—Supongo que sí, en cierto modo. Lo malo es que las piezas no están quietas, sino que se mueven y trazan patrones por su cuenta, o lo que parecen patrones. Todo es engañoso. Cuando crees que tienes la medida de las cosas, todo cambia. En realidad es más bien como una obra de teatro en la que el argumento cambia constantemente...

Se interrumpió y se golpeó las uñas en un rápido redoble contra los dientes. ¡Claro, claro!, pensó, eso era lo que llevaba inquietándole desde el momento en que llegó a Ballyglass House; era raro, pero todo el mundo parecía ir disfrazado, vestido para interpretar un papel, igual que una compañía de actores apiñada entre bambalinas esperando el momento de empezar. En primer lugar, el coronel Osborne: debía de haberse pasado una hora delante del espejo vistiéndose como lo que era o quería ser; un terrateniente rural, héroe de Dunkerque, apuesto a pesar de los años,

honrado y tradicional, brusco y sombrío. Luego estaba su hijo, arreglado para parecerse lo más posible a él, con *tweed* y pana, zapatos de cuero marrones, camisa de cuadros y el pelo engominado. También estaba Lettie, la primera vez que la vio Strafford, con los pantalones de montar y la chaqueta de hípica aunque nunca montaba; y la señora Osborne, que había interpretado dos papeles distintos, primero como la loca encerrada en el desván y después como joven princesa descarada, en esa absurda charada mientras tomaban el té, con sus perlas, su vestido azul y sus vocales entrecortadas.

Pero ¡si hasta la sonrosada señora Duffy resultaba demasiado convincente en su papel de fiel ama de llaves!

No obstante, ¿a beneficio de quién se habían disfrazado para ser tan convincentes que no convencían a nadie? Era como si los hubiesen llamado y les hubiesen asignado su papel en una representación de sombras chinescas.

¿O serían imaginaciones suyas? ¿Estaría inventándose un decorado y una trama donde no había nada? Eso siempre era un peligro, ver cosas donde no las había, encontrar un sentido a lo que no lo tenía. ¿Tan vacía estaba su vida que necesitaba inventarse cosas para llenarla, igual que un niño jugando con sus amigos imaginarios?

Sin embargo, habían asesinado a un hombre, y lo había asesinado alguien, eso era real, había sucedido. Y la persona que había cometido el crimen estaba oculta en alguna parte, a la vista de todos.

Dominic Osborne habló e interrumpió sus pensamientos.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro.

—¿Por qué decidió hacerse policía?

—¿Por qué? —Strafford apartó la mirada, sintiéndose cohibido, como le pasaba a menudo; no le gustaba que le hiciesen esa pregunta en particular—. No sé si lo recuerdo. En cualquier caso, no estoy muy seguro de haberlo decidido... No creo que nadie decida nada. Creo que nos dejamos llevar y que todas nuestras decisiones las tomamos *a posteriori*. —Hizo una pausa—. ¿Por qué decidió usted estudiar Medicina?

Entonces fue el turno del joven de apartar la mirada.

—Al igual que usted, lo desconozco. Lo más probable es que ni siquiera acabe los estudios. No me imagino con una bata blanca, recetando placebos y mirándole el culo a la gente.

—¿Qué le gustaría hacer?

—¡Oh!, no lo sé. Vivir en alguna isla, en cualquier sitio que no sea este. —Miró la sala iluminada con sus rincones oscuros—. La casa está encantada, ¿lo sabía?

—Sí, me lo ha dicho su hermana. ¿Qué tipo de fantasmas son?

—¡Oh!, los típicos —dijo vagamente el joven—. Son tonterías, claro. Los muertos no vuelven... ¿Por qué iban a volver? Seguro que cualquier sitio es mejor

que este.

Cogió el libro del suelo; Strafford captó la indirecta.

—Lo siento —dijo, haciendo ademán de levantarse—. Debería dejarle estudiar.

—¡Estudiar! —exclamó el joven con una risa sardónica que, por un segundo, sonó más parecida a la de su hermana de lo que probablemente querría.

Strafford, ya de pie, se demoró un instante con las manos en los bolsillos. El perro despertó un momento, alzó de nuevo la cabeza, le miró y luego volvió a quedarse dormido.

—Una última pregunta, Dominic, si no le importa..., ¿puedo?

—Adelante..., pregunte lo que quiera.

—¿Quién estaba aquí, quién estaba en la casa la noche que murió su madre? ¿Lo recuerda?

El joven le echó una rápida mirada de perplejidad.

—¿Por qué quiere saberlo? Han pasado años.

Strafford se encogió de hombros y esbozó su sonrisa más cautivadora, igual que si se pusiera una máscara.

—¿Recuerda quién estaba en la casa?

—Nadie en particular. Papá, mi hermana... tenía solo, no sé, siete u ocho años.

—¿La señora Duffy?

—Sí, supongo. Y también teníamos dos doncellas, tenían su cuarto en el desván; no recuerdo cómo se llamaban.

—¿Y ya está? ¿Nadie más?

Se hizo un silencio, y luego fuera en la oscuridad se oyó un ruido leve, suave y resbaladizo; un montón de nieve, pensó Strafford, que resbalaba por el tejado. ¿Estaría fundiéndose la nieve? No parecía muy probable.

—Creo que ella también estaba —dijo Dominic Osborne—. Entonces era la señorita Harbison.

—¿Su madrastra? —dijo Strafford, y le pareció notar otro suave resbalón, pero esta vez no fue fuera—. ¿Su madrastra estaba aquí cuando su madre...? No lo entiendo.

Desde el vestíbulo llegó la nota callada y reverberante de un gong. Dominic Osborne dejó el libro sobre el reposabrazos de la butaca y se puso de pie, el perro se despertó con un sobresalto y se levantó también, arañando los tablones del suelo con las uñas al elevar los pesados cuartos traseros.

—Sí —dijo Dominic Osborne en tono envarado y distante—, era amiga de mis padres. ¿No lo sabía? Bueno, en todo caso, amiga de mi madre, en teoría. —El perro bostezó y se sacudió—. A propósito, eso ha sido el gong de la cena —añadió el joven—. ¿Se quedará a cenar con nosotros? No se lo recomiendo, la verdad... ¿Ha probado la comida de la señora Duffy?

Strafford sonrió vagamente y no respondió; estaba pensando en el estofado de carne con riñones.

No, no se quedaría; el coronel le había invitado, pero él se había excusado diciendo que tenía que llegar a la Gavilla de Cebada, pues ya era bastante tarde y las carreteras serían más traicioneras cuando cayera la noche.

Al bajar los escalones de la entrada, se detuvo para contemplar los campos resplandecientes. El cielo se había despejado y las estrellas brillaban en el cielo insondable y oscuro como el terciopelo. A lo lejos, en el bosque, ladró un zorro. El aire helado le escoció en la cara. Estaba cansado, muy cansado. El día parecía haber durado ya más de lo normal y aún no había acabado.

Su coche, un viejo Morris Minor de color negro, estaba encerrado en una brillante cáscara de escarcha. Rascó el hielo del parabrisas como pudo. El motor no arrancó con la llave y tuvo que utilizar la palanca manual; hicieron falta media docena de giros antes de que arrancase. Siempre le preocupaba que la palanca saliera dando vueltas hacia atrás y le rompiera la muñeca. Al maniobrar por el camino de acceso, oyó el hielo que crujía debajo de las ruedas. Giró a la izquierda y metió las ruedas delanteras en las dos roderas negras de la carretera. Ante él se alzaron, a la luz de los faros, árboles cubiertos de escarcha, fantasmales, blancos y desnudos, con las ramas en alto como si tuviesen miedo.

Un puzzle, había dicho Dominic Osborne, y tenía razón: no obstante, las piezas estaban tiradas por ahí, y no tenía la ilustración en la tapa de la caja para guiarse; de hecho, ni siquiera había una caja.

Cuando llegó a la Gavilla de Cebada los ojos le dolían por el esfuerzo de concentrarse en la carretera. Acababa de tomar una curva especialmente pronunciada y traicionera cuando una forma blancuzca con las alas abiertas se deslizó hacia él deslumbrada por los faros en la oscuridad; era una lechuza, él se había apartado por instinto de ese animal salvaje y había estado a punto de meter el coche en una zanja.

La Gavilla de Cebada no era más que una casita con techumbre de paja y ventanas muy pequeñas todas iluminadas. Aparcó el vehículo lejos de la carretera y cogió la bolsa de viaje del asiento trasero —solo había llevado un cepillo de dientes y una maquinilla de afeitar, un pijama, un par de camisas y varias mudas de ropa

interior— y se dirigió con aprensión hacia la entrada. Lo único que quería era una comida caliente y una cama abrigada, y no estaba nada seguro de que la Gavilla pudiera garantizar ni una cosa ni la otra. El desánimo se instaló en su corazón.

La puerta estaba cerrada y, cuando la abrió para entrar, le recibió el olor de la cerveza fuerte y una vaharada de humo de turba que hizo que le lloraran los ojos. El bar era estrecho y de techo bajo, tenía una barra muy alta y varios taburetes de madera alineados delante. En las paredes había recortes de periódicos amarillentos por el tiempo y curvados por los lados; las noticias eran sobre todo de victorias deportivas. En una de las ventanas había dos palos de *hurley* en miniatura montados sobre una placa de madera barnizada y orgullosamente envueltos con una cinta con los colores del condado. El bar estaba vacío. Una estufa de turba canturreaba para sus adentros en un rincón.

A pesar del aspecto abandonado del lugar y del ambiente nada prometedor, se sintió un poco más animado. Al menos estaría caliente y tal vez la cama fuese blanda; hasta era posible que hubiese algo decente de comer.

Cogió una campanilla de la barra, la sacudió dubitativo y enseguida apareció una mujer por debajo de un arco de madera al otro extremo del bar. Debía de ser la mujer del leído carnicero y tabernero Reck, pues era como una versión femenina de él, corpulenta, de cabello oscuro, sonriente y de voz suave.

Se presentó y ella se limpió la mano en el delantal y se la tendió por encima de la barra para que se la estrechara.

—Vaya nohecita —dijo—, hace un frío que pela. Tengo su cena en marcha —añadió—. Bueno, ¿qué quiere beber?

Esa pregunta siempre le planteaba un dilema a Strafford, pues no había conseguido que le gustase el sabor del grano o de las uvas podridas. Ese defecto, pues no era otra cosa, le dejaba en una posición difícil con respecto a la mayoría de sus compatriotas, de hecho lo convertía en objeto de sus sospechas e incluso de su desconfianza: ¿qué clase de hombre era que no quería beber un trago? Después de años de angustiosa experimentación, siempre desagradable y a menudo repugnante, había optado por el *whisky* con limonada, lo único que podía soportar, pues le recordaba a los refrescos de su niñez, a pesar del regusto amargo que había aprendido a pasar por alto. Después de pedirlo —tuvo que alzar mucho la voz y aclararse virilmente la garganta—, se preparó para la acostumbrada mirada de sospecha y la risita de desprecio. No obstante, la señora Reck era una mujer comprensiva y le preparó la bebida y se la sirvió sin el menor indicio de desprecio o desdén.

Debía de haber dejado la puerta sin cerrar, pues se abrió y entró un perro negro gordo, de patas cortas y hocico grisáceo. No miró ni a izquierda ni a derecha, sino que fue tan tranquilo hacia el fondo del bar. La señora Reck apoyó los antebrazos en la barra, se inclinó y le dijo al animal:

—¡Eh!, ¿no tienes nada que decir, señor Barney?

El perro se detuvo, volvió la cabeza y le lanzó una mirada torva —con el bigote

gris y los ojos desencantados parecía un anciano bajito e indignado—, y luego siguió andando mostrándoles su gordo trasero.

La señora Reck miró a Strafford y movió la cabeza.

—Se cree el dueño —dijo—. Nadie le ha explicado que es un perro. Además, está sordo como una tapia.

Strafford se sentó en uno de los taburetes, cogió el vaso y bebió. Estaba tibio, el *whisky* era tolerable, el ambiente era hogareño; pensó que, a pesar de sus dudas iniciales, tal vez hubiese ido a parar al sitio adecuado.

La señora Reck empezó a limpiar la barra delante de él con un trapo mojado, dejando espirales semicirculares de humedad en la madera. Habló de esto y de aquello. Sí, la Gavilla no solo era una taberna, sino también una carnicería, una verdulería y una pequeña pensión.

—Antes también era una funeraria, pero Joe se hizo mayor y lo dejó.

Joe, interpretó Strafford, era como la señora Reck llamaba a su marido; no le extrañó: Jeremiah resultaba demasiado largo.

Le contó lo de la lechuga que casi le había embestido en la carretera y el susto que se había llevado. Ella dijo que las lechugas eran unos bichos salvajes.

Le dio otro repaso a la barra con el trapo.

—Qué horror lo de la Casa —observó en un tono estudiadamente despreocupado.

La «Casa», estaba descubriendo Strafford, era como los ballyglasianos —el nombre colectivo que había inventado para los habitantes de Ballyglass— se referían en general a la residencia de los Osborne, de modo que la mayúscula implícita la distinguía de cualquier otra casa con la que pudiera confundirse.

—Sí, es horrible —dijo contemplando el vaso.

—Pobre padre Tom... He oído que rodó por las escaleras y se partió el cuello.

Por la forma en que lo dijo quedó claro que lo que había oído no era necesariamente lo que creía.

—Sí, es cierto; tenía heridas en el cuello.

Ella alzó la vista del trapo y la barra y le miró con una ceja arqueada.

—Eso dicen.

Y no añadió nada más; los taberneros, como sabía Strafford, eran famosos por su discreción.

Cenó en una mesa en el rincón de un saloncito contiguo al bar, que era, de día, carnicería y verdulería. El mostrador estaba discretamente oculto debajo de una lona gris con delatoras manchas de sangre ferruginosa. En los estantes de la pared de enfrente había botes con dulces y cajas de hojalata con la tapa de cristal llenas de bizcochos, galletas saladas y trozos de pastel de fruta.

Le sirvió la cena una muchacha pelirroja de rostro ancho y lleno de pecas. Cuando sonreía se le veían los incisivos delanteros torcidos, lo que hizo que Strafford le devolviera duplicadas las sonrisas.

—¿Es usted el policía? —le preguntó, con una franqueza capaz de desarmar a

cualquiera. Cuando respondió que sí, ella apoyó la mano en la cadera y le observó con aire incrédulo—. No lo parece.

—Eso dice la gente.

Le puso delante un plato de fiambre de ternera, que al probarlo resultó ser blando y jugoso pero con una textura lo bastante crujiente; a un lado había cuatro patatas hervidas con la piel agrietada y col verde que parecía col de verdad y no la pasta grisácea que solían servir en sitios como ese. Cogió el cuchillo y el tenedor y descubrió que tenía más hambre de la que creía.

Habían empezado a llegar parroquianos al bar, oía las voces y el ruido de las patas de los taburetes al rozar contra el suelo de baldosas; en provincias el horario de apertura era flexible y esa noche no era una excepción, a pesar, pensó, de que hubiese un oficial de policía en el local.

La señora Reck, que después de acompañarle a su mesa había vuelto al bar para atender a los clientes, se asomó por el arco y le preguntó si quería otra copa. Él negó con la cabeza —solo había dado unos sorbos a la primera— y pidió un vaso de agua; se sintió como el petimetre de las películas del Oeste que entra en el bar y pide una zarzaparrilla bajo la burlona mirada del pistolero vestido de negro.

Habría preferido haber llevado algo para leer; no le gustaba que lo vieran masticando con la mirada perdida, como hace la gente cuando come sola. Al poco rato, tuvo la sensación de que lo estaban observando —¡por tercera vez ese día!— y miró a su espalda. Un anciano con un traje de rayas sucio y deshilachado, y una camisa sin cuello que una vez había sido blanca había asomado la cabeza por la puerta del bar y le estaba observando, aunque se apartó en cuanto Strafford se dio la vuelta.

La pelirroja volvió para ofrecerle el segundo.

—Puede tomar lo que quiera —dijo, y le echó una mirada calculada por debajo de los rizos dorados y pelirrojos del flequillo mientras se mordía el labio.

Él le dio las gracias y respondió que no podría comer más de lo que había comido ya. Ella siguió allí, observándole y contoneando ligeramente las caderas.

—No se preocupe por Matty —dijo, señalando hacia la puerta con la cabeza—. Es tan cotilla como una vieja.

—¡Ah! —respondió él—. Así que ese es Matty.

—¿Y usted cómo se llama?, si no le importa que se lo pregunte.

—Ni mucho menos. Strafford... con erre.

—No es su nombre de pila, ¿no?

—No. —Le sonrió.

—Yo soy Peggy —dijo.

Él asintió con la cabeza; no tenía intención de decirle su nombre de pila, o en cualquier caso no esa noche.

—Oiga, Peggy —dijo para cambiar de asunto—, ¿podría traerme otro vaso de agua?

Ella cogió el vaso, fue a la barra, lo llenó y volvió a la mesa.

—Aquí tiene —dijo, y volvió a mirarlo con gesto alegre.

Strafford terminó su cena. Era tarde, pero se sentía demasiado inquieto para subir a su cuarto. Regresó al bar.

El viejo a quien había sorprendido espiándole estaba sentado a la barra en un taburete. Era alto y delgado, todo codos y rodillas huesudas, y la parte inferior de la cara estaba hundida en una boca sin dientes. Le hizo un gesto a Strafford como si no lo hubiera visto nunca. Estaba bebiendo una cerveza negra Guinness.

—¿Le apetece otra? —preguntó Strafford.

—No —respondió Matty—. Pero sí me tomaría un trago corto.

Strafford le hizo una señal a la señora Reck y pidió medio vaso de *whisky*. Ella sirvió la medida y lo puso en la barra.

—Aquí tienes, Matty Moran. Esta noche estás de suerte. —Se volvió hacia Strafford—. Vaya con cuidado con este. Es capaz de beberse el local entero si paga otro.

—*Sláinte* —dijo Matty levantando el vaso e inclinándolo hacia Strafford—. ¿Usted no bebe?

—Luego tal vez —replicó Strafford.

Sentados a una mesa debajo de las pequeñas ventanas cuadradas había otros dos parroquianos, dos tipos grandes de cara colorada, pestañas transparentes y manos como jamones. También ellos saludaron con reservas al recién llegado y volvieron a sus bebidas.

Jeremiah Reck apareció y ocupó el lugar de su mujer detrás de la barra.

—¡Ah!, ha sabido usted encontrarnos —le dijo a Strafford—. ¿Puedo ofrecerle una copa de bienvenida? Me han dicho que lo suyo es el *whisky* con limonada.

—No, gracias —contestó Strafford—. Acabo de cenar. —Miró a su alrededor—. ¿Ha subido alguien mi bolsa de viaje a la habitación?

—Desde luego. Espero que la haya visto ya.

—Aún no —dijo Strafford—. Seguro que estará bien. —Una vez más contempló el bar, sintiéndose fuera de lugar... ¡Qué fácil sería si fuese bebedor!

Matty le estaba observando de reojo. Dio un trago y lo saboreó, moviendo la boca sin dientes; a Strafford le recordó al coronel Osborne y el modo en que movía la mandíbula a los lados como si estuviese masticando algo duro y elástico.

Reck, detrás de la barra, estaba secando una jarra de cerveza y silbando entre dientes; de pronto se detuvo y recitó con un suspiro para sus adentros, en el tono de un salmista: «¡Oh, Señor, Tú has defendido las causas de mi alma, Tú has redimido mi vida!».

Matty levantó la cabeza y miró justo delante, como si estuviera a punto de recitar algo.

—He oído que se han llevado al pobre padre Tom a Dublín —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Reck miró a Strafford y le guiñó un ojo.

—No hay nada de lo que no se entere Matty —comentó—. ¿Verdad, Matty? Podría ser el pregonero del pueblo.

Matty hizo caso omiso de esa pulla.

—Sí —añadió—, se lo han llevado en ambulancia. —Resopló—. Por lo visto esto no es lo bastante bueno para él.

La señora Reck llegó agachándose por debajo del arco y secándose las manos en el delantal.

—¡Matty Moran! —exclamó—, ¿quieres ponerte los dientes, por el amor de Dios? No soporto verte así. ¿Sabes qué parece sin ellos? El culo de una gallina.

Strafford se oyó a sí mismo pedir otra copa. Sabía que lo lamentaría por la mañana, pero no le importó.

Matty sacó una dentadura postiza rosada y amarillenta de uno de los bolsillos dados de sí del traje de rayas y se la introdujo en la boca, gruñendo y haciendo muecas; su aspecto no cambió gran cosa.

Jeremiah Reck estaba sirviéndole su copa a Strafford cuando se abrió la puerta y entró un remolino de nieve seguido de un hombre bajo, ágil y pulcro con un abrigo de piel de oveja, guantes negros de cabritilla y un sombrero de fieltro calado sobre los ojos. Todos se volvieron para mirarlo, pero él pareció no darse cuenta y entró decidido y se quitó los guantes dedo tras dedo; luego se descubrió y sacudió los copos de nieve del ala del sombrero.

—¡Menuda nohecita! —dijo.

Se detuvo en la barra y se desabrochó el abrigo; debajo llevaba un traje cruzado marrón oscuro demasiado bien cortado, pensó Strafford, y lo que parecía una corbata militar sujeta con un alfiler de madreperla. El pelo negro peinado con brillantina tenía rizos; era moreno de tez y lucía un bigote bien cuidado y encerado en las puntas.

Tendría unos cuarenta y pocos años, pero era evidente que estaba convencido de aparentar menos. Podía haber sido un soldado, alguien que acabara de volver de las colonias, o ambas cosas; la experiencia de Strafford y su escepticismo le dijeron que iba demasiado bien vestido para ser convincente del todo. Otro actor que subía al escenario.

—¡Puñetero tiempo! —exclamó, y sonrió mostrando una hilera de dientecillos blancos cuyo brillo se sumó a la impresión general ligeramente fraudulenta y divertida.

—Buenas noches, Reck.

—Buenas noches, señor Harbison. ¿Qué va a ser?

La mujer de Reck echó un vistazo al hombre y desapareció por el arco.

—*Whisky* caliente, creo —dijo Harbison, frotándose con fuerza las manos—. Bushmills, con un poco de limón y mucho clavo.

En ese momento reparó en Strafford, situado al otro extremo de la barra, toqueteando su vaso de *whisky* con limonada, y le saludó con un gesto amistoso.

Este debe de ser, pensó Strafford, el hermano de la señora Osborne, el Freddie Harbison con quien lo había confundido esa mañana el doctor Hafner..., el mismo que, de creer al médico, tenía la entrada prohibida en Ballyglass House. Era cierto que parecía una auténtica oveja negra.

Harbison miró con más atención a Strafford con un ojo entornado y reparó enseguida en las señales familiares: el traje de buena calidad pero un poco raído, la cadena de oro del reloj, la corbata bien anudada. Qué fácil de detectar era, pensó sombrío Strafford. Por muy distinto que fuese, o quisiera ser, de ese alegre hombrecillo con sus guantes de cabritilla y su bigote encerado, para todos los presentes las diferencias entre los dos eran cuestión de unos pocos detalles insignificantes; los dos pertenecían a una clase aparte.

Reck dejó el *whisky* caliente en la barra, y Harbison cogió el vaso y apuró más de la mitad de su contenido de un trago; chasqueó los labios y sonrió satisfecho.

—¡Ah!, esto es otra cosa —dijo estremeciéndose como un perro dentro del abrigo forrado de piel.

Se bebió lo que le quedaba en tres tragos largos y volvió a dejar el vaso en la barra con un golpe.

—¡Otra, tabernero! —dijo frotándose las manos—. Esta noche hace falta anticongelante.

Miró de nuevo a Strafford arqueando una ceja y fue hacia él siguiendo la barra y pasando al lado de Matty Moran como si no estuviese allí.

—¿Le importa si me siento? —le dijo a Strafford—. Creo que sé quién es usted. —Señaló el vaso de Strafford—. ¿Quiere otro?

—No, gracias —respondió, dando vueltas al vaso vacío sobre la barra—. Ya he tomado mi copa de antes de dormir.

Los dos granjeros que había al lado de la ventana susurraron alguna cosa y miraron en dirección a Harbison; uno de ellos se rio. Harbison les prestó tanta atención como a Matty Moran.

Reck le llevó su segunda copa, y él entrechocó el vaso contra el de Strafford.

—Seguro que es usted el policía —dijo, echando la cabeza atrás y observándole de arriba abajo con gesto apreciativo—. Me he enterado de la muerte del páter. Muy emocionante, en el condado no se habla de otra cosa. —Dio un trago a su vaso. Todos en el bar estaban intercambiando miradas—. He oído que lo han asesinado. Más pronto o más tarde tenía que pasar. El muy puñetero se lo estaba buscando. Ha detenido ya al asesino, ¿no?

Strafford lamentó no haberse ido a acostar cuando tuvo ocasión. Harbison le pidió a Reck que abriera el reservado de detrás de la barra e invitó al detective a acompañarle. El reservado era un cuartito de color marrón, amueblado con un par de sillones raídos y una mesita baja. Había grabados enmarcados en las paredes, que mostraban a jinetes con ropa de caza saltando obstáculos y a todo galope por una campiña idealizada. La única fuente de calor era un radiador eléctrico de una sola barra. Harbison, meciendo su vaso de ponche, se sentó encantado de tener por delante una noche de conversación, y a Strafford no se le ocurrió ninguna excusa razonable para escapar.

En ocasiones como esa era cuando más lamentaba la educación que le habían dado; cualquier otra persona —el oficial Jenkins, por ejemplo— habría dicho que no y se habría ido sin pensarlo dos veces. Pero Strafford estaba atrapado y temía la siguiente media hora, que era el límite que había fijado a su tolerancia, y al que estaba decidido a ceñirse.

Conocía bien a los tipos como Harbison, canallas de segunda con trajes de más calidad de la cuenta cortados en Londres, que hablaban con el marcado acento de su clase y de su educación y se las daban de aficionados a los caballos, vástagos de una u otra de las pocas familias decentes que se habían quedado en ese ignorante país después de la independencia; tipos dispuestos a hacerte un favor cuando lo necesitabas y a asegurarse de que pasabas el resto de tu vida agradeciéndoselo, habituales de los hipódromos y de la exhibición hípica anual de la Royal Dublin Society, clientes fijos de los mejores bares en los hoteles la ciudad y del restaurante Jammet's de Nassau Street; alegres jóvenes que tenían cuenta en las bodegas Mitchell y en Smyths en el Green, proveedores de la aristocracia rural, la misma de la que se consideraban las últimas flores.

Eran tipos a quienes Strafford detestaba y despreciaba con todo su ser, y con quienes no creía tener nada en común, a pesar de lo que pensaran los Reck, Matty Moran y esos dos granjeros corpulentos de al lado de la ventana.

—Lo siento, no me he presentado, ¿verdad? —dijo Harbison, bebiendo un rápido

trago de su copa; parecía hacer todo precipitadamente, como si temiera que en cualquier momento pudiese caerle por detrás una pesada mano encima—. Soy Freddie Harbison, el hermano de Sylvia Osborne, supongo que la habrá conocido. Vivo en Wicklow, en las montañas, en la casa familiar, ya sabe, ja, ja. Un sitio espantoso, peor que aquí. ¿Y usted es de...? ¡Ah!, Roslea. No creo haber estado nunca, ¿o sí?

—Lo dudo —respondió Strafford—. Solo está mi padre, y no es muy sociable; de hecho, nunca lo hemos sido, ni siquiera cuando vivíamos todos allí.

—Entiendo, entiendo —dijo Harbison, asintiendo con la cabeza y toqueteándose el bigote; no estaba escuchando. Acercó la silla y se subió los pantalones para exponer las pantorrillas al débil calor del radiador eléctrico—. Oiga, no quería preguntárselo delante de esos palurdos del bar, pero ¿qué demonios está ocurriendo en Ballyglass House?, o Glassyball, como la llamo yo. ¿Qué le ha pasado al cura? Dicen que se cayó por las escaleras... Sabrá que así es como se rompió el cuello la primera señora Osborne. Fue horrible... ¡y ahora ha vuelto a ocurrir! Alguien le empujó, ¿verdad? No me diga que fue la chiflada de mi hermana.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó con calma Strafford—. ¿Y cómo sabe que no fue un accidente?

—Bueno, no lo fue, ¿o sí?

—Le harán la autopsia por la mañana.

Harbison soltó una risita.

—Vamos, hombre. Si no fuese un asesinato, no estaría usted aquí. Apuesto a que alguien le empujó. —Movi6 la cabeza muy contento—. ¡Pobre Geoffrey! Esta vez los Osborne no volverán a dirigirle la palabra. ¿No sería él quien empujó al padre? No sería... Siempre he sospechado que también empujó a su primera mujer.

Sacó una pitillera y se la ofreció a Strafford, que extendió la mano y negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¿No bebe y no fuma? No es usted el clásico inspector de policía, ¿o acaso he estado leyendo los libros de misterio equivocados?

El radiador estaba secando el aire y a Strafford empezaban a picarle los ojos; los cerró con fuerza y se masajeó los párpados con la yema de los dedos. Estaba un poco mareado por culpa del *whisky* —no debería haberse pedido el segundo, claro— y le dolía la cabeza por el cansancio.

—¿Ve a su hermana a menudo?

—Casi nunca —respondió Harbison con demasiada precipitación—. Soy una especie de *persona non grata*, como sin duda le habrán contado ya. No estoy muy seguro de qué es lo que he hecho para ganarme la animadversión del dueño de la casa, pero me ha dado a entender, en más de una ocasión, que no soy bienvenido bajo su techo. —Hizo una breve pausa—. Ya se habrá enterado de que Sylvia está chalada, ¿no? —prosiguió—. Quiero decir de verdad. Hay veces en que está convencida de ser

otra persona. No sé en qué estaba pensando Geoffrey cuando se casó con ella. Claro que era joven, y a los tipos como Geoffrey les gustan jóvenes. Estaba allí y disponible, había sido la mejor amiga de su mujer, o había fingido serlo. Siempre sospeché que la primera era un poco... —extendió la mano delante de él y la movió de un lado al otro— ya me entiende. Supongo que no debería decir eso de mi hermana, pero había algo raro entre las dos, entre nuestra perturbada Sylvia y la primera señora Osborne. Pero, como de costumbre, estoy hablando más de la cuenta. —Apuró la bebida, se levantó y dio unos golpecitos en la trampilla que había al lado de la chimenea apagada. Cuando la abrieron, pasó el vaso al otro lado y pidió que le sirvieran otra copa—. Esta vez *whisky* solo, ya he tomado suficiente clavo, la boca me sabe como si me hubiese comido una bolsa de caramelos. —Volvió a sentarse y expuso otra vez las pantorrillas al radiador.

—Dígame —quiso saber Strafford—, ¿ha venido esta noche desde las montañas de Wicklow?

—¡Dios, no! Las carreteras están intransitables. Estaba en el hotel White, en Wexford, por un asunto de negocios.

—¿Y ha venido en coche desde allí?

—Me alojo a menudo en la Gavilla. La comida es buena y habrá visto a Peggy la pelirroja, da gusto verla. Pero a propósito de negocios...

Reck se asomó por la trampilla con el vaso de *whisky* de Harbison en una bandeja metálica abollada.

—Apúntelo en mi cuenta, ¿quiere, Jeremiah, amigo mío?

Reck no respondió, pero miró a Strafford, luego al techo e hizo una mueca exagerada de sufrimiento.

Harbison dio un trago a su vaso.

—Demonios, es Jameson's, sabe de sobra que siempre bebo Bushmills. ¿Usted cree que lo ha hecho a propósito?

Se suponía que los protestantes bebían *whisky* Bushmills y los católicos Jameson's; Strafford pensaba que era una estupidez, uno más de los muchos mitos de los que se nutría el país.

Harbison dejó el vaso y encendió otro cigarrillo.

—¿Qué estaba diciendo?

—Algo de un negocio.

—Sí, eso es. El caso es que el cura tenía un caballo, Mister Sugar, un animal magnífico. El bueno de Osborne lo tiene en Ballyglass House. Hay un joven que cuida de los establos, Fonsej no sé cuántos; es medio retrasado, pero, Dios, ¡entiende de caballos más que nadie!

—Lo conozco.

—Entonces sabe a qué me refiero. Quiero decir —se dio unos golpecitos en la frente— que no tiene nada aquí dentro. —Echó otro trago e hizo un gesto de desagrado—. ¡Jameson's! Parece meado de virgen. —Se atusó el bigote con el dedo

índice—. Pero bueno, la cosa es que ese caballo...

—¿Qué le pasa?

—Iba a hacerle un oferta... a como se llame el cura.

—Al padre Lawless.

—Eso, al padre Lawless. Pero ya ve cuál es mi problema ahora.

—Quiere decir ahora que ha muerto.

—Pues, sí.

Strafford tenía la mirada fija en la barra de color naranja del radiador. De vez en cuando soltaba una pequeña chispa, resultado, supuso, de alguna mota de polvo que caía sobre el filamento. Para un microbio, cada uno de esos minúsculos estallidos debía de ser una explosión tremenda, como una tormenta en la superficie del sol. Una vez más, pensó en los campos nevados de fuera, suaves y resplandecientes, y, en lo alto, el cielo cubierto de estrellas que ardían con un brillo gélido. ¡Otros mundos, imposibles y lejanos! Qué extraño era estar aquí vivo, en esa bola de barro y agua salada girando por las ilimitadas profundidades del espacio. Un escalofrío le recorrió la médula, como si la punta de algo frío le hubiese rozado, solo una vez, por un instante, y luego se hubiera apartado.

En su imaginación volvió a ver al cura tumbado muerto en el suelo de la biblioteca, con las manos juntas y los ojos abiertos, mirando hacia arriba con soñolienta perplejidad.

—Señor Harbison...

—Llámeme Freddie.

—Señor Harbison, en casa de su hermana y de su marido ha muerto un hombre en circunstancias como mínimo dudosas. ¿Cree que es el momento de hablar de una oferta por un caballo?

Harbison se recostó en el asiento y le miró ofendido con el bigote tembloroso.

—La vida sigue, ¿sabe? —dijo en tono hosco. Había vuelto a vaciar el vaso; se levantó, fue a la trampilla, llamó para pedir otro, «¡Y que sea Bushmills esta vez!», y regresó a su asiento—. Sería un desperdicio que mi cuñado se quedase con ese caballo —dijo con un temblor de emoción en la voz—. No sabría distinguir la parte de delante de la de detrás, aunque él se crea un jinete nato. Alguien debería quitarle ese animal de encima y no veo por qué no voy a ser yo. La cuestión es: ¿quién es el dueño de Mister Sugar ahora? —Se rascó pensativo la barbilla—. Cualquiera sabe si el cura ha hecho testamento. La validación puede demorarse mucho y entretanto los músculos de ese animal tan magnífico se volverán gelatina por la falta de ejercicio. —Le puso una mano en el brazo a Strafford—. Sería una pena, ¿no cree?

La trampilla se abrió y una mano empujó la bandeja metálica con el vaso de *whisky* encima. La cara ancha de Reck asomó por la abertura.

—¿Se lo apunto también, señor Harbison?

—Buen chico —respondió cogiendo el vaso—. Y oiga, Reck, ¿sabe algo del caballo del cura? Ya sabe, ese castrado tan grande, Mister Sugar.

Reck se inclinó a través de la trampilla para acercarse, cruzó de nuevo una mirada con Strafford y luego contempló otra vez a Harbison:

—¿Lo quiere usted?

—Bueno, estaría interesado, si estuviese en venta.

—El padre Tom tenía una hermana —dijo Reck apartándose—. ¿Por qué no habla con ella?

Cuando se cerró la trampilla oyeron detrás a Reck que entonaba con voz profética: «Ella lloraba amargamente por las noches, y las lágrimas le corrían por las mejillas».

Harbison llevó el vaso a la mesa, sujetándolo con cuidado entre las manos; sus pasos no eran tan firmes como antes.

Se sentó. Iba por su cuarto o quinto *whisky* —Strafford había perdido la cuenta— y sus ojos habían adquirido una emoción vidriosa. Seguía pensando en el caballo del padre Tom.

—Así que el padre tiene una hermana, ¿eh? —murmuró—. Vete a saber cómo podría ponerme en contacto con ella. —Estaba hablando solo, sumido en sus especulaciones, y daba la impresión de haberse olvidado de Strafford, que apoyó las manos en los reposabrazos del sillón y se puso en pie; la media hora que se había concedido había pasado ya. Harbison le miró entre sorprendido y soñoliento—. ¿No irá a marcharse?

—Sí, estoy cansado. Buenas noches.

Fue hacia la puerta.

—Oiga —dijo Harbison—, si se entera de algo, ya sabe, sobre el caballo, podría...

—¿Por qué no habla con su hermana?

—¿Con Sylvia? Ya se lo he dicho, vive en las nubes.

Strafford se detuvo con la mano en el picaporte.

—De todos modos, podría ayudarle.

—¡Bah! No tiene ni puñetera idea de caballos... y, además, le traigo sin cuidado.

Strafford esbozó una vaga sonrisa y abrió la puerta.

—En todo caso, buenas noches.

Los dos granjeros de la cara colorada se habían ido, pero Matty Moran seguía en su taburete en la barra; había vuelto a quitarse la dentadura.

La señora Reck llegó por el arco, bostezando.

—¿Le importaría decirme dónde está mi habitación? —preguntó Strafford.

—Claro, claro. —Se volvió hacia el desdentado y le miró furiosa—. Y tú, vete a casa, Matty Moran, o el inspector aquí presente te denunciará porque ya hace mucho que se ha pasado la hora de cerrar. —Le guiñó un ojo a Strafford—. Pase a la tienda —dijo—, ahora mismo le acompaño.

Entró en la sala de al lado, donde encontró a la mujer esperándolo. Abrió la puerta al final de la barra y subió por una escalera mal iluminada. Strafford habría querido

saber adónde había ido Peggy; lo más probable era que estuviese ya en la cama. Recordó su diente torcido y las pecas sobre el puente de la nariz; los dos podrían haber estado durmiendo bajo el mismo techo, pensó, y a saber si... Pero no, no.

—¿Se quedará el señor Harbison a pasar la noche? —le preguntó al ancho trasero de la señora Reck que le precedió por las escaleras.

—Sí —respondió por encima del hombro—. No le dejaría marchar con este tiempo tan espantoso. Siempre se aloja aquí cuando viene a visitar a su hermana.

—Así que ve a la señora Osborne, ¿eh? Me había dado la impresión de que...

Llegaron al rellano.

—Espere un momento a que recupere el aliento —dijo la señora Reck poniéndole una mano en el brazo y llevándose la otra a la clavícula con los dedos extendidos; estaba jadeando—. Estas escaleras me matarán un día de estos. —Siguió andando. La luz del pasillo era incluso más débil que en la escalera—. Ese descarado de Freddie es un peligro. No le pierda de vista... Es un auténtico sinvergüenza.

—¿Cada cuánto tiempo viene por aquí?

—De vez en cuando. Para él es muy cómodo... y, además, se dedica a rondar a nuestra Peggy.

—¿Es su hija?

Ella le miró.

—Dios, no. —Se rio al tiempo que movía la cabeza—. ¡Imagínate, tener por hija a Peggy Devine!

Había tres habitaciones a cada lado del pasillo; se detuvo ante la puerta de la del centro a la derecha. Sacó del bolsillo del delantal un manojito de llaves sujeto con un enorme aro metálico y empezó a buscar murmurando sin aliento.

—¿De qué hablaba con usted?

—¿El señor Harbison? De un caballo. Mister Sugar. Es, era, del padre Lawless.

—¡Ah, sí!, le encantaban los caballos, y la caza y demás. —Hizo una pausa, alzó la vista y suspiró—. Me cuesta creer que ya no esté. Aunque fíjese que no le tenía mucho afecto. Dios me perdone.

—¿No? ¿Y por qué?

Quedó claro que estaba arrepentida de lo que había dicho y no respondió ni le miró mientras buscaba en el manojito de llaves. Por fin escogió una y la metió en la cerradura.

—¡Bingo! —Empujó la puerta para abrirla—. Aquí tiene su *suite* de lujo. —Soltó una risa mordaz—. No creo que...

La habitación era pequeña, con una estrecha cama de madera, una silla y un aparador que había sido diseñado para un sitio más espacioso; había un jarra esmaltada encima de una mesita de pino y un lavabo al pie de la ventana, que tenía las cortinas echadas. Sobre la cama había un edredón de satén rosa tan grueso, suave y brillante como la corteza de un pastel. La bolsa de viaje de Strafford, que alguien había dejado en el suelo al lado de la cama, pareció sonreírle, como si, al haber

llegado primero, se considerase a sí mismo y no a él el legítimo ocupante del cuarto.

—Muy agradable —dijo—. Gracias..., muy agradable.

—Espero que esté usted cómodo. Le hemos puesto una bolsa de agua caliente en la cama. —Se dio la vuelta para marcharse, luego se detuvo—. A propósito, la habitación del señor Harbison es la de enfrente. Tenga cuidado de no encontrárselo por la mañana, después de tanto *whisky* será peor que un oso malhumorado. Desde luego esta mañana lo parecía... ni siquiera se quiso comer el huevo cocido que me molesté en prepararle.

Strafford, que había cogido su bolsa y la había dejado al pie de la cama, hizo una pausa y se volvió hacia ella, que seguía en el umbral a punto de marcharse.

—¿El señor Harbison estuvo aquí anoche? —preguntó con la mayor naturalidad que pudo—. Me ha dicho que se había alojado en el hotel White, en Wexford.

—Eso fue la noche anterior. Cuando se marchó, le sorprendió la nieve y se quedó aquí. —Le dirigió una mirada inquisitiva—. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh!, por nada. Buenas noches, señora Reck.

Abrió la bolsa y empezó a vaciar su escaso contenido; luego se volvió y vio que la mujer continuaba en la puerta.

—¿Podría decirme, inspector Stafford...?

—Strafford. —Sonrió, como hacía siempre, por instinto, cuando tenía que hacer esa eterna corrección.

—Lo siento. Quería saber... el padre Tom...

—¿Sí?

—Se dice en el pueblo... —Una vez más, dejó la frase sin terminar.

—¿Sí? —preguntó de nuevo.

—Se dice que no se cayó por las escaleras en Ballyglass, o que si se cayó, no fue eso lo que lo mató.

Strafford le dedicó su mirada más insulsa e inexpresiva.

—¿Y qué más se dice en el pueblo?

—¡Oh! Circulan toda suerte de rumores... ya sabe lo que pasa cuando ocurre algo en un sitio pequeño.

Él asintió. Ahora vio que, al igual que su marido, era mucho más lista de lo que dejaba ver.

—Estamos intentando averiguar qué sucedió —dijo—. Todavía nos queda mucho camino por recorrer antes de saber algo con seguridad.

—Esta noche lo han dicho por la radio.

—¿Ah, sí?

—Sí, en el parte de las diez. Que había muerto un cura en Ballyglass... Ni siquiera han dicho que era Ballyglass House. Tampoco han dicho su nombre.

—Habrán un comunicado de prensa del palacio arzobispal. Los comunicados de prensa no dicen mucho, sobre todo cuando proceden de esa fuente.

Ella asintió con la cabeza mientras toqueteaba el picaporte.

—Su pobre hermana —dijo—. ¿Qué va a hacer ahora que él no está?

—Sí. —Mantuvieron solemnes un momento de silencio—. ¿Dónde vive?

—En el presbiterio, en Scallanstown. Antes estuvieron en algún otro sitio. Creo que ella le ha cuidado la casa muchos años, casi desde niña.

—Iré a verla mañana, o... —Miró el reloj de bolsillo—, debería decir hoy.

—Será una visita difícil.

—Sí. —Guardó el reloj y miró al suelo, frunciendo el ceño—. Sí, lo será. Buenas noches, señora Reck.

Continuó vaciando la bolsa, dándole la espalda, pero ella siguió allí. Strafford no quiso mirarla. Estaba agotado, quería que le dejaran en paz, meterse en la cama y dormir. Pensó en la bolsa de agua caliente que le esperaba.

—Sí, buenas noches —murmuró distraída la mujer, y salió al pasillo. Se detuvo de nuevo y se volvió hacia él—. ¿Lo han asesinado, inspector? —preguntó—. Al padre Tom, ¿lo... han asesinado?

Strafford suspiró.

—Como le he dicho —respondió subrayando a propósito las palabras, ¿por qué no se iba de una vez esa mujer?—, tenemos una larga investigación por delante antes de que podamos saber algo con seguridad.

Dejó el pijama en la cama.

—Buenas noches entonces —dijo ella, olvidando cuántas veces lo había dicho ya—. El baño está al final del pasillo.

Cuando por fin cerró la puerta, Strafford se sentó en el borde de la cama, luego se inclinó y levantó la cortina; aunque no había nada que ver, solo la brillante negrura de los cristales.

Volvió a ponerse de pie y apagó la luz; esta vez descorrió las cortinas del todo y, poco a poco, el reluciente paisaje de fuera se materializó ante sus ojos. ¡Qué quietud! Podría haber sido el último hombre en la Tierra. Se desvistió a toda prisa, pues el aire en la habitación era frío como el acero. Trepó a la cama alta y estrecha, se tumbó y buscó la bolsa de agua caliente, obligándose a no pensar en cuántos viajeros de comercio la habrían rodeado con los pies sucios y helados a lo largo de los años. Había cosas que era necesario apartar de la imaginación.

A pesar de lo cansado que estaba, tardó mucho en dormirse y se quedó tumbado de lado, del izquierdo, como tenía por costumbre hacer desde niño, con una mano debajo de la mejilla y la vista fija en la ventana y el cielo estrellado. Estaba pensando.

Se levantó pronto, antes de que amaneciera, recordando el consejo de la señora Reck de que evitase cruzarse con Harbison. Desayunó en la mesita del rincón donde había cenado la noche anterior. El perro gordo y malhumorado estaba tumbado delante de la estufa con la cabeza apoyada en las patas, observando con suspicacia sus movimientos. Strafford le ofreció una corteza de pan mojada en yema de huevo, pero el animal la despreció con una mirada fija y desdeñosa.

Acababa de terminar cuando llegó el oficial Jenkins. Incluso entonces solo había un leve brillo de luz en la ventana. Jenkins tenía un aire matutino, como si lo hubiesen obligado a meterse debajo del grifo de agua fría y le hubieran frotado hasta dejarle la piel enrojecida y en carne viva; el pelo untado de Brylcreme descansaba inerte sobre su siempre fascinante cráneo achatado.

—¿A qué hora tan intempestiva ha salido? —preguntó Strafford—. ¿Ha dormido? ¿Qué tal están las carreteras?

—Malísimas. Hielo negro en todas las curvas.

—Pero ¿no nieva?

—Aún no. Ha nevado por la noche, y volverá a nevar pronto.

—Siéntese, siéntese. Tome una taza de té. Quedan algunas tostadas, pero estarán frías. ¿Qué ha dicho el jefe?

El oficial Jenkins se quedó mirando dubitativo la mesa, la tetera, las tostadas y la mantequilla del plato. Estaba claro que tenía hambre, pero Strafford notó que temía la intimidad a la que corría el peligro de dejarse arrastrar, si se sentaba a esa mesita, en ese cuartito de techo bajo, a desayunar con su jefe. Al final, el hambre se impuso a sus reparos. Se quitó el abrigo y el sombrero y los colgó en el perchero de la puerta; volvió a la mesa frotándose las manos y acercó una silla.

Jeremiah Reck apareció con unas pantuflas de cuadros, que parecían un par de gatos muertos idénticos, y un jersey con agujeros de polilla.

—Hay huevos con beicon —le dijo a Jenkins—, o huevos con beicon y salchichas, o huevos con beicon, salchichas y morcilla blanca y negra, o huevos.

Jenkins le observó cansado, sin saber si se estaba burlando de él; el oficial tenía la

piel muy fina para las burlas. Se llevó la mano al pelo y respondió que tomaría un huevo solo, pasado por agua.

—Ustedes dos son una gran decepción para mi señora —se quejó Reck—. Está ahí en la cocina, como Rut entre las espigas extranjeras, con el beicon en una mano y las salchichas en la otra, esperando solo una palabra para echarlas a la sartén. Pero sea: un huevo. Las gallinas se alegrarán.

Entró en la cocina refunfuñando para sus adentros.

—Un tipo chistoso —dijo con amargura Jenkins. Strafford le miró y no dijo nada; hacía mucho que había aprendido a no dejar que su mirada fuese más allá de la línea del pelo de Jenkins—. El jefe ha dicho que siga como hasta ahora —anunció el oficial.

—¿Ah, sí? Es una gran ayuda, una gran ayuda. ¿Cree que hay alguna posibilidad de que venga él mismo a echar un vistazo? Estaría bien tener a alguien con quien compartir la culpa cuando la noticia llegue a los periódicos y empiecen a exigir que atrapemos al asesino.

Jenkins no se molestó en responder a lo de compartir la culpa —aunque tal vez tuviese que asumir él parte de ella llegado el momento— y se limitó a ladear la cabeza y a encogerse de hombros con gesto sardónico.

—¿Sabe que ya lo han publicado? —dijo. Se levantó, fue adonde había colgado el abrigo, sacó de uno de los bolsillos un ejemplar enrollado del *Irish Press*, volvió y se lo pasó por encima de la mesa—. Página cuatro —añadió.

—¿Página cuatro? Eso es que no les ha parecido una noticia muy interesante. Supongo que deberíamos alegrarnos.

Strafford desplegó el periódico y, poniéndose de lado en la silla, abrió la página doble.

UN SACERDOTE
DE WEXFORD MUERE
EN UN ACCIDENTE

Por Peter McGonagle

Un sacerdote de Wexford, el párroco Thomas J. Lawless, murió en una casa del pueblo de Ballyglass, en el condado de Wexford, a primera hora de ayer. La *Gardaí* todavía no ha revelado las circunstancias de la muerte, pero se cree que se cayó por unas escaleras y sufrió heridas mortales. El padre Lawless, conocido por todos como el «padre Tom», era bien recibido en todo el condado. Era un consumado jinete y participaba de manera regular en la montería Keelmore, cuyo montero mayor es el coronel Geoffrey Osborne, Orden de Servicios Distinguidos, de Ballyglass House, en Ballyglass.

El padre Lawless estaba involucrado en muchas organizaciones juveniles, sobre todo en los *boy scouts*, y era hinch del equipo juvenil de Hurling de Wexford. Era capellán de la rama de Ballyglass de la Legión de María. Cuando todavía era seminarista, viajó a Roma, donde tuvo el honor de ser recibido en audiencia por el Santo Padre.

El difunto padre Lawless recibió elogios del obispo de Ferns, su ilustrísima reverendísima Tony Battle, de sus hermanos de la Iglesia, de la comunidad empresarial, de las organizaciones deportivas y de sus parroquianos.

Al padre Lawless le sobreviven su hermana, Rosemary, y varios primos en Estados Unidos, Canadá y Australia. Los detalles del funeral se anunciarán más adelante.

—Esto es bueno —dijo Strafford—. O no saben las verdaderas circunstancias de la muerte, o tienen órdenes de arriba de ocultarlas. En cualquier caso, significa que no se nos echarán encima por un tiempo. Tengo entendido que también lo dijeron anoche por la radio... es probable que a partir del mismo comunicado de prensa.

—¿Va a ir a ver a la hermana? —preguntó Jenkins.

Strafford se había servido una taza de té, pero ya estaba fría. El señor Reck llegó con el huevo pasado por agua de Jenkins y unas tostadas envueltas en un trapo de cuadros. Strafford le pidió otra tetera.

—A propósito —dijo, levantando la vista del periódico—, ¿dónde está Peggy esta mañana?

—Solo viene por las noches —respondió Reck, mientras retiraba las tres tostadas frías—. Por las mañanas trabaja en la sucursal del Banco de Irlanda, en Ballyglass. —Jenkins le miró—. Es broma. Trabaja de camarera en el Boolavogue Arms, nuestro apreciado rival siguiendo por la carretera.

Se marchó silbando entre dientes.

—Este país tiene demasiados comediantes —murmuró sombrío Jenkins.

Strafford solo sonrió; todavía no se había acostumbrado a las numerosas excentricidades de Reck.

—Sí —dijo al cabo de un momento—, iré a hablar con la hermana. Aunque no cuento con que sea de mucha ayuda.

—¿Qué tal le fue ayer?

—No me fue, y no llegué a ninguna parte. O eso creo. —Plegó el periódico y lo dejó en la mesa al lado de la taza de té—. En esta fase siempre ocurre igual: estoy convencido de tener la respuesta delante de las narices, clara como el día, pero no consigo verla. ¿Qué opina usted?

Jenkins miró el mantel y mordisqueó distraído una tostada. Al cabo de un instante, movió la cabeza.

—No sé qué pensar.

Strafford asintió y soltó un suspiro.

—¿Quién querría ver muerto al cura? —preguntó—. Esa es la cuestión. Parece que por lo general era un hombre apreciado en Ballyglass House, o al menos tolerado. La hija dice que era «siniestro», ¿se imagina usar esa palabra? —Jenkins movió la cabeza—. Pues eso dijo, que era siniestro, y que siempre pululaba por ahí. De hecho, el hijo, Dominic, dijo lo mismo. Raro. Aunque eso no parece excusa para asesinarlo, ¿no cree? Pulular y ser siniestro no es un crimen capital.

Reck volvió con la tetera y la dejó con mucha ceremonia sobre el salvamanteles de corcho.

—Su tetera de la abundancia, caballeros, directa del Dorado Oriente.

Se marchó silbando igual que antes.

Strafford sirvió el té: su aroma, esa mañana invernal, salía directamente de la infancia.

Tal vez fuese por eso por lo que le estaba costando tanto entender las cosas, era posible que Ballyglass le recordase demasiado su propio pasado, el pasado que creía haber dejado atrás, pero que allí le rodeaba por todas partes: nieve, casas frías, el olor del té en el desayuno. Qué pequeño es mi mundo, pensó; qué estrecho y qué pequeño.

—¿Y ahora? —quiso saber Jenkins—. ¿Qué quiere que haga? —Notó que Strafford no estaba escuchándole—. ¿Va a ir a ver a la hermana?

—¿Sabe?, es raro —dijo Strafford—, pero en Ballyglass House nadie tenía motivos para asesinarlo, al menos que yo sepa. Sin embargo, alguien debía de tenerlos.

—A lo mejor fue alguien de fuera —respondió Jenkins mientras echaba pensativo azúcar en el té—. Tal vez alguien tenía una llave de la puerta principal, o puede que haya otra forma de entrar en la casa. Estos sitios tienen toda clase de carboneras, trampillas y Dios sabe qué más cuya existencia la gente acaba olvidando.

Strafford, con la vista fija en el suelo al lado de la mesa, estaba ensimismado en sus propios pensamientos.

—Y tampoco nadie tenía coartada —dijo—. No tiene sentido. O tiene demasiado... como si todo hubiese sido orquestado.

No, no tenía sentido. Experimentaba la sensación de estar avanzando, o intentando avanzar, a través de una tormenta de nieve, nieve espesa y de un blanco cegador; a su alrededor había otros, avanzando también, como las figuras de la torre de un reloj medieval, pero demasiado borrosas para distinguirlas, y cuando alargaba el brazo para tocarlas encontraba solo un vacío gélido.

Pero debía tenerlo por fuerza...; todo sigue algún orden, lo que pasaba era que no distinguía el patrón. ¿Cuándo pararía de nevar? ¿Cuándo se despejaría el aire, para que pudiera ver lo que hubiese que ver?

Se puso en pie.

—Sí, iré a hablar con la hermana —dijo—. Vive en Scallanstown, en el presbiterio... ¿Tiene idea de dónde está Scallanstown?

—Siguiendo por la carretera, a unos quince kilómetros... he pasado por allí al venir. Usted también debió de pasar. No es gran cosa, pero la iglesia no pasa desapercibida: es grande y fea como un granero.

Strafford asintió golpeándose los dientes con las uñas; en realidad seguía sin escuchar. Jenkins estaba acostumbrado a esa falta de atención de su jefe —«se iba con las hadas», como decía su abuela— y no se molestaba, aunque de haberlo hecho lo más probable es que Strafford ni siquiera se hubiese dado cuenta. Era como era; cuando no se angustiaba con la forma de su cabeza, Jenkins era un estoico.

—No sé si debería telefonarla —murmuró Strafford—. Supongo que convendría avisarla de que voy. Me han dicho su nombre... Rose, ¿no?

—No, Rosemary —dijo Jenkins y cogió el periódico—, aquí está, mire: «Le

sobreviven su hermana, Rosemary...».

—Muy bien. Rosemary. —Suspiró—. Dios.

—¿Quiere que le acompañe?

—¿Qué? No, no. Usted vaya a la casa y eche otro vistazo. Hable con cualquiera que esté por allí.

—¿De qué, en particular?

—Solo... hable. Procure ser amistoso, o al menos inténtelo. No los presione, límitese a escuchar. Cuanto más los deje hablar más probable es que se les escape alguna cosa. No pueden ser inocentes todos. —Hizo ademán de marcharse y luego dio media vuelta—. A propósito, ¿ha aparecido el vaso de *whisky* que se llevó el cura a la habitación?

—No. Ni tampoco la bombilla. Pero alguien sabe dónde están.

—Sí, y no creo que vaya a decirlo.

Strafford volvió a sentarse, al parecer sin darse cuenta de lo que hacía. Cogió una miga de pan e hizo una bola con ella.

—Pensaba que sería fácil —dijo. Siguió sentado un momento, frunciendo el ceño, pensando, luego se levantó, fue hacia la puerta por segunda vez, y por segunda vez se detuvo—. Quiero decir que sabía que algo pasaba. El hermano de la señora Osborne se aloja aquí. Se llama Harbison. Estuvo aquí anoche, pero también la noche anterior, aunque no es lo que me dijo a mí. Tal vez debería usted tener unas palabras con él, antes de ir a la casa.

—¿Conocía al padre Lawless?

—Conoce su caballo —respondió Strafford.

Fue al bar. Estaba vacío, la estufa estaba fría. Se puso la gabardina, el sombrero y la bufanda; ojalá hubiese llevado una bufanda de verdad y un abrigo más grueso. Pero al trasladarse allí estaba preocupado: no todos los días asesinaban a un cura, al menos en Irlanda.

Había un par de chanclos debajo del perchero, de Harbison probablemente. Pensó en tomarlos prestados, pero decidió que era mejor no hacerlo. Se quedó bajo el resplandor de la luz que, reflejada en la nieve, se colaba por las ventanas bajas, cada una de ellas con sus cuatro pequeños cristales. Miró a su alrededor. Tenía la sensación de que se dejaba algo importante sin hacer, aunque no sabía qué. Luego pensaría que debía de haber sido una premonición, entonces sabría que debería haber llevado a Jenkins consigo a Scallanstown. Pero ¿de qué sirven las premoniciones? Casi de tanto como las ideas retrospectivas.

Salió a la mañana fría y desapacible. Pensó en el himno navideño *El buen rey Wenceslao*; de joven siempre había creído erróneamente que la letra decía:

El buen rey Wences miró por última vez
la fiera de Esteban,
cuando la nieve lo rodeaba
espesa, crujiente y deforme.

Y no había reparado en que no tenía sentido. De todos modos, la mayoría de esos himnos y canciones no tenían sentido. Sí, pensaría después, sí, debería haberse llevado con él a Jenkins; debería haberle protegido.

Señor, la noche ahora es más oscura
y el viento sopla más fuerte.
Me falla el corazón, no sé cómo,
no puedo ir más allá.

El cielo despejado de la noche anterior estaba cargado ahora de una bolsa de nubes de color malva, y el aire tenía el color del peltre deslustrado. No nevaba, pero había vuelto a caer nieve por la noche —Strafford había visto los copos dando vueltas al otro lado de la ventana cuando se levantó de madrugada para ir al baño— y el paisaje estaba tan pulcro que parecía que hubiesen enviado a un equipo de restauradores para barrer y quitar el polvo de todas partes.

Había medio centímetro de hielo opaco y gris sobre el parabrisas del coche, cubierto, como ocurre siempre con el hielo, de misteriosas rayas y marcas como si fuesen runas, y tuvo que volver dentro a pedirle a la señora Reck que calentara agua en el hervidor para fundirlo. Necesitó seis peligrosas vueltas de la palanca antes de que el motor cobrara vida estremeciéndose y pedorreara humo negro por la parte trasera. Cuando soltó el embrague, los neumáticos patinaron y lanzaron una lluvia de nieve pisoteada y barro helado.

Llevaba recorrido más de un kilómetro cuando cayó en que había olvidado telefonar a Scallanstown para advertir a la hermana del cura de que iba de camino.

Por corto que fuese, el viaje duró más de lo que había supuesto, pues tuvo que conducir la mayor parte del trayecto con una marcha corta. Algunos vehículos habían pasado antes que él y habían dejado más roderas gemelas en la carretera que brillaban como vidrio negro.

Scallanstown ocupaba una hondonada entre dos montañas no muy altas; al pasar con el coche por la calle principal, contó cinco tabernas, tres verdulerías, dos ferreterías; había también una carnicería —¡Hafner's!—, una barbería, un quiosco de periódicos que también hacía las veces de oficina de correos y el salón de belleza de Bernie. Las calles estaban vacías, excepto por el carrito del lechero —aunque el lechero no estaba por ninguna parte— y un perro mestizo que olisqueaba un trozo sucio de papel de envolver que había en el arroyo a la salida de Hafner's.

La iglesia estaba en un alto que dominaba un extremo del pueblo, era un edificio feo e imponente de granito de un repulsivo tono marrón rojizo. Tenía una verja negra, un gran arco de entrada y una aguja absurdamente desproporcionada con la enorme

estructura a la que estaba unida. A la derecha había un cementerio, en el que todas las lápidas tenían un pulcro remate de nieve, que recordaba de manera incongruente a una ración de helado. Al otro lado, a una altura un poco más baja estaba el presbiterio, una casa sólida, con muchas chimeneas, construida con la misma piedra amoratada que la iglesia.

En la puerta había una guirnalda de crespón negro, y Strafford, al ir a coger la aldaba, tuvo que tener cuidado de no descolocarla.

Rosemary Lawless era una mujer alta y delgada, no guapa, sino más bien con un atractivo un tanto amenazante. Tenía la boca fina, pálida y prominente y los ojos grises y apagados. Llevaba una falda negra, un jersey negro y una chaqueta de lana negra. Calculó que tendría unos treinta y pocos; había pensado que sería mayor, aunque no sabía por qué. Tenía un aspecto tenso y apergaminado que Strafford reconoció enseguida: el aspecto de una persona atrapada en el horno abrasador del pesar.

Se presentó. No se dieron la mano.

—Siento molestarla en momentos así —dijo, por mucho que odiase ese tono formulario.

Ella se apartó de la puerta y le indicó con un gesto que pasara. El vestíbulo de losas blancas y negras era gélido; la casa, detrás, era una zona de silencio. En una mesa de roble, tan brillante como si fuese de carbón tallado, había un jarrón con crisantemos secos que debían de haber sido rojos algún día, pero que en ese momento eran de color rosa muy pálido.

—Pensé que vendría el sargento Radford —dijo Rosemary Lawless.

—No está bien. Por lo visto, tiene la gripe.

—¡La gripe! ¿Así lo llaman ahora? ¿Sabe que es un borracho?

—No, no lo sabía. Me han dicho que perdió a un hijo.

Algo se bloqueó en su gesto, como cuando se cierra una puerta.

—Aún no he encendido el fuego del salón —dijo—, pero sí la estufa de la cocina.

Lo guio por el vestíbulo y luego por un pasillo más estrecho donde las baldosas dieron paso al linóleo. Notó una vaharada acre y cálida de carbón de coque procedente de la estufa.

El aire en la cocina estaba tan caliente que al principio Strafford notó una opresión en el pecho. Había un aparador con tazas y platillos, una mesa de madera sin barnizar, cuatro sillas de respaldo rígido y, al lado de la estufa de hierro, una mecedora en cuyo respaldo había una manta de cuadros escoceses.

Rosemary Lawless acercó una silla para Strafford y otra para ella. Por un momento, en el silencio, reinó una duda vacilante. A Strafford no se le ocurrió qué decir.

La mecedora de enfrente de la estufa era una tercera presencia en la sala.

La mirada de Rosemary Lawless estaba fija en Strafford con una expectación ecuánime.

—La acompaño en el sentimiento —dijo, y volvió a torcer el gesto por la plomiza banalidad de las palabras; pero ¿qué podía ofrecer, en ocasiones así, sino la supuesta solemnidad y la falsa compasión de esa frase manida?

—Gracias —respondió la mujer, y se miró las manos cruzadas inertes delante de ella sobre la mesa—. Espero que haya venido a decirme la verdad de lo que le ha sucedido a mi hermano.

Strafford también bajó la vista.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró de su muerte?

—Alguien me telefoneó, no recuerdo quién. Alguien del cuartel de la Garda en el pueblo, creo. No el sargento Radford.

—Probablemente, el guardia que estuviera de servicio en la puerta. ¿Qué le dijo?

—Solo que había habido un accidente en Ballyglass, y que mi hermano estaba muerto. Luego he leído lo que contaba el periódico esta mañana —se llevó una mano a la frente y cerró los ojos, pero volvió a abrirlos enseguida—, que se había caído por las escaleras y había muerto. Según decía, había ocurrido en Ballyglass; así que supongo que querrán decir que estaba en Ballyglass House.

—Sí. Pasó la noche allí.

—Claro —murmuró, movió la cabeza y apretó aún más los labios, que se pusieron todavía más pálidos—. No podía pasarse sin ellos, sin sus distinguidos amigos.

—O sea, ¿que iba mucho por allí?

—En mi opinión, demasiado.

—¿Puedo preguntarle por qué lo dice? ¿No le gustan los Osborne?

Ella se encogió de hombros con desprecio.

—Da igual que me gusten o no. No son como nosotros, ni nosotros como ellos. Tom no me escuchaba, qué va... Quería ser como ellos, montar a caballo, ir a la caza del zorro y demás. —Se interrumpió y frunció el ceño—. Lo siento, le habría ofrecido un té.

—No se preocupe —dijo él—. Acabo de desayunar. No quiero nada.

—No sé ni lo que hago. La cabeza no para de darme vueltas. Nada volverá a ser lo mismo. —Se quitó un hilo de la rebeca. Era como una figurita de cristal fino que pudiera quebrarse en cualquier momento por su propia presión interna—. No puedo creer que ya no esté —dijo desviando la vista hacia la mecedora—. No puedo.

Strafford asintió con la cabeza. Nunca sabía qué hacer en esas situaciones, le avergonzaba el dolor ajeno. A su entender, nadie podía compartir el dolor de otro; desde luego, él no. Como le ocurría a menudo, pensó que ojalá fuese fumador, al menos tendría algo que hacer con las manos. Tal vez debería comprarse una pipa; ni siquiera tendría que encenderla. Bastaría con toquetearla, como hacen los fumadores en pipa. Cualquier cosa con tal de tener una distracción; cualquier cosa con tal de tener una máscara.

¿Por qué todo tenía que ser siempre tan difícil?

—¿Podría hablarme de él, de su hermano? —preguntó—. O al menos de su familia... ¿tiene otros hermanos o hermanas?

Ella negó con la cabeza.

—Solo éramos nosotros dos. Thomas era el mayor.

—¿Siempre le ha cuidado usted la casa? Quiero decir después de que se hiciera sacerdote.

—Sí. Excepto unos años que estuvo en la costa Oeste, de capellán en una escuela industrial en Letterferry.

Letterferry. Conocía Letterferry; la gente bajaba la voz al hablar de ese sitio. Lo había oído mencionar antes, hacía poco. Pero ¿dónde?

—¿Qué hizo usted entonces —preguntó— mientras él estuvo en la costa Oeste?

Ella le miró confundida.

—¿Que qué hice? Nada. Cuidar de mi padre. Se estaba muriendo.

—Debió de morir joven.

—Sí, a los cincuenta y tantos.

Él asintió con la cabeza. La historia de siempre, en Irlanda, el hijo enviado a la gloria del sacerdocio, mientras la hija permanecía en casa para cuidar de los padres hasta que morían y se quedaba sola, todavía joven pero ya vieja, preparada solo para la soltería.

Pensó en su propio padre. ¿Qué pasaría cuando fuese demasiado viejo para cuidar de sí mismo...? ¿Quién cuidaría entonces de él?

—Yo quería ser maestra —dijo Rosemary Lawless, como si le hubiera leído el pensamiento—, pero una hija en la universidad era algo insólito en la familia. Tom, nuestro Tommy, se lo llevó todo. —No había rencor en su voz; después de todo, era el orden natural que el hijo fuese el favorecido. Así eran las cosas.

—¿Conoce usted a la familia Osborne? —preguntó Strafford.

Ella le miró.

—¿Cree que querrían relacionarse conmigo? Ni siquiera sé montar a caballo. —Se irguió y echó un vistazo a su alrededor casi desesperada—. Aquí hace mucho calor —dijo—. ¿Le importa si salimos? A estas horas siempre voy a dar un paseo. Sé que hace un tiempo espantoso.

—Claro —respondió él—. Ahora no está nevando.

Ella le miró los zapatos.

—¿Quiere que le preste unas botas suyas? Seguro que le valen.

—Claro —volvió a decir, demasiado deprisa, demasiado deseoso de ser amable, intentando limpiar su conciencia por no compartir lo bastante su angustia. Pero ¿por qué iba a importarle no compartirla? En realidad, nadie lo hacía, más allá de las palabras delicadas y las sonrisas afectuosas.

Observó a la mujer que tenía delante, allí sentada con la mirada gacha y las manos entrelazadas sobre la mesa. Parecía relucir con rabia contenida. ¿Y si se hubiese hecho con una llave de Ballyglass House y hubiera ido allí la noche pasada

de algún modo —no había visto indicios de ningún coche—, se hubiese colado por la puerta principal, hubiera desenroscado la bombilla del pasillo y esperado su momento oculta en la oscuridad?

«Nuestro Tom se lo llevó todo».

Pero no, se dijo, no: ella no había matado a su hermano, era imposible. Era cierto que no había nadie incapaz de matar dadas las circunstancias correctas, o incorrectas; pero ¿qué motivos podía tener Rosemary Lawless para apuñalar a su hermano en el cuello y luego mutilarlo de esa forma tan espantosa? Aunque hubiese tenido celos de él, el privilegiado, aunque albergase la más profunda amargura contra él, no era una asesina, de eso estaba seguro; o al menos tan seguro como podía estar de cualquier otra cosa. El mundo estaba lleno de prodigios, y también de horrores.

La mujer se levantó de la mesa.

—Bueno —dijo—. ¿Vamos?

Al llegar al vestíbulo le dio un par de botas altas.

—Las traje Tom de unas vacaciones en Italia. —Él se las probó—. ¿Le quedan grandes?

—Un poco, la verdad.

Se marchó y Strafford la oyó trajinar en el piso de arriba, enseguida volvió con dos pares de calcetines de hombre. Mientras se los ponía, acudió a su memoria la imagen del cura tendido en el suelo de Ballyglass House, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos abiertos —a propósito, ¿por qué no se los habría cerrado Osborne, como debía de haber hecho con los ojos de muchos cadáveres en sus años de oficial?—, y sintió un leve estremecimiento de repugnancia debajo del diafragma. No solo iba a ponerse las botas de un muerto, sino también sus calcetines.

Al salir, doblaron a la derecha y siguieron por un sendero que discurría a lo largo de la pendiente. Ella dijo que era una pena que hubiese niebla, el paisaje parecía un dibujo borroso al carboncillo.

—Cuando está despejado, hay una vista muy bonita del valle de Slaney hasta Enniscorthy.

Había nieve aquí y allá, en la parte resguardada de la montaña, y lana de oveja enganchada en el brezal sin hojas.

Rosemary Lawless llevaba un abrigo negro grueso y un gorro de lana con una borla. Strafford se embozó en la gabardina y se anudó la bufanda al cuello. Pensó con añoranza en la bolsa de agua caliente de la noche anterior; pensó en Peggy, la camarera, en su pelo pelirrojo y en sus pecas, y en sus ojos verdes como el mar que, por un momento, habían eclipsado el recuerdo de la mirada gris y melancólica de Sylvia Osborne.

Mírate, se dijo, ¡fantaseando con una camarera! ¿Acaso no descendía de una familia seria y estricta? ¿Qué pensarían sus antepasados Strafford, que habían combatido y matado por Cromwell en Drogheda y en Wexford, al verlo suspirando así por las mujeres?

—¿Quiere hablarme de su hermano? —preguntó de nuevo.

—¿Qué quiere que le diga? —Parecía irritada.

—Por lo que me han contado, era muy bien recibido, no solo en la parroquia, sino en el condado y más allá.

Ella se quedó contemplando la niebla.

—No debería haberse metido a cura —dijo con una amargura repentina y acerada—. Fue un desperdicio. Podría haber sido o hecho cualquier cosa. —Soltó una risita amarga—. Dios lo llamó, le dirán. De ser así, ¿por qué no me llamó a mí? Podría haber sido mejor monja que él cura. —Llegaron a una cornisa rocosa cubierta de brezo y se detuvieron—. Sabe quiénes somos, ¿no? —le preguntó la mujer, volviéndose hacia él—. ¿Los Lawless? Mi padre era John Joe Lawless... aunque todo el mundo lo llamaba J. J.

—¡Ah! No, no lo sabía.

J. J. Lawless había sido una figura famosa en la Guerra Civil, uno de los partidarios más inquebrantables del líder del IRA Michael Collins y el jefe despiadado de sus escuadrones de la muerte. Desempeñó un papel relevante en la Guerra de la Independencia y un tribunal militar lo sentenció a morir en la horca, aunque lo indultaron por la intervención directa del primer ministro británico Lloyd George, que vio su potencial, como pragmático seguidor de Collins, en las negociaciones del tratado que estaban a punto de iniciarse. Después, al terminar la Guerra Civil, J. J. Lawless retomó sus estudios de Derecho, se hizo abogado y abrió su propio bufete especializado en la defensa de miembros del IRA irreconciliables que estaban destinados al cadalso por orden del gobierno del Estado Libre. Cuando llegó la paz, o la supuesta paz, J. J. Lawless & Son fue el bufete más importante de la provincia de Leinster hasta la muerte prematura de J. J. hacía diez años. Vaya, pensó Strafford, esos Lawless.

—Debe de haber sido una herencia muy pesada para un hijo —observó.

—Por eso Tom se metió a cura, no tengo la menor duda. Era su única salida. No podía competir con papá. Tom tenía que abrirse su propio camino y hacerse su propio nombre. Papá nunca se lo perdonó cuando anunció que tenía una vocación, ¡no sabe lo que discutieron!, pero Tom resistió y se marchó.

—¿Y usted se fue con él?

—Supongo que podría decirse así.

—¿Su padre nunca cambió de opinión respecto a su hermano?

—Estuvieron años sin hablarse. Cualquier otro se habría sentido orgulloso de tener un hijo sacerdote. Papá, no. Creo que dejó de ser religioso después de esas luchas tan crueles en las guerras: participó en el levantamiento de 1916, en la Guerra de la Independencia y luego en la Guerra Civil. Debió de ver cosas horribles. Las últimas palabras que le dijo Tom antes de ir al seminario fueron: «Rezaré para que estés en paz». —Se apartó de Strafford hasta el borde de la cornisa de piedra—. Papá tardó mucho en hacerse a la idea de que alguien le había desafiado. Cuando Tom se

marchó, no quiso cambiar el nombre del bufete y lo dejó como estaba: J. J. Lawless & Son. —Se volvió. Tenía la nariz colorada por el frío y los ojos llorosos... o puede que estuviese llorando, y que esas manchas de humedad en las mejillas fueran lágrimas—. Supongo que todo esto es nuevo para usted..., la lucha por la libertad y demás. Entiendo que no es usted católico, ¿verdad?

Strafford frunció el ceño y apartó la vista.

—Los protestantes combatieron en todas esas guerras —murmuró— y no pocos en el bando de los nacionalistas.

—Sí, los suyos también sufrieron y nadie se lo agradeció. Lo sé. Todos sufrimos; a veces me pregunto si valió la pena..., si la supuesta independencia valió siquiera una vida. —De pronto, para su sorpresa, sonrió, por primera vez desde su llegada—. Debo decir —añadió— que ha sido usted una sorpresa, cuando ha aparecido de repente. ¿Le importa si le pregunto por qué se hizo usted policía? Después de todo, la mayoría de los hombres que reclutaron como guardias, cuando se creó el Cuerpo, eran antiguos pistoleros, los mismos que mataron a los suyos.

A lo lejos, las nubes se abrieron un instante y un rayo de luz se coló entre la niebla como un reflector, aunque enseguida se apagó.

—Tal vez, al igual que su hermano, tuve la sensación de que tenía que hacer algo, tomar partido por la libertad.

Se oyó decirlo y supo que no era verdad. Pero ¿por qué se había alistado? Lo ignoraba; debió de saberlo alguna vez, pero ya no. A veces pensaba que debería dejar de trabajar de policía y hacer cualquier otra cosa. Pero ¿qué? Que él recordara, nunca había querido ser nada en particular. La tendencia a dejarse llevar era la maldición de su familia, no había más que ver a su padre.

—¿La libertad? —dijo entonces Rosemary Lawless, aprovechando la palabra—. Tom no era libre. Jugaba a ser un cura diferente, iba a todas partes y veía a gente, se quedaba en sus casas, Ballyglass era su favorita, claro, cazar con perros y esas cosas. Pero ese no era él; era solo lo que quería que la gente creyese que era, aunque era otra cosa.

—Entiendo.

Ella volvió a arremeter.

—¿Ah, sí? —dijo con una extraña vehemencia—. ¿De verdad lo entiende?

—No —admitió él un poco cohibido—, es probable que no. Aunque creo que todos ocultamos nuestro verdadero ser, ¿usted no? ¿Cree que conocía a la verdadera persona que era su hermano?

Habían dado la vuelta y estaban desandando el camino. El sendero era tan estrecho en algunos sitios que tenían que ir en fila india. Un camión de ganado pasó por la carretera de abajo, el mismo, juzgó Strafford por su aspecto, que el día anterior había pasado de largo y le había pitado burlón.

—Tenía secretos —dijo Rosemary Lawless—. Se lo notaba en la cara, en la forma en que mudaba de gesto a veces. Cuando lo miraba, veía a dos personas: el cura a

quien todos conocían, el padre Tom, la vida y el alma de la fiesta, y luego el otro oculto detrás de sus ojos.

—¿Cree que era infeliz?

—Creo que estaba atormentado. —La observó inquisitivo, pero Rosemary siguió impasible, con la mirada apagada y gris fija delante de ella—. Ya se lo he dicho —continuó—, no debería haberse metido a cura. Pero una vez hecho, ya no tenía remedio. No creo que se diese cuenta, antes de marcharse, de que era una sentencia a cadena perpetua. En lo único en lo que pensaba era en alejarse de papá.

Tropezó con una piedra y él la sujetó del codo. Ella se soltó nada más recobrar el equilibrio.

—¿Intentó usted convencerle de que no se metiera a cura? —preguntó.

—¿Yo? —se burló—. ¿Quién me hace caso a mí? Además, yo era joven, no pintaba nada en casa. Papá sonreía siempre que yo hablaba, una especie de rictus, nada más, pero que dejaba muy claro lo que pensaba de mí.

Casi habían llegado a la casa, el último tramo de pendiente era una mezcla traicionera y resbaladiza de barro, hielo y gravilla. Strafford observó la figura de negro que iba delante de él. ¿Creía haber malgastado su vida? Estaba atrapada, como su hermano, solo que la jaula de su hermano había sido más espaciosa.

Estaba buscando las llaves en los bolsillos del enorme abrigo que llevaba.

—Este era el abrigo de Tom —dijo—, el de los domingos; alguien podría aprovecharlo aún. Todavía huele a los cigarrillos Churchman's que fumaba. Siempre decía en broma que deberían pagarle por anunciarlos: «Un Churchman's para un hombre de iglesia». —Todavía seguían en la puerta cuando se volvió hacia él con un brillo súbito e intenso en la mirada—. ¿Me va a decir qué le ha pasado? —preguntó—. ¿Va a tener ese mínimo de respeto?

Le ahorró lo peor, más por cobardía que por consideración, o eso sospechó. No se vio capaz de contarle lo que le habían hecho a su hermano después de apuñalarlo; ¿qué sentido tenía describirle los detalles? Con suerte, no se enteraría nunca: ningún periódico del país osaría imprimir algo tan escabroso.

Lo que le explicó ya fue bastante malo. Mientras hablaba, permaneció de pie al lado de la estufa de la cocina, dándose golpecitos en el muslo con el sombrero, y ella se sentó en la silla de respaldo rígido con los tobillos cruzados y las manos aferradas a las rodillas. Lloró sin lágrimas, mientras sus hombros se estremecían, y de vez en cuando dejaba escapar un sollozo seco y áspero.

—Pero ¿quién lo mataría así, clavándole un cuchillo? —gimió en voz baja, contemplándolo con un sobrecogimiento desesperado—. Nunca hizo daño a nadie. —Cerró los ojos un momento, y Strafford reparó en la tracería de minúsculas venas azules en los párpados tensos y finos como el papel—. Se lo advertí —añadió con amargura—. Le dije que no fuese a esa casa, que no se mezclara con esa gente ni fingiera ser uno de ellos. Que se burlaban de él a sus espaldas. Osborne no hacía más que explicarle a la gente que dejaba que Tom tuviese el caballo en sus establos, pero lo que no contaba era que Tom le pagaba un dineral por disfrutar de ese privilegio. Eso se les da muy bien a los protestantes, nos miran con condescendencia y fingen que todo lo que hacen por nosotros es un favor y, a continuación, se embolsan nuestro dinero sin una palabra de agradecimiento. —Se interrumpió y se ruborizó un poco—. Lo siento —se excusó—, pero es cierto.

Él no dijo nada. El antiguo rencor contra los de su clase seguía allí, y probablemente estaría siempre, pero no profesaba un resentimiento recíproco. Los dos bandos tenían motivos para sentir amargura.

Un petirrojo voló hasta el alféizar de la ventana y se quedó allí con la cabeza ladeada como si escuchara. El día anterior también había visto uno, en alguna parte. Era la época: Navidad, troncos navideños, guirnaldas de acebo, soledad.

«Yo, dijo el gorrión, maté al petirrojo con mi arco y mis flechas».

—Tenía usted la sensación de que su hermano guardaba secretos —dijo Strafford

en voz baja y despreocupada, pues Rosemary Lawless podía asustarse igual que el pajarillo del alféizar—. ¿Sabe cuáles podrían ser?

Ella movió la cabeza, con los labios apretados y la mirada perdida.

—Nunca hablaba conmigo —dijo—. De joven, sí. Temía a papá, los dos le temíamos y a veces hablábamos de eso.

—¿Qué decía? ¿De qué hablaba?

—Solo... que no podía dormir al pensar en él.

—¿Le pegaba su padre?

—¡No! —exclamó ella, contemplándolo con un brillo apasionado en los ojos—. Jamás le puso la mano encima. Ni tampoco a mí. Nunca fue violento de ese modo. Solo...

Apartó la vista y volvió a contemplar la oscuridad del pasado.

—¿Solo...? —repitió él.

—No necesitaba pegarnos. Le bastaba con mirarnos y ya está. —Se movió en la silla y, cuando habló de nuevo, fue tanto para sí misma como para él—. Los dos estaban muy unidos. Era raro; Tommy tenía miedo de papá y, al mismo tiempo..., sí estaba unido a él. Había un vínculo entre los dos, que excluía a los demás, sobre todo a mí. Eran..., no sé, como un mago y su ayudante.

Volvieron a guardar silencio; lo único que se oía era el leve roce del sombrero de Strafford contra su muslo.

El petirrojo voló. Unos copos de nieve volaron delante de la ventana, meciéndose al caer.

La nieve cae distraída, pensó abstraído Strafford.

—¿A qué se refería cuando dijo que estaba atormentado? —preguntó.

Ella alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir con eso de atormentado?

—Lo dijo usted antes, que su hermano estaba atormentado. Es la palabra que usó.

—¿Ah, sí? —Miró las manos aferradas a las rodillas; tenía los nudillos blancos—. ¿No lo están todos, más o menos, en este mundo tan horrible? También debía de estarlo mi padre, de lo contrario no habría... —Se interrumpió, sin apartar la vista de las manos.

Strafford esperó y luego dijo:

—¿No habría qué, señorita Lawless? ¿Qué es lo que no habría hecho?

—Habría dejado dormir a Tom por las noches, en lugar de agobiarle y preocuparle.

Su voz sonó lejana y soñolienta.

—No ha dicho nada de su madre.

—¿No? —Empezó a mecarse en la silla, un movimiento muy leve, casi imperceptible, sincronizado tal vez con el metrónomo de su corazón—. Mamá no tenía ni voz ni voto en lo que se refería a Tom y a mi padre. «No soy más que parte del mobiliario», recuerdo que me dijo un día. La puedo ver justo ahí, donde está usted

ahora; asomada a la ventana. No era un día como hoy, era verano, brillaba el sol. Yo estaba sentada a esta mesa, haciendo los deberes. De historia, siempre se me dio bien la historia. Estaba tan callada que se me olvidó que estaba ahí detrás de mí, y de pronto lo dijo, con tan poca emoción como si hablase del tiempo: «No soy más que parte del mobiliario».

Strafford la miró conteniendo el aliento. Tenía la sensación de haber pasado algo por alto. Algo que tenía que ver con Lawless y con su padre; algo que ella sabía sin saberlo; algo que había reprimido.

—Sigue con vida, ¿verdad? —quiso saber—. ¿Su madre aún vive?

—Sí —respondió Rosemary Lawless.

No dijo nada en mucho tiempo; luego le recorrió una especie de escalofrío desde los hombros hasta los tobillos cruzados, y se volvió hacia él, con los ojos saltones a punto de salirse de la cabeza.

—¿Qué voy a hacer? —dijo con una angustia inusitada, aunque su voz sonó tan tranquila y sobrenatural como antes—. ¿Qué voy a hacer ahora? Me echarán... Enviarán a un nuevo párroco y tendré que desalojar la casa. Solo hemos estado aquí un año, no llega. ¿Adónde iré?

—¿No podría ir a vivir con su madre? —murmuró él. Strafford notó toda la fuerza de su propia impotencia; su impulso más apremiante fue marcharse de allí, huir de la presencia de esa criatura triste, afligida e inconsolable. ¡No puedo ayudarla!, quiso gritar. ¡No puedo ayudar a nadie!—. Bueno —dijo—, ya sabe lo que se dice de la casa de los padres, que pase lo que pase o haga uno lo que haga, cuando acudes a ellos no tienen más remedio que acogerte.

De pronto, la mujer soltó una risa aguda mostrando los dientes y las aletas de la nariz temblorosas.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Sí, seguro que me acogerían donde está mamá. Está en un manicomio, en Enniscorthy, ahí todos son bienvenidos.

Condujo lo más deprisa que se atrevió, atravesó el pueblo y salió a la carretera de Ballyglass. Tenía el pulso acelerado y las palmas de las manos húmedas sobre el volante; sabía que estaba huyendo. Había una pesadilla que tenía con una frecuencia espantosa en la que estaba atrapado en la oscuridad, en una especie de pecera llena, no de agua sino de un líquido espeso y viscoso, y para escapar de él debía trepar por un lado con los dedos resbalando en el cristal, saltar por encima del borde y retorcerse en la oscuridad en el suelo suave y resbaladizo. Había habido veces, en las últimas veinticuatro horas, en las que había tenido la sensación de que el sueño se había hecho real y de que nunca despertaría.

Nevaba con fuerza, grandes copos blandos del tamaño de una hostia de comunión caían y se amontonaban en gélidos pegotes sobre los bordes del parabrisas y hacían que los limpiaparabrisas chirriaran contra el cristal. La nieve helada era más espesa, por lo que tuvo que acercar la cara al parabrisas con los ojos entornados, hasta que casi acabó con la barbilla apoyada en el volante.

Cuando miró el reloj, le sorprendió ver que eran poco más de las once en punto. Desde su llegada el día anterior a Ballyglass, el tiempo se había convertido en un medio distinto, que ya no fluía de forma constante, sino a sacudidas, ora acelerándose, ora ralentizándose como si estuviese bajo el agua. Era como si hubiese pasado a un plano distinto, en otro planeta, donde las reglas terrestres conocidas hubiesen dejado de ser válidas.

Pensó en telefonar a Hackett y pedirle que lo relevara del caso, de ese caso en el que forcejeaba y de ese fango en el que podía ahogarse.

Al principio, la muerte del cura le había parecido solo un crimen más, como cualquier otro, solo que más violento que la mayoría. No había tardado mucho en darse cuenta de cuán equivocado estaba respecto a esa primera impresión. Todo estaba patas arriba, todo vacilaba y se tambaleaba. Estaba otra vez hasta el cuello en la pecera, y, cada vez que se las arreglaba para salir, unas manos invisibles lo agarraban y volvían a meterlo.

Por fin llegó a la Gavilla de Cebada, aparcó el Morris y entró en el bar. Estaba

vacío, y tenía ese aire misterioso y desaliñado que tienen siempre los bares a esa hora del día, a la mañana siguiente de la noche anterior. Debería telefonar a Hackett; este le aconsejaría, le ayudaría a recuperar el sosiego, ese sosiego que creía correr el riesgo de perder.

La visita a Rosemary Lawless le había sentado mal, le había intranquilizado de un modo que no acertaba a comprender. En esa casa fría de piedra, y fuera en la gélida colina, había notado el roce de algo nuevo para él, algo impalpable que, sin embargo, estaba allí, como una niebla helada. ¿Sería que por fin había encontrado el mal? Nunca había creído en el mal como una fuerza en sí misma... No existía el mal, repetía siempre, solo hay hechos malvados. Pero ¿estaría equivocado?

Subió a su cuarto, lanzó el sombrero en la silla al lado de la ventana y se tumbó sobre la cama sin hacer, sin quitarse la gabardina. Al bajar a desayunar esa mañana, había dejado la ventana un poco entreabierta para que se ventilara la habitación, y ahora hacía tanto frío que veía su aliento alzarse como oleadas de humo tenue y rápido.

Se había sumido en un sueño inquieto, cuando oyó abrirse la puerta y se incorporó de golpe, como movido por un resorte. Por un segundo no supo dónde se encontraba —¿por qué había toda esa luz blanca a su alrededor?—, pero entonces se volvió y vio a Peggy en la puerta, mirándole sorprendida como si estuviese a punto de echarse a reír. Tenía ropa de cama limpia debajo del brazo y llevaba una fregona y un cubo.

—Perdone —dijo en tono de acusación falsa—, pensé que había salido.

Él se pasó la mano por la cara haciendo una mueca. Luego rodó en el colchón —la cama era muy alta— y puso vacilante los pies en el suelo. Se sentía distanciado de sí mismo; eso era lo que imaginaba que debía de ser estar borracho.

—Lo siento —dijo, arrastrando las palabras—. Sí que salí, pero he vuelto.

Peggy resopló.

—¡Claro, ya lo veo!

Dejó las sábanas en la cama y soltó la fregona y el cubo. Strafford se sentía cohibido y un poco ridículo en su presencia. La joven siempre metía la barbilla y lo contemplaba por debajo de las pestañas con un gesto burlón; le habría gustado saber qué le parecía tan gracioso. Sospechó que encontraba más o menos ridículos a todos los hombres.

—¿Duerme usted aquí? —preguntó, y luego añadió a toda prisa—: Quiero decir, ¿tiene una habitación donde quedarse?

Ella señaló al techo.

—Ahí arriba. Y yo no lo llamaría una habitación..., más bien es un armario con un catre. —Emitió una risita gutural—. Debería subir a verla alguna vez. Solo me quedo cuando trabajo hasta tarde. Vivo en Otterbridge, con mi madre y mi padre.

—Entonces ¿anoche durmió aquí?

—Sí.

—Me pregunto si oyó salir a alguien, pasada la medianoche.

Ella se encogió de hombros.

—No he oído nada ni a nadie... Duermo como un tronco. Además, ¿quién iba a salir, en plena noche, con este tiempo?

—Se me ha ocurrido que a lo mejor el señor Harbison tuvo que ir a alguna parte.

Peggy volvió a resoplar.

—¿Él? Estaba tan bebido que apenas pudo subir las escaleras para acostarse. No creo que lo veamos hoy. Es un bebedor terrible. —Se sentó en la cama con las manos sobre las rodillas—. ¿Estuvo usted cómodo anoche?

—¿Qué?

—¿Está cómodo aquí? ¿Le gusta la cama? Hay dos habitaciones vacías más, si quiere usted verlas.

—No, no, gracias. —Se había apartado a la ventana, desde donde siguió mirándola de reojo—. La señora Reck me puso una bolsa de agua caliente en la cama.

—No fue ella..., fui yo.

—¡Ah! Fue usted. Pues gracias.

—De nada.

Strafford se asomó a la ventana. Otra vez había dejado de nevar y sobre los campos pendía una miasma helada. No soplaba ni pizca de viento; hacía días que no había viento. Era como si el mundo se hubiese detenido.

—Ojalá supiese hablar como usted —dijo Peggy.

Él la miró.

—¿Qué quiere decir?

—Siempre he querido tener un acento distinguido, como el suyo. La mitad de las veces sueño como un carretero.

—¡Qué va! —se quejó él—. ¡No es cierto!

—Sí. Lo dice solo por amabilidad.

—No, lo digo en serio.

—¡Oh, vamos, hombre! Es usted un embustero.

Peggy le sonrió. Abrió las manos sobre la cama a ambos lados y se echó un poco hacia atrás, con los codos rectos y los hombros levantados, mientras balanceaba un pie. Cruzó los brazos y apoyó el codo contra el marco de la ventana.

—¿Y qué me dice de Harbison? —preguntó Strafford—. ¿Le gusta su acento? Seguro que habla como yo, ¿no?

—No lo sé —dijo con desprecio—. Nunca le escucho. Procuero evitarlo. Siempre lo tengo detrás..., va detrás de cualquier cosa con faldas. —Hizo una pausa—. ¿Qué le ha pasado al cura..., quiero decir, qué le ha pasado de verdad?

Él echó la cabeza atrás sorprendido por su súbita y tranquila franqueza.

—¿No lo sabe? —quiso saber.

—En el periódico decía que se cayó por las escaleras. ¿Fue eso?

—No estoy seguro de que se cayese.

Peggy abrió mucho los ojos.

—¿Le empujó alguien?

—Estamos intentando averiguar qué pasó exactamente.

Ella asintió con la cabeza, sin dejar de mover el pie.

—No suelta usted prenda, ¿eh?

Strafford se limitó a sonreír.

—¿Qué edad tiene, Peggy? —preguntó.

—Veintiuno.

—Debe de tener muchos pretendientes.

Ella hizo una mueca.

—¡Oh, claro! Hacen cola. En este puñetero sitio no hay nadie que valga la pena. ¿Dónde vive usted en Dublín?

—Tengo un piso.

—Sí, pero ¿dónde?

—En Baggot Street. Está encima de una tienda. Es muy pequeño, solo un salón, un dormitorio y un baño. Siempre he pensado que es una especie de celda carcelaria. —O más bien la celda de un monje, pensó.

Ella inclinó la cabeza y se rio.

—¡Ay, esta sí que es buena! ¡Un policía que vive en una celda! —Se quedó pensativa—. ¡Dios, me encantaría tener un piso en Dublín! Supongo que siempre estará usted en tabernas y restaurantes, y que irá a bailes y a conciertos y... ¡oh, no sé!, todo tipo de cosas.

—Me temo que no soy muy buen bailarín y tengo muy mal oído para la música.

—Pero tendrá novia.

—No. La tenía, pero me dejó. Aún seguimos viéndonos. —Se llamaba Marguerite, un nombre que nunca le había gustado, aunque nunca se lo había dicho a ella, claro. Habían salido tres años, se habían acostado dos veces, y luego una noche Marguerite se presentó en su piso pálida, temblorosa y sin avisar para darle un ultimátum: o se casaba con ella, o se acabó. Luego le había lanzado una copa de vino y se había ido. De hecho, no era cierto que siguieran viéndose, no supo por qué lo había dicho—. Se llama Sylvia —mintió.

—¡Ah! Igual que la señora Osborne.

—Sí, sí, es una coincidencia; no me había parado a pensarlo.

Guardaron silencio, luego ella exclamó:

—¡Míreme, sentada en la cama de un huésped! Al menos es pleno día. Aunque, fíjese lo que le digo: si me viese la señora Reck me despediría en el acto.

No obstante, no hizo ademán de levantarse y se quedó observándole. Le brillaba el labio inferior.

—Me ha dicho el señor Reck que tiene usted otro empleo en el pueblo, ¿no? —dijo Strafford, por decir algo; el ambiente en la habitación se había enrarecido mucho.

—En el Boolavogue Arms. Lo voy a dejar. Los hombres que se alojan allí,

viajantes de comercio en su mayoría, son peores que aquí, siempre manoseándome y diciéndome guarrerías.

Era guapa, pensó él, con esos rizos rojizos y dorados, esas pecas y esa boca lozana y generosa. Si fuese hasta donde ella estaba, le pusiera las manos en los hombros y la besara, ella no se resistiría... Al contrario, a juzgar por la forma en que estaba mirándole. Pero, ay, sería un error, y lo sabía. Pensó en la mancha de vino de la pared de su piso, al lado de la chimenea; había intentado quitarla, pero era obstinada y seguía viéndose con claridad como el mapa descolorido de un continente perdido.

—La dejaré trabajar —dijo carraspeando y apartándose de la ventana.

—¿Adónde va ahora? —preguntó—. Acaba de llegar... He oído ese cacharro viejo que tiene.

—Voy a ir a Ballyglass House.

—Claro —dijo ella—. A ver a Sylvia.

Sus ojos se apartaron de los de ella; se había ruborizado y tuvo la sensación de que la cara se le había hinchado. Pasó a su lado, murmurando algo, no sabía qué, y salió de la habitación. En el pasillo se detuvo un momento, y a través de la puerta abierta escuchó suspirar a la chica y un instante después se oyó un estrépito malhumorado cuando cogió la fregona y el cubo.

Strafford bajó los escalones de dos en dos. Eso es, pensó, huye, otra vez.

Fuera, se anudó la bufanda, se abotonó la gabardina y se detuvo a ver cómo subían el coche del padre Lawless a un camión con las palabras «Garaje Talbot, Wexford» pintadas en la cabina sobre el parabrisas. El coche era un Humber Snipe, nuevo y brillante. Le miró con admiración y pensó, no por primera vez, que en lo tocante a los lujos permisibles de la vida, el clero no se privaba de nada. «Un Churchman's para un hombre de iglesia».

Estaba abriendo la puerta de su vehículo mucho más modesto —¡su cacharro!— cuando Matty Moran se asomó por detrás de su hombro.

—¿Va a la Casa? —preguntó. Al menos eso fue lo que Strafford supuso que había dicho, porque Matty no llevaba puesta la dentadura y cuando hablaba sus labios hacían un ruido como el del faldón de una tienda de campaña aleteando con el viento. Luego añadió algo, aunque Strafford solo entendió con seguridad la palabra «llevarme».

—¿Quiere que le lleve? —Strafford suspiró—. Sí, bueno, muy bien, suba.

A pesar del mal tiempo, Matty no tenía abrigo y llevaba solo el traje de rayas deshilachado y la camisa sin cuello. No parecía darse cuenta del frío, aunque su nariz era de color rojo púrpura y tenía el dorso de las manos de color azulado.

Dentro del coche olía, o eso le pareció misteriosamente a Strafford, al interior de una chimenea incrustada de hollín.

Hizo una observación sobre el tiempo; esta vez, la única palabra que Strafford entendió fue «nieve».

—Matty —dijo—, ¿le importaría ponerse la dentadura?

—Fale, fale —farfulló Matty, y se hurgó en el bolsillo del traje y sacó la dentadura; quitó un poco de pelusa que se había pegado y se la metió en la boca tragando y atragantándose.

Siguieron en silencio dos o tres kilómetros. Estaba claro que Matty no estaba habituado a viajar en coche. Se sentó con la espalda muy tiesa y las manos sobre las rodillas separadas, alargando el cuello hacia delante con los ojos fijos en la carretera. Tenía el aire vigilante y escéptico de un hombre convencido de que una catástrofe potencial esperaba a la vuelta de cada curva de la carretera.

—Anoche le vi hablando con Harbison —dijo de pronto.

—Sí —respondió Strafford—. Buscaba a alguien con quien emborracharse, pero escogió a la persona equivocada.

—¿Por qué?

—No bebo.

—¡Hum! —dijo Matty haciendo un ruido apagado como un chasquido con la dentadura—. Pues él se pescó una buena. Ese tipo bebería *whisky* de una pierna llagada.

—¿Lo ve a veces en Ballyglass House?

—Uf, no. —A Matty pareció hacerle mucha gracia—. El jefe le prohibió la entrada hace años.

—¿El coronel Osborne?

Matty no creyó que valiera la pena responder; después de todo, ¿cuántos jefes había en Ballyglass?

Siguieron otro kilómetro y medio, Matty no apartaba la vista de la carretera.

—Y además es un putero de cuidado —dijo.

—¿El coronel Osborne? —preguntó sobresaltado Strafford.

—¡No! —exclamó Matty con desdén—. Harbison. Anoche mismo... no, la noche anterior.

Por un instante Strafford recordó la imagen de Peggy sentada en el borde de su cama. Pero le había dicho que procuraba evitar a Harbison siempre que podía. ¿La creía?

—Anoche las carreteras estaban muy mal, ¿no?

—Sí —dijo Matty—, pero al volver a casa, Harbison pasó a mi lado, en ese cochazo suyo, a la altura del cruce de Saggart; iba a toda pastilla.

—Entiendo —respondió despacio Strafford—. ¿Y a qué hora fue eso?

—No sé... no tengo reloj desde que se me rompió el año pasado. Iba en mi bicicleta y pasó a toda velocidad dándome las luces y patinando en la nieve. Un puñetero chiflado y, además, iba borracho como una cuba.

Strafford estaba frunciendo el ceño.

—¿A qué hora diría que fue, más o menos? ¿A las dos? ¿A las tres?

—Supongo que a eso de las tres. Hacía mucho frío, pero no nevaba y habían

salido las estrellas.

—¿En qué dirección iba?

—Hacia el pueblo, diría yo. Tiene una amiga a la que visita a menudo.

—¿Ah, sí?

—Sí... Maisie Busher. Trabaja en la ferretería Pierce's. Deja la llave en la puerta principal con un cordel dentro del buzón. Harbison no es el único que va a visitarla por las noches.

—¿Y cree usted que es ahí donde iba cuando lo vio?

—Es donde suele ir cuando está por aquí y ha tomado unas copas de más.

—¿No cree que pudiera ir camino de Ballyglass House?

Matty volvió la cabeza y le miró; era la primera vez que apartaba los ojos de la carretera.

—¿No acabo de decirle que tiene prohibida la entrada? —soltó en tono de desdenosa exasperación; era evidente que estaba convencido de estar tratando con un idiota.

—Aun así... —Strafford no terminó la frase.

Estaban llegando a un cruce.

—Aquí me va bien —dijo Matty—, pare ahí.

Strafford detuvo el coche con cuidado en el arcén helado y miró el cartel cubierto de nieve.

—¿Aquí es donde le adelantó?

—Sí. Esto es Ballysaggart.

—¿Giró a la izquierda o la derecha, o siguió recto?

Matty bajó perezosamente del asiento.

—Siguió recto sin mirar ni a izquierda ni a derecha. Una de estas noches se estrellará contra un árbol, vaya que sí.

Cerró la portezuela de golpe y desapareció. Strafford se quedó un rato pensando. La carretera llevaba no solo al pueblo, sino también a Ballyglass House.

Cuando llegó Strafford, la señora Duffy le abrió la puerta principal. Señaló una nota dirigida a él que había en la mesa del vestíbulo.

—Lo han llamado por teléfono —dijo—. El coronel Osborne ha apuntado el nombre.

Él cogió la nota. «Ha llamado el comisario jefe Hackett. Ha dicho que le llame. Osborne».

El teléfono, de pared, con un auricular y un micrófono, estaba en un rincón del vestíbulo, detrás de una cortina de terciopelo rojo comida por las polillas, como si fuese un objeto de dudoso gusto y hubiera que tenerlo discretamente oculto. Strafford se quitó el sombrero y lo colgó en el perchero, luego se metió en el rincón y se sentó incómodo en el taburete alto. Cogió el auricular e hizo girar el disco con un tintineo. Respondió la operadora. Strafford dudó, luego dijo que lo sentía, que se había equivocado, y colgó.

No se sentía capaz de hablar con Hackett en ese momento.
En vez de eso fue a buscar a Jenkins.

Sin embargo, Jenkins no estaba por ninguna parte. Había hablado con la señora Duffy, eso le contó ella misma a Strafford, y le había preguntado por qué había limpiado la sangre de la biblioteca y de las escaleras. Luego había deambulado por la casa un rato y había vuelto a inspeccionar la habitación donde había dormido el padre Tom y el lugar del pasillo donde le habían atacado y apuñalado. El ama de llaves le había seguido mientras husmeaba, para vigilarlo, sospechando, supuso Strafford, que aunque fuese policía, o precisamente por eso, se sentiría tentado de robar. Después, se puso el abrigo y el sombrero y salió de la casa, momento en el cual la señora Duffy juzgó que su deber había terminado y bajó a su cuarto en el sótano a por su costurero para darle la vuelta al cuello de una de las camisas del coronel Osborne.

Tal vez, aventuró, el oficial Jenkins hubiese sacado a Sam a dar un paseo. Sam era el labrador negro; le había cogido afecto al oficial. Strafford intentó imaginar a Jenkins y al perro andando por la nieve, con el perro olisqueando en busca de conejos y Jenkins descubriendo en su interior al amante de la naturaleza que no había sabido que era hasta ese momento.

Strafford se marchó, riéndose para sus adentros.

La vivienda estaba vacía. Dominic había ido a una fiesta navideña en casa de unos amigos en New Ross; la señora Osborne estaba descansando —el doctor Hafner había pasado a verla mientras Strafford estaba en Scallanstown— y habían enviado a Lettie a la farmacia Sherwood's en Enniscorthy a comprar lo que le había recetado. El coronel Osborne estaba en los establos con el veterinario del pueblo; a pesar de la impresión que había sacado Strafford a partir de las despreocupadas alusiones del coronel de que «los caballos» debían de consistir al menos en un par de docenas de purasangres, en realidad eran solo cinco: dos yeguas y un semental viejo, además del castrado del padre Lawless.

El castrado del padre Lawless, pensó Strafford, e hizo una mueca de dolor al recordar los pantalones ensangrentados del cura.

También él deambuló por la casa, sin ver a nadie, oyendo solo los ruidos del día que empezaba: alguien que limpiaba las estufas, la fregona cantando, la cadena de un

váter viejo, el grifo de un baño. Era una mañana normal en una modesta casa de campo del sureste de Irlanda; esas eran la vida y las circunstancias con las que Strafford estaba familiarizado, y, sin embargo, no se sentía parte de ellas ni ahí ni en ninguna otra parte.

Le había dado a entender a Rosemary Lawless que se había hecho policía para liberarse de su educación; sin embargo, se había convertido en un marginado, un observador. ¿Era eso libertad? En Ballyglass House tenía la sensación de ser el fantasma de lo que podría haber sido. «Desarraigado» era una palabra que había descubierto hacía poco y que había recordado; le parecía ser el ejemplo exacto del hombre desarraigado.

Suspiró, fue al rincón de detrás de la cortina, volvió a sentarse en el taburete y a coger el auricular del teléfono, y una vez más le habló la operadora, una mujer de voz cansada con un fuerte resfriado. Le dio el número de la comisaría de la Garda de Pearse Street y, después de una larga espera, le pasaron con el comisario jefe Hackett. Que no estaba de muy buen humor.

—¡Al fin! —dijo irritado—. Hace dos horas que le he llamado... ¿Dónde estaba?

—He ido a ver a la hermana del cura.

—¿Y? ¿Qué tenía que decir?

—Muy poco. ¿Sabía que su padre era J. J. Lawless?

—¿Me está diciendo que usted no?

—¿Y quién quería que me lo dijera? Sacarle información a esta gente es como... no sé cómo, pero muy difícil.

—Pensé que sabría arreglárselas —refunfuñó Hackett—. Por eso le asigné el caso. —Strafford juzgó más conveniente no responder a eso; estaba aprendiendo a navegar por las aguas turbulentas del mal humor de su jefe. Hackett era un hombre decente con un trabajo complicado y Strafford le respetaba, puede que incluso le cayera simpático a su manera callada. Hacía poco que habían ascendido a Hackett a comisario jefe (el nombre pomposo del cargo le avergonzaba) y lo último que necesitaba nada más tomar posesión era tener que investigar un asesinato, sobre todo el asesinato de un cura. Volvió a guardar silencio, a Strafford le divertía pensar que las interferencias electrónicas en la línea eran el ruido del cerebro del jefe al funcionar, y luego preguntó—: ¿Es lo único que le contó, que su padre era J. J. Lawless?

—Sí, no estuvo muy comunicativa —respondió Strafford—. Pero, por lo que dijo, quedó claro que el padre Lawless y su padre, el héroe del IRA, no se llevaban bien.

—¿Ah, no? Vaya, menuda sorpresa. ¿Sabe usted algo del valiente J. J. Lawless? Hacía honor a su nombre, aunque ganara una fortuna con la abogacía.^[1] En la Guerra Civil disparaba a la gente en la cara, era su marca de fábrica.

—No lo sabía —replicó Strafford.

—Y metió a su mujer en un manicomio.

Strafford rascó con la uña del pulgar un poco de pintura descascarillada de la

pared.

—Dijo que estaba atormentado.

—¿Quién? ¿J. J. o el cura?

—Se refería a su hermano.

—Bueno, habría sido un cura muy raro si no lo hubiese estado. Todos los curas están medio chiflados, pero no le cuente a nadie que se lo he dicho. Y, a propósito, por eso lo he telefoneado antes: lo han llamado a una audiencia con su excelencia reverendísima el arzobispo.

—¿El arzobispo?

—El doctor McQuaid en persona... ¿Quién si no? Tiene una casa allí, en las afueras de Gorey, en la costa. Es su refugio de verano, como suele decirse; su —soltó una risa— Castel Gandolfo, Dios sabe por qué estará allí ahora en pleno invierno. A lo mejor está de retiro espiritual, meditando sobre el estado de su alma. El caso es que tiene que ir a verle.

—¿Por qué?

—¿Y cómo quiere que lo sepa?

Strafford suspiró. Era un suceso preocupante; como si te llamaran a entrevistarte con Robespierre.

—He visto la historia en el *Irish Press* —dijo.

—Yo también. ¿Y qué?

—Supongo que el comunicado llegó del palacio, ¿no?

—Nosotros emitimos uno también, pero nadie hizo ni caso. Los asuntos de la Iglesia no son asunto nuestro.

—¿Ni siquiera cuando se trata de un asesinato? —Hackett guardó silencio—. Decía que se había caído por las escaleras —añadió Strafford.

—¿Y?

—Que no se cayó por ninguna escalera.

—Eso es un tecnicismo.

—No, no lo es; es la verdad. En mi opinión, lo que ha hecho el periódico es desinformar.

—Los periodistas se equivocan —dijo cansado Hackett—. Además, ¿qué importancia tiene cómo bajase? Podían haber dicho que bajó volando y habría dado igual.

—Cuando bajó esas escaleras estaba perdiendo sangre por una arteria principal. A ese hombre lo asesinaron.

—¡No me grite, inspector!

—¡No le estoy gritando! —Volvieron a guardar silencio. Para los dos fue como retroceder del borde del precipicio; de nada les serviría discutir. Strafford se movió inquieto en el hueco del rincón. El auricular estaba caliente y parecía respirar, como una boca en su oído. Los teléfonos le desconcertaban por la húmeda sensación de intimidad que le producían, todo lo que se decía por ellos sonaba como una

insinuación—. ¿Han llegado ya los resultados de la autopsia? —preguntó.

—No hay nada en ellos que no supiéramos —replicó Hackett—. El cura murió del golpe y la pérdida de sangre: ahí tiene usted la ciencia, esta vez Harry Hall y sus secuaces se han superado. Fue un ataque «frenético», como dirían los sabuesos de la prensa.

—Sí, si llegaran a enterarse —puntualizó Strafford. Hackett prefirió hacer como si no le hubiese oído.

—A propósito —dijo el jefe, aclarándose la garganta—, había otra mancha en los pantalones del cura, además de sangre.

—¡Ah! ¿Y de qué era?

—De semen.

Strafford volvió a toquetearse los dientes con las uñas.

—¿Solo semen? —preguntó—. ¿Nada más? ¿No había fluidos femeninos?

—No. Supongo que hasta los curas se la cascan de vez en cuando.

—Sin duda.

Estuvieron en silencio al menos medio minuto, luego Hackett habló de nuevo.

—Vaya a ver a McQuaid —dijo—. Será lo de siempre: la discreción es vital, preservar el buen nombre de la Iglesia, proteger la reputación del hijo de uno de los mayores héroes de la madre Irlanda. Dígale lo que quiere oír. Pero cuidado. Es melifluo y nada idiota... ni mucho menos. ¡Ah!, y escuche, yo no le diría, ya sabe, lo de que se la cascaba.

Strafford se las arregló para arrancar la pintura de la pared; desprendió un leve olor a moho.

—Dígame, jefe. Me interesa saberlo: ¿se supone que debo resolver este caso o no?

—¿Qué quiere decir con que si tiene que resolverlo? —preguntó Hackett—. ¿Para qué cree que le he enviado allí?

—Me da la sensación de que todo el mundo estaría más contento si se quedara sin resolver. ¿Es eso lo que me va a decir el arzobispo con su estilo melifluo y nada idiota?

Hackett soltó otro suspiro cansino.

—Vaya a hablar con él, haga el favor. ¿Le importa? Le quedaría muy agradecido, de verdad.

—De acuerdo, señor. Iré a verle. Creo que podré mañana.

—Hoy, inspector. Hoy.

—Hoy. Sí. De acuerdo. Ahora iré.

Colgó. Le latía la oreja por la presión del auricular y le zumbaba la cabeza por las constantes interferencias de la línea. Apartó la cortina —su olor mohoso era otro eco de su infancia— y salió al vestíbulo. La casa le pareció de pronto un laberinto del que, fuese adonde fuese, no sería fácil encontrar la salida. A menudo se preguntaba si no debería buscar otra forma de ganarse la vida, pero ya era demasiado tarde.

Cuando llegó a la carretera de Dublín comprobó que estaba casi limpia de nieve y que era más fácil transitar por ella que por las carreteras secundarias que había estado recorriendo desde su llegada a Ballyglass. Encendió al máximo la calefacción. Cuando intentó poner en marcha la radio solo oyó un ruido de interferencias peor que el de la línea telefónica.

Era igual en todas partes, nada ni nadie quería hablarle con la claridad suficiente para que pudiera entender lo que decían.

Había poco tráfico. Cuervos solitarios, negros negrísimo, aleteaban despacio sobre los campos de nieve inmaculada. Un rebaño de vacas pintas esperaba en un rincón enfangado al escaso refugio de los árboles sin hojas.

Un coche había patinado en el puente de Enniscorthy y estaba cruzado en los dos carriles de la carretera por lo que, mientras lo apartaban, tuvo que esperar detrás de una fila de camiones de carbón vacíos que volvían del puerto de Rosslare Harbour. Dejó el motor en marcha; debía de tener rajado el tubo de escape, porque el coche se llenó de humo y tuvo que apagar el contacto. Mientras pasaba el tiempo, se dedicó a contemplar en silencio el río que fluía debajo de los arcos del puente como una turbia oleada de color gris plata. Intentó identificar patrones en el modo en que fluía, pero no lo consiguió. Más abajo, donde el río tenía espacio para ensancharse, el agua iba más despacio y aquí y allá se formaban remolinos en la superficie y luego se tragaban a sí mismos. En ambas orillas, la nieve se plegaba al llegar al borde como una gruesa manta de lana.

Pensó en la pregunta que le había hecho a Hackett, y cuanto más lo pensaba más insistente se volvía. ¿Lo habían enviado a Ballyglass solo para cumplir con la rutina de investigar el asesinato del cura y luego regresar a Dublín, después de unos días sin resultados, escribir su informe y archivarlo en un estante y dejar que cayera en el olvido, las páginas amarillearan y la carpeta se curvase por los lados? La vida no era como en las películas, se dijo —como si lo necesitara—, y la mayoría de los asesinatos no llegaban a resolverse. ¿Por qué iba a ser este caso distinto de tantos otros?

A esa pregunta solo podía dar, eso creyó, una respuesta: era diferente porque se lo habían asignado a él. Harry Hall podía estar demasiado aburrido para que le importase quién había apuñalado al cura y mutilado su cadáver, y Hackett podía temer las consecuencias de que descubriese al asesino. Pero él no era Hackett y, desde luego, no era Harry Hall. El arzobispo movería el dedo y se lo llevaría a los labios para recomendarle discreción, pero Strafford no quería ser discreto. Un hombre había muerto de una manera espantosa —solo en las novelas policíacas más amables el cadáver acababa en la biblioteca sin antes haber pasado, aunque fuese brevemente, por un infierno de angustia y sufrimiento— y su muerte merecía más que unos cuantos párrafos mentirosos en un periódico.

Por fin apartaron el coche a un lado, y los camiones empezaron a moverse trompeteando como elefantes y resoplando nubes gris azuladas de humo por el tubo

de escape. Strafford encendió el motor, toqueteó el cambio de marchas como si estuviese despertando a un perro, soltó el embrague y siguió el viaje.

No se hacía ilusiones sobre la misión que tenía por delante. La muerte del cura era una molestia para todos —para los Osborne, para Hackett y sin duda también para el arzobispo— y todos preferirían que se olvidase. ¿Era él el único que se lo tomaba como una afrenta personal? No podía llorar, como Rosemary Lawless, por el muerto; no le pedían compasión. Hacía mucho que había perdido la fe en la posibilidad de la justicia, pero ¿no podría al menos conseguir una especie de ajuste de cuentas? No sería tanto pedir.

A un kilómetro de Ballycanew pasó por una placa de hielo y notó que los neumáticos perdían agarre; por un segundo o dos el coche pareció despegarse de la carretera y volar mientras se deslizaba con elegancia hacia la izquierda, subía a la cuneta cubierta de hierba, y el motor se ahogaba y se paraba. Strafford soltó las manos del volante, suspiró y blasfemó. Tendría que apearse, hacer una señal a algún vehículo, volver al pueblo por el que acababa de pasar, encontrar un teléfono y pedir ayuda. Maldijo de nuevo, esta vez con más violencia. Casi nunca maldecía; era cuestión de educación. Jamás había oído a su padre blasfemar ni decir palabrotas.

El coche, por suerte, era un bicho pequeño y resistente —él lo llamaba el jabalí— y solo tuvo que tirar una vez del estrangulador y, con gran alivio por su parte, el motor cobró vida con una sacudida y un estremecimiento. Siguió el viaje.

La casa del arzobispo estaba lejos de la carretera principal, al final de un zigzag de calles cada vez más estrechas que llevaban a un camino de barro con una cresta de hierba en el centro. Strafford se perdió y tuvo que parar a preguntar tres veces, una en una taberna y dos en una granja —que resultó ser la misma, para gran regocijo del granjero y su mujer—. La casa, cuando por fin la encontró, se alzaba en un promontorio solitario, delante del mar y del horizonte vacío. Era un edificio de una sola planta revestido de piedra, con ventanas sencillas y una puerta principal muy estrecha. Strafford tuvo que parar el coche, apearse y abrir una puerta de hierro negra que daba a un sendero corto de grava. A su izquierda, había un rebaño de ovejas desperdigado por una pendiente cubierta de nieve; a su derecha, al pie de unos toscos escalones de piedra, una playa se curvaba hacia el norte y enseguida se disolvía en la fantasmal niebla marina.

Al lado de la casa había aparcado un enorme Citroën negro en un cobertizo con el techo de hierro corrugado. Las ventanillas del coche tenían cortinas de tela que podían echarse para garantizar la intimidad episcopal; el cristal del parabrisas era tan grueso que Strafford dudó si no sería antibalas. La idea no era tan absurda, en vista del destino sufrido por el padre Tom Lawless a manos de una persona o personas con poco respeto por el clero.

Le abrió la puerta un anciano menudo de aspecto vagamente eclesiástico, con los ojos llorosos y una maraña de venillas rotas en los pómulos. Llevaba un delantal largo en forma de tubo, con el cordel atado con fuerza por delante. Strafford le dio su

nombre y el hombre asintió con la cabeza y no dijo nada, solo le cogió el sombrero y la gabardina y le indicó con un gesto que pasara. Lo llevó por un pasillo oscuro, al final del cual abrió otra puerta que conducía a una habitación corriente en la que ardía un fuego de carbón. A cada lado de la chimenea había dos sillones idénticos de cuero y, entre los dos, una mesita cuadrada con las patas talladas con florituras. Sobre la repisa de la chimenea, había una reproducción de un cuadro, en tonos rosados y blancos pasteles, de un Jesús increíblemente apuesto de barba suave, con la cabeza inclinada con languidez a un lado, que señalaba con dos dedos a su corazón desnudo, sangrante y orlado de llamas. Su padre llamaba a esta estampa, que podía verse por doquier en la católica Irlanda, la Mujer Barbuda.

—Su excelencia estará enseguida con usted —dijo en voz baja el hombrecillo y salió y cerró la puerta sin hacer ruido.

Strafford fue a la ventana y contempló el mar de color peltre y un cielo de nubes sucias como polvo de tiza pisoteado. Las gaviotas daban vueltas y volaban en picado, vagas formas como fragmentos de nubes que se hubiesen desprendido.

La puerta se abrió a su espalda y entró el arzobispo. Se estaba frotando las manos, y por un momento Strafford recordó, de manera incongruente, la primera vez que vio a Sylvia Osborne, cuando irrumpió en la cocina de Ballyglass House haciendo el mismo gesto.

—Buenos días, inspector. Ha sido muy amable por venir con este tiempo tan inclemente.

—Buenas tardes, excelencia.

El arzobispo era un hombre adusto y delgado, de mejillas hundidas y orejas prominentes. Tenía los labios finos y la nariz gruesa y carnosa demasiado grande para su cara; sus ojos eran pequeños, agudos y despiertos, con los párpados ligeramente hinchados. Llevaba una sotana que le llegaba hasta el suelo con un ancho fajín de seda a la cintura y en lo alto de la cabeza larga y estrecha, un solideo de seda carmesí. Otro actor disfrazado para interpretar su papel, pensó sombrío Strafford. El hombre se adelantó y tendió mecánicamente el anillo de arzobispo para que Strafford lo besara, pero al ver que Strafford no tenía intención de hacerlo, alteró un poco el ángulo de la mano y la usó para señalar uno de los sillones, como si esa hubiese sido su intención en un primer momento. «Melifluo», había dicho Hackett; oh, sí, muy melifluo y muy siniestro.

—Siéntese, inspector, por favor —dijo—. ¿Puedo ofrecerle una copa de jerez? —Pulsó el timbre eléctrico que había en la pared de al lado de la chimenea—. Qué tiempo tan espantoso. He venido a descansar un poco, pero ahora me arrepiento. Esta es una casa de verano, y no hay forma de impedir que se cuelen las corrientes de aire y las rachas de viento helado del mar.

Se sentaron uno enfrente del otro. Strafford vio la punta de las zapatillas de terciopelo rojo del arzobispo que asomaban por debajo del dobladillo de la sotana.

—Sí —coincidió Strafford—, hace muy mal tiempo, es cierto.

El arzobispo le miró con una sonrisa gélida.

—Ah, bueno, no debemos quejarnos; el tiempo es otra de las pruebas que nos impone Dios, por el bien de nuestra alma.

Strafford notó cómo los ojillos agudos lo observaban con intensidad.

—Siento haber tardado tanto en llegar —dijo—. Había un coche bloqueando el puente en Enniscorthy, y luego me salí de la carretera en Ballycanew.

—¡Oh, Dios mío! ¿Está usted bien? ¿No se ha hecho daño? ¿Se ha estropeado el coche?

—No. He vuelto a ponerlo en marcha como si nada.

—Me alegra oírlo. —Se oyó un golpecito en la puerta y el hombrecillo del delantal volvió a aparecer. El arzobispo le llamó Luke y le pidió que trajera el jerez; el hombrecillo asintió con la cabeza y se fue—. No sé qué es lo que haría sin el pobre Luke —dijo el prelado—. Lo pasó muy mal en la guerra, en la primera. Neurosis de guerra. Lleva conmigo más tiempo del que ambos podemos recordar.

Se produjo un silencio. El arzobispo ladeó la cabeza y miró el fuego, donde un carbón estaba emitiendo un agudo silbido. Fuera se oían los gritos de las gaviotas y, de fondo, el suave susurro de las olas en la orilla.

—Qué espanto lo de Ballyglass —dijo el arzobispo con los ojos fijos en las llamas. Había apoyado los codos en los brazos del sillón y juntó las manos con los pulgares entrelazados. Sus manos estaban tan exangües como su rostro.

—Sí, es espantoso —coincidió Strafford.

Reparó en que estaba respirando a todo pulmón, como un luchador, pensó irónico, al salir al cuadrilátero.

El criado Luke volvió con una botella de jerez y dos copitas muy ornamentadas en una bandeja redonda de madera cubierta con un tapete de encaje. También había otra bandeja con galletas Marietta. Luke dejó la bandeja de las copas en la mesa y llenó con cuidado las copas del vino marrón oscuro y glutinoso con la mano temblorosa.

—¿Alguna cosa más, excelencia?

—No, por ahora no, Luke, gracias.

—Entonces iré a Gorey, nos hacen falta huevos.

—Claro, Luke, claro. —Otra vez esa sonrisa fría y seca a beneficio de Strafford—. ¡No podemos quedarnos sin huevos!

Luke asintió con la cabeza y volvió a marcharse, cerrando otra vez la puerta con cuidado y sin ruido; podría haber sido la puerta de una cripta.

El arzobispo le dio una copa a Strafford. Bebieron. El jerez estaba dulce como un jarabe.

—Estas copitas —dijo el prelado, sosteniendo la suya a la altura de los ojos— fueron un regalo del cardenal Mindszenty, directas de Budapest. Llegaron en valija diplomática; sabrá usted, claro, que el cardenal vive en la embajada estadounidense, donde le concedieron asilo después de que los soviéticos aplastaran el alzamiento

húngaro. Si lo que dicen los periódicos sobre la situación allí es cierto, y me temo que lo es, es probable que tenga que quedarse bastante tiempo. Otro de los guerreros de la Iglesia perseguidos por defender la paz.

Strafford sabía lo de Mindszenty y su oposición a los comunistas, lo de su encarcelamiento y tortura; también estaba al tanto de las acusaciones contra él de ser un nazi entusiasta y un antisemita implacable. Supuso que había sacado su nombre a colación como una especie de prueba, pero, si lo era, Strafford no entró al trapo y guardó silencio. Bebió otro trago de jerez.

Fuera oyó el gruñido del motor del Citroën al ponerse en marcha; debía de ser Luke que iba a comprar huevos.

—Excelencia, ¿puedo preguntar por qué me ha hecho llamar?

—¡Oh, pero si no le he hecho llamar! Le dije al inspector jefe de la Garda... ¿Conoce usted al inspector jefe Phelan? Es un buen hombre, un hombre de fiar, le dije que sería bueno que usted y yo tuviésemos una conversación. —Otra vez desvió los ojos hacia el fuego—. ¡Pobre padre Lawless! ¡Qué crimen tan horrendo!

—¿Conoce los detalles de la muerte del padre Lawless?

—Desde luego que sí. El inspector jefe Phelan me ha telefoneado hoy, después de saber los resultados de la autopsia. Se ha cometido un pecado espantoso. El padre Lawless, Dios se apiade de su alma, era uno de los sacerdotes más populares de la diócesis... de todo el condado, de hecho de toda la provincia de Leinster. Su muerte es una enorme tragedia. ¿Quiere otro traguito de jerez? ¿No está muy fuerte el fuego? Tal vez podríamos apartar un poco los sillones. Estos días me afecta mucho el frío.

—Monseñor, el *Irish Press* ha publicado hoy una columna...

—Y el *Independent* también. Aunque veo —frunció los labios— que no ha salido en el *Irish Times*. Supongo que leerá usted el *Times*. Tengo entendido que es usted uno de nuestros hermanos separados.

—Mi familia es protestante, sí; si es a eso a lo que se refiere —dijo cohibido Strafford, que estaba decidido a no dejarse enredar—. Solo he visto la del *Irish Press*.

—La noticia en el *Independent* era muy parecida.

—Como sabrá por su conversación telefónica con el inspector jefe Phelan, la noticia es, como mínimo, incompleta.

El arzobispo dejó la copa en la bandeja, se dio la vuelta en la butaca, cogió el atizador, lo clavó en el fuego y atizó con fuerza las brasas.

—Imagino —dijo— que habrá sido porque el resultado de la autopsia no se ha conocido hasta esta mañana y los periódicos salieron anoche. —Se recostó en el sillón, volvió a apoyar los codos en los reposabrazos y una vez más juntó las yemas de los dedos—. La gente olvida a menudo —añadió, mirando al techo— que los periódicos siempre publican noticias atrasadas. La radio, claro, se supone que es mucho más inmediata, pero a menudo me he dado cuenta de que las noticias de la radio apenas se diferencian de las de los periódicos. De hecho, tengo la sospecha de que los de Radio Éireann se basan más en las noticias de los periódicos de lo que

están dispuestos a admitir. ¿O estoy siendo mal pensado? —Frunció de nuevo los labios, pero esta vez sonrió casi con picardía—. ¿Usted qué cree?

Strafford dejó también la copa, con la mitad del jerez imbebible sin beber.

—Doctor McQuaid —dijo—, dentro de un par de días enviaré mi informe sobre la muerte del padre Lawless. Ya he mandado por medio de un colega mis conclusiones preliminares a mi superior en Dublín. Dice usted que los resultados de la autopsia se conocieron esta mañana; no es cierto, es decir, lo que se ha publicado es una versión muy selectiva de los mismos. El padre Lawless no murió por una caída; si el inspector jefe Phelan le ha dado todos los detalles de lo que ha descubierto el patólogo, ya sabe usted cómo murió. Cuando los periódicos se enteren de los verdaderos detalles del caso...

—Cuando... —murmuró el arzobispo. Estaba mirando sus dedos en punta con una expresión deliberadamente preocupada. Strafford no dijo nada al principio, pero él también entrelazó los dedos, con los pulgares hacia fuera y se inclinó hacia delante en la silla.

—Me gusta pensar que solo tengo una cosa en común con los periodistas —dijo— y es la curiosidad. Aquí hay una «historia», como dirían ellos, una historia trágica, pero también sensacionalista, y puede estar seguro de que querrán publicarla.

El arzobispo, sin mover la cabeza, desvió la mirada de la yema de los dedos al hombre que tenía delante.

—Querrán publicarla, claro —dijo en voz baja—. De lo contrario no estarían haciendo su trabajo. Pero ¿cree usted que llegarán a enterarse?

—Lo que creo es que hay cosas demasiado grandes para ocultarlas.

El arzobispo se sentó más erguido, ladeó un poco la cabeza y miró de reojo a Strafford.

—«Ocultarlas» es una palabra que me preocupa.

—¿Puedo preguntar, excelencia, qué palabra usaría usted?

—«Callarlas» sería más exacto, en este contexto. ¿No cree?

Strafford hizo ademán de responder, pero el arzobispo, sonriendo, alzó la mano para cortarle y, todavía sonriendo, se levantó de la silla, fue a la ventana y se quedó allí con las manos a la espalda, contemplando el frío y desolado paisaje del mar de color gris metálico y el cielo aún más gris.

—La nuestra es una nación joven, inspector Stafford.

—Strafford.

—Perdóneme: Strafford. Como digo, es una nación joven, que conserva intacta la mayor parte de su inocencia primitiva. Si nos hubiesen dejado, habríamos madurado. Pero siglos de opresión nos han mantenido retrasados, dominados y, como digo, inocentes. —Se volvió y miró a Strafford—. Espero no ofenderle diciéndole estas cosas. Su gente...

—¿Mi gente? Con el debido respeto, excelencia. No soy uno de los opresores ingleses de los que habla. Soy tan irlandés como usted.

—Claro, claro. —El arzobispo se apartó de la ventana para mirar a su invitado—. Pero recuerdo que una vez la gran novelista angloirlandesa, Elizabeth Bowen, me dijo, fue en una fiesta ofrecida por el embajador británico, una tarde de verano en el jardín de detrás de la embajada en Merrion Square, recuerdo que me dijo que su sitio estaba en algún lugar en mitad del mar de Irlanda, entre Irlanda e Inglaterra. Me pareció muy ingenua y reveladora. Debe de ser raro estar encallada así. Aunque, claro —dejó escapar una leve risa—, en sentido estricto no se puede estar encallado en mitad del mar.

Volvió despacio hasta la chimenea, con la cabeza baja, mirándose la punta de las zapatillas que aparecían, una detrás de la otra, debajo de la sotana. Se detuvo delante del fuego y extendió las manos que, delante de las llamas susurrantes, estaban tan pálidas como el esqueleto de una sepia.

—La señora Bowen es protestante, claro. Siento el mayor respeto por su Iglesia y por su credo, que ha producido tantas nobles inteligencias... o sensibilidades, si me permite decirlo así. Pero, en fin —soltó un pequeño suspiro—, el protestantismo no es tanto una religión como una reacción contra una religión. —Sonrió a Strafford con una mirada gélida—. Insisto, no se ofenda usted, por favor. No hago más que señalar un hecho. ¿Qué fue la Reforma, después de todo, sino una protesta contra los defectos de la Iglesia de Roma? Una protesta justificada, siento decirlo, en los días de Lutero y sus seguidores. No es casualidad que la palabra «protesta» siga formando parte del nombre mismo de su fe.

—Me educaron como miembro de la Iglesia de Irlanda —dijo Strafford.

—¡Ah, sí! Pero, como dijo el polifacético Shakespeare, ¿qué es un nombre?

El arzobispo, todavía de pie delante del fuego, apoyó una mano en la repisa de la chimenea e inclinó la cabeza hacia las llamas, lo que dio un tono chillón a su rostro fino y pálido.

Strafford se levantó de la silla y miró su reloj.

—Monseñor, esta conversación me parece muy interesante, pero no tengo tiempo para discusiones teológicas...

—Sí, sí, sí, ¡discúlpeme! Sé lo ocupado que debe de estar. Pero la muerte del padre Lawless ha sido un golpe para todos y será un golpe especialmente fuerte para sus parroquianos y para los católicos en general.

—Para todo el mundo en general, sean católicos o protestantes, ¿no cree?

—Claro, sí, eso he dicho... para todos.

Los dos hombres estaban de pie, observándose. Strafford notó el calor del fuego en la pernera del pantalón. Miró hacia la ventana y vio que otra vez había empezado a nevar sin demasiada fuerza. Pensó en las carreteras; no le gustaría quedarse atrapado ahí, en ese sitio frío con ese hombre frío. Volvió a consultar el reloj.

—Sí, tiene usted que marcharse, lo entiendo —dijo el arzobispo levantando conciliador las manos—. Pero antes de que se vaya, unas últimas palabras, ahora que tenemos ocasión. —Bajó los ojos—. Como le he dicho, conservamos, como nación,

un notable, algunos dirían que deplorable, grado de inocencia. En muchos sentidos somos como niños, tenemos la sencillez y el encanto de un niño y, al mismo tiempo, he de confesarlo, la capacidad para el mal de un niño. Tardaremos mucho en alcanzar la madurez. Al fin y al cabo, crecer es un proceso lento y a menudo doloroso que no conviene forzar. Algunos de nosotros tenemos el deber de juzgar qué es lo mejor para la congregación, discúlpeme, para la población en general. Como dice el señor Eliot, estoy seguro de que estará usted familiarizado con su obra: «Los hombres no soportan demasiada realidad». El contrato social es un documento frágil. ¿Entiende mi punto de vista?

Strafford se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí. Pero aun así, la verdad...

—¡Ah, la verdad! —El arzobispo volvió a levantar las dos manos—. Qué concepto tan difícil. No hay mucho que decir a favor de Poncio Pilatos, pero uno siente una chispa de comprensión cuando preguntó, en su impotencia: «¿Qué es la verdad?».

—En este caso, doctor McQuaid —dijo Strafford despacio—, la pregunta es fácil de responder. El padre Lawless no se cayó por las escaleras y se partió el cuello; lo acuchillaron en el cuello y luego...

El arzobispo, que había bajado las manos, volvió a alzarlas por tercera vez y cerró los ojos mientras movía la cabeza.

—Basta, basta —suspiró—. Sé por el inspector jefe Phelan lo que ocurrió después. —Hizo una pausa, dio un paso hacia Strafford y volvió a hablar—. ¿De verdad cree, inspector, que la divulgación pública de unos hechos tan espantosos puede traer algo bueno?

—Como el asesinato, excelencia, la verdad acaba sabiéndose, por muy espantosa que sea.

El arzobispo sonrió.

—*El mercader de Venecia*, sí. Es usted un hombre muy leído. —«Para ser un policía», imaginó Strafford que le habría gustado añadir—. Pero la vida es real, no una obra de teatro, y algunos aspectos de la realidad, ¿cuál fue la palabra que utilicé antes?, es mejor callarlos. Veo que no está usted de acuerdo. En fin, haga lo que considere más oportuno. Usted tiene sus obligaciones —sus ojos adquirieron un brillo duro— igual que yo tengo las mías.

Strafford se estaba preparando para marcharse. Luke no había vuelto de hacer la compra y se preguntó dónde estarían su gabardina y su sombrero. El arzobispo le puso una mano en el hombro y fueron juntos hacia la puerta.

—Gracias por venir desde tan lejos, inspector, en estas circunstancias. Quería conocerlo en persona. El inspector jefe habla maravillas de usted; cree que tiene un brillante futuro por delante, como inspector.

—Me alegra saberlo —dijo secamente Strafford—. No es un hombre muy dado a los halagos.

—No —dijo abstraído el arzobispo—; no, desde luego. A menudo pienso en lo difícil que debe de ser para un joven abrirse paso en el mundo actual. Han sucedido tantas cosas terribles en nuestra época, tantas guerras y revoluciones, tanta muerte y destrucción. —Se detuvieron en el vestíbulo—. Una vez más, gracias por venir. —Al llegar a la puerta principal, el prelado esbozó apenas una sonrisa pálida, mientras los ojos le brillaban—. Esté seguro, inspector, de que observaré sus progresos con el mayor interés. —La gabardina y el sombrero de Strafford colgaban del perchero en la puerta—. Aquí están sus cosas; ¡qué gabardina tan fina con el frío que hace!

Cuando abrió la puerta, se coló una ráfaga de aire helado que arrastró consigo un remolino de copos de nieve, uno de los cuales se posó sobre la frente de Strafford, como para darle una bendición helada.

Se apresuró entre la nieve hasta el coche, subiéndose el cuello de la gabardina. Al alejarse en el automóvil, volvió la vista atrás y vio al arzobispo en la puerta con una mano levantada para despedirse. Tenía nieve en la pechera de la sotana. No parecía importarle. Un hombre frío, en un mundo frío.

El viaje de vuelta a Ballyglass no fue tan peligroso como se había temido. Cuando llevaba recorridos cinco o seis kilómetros, dejó de nevar de repente y pudo parar los limpiaparabrisas; siempre eran irritantes con su movimiento monótono a un lado y al otro, pero con ese tiempo hacían un chirrido rítmico contra el cristal como unas uñas rascando una pizarra.

Al llegar a las afueras de Ballycanew donde le había patinado antes el coche, redujo al mínimo la velocidad, pero esta vez no pasó nada.

Una vez en Ballyglass House, tuvo que esperar fuera cinco minutos, golpeando el aldabón, helado hasta los huesos, antes de que la señora Duffy llegara a abrirle. Dijo que sentía no haber ido antes, pero había estado abajo, fregando los platos de la comida. Al oír lo de la comida, recordó que no había probado bocado desde el desayuno. La señora Duffy dijo que podía prepararle una tortilla.

Preguntó si había regresado Jenkins y le dijeron que no. Se golpeó los dientes con las uñas. Luego se sentó en el rincón de detrás de la cortina, con los codos apretados contra las costillas, telefoneó a Pearse Street y preguntó otra vez por el comisario jefe Hackett.

—Bueno, ¿qué tal le ha ido con su eminencia? —preguntó Hackett con una risita.

Strafford le oyó encender un cigarrillo como hacía siempre que hablaba por teléfono, dejando la caja de cerillas sobre la mesa, sujetándola con el codo, sacando la cerilla y rascándola despacio y con cuidado en el papel de lija.

—Me ha dado una clase de religión y me ha dejado marchar con una advertencia.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de advertencia?

—Ha dicho que estaría atento a mis progresos. Ha insistido en dejármelo claro.

—El doctor McQuaid es un hombre amargado. No hay amor en sus actos.

—Quiere que silenciemos el asunto, claro.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Lo menos posible.

Se hizo una pausa, luego Hackett dijo:

—Es un hombre peligroso, Trafford, y no conviene enfadarle. No hace falta que

se lo diga.

—¿Cree que puede tapar algo tan grave?

—Ya lo ha hecho antes.

—¿Ah, sí? ¿Podría darme más detalles?

—No. Pero se lo advierto, vaya con cuidado. La mano derecha de Stalin, el comisario Beria, nunca cejará mientras su señor siga vivo.

Strafford frunció el ceño; quería saber cómo y cuándo McQuaid lo había «hecho antes» en otro caso... ¿o casos?, tan graves y escabrosos como este. Tendría que preguntarle a Quirke, cuando volviera de su luna de miel. Quirke sabía dónde había enterrados muchos cadáveres; al fin y al cabo, era patólogo forense.

—Jenkins ha desaparecido —dijo—. ¿Ha sabido algo de él?

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido?

—Lo envié aquí, a Ballyglass House, para que volviese a interrogar a la familia. Llegó, habló con el ama de llaves, luego salió, según ella, y no se le ha vuelto a ver.

—¿Dónde podría haber ido? ¿Está nevando allí igual que aquí?

—Sí, jefe, nieva casi todo el tiempo.

—Empiezo a pensar que no va a parar nunca. ¿Cuánto hace que ha desaparecido?

—¡Oh!, tres o cuatro horas.

—¡Por el amor de Dios, Strafford! Lo más probable es que esté tomándose una pinta y un bocadillo de jamón en alguna parte. ¡Tres o cuatro horas!

—Marcharse sin avisarme no es típico de él, jefe. —Hackett estaba volviendo a exasperarse; últimamente pasaba exasperado la mayor parte del tiempo. Estaba claro que no le probaba bien el ascenso. Le gustaba ser un detective de a pie; ahora pasaba la mayor parte del tiempo en su escritorio, ocupado con el papeleo. No era un hombre feliz—. Esperaré un poco más —prosiguió Strafford—, y luego iré a ver al policía del pueblo, Radford, por si me puede echar una mano.

—¿Radford? ¿Quién es?

—El sargento Radford. En el pueblo hay un cuartel de la Garda. Aún no lo he visto. Se supone que tiene la gripe. Creo que es alcohólico.

—Vaya, qué situación tan maravillosa —dijo Hackett—. Su ayudante ha desaparecido y el policía del pueblo está sufriendo los horrores del *delirium tremens*. Buena suerte.

Y colgó.

La señora Duffy le había dicho que le avisaría cuando estuviese lista la tortilla. Mientras esperaba, anduvo hasta el salón, fue a la ventana donde había estado el día anterior con Lettie y estuvo viendo caer la nieve sobre el césped y los campos de atrás. En esos momentos, la montaña apenas era visible; una silueta fantasmal y flotante, como el monte Fuji en el trasfondo de una estampa japonesa.

Un petirrojo se posó en una rama al otro lado de la ventana y se quedó allí ahuecándose las plumas. Strafford estaba convencido de que era el mismo que había visto, ¿cuándo?, ¿cuándo lo había visto? ¿Ayer? ¿Hoy? El tiempo estaba gastándole

malas pasadas otra vez. ¿Podría ser el mismo pájaro y que le estuviera siguiendo? El recuerdo de su madre volvió a su imaginación, su madre en el lecho de muerte improvisado, observando a los pájaros en la hierba, a medida que decaía la luz, la luz del día y también su propia luz. ¿Por qué pensaba tanto en ella? Apenas lo había hecho en los últimos años, pero ahora cada vez que veía un pájaro en la nieve su fantasma reaparecía. ¿Quién había dicho que la casa estaba encantada? Desde luego, para él lo estaba.

Repasó su conversación con el arzobispo. Estaba claro que le había hecho una advertencia. El tono de amenaza subyacente a la calculada educación y las sutiles insinuaciones del prelado no dejaban lugar a dudas. A esos clérigos untuosos les gustaba exhibir su poder. Pensó en el reverendo Moffatt, que había sido vicario de Roslea cuando él era niño. El pobre Moffatt, con su pelo plateado, su coronilla sonrosada, sus manos pálidas e incompetentes y sus modales animados y contritos. John Charles McQuaid debía de zamparse a gente como el reverendo Moffatt como aperitivo antes del desayuno.

Strafford no conocía al inspector jefe Jack Phelan; ¿de verdad habría hablado bien de él, como había dicho el arzobispo? Sospechaba que Phelan jamás había oído mencionar su nombre. De todos modos, pensara lo que pensase, bastaba con una palabra de su excelencia reverendísima John Charles para que lo destinasen a algún pueblo en el ventoso oeste de Irlanda, donde se pasaría el día persiguiendo a ladrones de gallinas y las noches multando a colegiales por no llevar luces en la bicicleta.

Había estado oyendo un ruido desde que entró en la sala, pero solo en ese momento le prestó atención y reparó en lo que era. Alguien, una mujer, le pareció, fuera de la sala, pero cerca, estaba llorando en voz baja. Se apartó de la ventana, se detuvo y volvió a escuchar. Luego fue a una puerta que había en un rincón de la sala, a la derecha de la chimenea.

Cuando llamó a la puerta, el ruido del llanto cesó en el acto y se hizo el silencio. Volvió a llamar, pero siguió sin obtener respuesta. Giró el picaporte.

Sylvia Osborne estaba sentada, o más bien reclinada, en el sofá amarillo de su bombonera, con las piernas en alto y tapada con una manta; reparó por su postura, apoyada en el codo y con un hombro más alto que el otro, en que había estado tumbada y se había incorporado al llamar él a la puerta. Sus ojos ribeteados de rosa hacían que el rostro pareciera aún más pálido. Sus mejillas estaban surcadas de lágrimas y tenía la boca hinchada. Tenía un pañuelo húmedo en la mano, que ocultó enseguida detrás de la espalda. Llevaba una blusa blanca y una rebeca de color azul celeste.

—Es usted —dijo—. Pensé que era Geoffrey.

Strafford entró en el cuartito. Parecía menos recargado que el día anterior, tal vez porque la cara empapada de lágrimas de la mujer y su gesto angustiado prestaban al lugar cierto aire solemne. Una mancha seca y grisácea le corría por un lado de la barbilla, donde la saliva le había goteado por la comisura del labio cuando estaba

tumbada.

—Señora Osborne —dijo Strafford, yendo hacia ella—, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado?

Al principio ella no respondió, pero luego arrugó el rostro y empezó a llorar otra vez.

—¡Todo es culpa mía! —gimió con voz atragantada—. ¡Todo, todo es culpa mía!

Strafford se sentó en el extremo del sofá y ella apartó las piernas debajo de la manta, como si temiese que pudiera tocarla.

—No entiendo —dijo él—. ¿Qué quiere decir con eso de que es culpa suya? ¿Se refiere a la muerte del padre Lawless? —Ella alzó el brazo y se tapó la cara con el hueco del codo, donde la manga de la rebeca ahogó sus sollozos. Dijo algo que él no comprendió. La cogió de la muñeca con toda la amabilidad posible e intentó que bajase el brazo, pero ella volvió a soltarse—. Cuénteme lo que pasa —le dijo en voz baja como a una niña pequeña, y de hecho despedía el mismo olor lechoso y cálido de un niño disgustado. Se imaginó cogiéndola en brazos y tocándole la cara con la yema de los dedos, y a ella apoyando la cabeza en su hombro y suspirando su cálido aliento contra su cuello.

Ella apartó la mirada y se mordió el pulgar; al menos no se lo chupó como había hecho Lettie cuando la encontró el día anterior, en una pose similar, con una manta sobre las piernas.

—Lo siento —dijo la mujer. Había dejado de llorar.

Desde el pasillo llegó la voz de la señora Duffy llamando a Strafford; la tortilla estaba lista.

—Vino aquí por mí —dijo Sylvia Osborne, entre leves hipidos—. Seguía viniendo por mí. Tendría que haberlo impedido; debería haberle dicho que no viniera.

Strafford intentó disimular su sorpresa. ¿Habían tenido el cura y ella una aventura amorosa? La posibilidad no se le había ocurrido, aunque debería haberlo pensado. Eso explicaría muchas cosas, ¿no? Pero ¿las explicaría?

—¿Quiere decir —dijo—, quiere decir que usted le gustaba? ¿Que él y usted estaban...?

Ella negó enseguida con la cabeza frunciendo el ceño como si fuese algo absurdo. Aunque ¿qué otra cosa podía ser?

—¿Le dijo a usted algo? —preguntó—. ¿Le dio la impresión de que estaba...?

—Habló conmigo un día —dijo, mirando hacia delante con los ojos entornados—. Creo que había estado bebiendo, y le di un poco de jerez, aunque no debería haberlo hecho, y se bebió una copa tras otra. Estaba sentado ahí, donde está usted ahora. Sus ojos estaban muy raros, como si viese algo... no sé; algo horrible.

—¿Y qué dijo?

Volvió a morderse el pulgar.

—Me habló de lo difícil que era ser cura. Dijo que yo no podría entenderlo, claro, pero que los curas tenían sentimientos como todo el mundo. Dijo que no sabía qué

hacer. Estaba... estaba muy raro, muy agitado. Me asustó. No supe qué decirle.

Se sonó la nariz en el pañuelo arrugado.

—¿Ya le había hablado así alguna vez?

—No, nunca.

—¿Y sabía lo que sentía por usted? Me refiero a si lo había sabido antes.

—Pues claro que no —respondió cansada y desdeñosa—. Fue una sorpresa absoluta para mí... y un golpe. Pensaba que los curas tenían que ser... en fin, célibes y demás. Temí que Geoffrey entrase de pronto, como hace él, ¿y qué habría dicho?

Guardaron silencio unos instantes, ocupados en sus pensamientos. Strafford se sintió como si le hubieran echado encima una red tan fina que fuese invisible.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó.

—No sé... no hace mucho; unas semanas; apuré el jerez, se había bebido casi la botella, y se marchó. Regresó a Scallanstown; me sorprendió que no sufriera un accidente. Pensé... pensé que podría suicidarse, que estrellaría el coche contra un árbol o algo así, parecía tan desesperado... Luego, la siguiente ocasión fue como si no hubiese pasado nada, volvió a ser como siempre, bromeó con la señora Duffy y, a propósito, ¿no es ella la que le está llamando?, y habló con Geoffrey de caza y de caballos, que era su único tema de conversación, la caza y los caballos, y esos puñeteros y sanguinarios perros. No supe qué pensar. Debería haber dicho algo; debería haberlo llevado a un lado y haberle dicho que no volviese a la casa, después de cómo se había comportado balbuciendo y bebiéndose todo ese jerez. Pero no dije nada. Y ahora está muerto.

Empezó a llorar otra vez, esta vez en silencio, casi distraída, luego paró, se dio unos toquecitos con el pañuelo en la nariz y sorbió con delicadeza, tenía el borde de las aletas de la nariz inflamado.

Strafford reparó en que aún no se había quitado la gabardina, y se levantó del sofá y se la quitó. Había un fuego en la chimenea, pero la señora Osborne no lo había avivado y ahora era solo un montón de ceniza gris.

—¿Y cree usted —dijo Strafford— que lo de que viniera aquí y hablase con usted de ese modo... cree que ha tenido algo que ver con su muerte?

Ella le miró con intensidad.

—¿Qué quiere decir?

—Acaba de decir que todo fue culpa suya.

—¿Ah, sí?

—Sí, hace un momento, al llegar yo.

—¿De verdad? Lo siento, últimamente tengo una memoria terrible, no me acuerdo de nada... —Se calló de pronto y volvió a mirarle—. No pensará que estoy insinuando que lo mató mi marido, ¿verdad? —Soltó una risita ahogada, apretando el pañuelo hecho una bola contra la boca—. ¡Pobre hombre...! ¡Qué pensará usted de nosotros! Somos como los personajes de esas novelas de gente excéntrica en casas de campo. —Se rio de nuevo, esta vez con voz menos chillona—. Lettie dice que estoy

loca. ¿Se lo ha dicho a usted?

—No, claro que no.

—Sí, se lo ha dicho... lo veo en su cara. No me importa. Me odia, claro. Según ella, soy la madrastra malvada. A propósito, ¿tiene un cigarrillo?

—Lo siento, no; no fumo.

—Da igual. —Miró a su lado irritada—. Nunca hay nada cuando lo quieres.

Otra vez oyeron a la señora Duffy llamando a Strafford en un tono cada vez más ofendido. Él pensó en la tortilla, estaba hambriento. Le había caído un mechón de pelo en la frente y lo apartó con cuatro dedos extendidos; siempre le parecía un gesto vagamente desesperado.

—Era usted amiga de la mujer del coronel Osborne, la primera señora Osborne, ¿verdad?

Las lágrimas de la mujer parecían olvidadas. Recuperó una cartera que había quedado encajada en un lado del sofá, sacó de ella una polvera, la abrió y se contempló en el espejito.

—¡Dios mío! —dijo—, ¡mire mi cara! —Se aplicó polvos cosméticos alrededor de los ojos y a los lados de la nariz—. ¡La primera señora Osborne! Suena como algo de las hermanas Brontë, ¿verdad? Mi madre era su amiga. Me traía aquí, de visita, de niña. Luego murió mi madre, empecé a venir por mi cuenta y Millicent me adoptó, por así decirlo.

—¿Millicent? ¿La señora Osborne?

—Sí. La señora Osborne... Es raro pensar en ella así, cuando me he convertido en la segunda señora Osborne.

—Estaba usted aquí la noche en que murió, ¿verdad?

—¡Sí, claro! —soltó—. Yo siempre estaba aquí. —Se aplicó polvos cosméticos en el cuello, cerró la polvera y la guardó en el bolso—. ¡Dios, me encantaría fumar un cigarrillo!

—¿Quiere que vaya a ver si le encuentro alguno? —preguntó Strafford. Seguía al lado de la chimenea.

—No, por favor, no se moleste. —Frunció el ceño—. La señora Duffy le ha vuelto a llamar, ¿no? ¿Qué quiere?

—Me ha preparado una cosa. Una tortilla.

—¿Por qué no ha ido a comérsela? —Su voz había adquirido una leve nota de nerviosismo—. Tendría que haber ido. Se enfadará conmigo por distraerle. ¿Por qué no va ahora? Estará fría, pero la tortilla fría está muy buena. —Miró a un lado y al otro—. Ha venido el doctor Hafner —dijo—. Ya se debe de haber ido. Ha enviado a Lettie a por mi receta. Supongo que se habrá entretenido en el pueblo con esos amigos suyos tan espantosos. Sale con gente de lo más variopinta. Cuanto antes vuelva al colegio, mejor. —Parpadeó—. Tengo un dolor de cabeza espantoso. ¿Seguro que no tiene cigarrillos? ¡Ah, olvidaba que no fuma! Es una lástima.

Él volvió a sentarse a su lado. Esta vez, ella no se apartó.

—¿Puede decirme algo de esa noche, la noche en que murió la señora Osborne?

Ella le miró distante un momento, como si hubiese olvidado quién era, moviendo un poco la cabeza de modo que pareció a punto de caerse del cuello largo y pálido. La piel entre las cejas estaba contraída en un esfuerzo de concentración.

—Bueno, habían discutido, como de costumbre —dijo—, y, como de costumbre, ella estaba borracha.

—¡Ah!, entonces era alcohólica, ¿no?

—No lo sé, pero se emborrachaba casi todas las noches. ¿Es eso ser alcohólico?

—¿Y con quién había discutido?

—Con Geoffrey, claro. Siempre estaban peleándose, como el perro y el gato. Al menos ella. Él se sentaba ahí observando el plato con aire desdichado. Le tenía un poco de miedo, bueno más que un poco, todo el mundo la temía. Era una mujer corpulenta, de hombros muy anchos y mandíbula cuadrada, como la de un hombre; siempre llevaba ropa ridícula e infantil como una jovencita de los años veinte. Su familia era muy importante, o creía serlo: los Ashworth, de Ashworth Castle; está en el oeste, en Lough Corrib. Fui una vez, un sitio grande y feo, imitación de estilo Tudor con almenas, torres y demás. ¡Y la comida! Me sorprendió que alguien se la comiera. Yo, desde luego, no. El tiempo que estuve allí sobreviví a base de tabletas de chocolate y galletas que compraba en la tienda de la oficina de correos del pueblo. Luego me puse enferma.

Strafford asintió; sabía quiénes eran los Ashworth... Él mismo se había alojado una vez en el castillo del lago. Eran lo que su padre, con su estilo serio e irónico que mucha gente poco inteligente confundía con pomposidad, describiría como «una familia notable».

—Debió de disgustarse usted mucho cuando murió.

Ella volvió a mirarle con ese extraño gesto tambaleante; su forma de extender el cuello ya largo de por sí y de levantar la barbilla le daba el aire de un cisne altanero y petulante. Era el modelo mismo de esas jóvenes esbeltas de tez diáfana y mirada vaga, las hijas de buena familia del condado de las que Strafford se enamoraba de joven y a las que nunca tuvo valor de abordar.

—No diría exactamente que me disgusté —dijo pensativa—. Me impresionó, claro. Por muy borracha que estuviese, debió de ser horrible caer rodando así por las escaleras. No obstante, tenía que pasar, o eso o algo parecido. —Alargó la mano, apartó la manta y se rascó el tobillo; iba descalza y no llevaba medias. Tenía un sabañón, delicadamente sonrosado y brillante en el meñique—. En aquel entonces, yo la odiaba, claro —dijo—. Era como una especie de dama de compañía sin sueldo, tenía que prepararle el baño y hacerle los recados. Todos los sábados iba en autobús a Walker's, en Wexford, para comprarle su dosis de ginebra semanal. También tenía que limpiar lo que ensuciaba; siempre lo dejaba todo tirado por ahí. Era una bruja espantosa. Una mañana entré a despertarla —hizo una mueca— y me encontré con que se lo había hecho todo encima, en la cama, de lo borracha que estaba. —Se

estremeció, dijo que hacía frío y metió las manos en los bolsillos de la rebeca y se abrigó con ella. De pronto, su rostro se iluminó—. Mire. —Sacó la mano del bolsillo y le mostró triunfante un cigarrillo arrugado—. ¡He encontrado uno! Sea bueno y deme una cerilla, ¿quiere? Hay una caja en la repisa de la chimenea.

Strafford se levantó, localizó la caja de Swan Vestas y volvió al sofá.

—Maldita sea —dijo, enseñándole el cigarrillo—, está partido por la mitad. ¿Por qué los cigarrillos tienen que ser tan frágiles? Tendré que fumármelo en dos tandas.

Separó con cuidado las dos mitades y se puso una entre los labios. Él encendió una cerilla, y ella se inclinó hacia la llama, mirándole a los ojos.

Strafford fue a la chimenea, tiró la cerilla a las brasas, cogió un cenicero de cristal tallado, regresó a su lado, se lo dio y volvió a ocupar su sitio al extremo del sofá, lo más lejos que pudo de ella. Reparó en que su pulso no era muy firme.

¡Jenkins! Se había olvidado de Jenkins. Le habría gustado saber si había vuelto ya de dondequiera que hubiese ido. Tal vez Hackett tuviese razón, tal vez se hubiese refugiado en alguna taberna, incluso podía ser que hubiese ido a la Gavilla de Cebada. Aunque en realidad no creía que esa fuese la explicación; no, ni muchísimo menos.

—Es curioso que muriese así —dijo pensativa Sylvia Osborne—. Yo fantaseaba con empujarla por las escaleras... de verdad. Me imaginaba corriendo detrás de ella, de puntillas, sin hacer ruido, apoyando las manos contra sus omoplatos y dándole un empujoncito, no muy fuerte, pero con firmeza. —Se lo mostró por señas, y se le cayó un poco de ceniza en la rebeca—. Imaginaba lo que sentiría al verla caer. Aunque no pensaba en ella desplomándose, sino saltando, despacio, con elegancia, igual que un saltador de gran altura, con la cabeza abajo y las manos juntas delante de ella, describiendo un arco y estrellándose contra las baldosas de abajo. —Se detuvo, parpadeó y le contempló alargando el cuello—. ¿No es espantoso?

Él no supo qué decirle; ¿estaba provocándole? Pero parecía demasiado concentrada en sí misma para estar provocándole.

—Debió de ser muy desdichada —dijo—. ¿Lo era?

Ella siguió observándole, con la cabeza temblándole levemente en aquel cuello esbelto como un tallo.

—No lo sé —respondió—. Nunca me paré a pensarlo. Supongo que debió de serlo. Hay quien se esfuerza toda la vida en serlo. Y en hacer desdichados a todos los que les rodean, claro. Es probable que empiece siendo una especie de pasatiempo, para no aburrirse, y luego acabe enquistándose y convirtiéndose en un modo de vida y dejen de darse cuenta. —Hizo una pausa y miró delante de ella—. En el campo no hay mucho que hacer.

—Sí —dijo él—, lo sé. Lo recuerdo.

Ella encendió la segunda mitad del cigarrillo con la brasa de la primera, que luego aplastó en el cenicero. Volvió a meter las manos en los bolsillos de la rebeca y le dedicó una sonrisa torcida. Strafford reparó en que tenía el ojo izquierdo un poco más

bajo que el derecho; eso era lo que le daba ese aspecto un poco ladeado. Recordó con sublime irrelevancia que los griegos deploraban la simetría y consideraban que solo lo desigual podía ser bello. Sylvia Osborne no era guapa y, sin embargo...

—Creo que quiere usted besarme —dijo de pronto, interrumpiendo sus reflexiones—, ¿no es así?

—Señora Osborne, yo...

Se quitó el cigarrillo de la boca, se levantó, se agachó gateando y puso su boca en la suya. Sus labios estaban fríos. Notó el breve roce de la punta afilada de la lengua. Luego ella se apartó, pero se quedó un momento a gatas, mirándole de cerca y frunciendo el ceño, como un anestesista, pensó Strafford, esperando a que hiciera efecto el anestésico; después se tumbó de nuevo y se echó la manta sobre las rodillas.

—Intente avivar el fuego, por favor —dijo—. Estoy helada.

Strafford se acuclilló delante de la chimenea y hurgó en las brasas. Estaban grises y polvorientas por fuera, pero encendidas por dentro. Encontró un poco de leña y la colocó encima de las brasas. Se sentó sobre los talones.

—Debería encenderse —dijo.

Debería haberla cogido entre los brazos y haberla besado como es debido... Resultaba evidente que era lo que ella quería. Se sintió torpe, desmañado, un caso perdido.

Sylvia Osborne sujetó el medio cigarrillo entre la yema de los dedos y aspiró el poco humo que le quedaba.

—¿Sabe? —dijo—, creo que usted y yo nos parecemos. Ninguno de los dos tenemos ni idea de quiénes somos. ¿No cree? Yo pruebo versiones de mí misma igual que me probaría vestidos en una tienda.

—Sí, ya me he dado cuenta —respondió él.

—¿Ah, sí? ¡Vaya! —El cigarrillo le había quemado los dedos, así que lo dejó en el cenicero y contempló cómo se alzaba una voluta de humo gris azulado—. ¿Y usted? —preguntó.

—¿Yo? ¡Oh!, supongo que he dado con la versión de mí mismo que más me gusta, o al menos con la que creo que servirá.

—Tiene suerte. —Levantó el brazo izquierdo y miró de cerca, ¿era miope?, el relojito de plata de la muñeca—. ¿Dónde se ha metido esa condenada Lettie con mi medicina? —Observó a Strafford, que seguía acuclillado junto al fuego; la leña prendió de pronto—. Venga a besarme otra vez, por favor —dijo—. El primero no ha contado.

Solo después recordó él las preguntas que había pensado hacerle sobre su hermano, la oveja negra. ¿Iba en secreto a la casa a verla? ¿Le dejaba entrar ella, y de ser así, por dónde? Tuvo la sensación de que debería volver y preguntarle, pero no lo hizo.

Se comió la tortilla fría. La señora Duffy, malhumorada porque no había ido cuando le había llamado, dejó con estrépito las cazuelas y las sartenes en el fregadero y luego cogió una escoba y empezó a barrer el suelo mientras él comía, levantando polvo y haciéndole subir los pies para pasar la escoba. Kathleen, la criada, asomó la cabeza desde el cuarto de fregar para echarle un vistazo —era la primera vez que lo veía— y desapareció a toda prisa cuando el ama de llaves se volvió y la miró furiosa.

Jenkins no había vuelto. Strafford todavía no estaba muy preocupado, la verdad: Jenkins era más duro de pelar de lo que parecía y sabría cuidar de sí mismo; pero, aun así, no era típico de él marcharse tanto tiempo sin decir nada.

El coronel Osborne llegó de los establos, se sentó a la mesa enfrente del inspector y bebió una taza de té, llevando consigo el olor de la paja y el estiércol de caballo. Strafford notó que se estaba ruborizando; recordó el roce de los labios de Sylvia Osborne en los suyos, la palidez frágil y subacuática de su piel, el sabor del aliento ahumado, la fragancia del excitante perfume almizclado y empalagoso que llevaba y que le había envuelto y le había mareado cuando se besaron la segunda vez.

—¿Su ayudante sigue sin aparecer? —preguntó el coronel—. Espero que llevase botas y un buen abrigo... La radio ha dicho que aún va a nevar más. Empiezo a dudar de si despejará alguna vez. ¿Qué tal le tratan en la Gavilla de Cebada? Reck es todo un personaje, ¿eh? No conocerá a muchos carniceros que lean a Shakespeare y sepan montones de citas de la Biblia.

Strafford le contó su visita a Rosemary Lawless.

—¡Ah, sí! —dijo Osborne frunciendo el ceño—. No ha debido de ser fácil para usted.

—Me habló de su padre. ¿Sabía usted quién era? ¿Le habló el padre Lawless alguna vez de él?

Osborne frunció aún más el ceño.

—No, nunca lo sacó a colación —contestó— y a mí me pareció mejor hacer lo propio. Yo sabía quién era, claro. J. J. Lawless era un asesino, ni más ni menos, a pesar de todos sus intentos por parecer respetable cuando acabaron las luchas. ¿Sabe

que mató a un hombre, al que acusó de traición, solo para quedarse con su casa? Un mal bicho. Aquí, claro, es un héroe, no se puede hablar mal de él. Yo respetaba mucho al padre Tom por haberse enfrentado a él; aunque, para serle sincero, me parecía que no estaba hecho para ser cura.

—Eso mismo dijo su hermana.

—¿Ah, sí? Pues tenía razón. Aun así, estoy seguro de que hacía un buen trabajo. Todo el mundo hablaba bien de él, era muy amigo del vicario de St. Mary. —Miró con el ceño fruncido la taza que tenía delante y movió la cabeza—. Aún no me creo que haya muerto. —Alzó la vista—. ¿Ha hecho algún progreso para detener al asesino? He oído que hay unos quincalleros acampados en Murrintown; a lo mejor debería usted traer a unos cuantos para interrogarlos.

Strafford no comentó nada. Casi admiraba a Osborne por su tenacidad al insistir, a pesar de que todos los indicios sugerían lo contrario, en que al cura lo había asesinado un intruso.

—Me temo que sería una pérdida de tiempo —dijo Strafford—. No lo mató ningún quincallero.

—¡Pues alguien tuvo que ser!

Strafford se había terminado la tortilla —le había dejado una capa de grasa en el paladar—, así que se limpió los dedos y se levantó. Dio las gracias a la señora Duffy, que fingió no oírle; aún seguía enfadada porque no había respondido a su llamada, ¿o acaso habría adivinado dónde se encontraba y lo que estaba haciendo? Era muy consciente de que los criados sabían todo lo que pasaba en la casa, arriba y abajo. Y no tenía la menor duda de que la señora Duffy era de las que escuchaban detrás de las puertas.

—¿Se marcha? —dijo el coronel.

—Sí, voy a ir a Ballyglass, al cuartel de la Garda, a preguntar si han tenido noticias del oficial Jenkins. Tiene que estar en alguna parte.

—Si vuelve cuando esté usted fuera, le diré que telefonee al cuartel. Supongo que estará usted allí, ¿no? —Le acompañó a la puerta principal, donde insistió en que cogiera prestado un abrigo («Eso que ha traído no sirve de nada con este tiempo»), un par de guantes y un gorro con orejeras. Le puso la mano en el hombro como había hecho el arzobispo—. No se preocupe —dijo animado—, Jenkins ya aparecerá.

Strafford esbozó una sonrisa intranquila y no añadió nada; no estaba seguro de qué le resultaba más difícil de soportar, a Osborne el oficial sensato, el veterano condecorado de Dunkerque, o la otra versión de sí mismo que ofrecía: franco, paternalista, un tipo decente, que llamaba al pan, pan, y al vino, vino.

Aceptó el abrigo y los guantes, pero no el gorro con las orejeras.

No nevaba, pero no tardaría en nevar. Strafford pasó Enniscorthy y tomó la carretera de Wexford en Camolin. Justo al salir del pueblo, un camión de gasolina había patinado y había acabado inclinado en un ángulo en la cuneta. Paró a echar un vistazo; el conductor se había ido y el motor estaba frío. Supuso que alguien habría

dado parte del accidente y siguió su camino; ya tenía suficientes problemas.

El cuartel de la Garda en Ballyglass estaba en una casa de granito, cuadrada, adusta y elegante. En ella podía haber vivido un comerciante, o un abogado de éxito, o tal vez el dueño de una inmobiliaria; a Strafford le pareció verlo, un tipo grueso con polainas y levita; la mujer, un espantajo alegre; el hijo, un disoluto; las hijas, irritadas por la estrechez de la vida provinciana y temerosas del mundo exterior; ese mundo había desaparecido, fugaz como los pájaros que su madre pasaba horas observando en el césped de Roslea.

Aparcó en el patio al lado del cuartel, dio la vuelta, subió los escalones y entró por la puerta principal. Notó el olor familiar y misterioso a polvo, virutas de lápiz y papel quemado; era el olor, sospechó, de todas las comisarías del país; del mundo, tal vez.

El guardia de servicio en la entrada era un tipo pánfilo, flaco, de ojos saltones, alto y apocado que aparentaba tener unos dieciocho años, pero debía de ser mayor. Reconoció a la autoridad y dedicó a Strafford una mirada cansada. Strafford no había llamado para avisar de su llegada. Se identificó mostrándole la placa.

—¿Está el sargento Radford? —preguntó.

—Está en casa con la gripe —respondió el guardia sin más; no iba a agachar la cabeza ante un pez gordo de Dublín, con su abrigo de pelo de camello, que en realidad era del coronel Osborne, y su acento elegante.

Strafford le miró un momento en silencio.

—¿Es que aquí no saben hablar con respeto?

—Tiene la gripe, inspector —dijo sumiso.

—Eso he oído. ¿Está grave? ¿En cama, con la bolsa de agua caliente, limonada y la mujer a su lado secándole la frente?

—Solo sé que está enfermo. Su señora llamó por la mañana para avisar de que no vendría.

—¿Cuánto tiempo hace que está enfermo?

El guardia se encogió de hombros.

—Una semana —dijo—. Diez días.

—¿En qué quedamos, guardia, una semana o diez días?

—El viernes de la semana pasada fue el último día que vino.

—¿Trabajó ese día o solo se pasó a saludar y a cobrar la paga?

—Trabajó.

—Bien. ¿Y se llama usted...?

—Stenson.

—¿Ha tenido noticias de mi ayudante, el oficial Jenkins?

—¿Quién?

—Jenkins, el oficial Jenkins. Estamos en Ballyglass, donde, como tal vez sepa, se ha cometido un asesinato.

—¿Y por qué debería haber tenido noticias tuyas?

—No se le ha visto desde esta mañana. He pensado que a lo mejor se había pasado por aquí.

Pero ¿cómo iba a llegar aquí?, pensó Strafford. Aunque alguien podría haberse ofrecido a traerlo; después de todo, ¿no se había parado Reck el día anterior en la carretera del bosque de Ballyglass y se había ofrecido a llevarle?

El guardia, para mostrar su indiferencia, abrió al azar el libro de registro que había sobre el escritorio y empezó a pasar el lápiz sobre una lista de nombres.

Strafford suspiró y miró a su alrededor. En un tablón forrado de paño verde había clavados varios avisos: un cartel anunciaba una subasta navideña —¡UN MONTÓN DE PREMIOS! ¡COMPRE AHORA SUS CUPONES!—, alertas de ambrosía y no sé qué sobre la rabia; siempre los mismos avisos, siempre el mismo tablón forrado de paño verde...

Al lado de la mesa había un mostrador con una bisagra y detrás una puerta con un cristal esmerilado. A la izquierda, unas escaleras de madera conducían a un rellano con una ventana polvorienta. Strafford se sintió desanimado. Su padre habría querido que fuese abogado y no superó su decepción cuando Strafford decidió hacerse policía; ¿desafiaban todos los hijos a sus padres?, quiso saber. Pensó en el cura y en J. J. Lawless, el hombre que disparaba a la gente en la cara.

—Llame al sargento Radford por teléfono, haga el favor.

—¿Por qué?

Strafford tomó aliento.

—¿Qué le parecería un traslado, guardia Stenson? —preguntó con amabilidad—. Digamos a Ballydehob, o a la península de Beara. Podría arreglarse, me bastaría con llamar al comisario y contarle lo serviciales que son todos aquí.

El guardia, con la boca contraída en un rictus, cogió el auricular y apretó un botón verde iluminado al lado del teléfono. Strafford oyó un chasquido al otro extremo de la línea y una voz de mujer.

—Hola, señora Radford —saludó el guardia—. ¿Puede decirle al jefe que hay aquí un inspector de Dublín que quiere hablar con él? —Otra vez se oyó la voz de la mujer y el guardia tapó el micrófono con la mano—. Me pide que le comente que está en cama con la gripe.

Esbozó una sonrisa amarga.

—Dígale que ahora mismo iré a verle.

—Dice que ahora mismo iré a verle. —Se hizo una pausa, luego se oyó una voz de hombre, áspera y rasposa. El guardia Stenson le escuchó un momento—. De acuerdo, jefe —dijo, y colgó el auricular—. Dice que espere.

Strafford esperó sentado en un banco de madera debajo del cartel de avisos con las manos sobre el regazo. El guardia volvió a su libro de registro y le miraba de reojo de vez en cuando. El tiempo pasó. Una anciana con un pañuelo en la cabeza entró para quejarse de que el galgo de su vecino había vuelto a asustar a sus gallinas. El guardia Stenson abrió otro libro de registro y anotó algo en él. La mujer contempló a Strafford y sonrió con timidez.

—Muy bien, señora —dijo el guardia, ya lo he anotado. La mujer se marchó—. Es la tercera vez este mes —comentó Stenson con una risita—. No hay ningún galgo.

—¿Es viuda? —preguntó Strafford.

Stenson le miró con suspicacia.

—¿Cómo lo sabe?

—Se sienten solas.

Pasó más tiempo. Se oyó la sirena de una fábrica a lo lejos, un largo gemido que se alzó y volvió a caer en el silencio. De alguna parte llegaba un olor a cerdos. Al cabo de diez minutos, un coche aparcó fuera en el patio, se abrió una puerta y se cerró de un portazo; sonaron unos pasos lentos.

El sargento Radford era un hombre corpulento, de mandíbula prominente y unos cuarenta y tantos. Llevaba tres o cuatro días sin afeitarse, los pelillos de la barbilla y las mejillas eran de color óxido y brillaban en la punta. Se quitó la gorra de la Garda y se pasó la mano por el pelo corto y canoso. La chaqueta del uniforme le quedaba pequeña y debajo asomaba lo que parecía ser un pijama de rayas blancas y azules. Parecía congestionado, con la frente ruborizada y las mejillas hundidas, tenía bolsas lívidas debajo de los ojos. Tal vez tuviese la gripe —pensó Strafford—; después de todo, los borrachos también enferman a veces. Su aliento olía a caramelos de menta y más vagamente a whisky.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó el sargento y tosió. Miró a un lado y al otro sin fijarse en nada en particular; al guardia del escritorio no le hizo ni caso.

—Soy el inspector Strafford.

—¿No le han dicho que estoy enfermo?

Strafford volvió a golpear el muslo con el sombrero.

—Mi ayudante ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido? —preguntó Radford entornando los ojos en un esfuerzo por concentrarse.

—Le ordené que fuese a Ballyglass House esta mañana a interrogar a la familia Osborne. Llegó, habló con la cocinera, luego salió de la casa en algún momento y no hemos vuelto a oír ni saber de él.

—¿Cómo se llama?

—Jenkins, oficial Jenkins.

Radford se lamió los labios.

—¿Qué quiere que haga?

—Organizar una partida de búsqueda.

—¿Una partida de búsqueda? —Radford le miró con intensidad—. ¿Con este tiempo?

Strafford le devolvió la mirada sin inmutarse.

—Acabo de decirle que ha desaparecido una persona —dijo—. Llegó ayer de Dublín, los dos trabajamos en la comisaría de Pearse Street. Estoy preocupado por él. No es de los que se marcharían sin decírmelo. Quiero encontrarlo. ¿De cuántos

hombres dispone?

Radford observó al guardia Stenson, que dijo:

—Cinco, contándome a mí.

—No es mucho —suspiró Strafford—. ¿Qué hay de los bomberos? ¿Y del Cuerpo de Ambulancias de St. John?, ¿puede recurrir a ellos? Pedir voluntarios.

—¿Cree que está fuera en alguna parte, con este tiempo?

—Iba a pie. Puede que se haya perdido.

Radford miró hacia la ventana y el cielo plomizo.

—Seguro que se habrá refugiado en alguna parte.

—Me preocupa que pueda estar herido. A estas alturas ya habría buscado algún teléfono para decirme dónde está.

—Vamos a mi despacho —dijo Radford, levantó el mostrador de madera, pasó de largo y subió despacio por las estrechas escaleras de madera.

Strafford se volvió hacia Stenson.

—Vaya a buscar a los hombres —dijo—, todos los que pueda encontrar. Díales que estarán fuera, así que es mejor que vayan bien equipados.

—¿Ahora recibo órdenes de usted?

—Sí. No veo a nadie de mayor rango, ¿y usted? —Radford se había parado en las escaleras a presenciar ese intercambio, luego, sin decir palabra, siguió subiendo. El rostro del hombre del escritorio estaba encendido de rabia—. Llame a los bomberos y a los de las ambulancias —dijo Strafford— y a cualquiera que se le ocurra.

—¿Qué tal los *boy scouts*? —preguntó con una sonrisa sardónica.

—Buena idea —respondió Strafford y dio media vuelta.

Siguió a Radford por las escaleras.

—¿Y por qué no a las *girl guides*? —farfulló, airado, el guardia Stenson.

El despacho del Radford estaba tan frío que había una capa de neblina helada en la parte interior del cristal de la ventana.

—La puñetera calefacción se ha vuelto a estropear —dijo.

El despacho era tan caótico como había imaginado Strafford. Debajo de la ventana había un radiador en la pared. Era como los que recordaba Strafford de sus días de colegial y por los que se peleaba toda la clase las mañanas de invierno antes de que llegara el maestro. Radford toqueteó la válvula de control, luego se apartó y le dio una patada; se produjo una pausa y el radiador cobró vida con una serie de murmullos y gorgoteos, seguidos por el ruido de un goteo continuo y subrepticio.

Radford pasó detrás de su escritorio y se sentó. Miró a Strafford con los ojos hinchados.

—Todo se está yendo al diablo —dijo—. Primero matan al cura y ahora pierde usted a este tal Stafford.

—Jenkins —dijo Strafford—. A quien estamos buscando es al oficial Jenkins. Strafford soy yo... Strafford con erre, por cierto. ¿Conoce usted a mi superior, el comisario jefe Hackett?

—¿De Pearse Street? He oído hablar de él. ¿No hubo un asesinato que no logró resolver..., un tal Costigan, a quien encontraron en el parque Phoenix con el cuello roto?

—Eso fue antes de que llegara yo —dijo Strafford. Acercó una silla y se instaló delante del escritorio—. ¿Sabe? Hay algo en este asunto que no acabo de entender... Tal vez usted pueda explicármelo.

—¿Y qué es?

—Apuñalan a un cura parroquial en el cuello y, por si fuera poco, lo castran, pero nadie parece preocuparse demasiado. No debe de haber muchos asesinatos aquí como para que estén tan acostumbrados.

Radford había dejado de prestar atención. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y lo encendió; nada más aspirar la primera bocanada de humo sufrió un violento espasmo de tos que le hizo doblarse, con los ojos apretados y una mano apoyada en el escritorio.

—¡Dios! —jadeó, recostándose en la silla y estremeciéndose—. Esto acabará matándome. —Aspiró y volvió a estremecerse—. ¿Qué me había preguntado?

—Da igual. He oído que el tal padre Lawless era muy bien recibido.

—Sí, en ciertos círculos.

—¿Pero no en otros?

Radford miró vagamente el montón de papeles de su escritorio.

—Déjeme decirlo así —respondió—. Ese tipo no era de los que mueren con los suyos.

—¿Qué quiere decir?

—Solo lo que he dicho. Estaba demasiado pagado de sus elegantes amigos. —Hizo un ademán, para descartar la cuestión de la popularidad o falta de popularidad del padre Lawless—. Descríbame a su hombre... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Jenkins —respondió despacio Strafford, conteniendo su indignación—. Es el oficial Ambrose Jenkins.

—¿Ambrose?

—Le llaman Ambie. Veinticinco o veintiséis años, estatura mediana, pelo castaño, ojos azules o grises, no estoy seguro. —Dudó de si decirle lo de la distintiva forma de la cabeza de Jenkins, pero al final decidió no hacerlo—. Llevaba un abrigo marrón, un sombrero gris...

Se interrumpió. De pronto, sin saber cómo ni por qué, pero con el peso de un convencimiento indiscutible, tuvo la certeza de que Ambie Jenkins estaba muerto.

La partida de búsqueda se congregó en el césped delante de Ballyglass House. Strafford observó con desánimo que se trataba de un grupo muy variopinto. Tres guardias, con capa y pasamontañas debajo de la gorra, fue lo mejor que pudo aportar el Cuerpo. Además, había media docena de bomberos, con casco e impermeable, tres o cuatro jóvenes granujientos del Cuerpo de Ambulancias de St. John, un responsable de los *boy scouts* de Wexford que respondía al desafortunado nombre de Higginbottom, y un único *boy scout*, un chico hosco con una tos bronquítica, a quien al final enviaron a casa por miedo a que contrajera una neumonía. Había también alrededor de una docena de voluntarios civiles del pueblo y de la zona, tipos alegres, entre ellos granjeros y peones, un chófer de autobús jubilado, un ayudante de una verdulería y un albañil.

La ocasión tenía un aire festivo. Los hombres formaban corrillos, fumaban cigarrillos y hacían chistes. El coronel Osborne había donado tres botellas de vino argelino con las que la señora Duffy había preparado ponche con clavo, peladura de naranja y rodajas de manzana, que metió en un recipiente metálico y dejó encima de una caja puesta del revés delante de las escaleras de la entrada. Kathleen, la criada, distribuyó vasos, tazas e incluso un par de botes de mermelada. El coronel Osborne, con abrigo militar y polainas de cuero, se plantó con Strafford en lo alto de la escalera y observó sorprendido la escena.

—Es como una mañana de caza —dijo Osborne—. Como si se estuviesen tomando una última copa antes de salir.

Estaba nublado, pero el aire estaba despejado, aunque de vez en cuando un copo de nieve solitario caía inseguro, como una mariposa muerta. En el acceso había aparcados dos coches de la Garda, una ambulancia, un tractor, una excavadora y un Jeep.

Lettie volvió de Wexford con la medicina de su madrastra. Se ofreció a participar en la búsqueda, pero su padre se lo prohibió. —«¡Por el amor de Dios, podrías pescar un resfriado de muerte!»— y entró furiosa en la casa, blasfemando para sus adentros. Dominic, el hermano, se ausentó cuando empezaban a llegar los de la partida en el

Land Rover del coronel y no dijo a nadie adónde iba.

Cuando se acabaron el ponche y estaban a punto de comenzar la búsqueda, apareció el sargento Radford en su coche, un Wolseley destartado al que le faltaba uno de los guardabarros. Llevaba un abrigo de piel de oveja y un gorro de lana con orejeras. Tenía la nariz y las orejas hinchadas y cubiertas de venillas, y los ojos llorosos y arrugados. Era un hombre enfermo, abrumado por el dolor. Saludó a Strafford con un gesto e hizo caso omiso del coronel.

—¿Está seguro de que le conviene salir? —dijo Strafford—. No tiene buen aspecto.

Radford se encogió de hombros.

—¿Qué han estado bebiendo? —preguntó malhumorado—. ¿Ponche? Y supongo que ya se habrá acabado.

Se puso al mando sin más, dividió la partida en parejas y les dio instrucciones por separado. El coronel fue al establo, diciendo que tenía que ir a ver los caballos y que iría a buscarles después.

El doctor Hafner llegó cuando la partida se marchaba. Bajó la ventanilla del coche y llamó a Strafford para preguntarle qué pasaba. Strafford se lo explicó.

—¡Qué raro! —dijo Hafner—, perder a un hombre. ¿Quiere que pida prestadas unas botas y les ayude? Aunque lo mío no es el campo. Además, he venido a ver a la señora.

Strafford habría querido saber si iba a diario; una atención tan asidua a una única paciente era exagerada. Miró las cejas erizadas de aquel tipo, sus ojos vivos y agudos y las manazas sobre el volante. ¿También a él lo recibiría Sylvia en su salón, recostada en el sofá amarillo y con una manta sobre las rodillas desnudas?

El sargento Radford y él echaron a andar juntos por el camino de entrada. Radford iba tosiendo y fumando un cigarrillo.

—No me gusta esto —jadeó, cuando se le pasó el ataque de tos. Se secó la boca con el dorso de la mano enguantada.

—¿Qué es lo que no le gusta...?

—Esta búsqueda.

—No tenía por qué venir.

Radford miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—Hace unos meses perdí a mi hijo. —Empezó a toser otra vez y tiró enfadado el cigarrillo a medio fumar.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Strafford.

—Una noche fue en bicicleta a Currachloe y se metió en el mar. Estuvimos buscándolo toda la noche.

—¿Qué edad tenía?

—Diecinueve. Iba a estudiar ingeniería, tenía una beca para la universidad.

Pasaron al lado de los vehículos aparcados. El coche de bomberos olía a aceite y a metal al enfriarse.

—¿Por qué lo hizo? —quiso saber Strafford—. ¿Lo sabe?

Radford no respondió, solo movió la cabeza.

Llegaron a la puerta al final del camino de entrada. Strafford miró a izquierda y derecha. Los copos de nieve eran más numerosos e iban de aquí para allá empujados por el aire azulado.

—¿Hacia dónde quiere ir? —preguntó Radford.

—No lo sé. ¿Hacia dónde le parece a usted que vayamos?

—Da igual. No lo vamos a encontrar, lo sabe tan bien como yo.

—A su hijo lo localizaron.

Radford volvió a mover la cabeza; oteó hacia el monte Leinster, un cono blanco en el horizonte. Luego giró a la izquierda y Strafford hizo lo mismo.

—La verdad es que no lo encontramos —admitió—. Alguien dijo que lo había visto en Currachloe al caer la tarde, así que buscamos a lo largo de la costa, en las dunas y en la carretera del pueblo. Estuvimos tres días buscándolo. Luego supe que no había esperanza. Una semana después, el mar lo sacó a la orilla en Raven Point. Tuve que identificarlo. —Miró de reojo a Strafford—. ¿Alguna vez ha visto un cadáver que llevase tanto tiempo en el agua? ¿No? Pues considérese afortunado.

La furgoneta de Reck se les acercó por detrás muy deprisa, con los amortiguadores y los guardabarros traqueteando. Strafford vio al otro lado de la ventanilla empañada una cara grande y pálida y una mata de pelo rojo; era Fonseca. No apartó la vista de la carretera ni disminuyó la velocidad. Radford siguió andando con los hombros encorvados; su abrigo era tan grueso que tenía que tener los brazos en ángulo en los costados. Parecía un boxeador retirado, aturdido y grogui.

—Se llamaba Laurence —dijo.

—¿Su hijo?

—No quería que le llamásemos Larry. Su madre le hacía rabiar llamándole Gentleman Jim y diciéndole que se creía mejor que nosotros. Estaban muy unidos, madre e hijo. —Señaló con el pulgar detrás del hombro—. Iba mucho a la Casa. Jugaba al tenis en verano, hay una pista en la parte de atrás; iba a las fiestas en Navidad. La chica de los Osborne lo invitaba. Estaba enamorada de él. ¿Cómo se llama ella?

—¿Lettie?

—Yo opinaba que ahí no se le había perdido nada. ¿El hijo de un sargento de la Garda y la hija de su majestad lord Osborne? ¡Ah, no!

—¿Pudo ser esa la razón por la que él...? —empezó a decir Strafford, pero no terminó la frase.

—¿Por la que se suicidó? No. Ella estaba colada por él, pero no creo —dudó un segundo—, no creo que fuese mutuo.

Llegaron a la curva del camino donde la lechuza había volado contra los faros de Strafford. Radford se detuvo a encender otro cigarrillo, protegiéndose con la solapa del abrigo. Estaba nevando de firme. Se quedaron al resguardo de un espino. El

monte Leinster había desaparecido en la blancura.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Radford.

—Sí, lo sé. Imagino que los demás se habrán ido ya.

Dieron la vuelta y regresaron por donde habían venido.

—Siento lo de su hijo —dijo Strafford.

—Sí. Era un buen chico. No creo que su madre llegue a superarlo.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que llegaron a la puerta y subieron por el camino de entrada. Los bomberos estaban al lado del camión, quitándose los impermeables, maldiciendo la nieve y preparándose para irse.

Strafford se detuvo a hablar con el chófer. Habían peinado el bosque de Ballyglass, dijo el hombre, y no habían encontrado nada. Volverían al día siguiente, si despejaban la nieve. Strafford le dio las gracias a él y a los demás, pero el ruido de un tractor al ponerse en marcha tapó sus palabras. Al volante iba uno de los granjeros de rostro rubicundo que había visto en el bar en la Gavilla la noche anterior. Tenía nieve en las cejas. Al pasar al lado de Strafford se llevó un dedo a la gorra. Los motores estaban cobrando vida a lo largo del camino; Higginbottom, el responsable de los *boy scouts*, recorrió la fila de vehículos, preguntando si podían llevarle a Wexford. Predominaba la sensación de que había ocurrido algo irreversible; era como el final de un funeral.

Radford se había puesto al volante de su viejo Wolseley. Se asomó y miró a Strafford, que estaba con los hombros encorvados para protegerse de la nieve.

—Siento lo de su ayudante —dijo—. Con este tiempo es imposible encontrarlo. Además, pronto será de noche. A lo mejor se ha refugiado en algún granero.

Strafford negó con la cabeza.

—No creo —dijo.

—¿Cree que está muerto?

—Sí. No debería haber molestado a todos estos hombres para nada. —La nieve se le estaba colando por el cuello del abrigo—. Gracias.

Radford no hizo ademán de cerrar la portezuela. Había arrancado el motor y apretaba de vez en cuando el acelerador y hacía que el motor gimiese.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó.

Strafford miró a lo lejos, con el ceño fruncido.

—No lo sé.

—¿Quiere que volvamos a intentarlo mañana?

—Dudo que sirva de algo.

Radford, con la vista en el parabrisas, asintió; estaba pensando en otra cosa.

—¿Recuerda cuando me dijo que el cura gozaba de mucha simpatía...?

—Sí.

—Así era... y mucha gente le resultaba muy simpática a él. —Volvió a acelerar el motor, esta vez con brusquedad, y emitió un chillido de protesta. Le temblaba un músculo de la mandíbula. Apartó el pie del acelerador. Los limpiaparabrisas apenas

daban abasto para retirar la nieve del parabrisas. Los paró, y Strafford usó el guante para hacer un hueco en el cristal por donde pudiese ver—. Mi hijo, mi chico, gozaba mucho de su simpatía —dijo, sin dejar de mirar hacia delante—. Para el reverendo padre, era santo de su devoción. Eso me consta.

Metió una marcha, cerró la puerta de un portazo y se alejó por el camino.

Strafford se encontró con el doctor Hafner en el vestíbulo, en el mismo sitio donde lo había visto el día anterior, aunque esta vez era Strafford quien llegaba y el médico quien se disponía a marcharse. Había dejado el maletín negro a sus pies; y estaba anudándose al cuello una bufanda de cuadros escoceses.

—¿Qué tal ahí fuera? ¿Tan mal como parece? —Strafford asintió con la cabeza. El médico miró el abrigo negro que llevaba—. Al entrar le he confundido con el coronel.

—¡Ah, sí!, el abrigo —dijo Strafford—. Me lo ha prestado él.

Hafner estaba colocándose el ala del sombrero; ya se había puesto los chanclos.

—Entiendo que no ha habido suerte con la búsqueda, ¿no?

—No.

—Lo siento. —Hafner fue hacia la puerta, luego se detuvo y se dio la vuelta—. A propósito, ¿por qué no me contó ayer lo que le había pasado al padre Tom?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué no me contó que lo habían acuchillado y empujado por las escaleras?

—No fue eso lo que pasó.

—¿El qué?

—No le empujaron por las escaleras.

Strafford colgó el pesado abrigo negro, que ahora era más pesado por la nieve que se había fundido en él.

—Me refería —dijo con frialdad Hafner— a que no me dijo que lo habían asesinado. —Se acercó y bajó la voz—. ¿Es cierto que le cortaron las pelotas?

—¿Le «cortaron»?

—Tengo entendido que fueron ladrones. Es lo que dice el coronel. ¿No es así?

—No, no fueron ladrones —respondió Strafford. El mechón de pelo había vuelto a caérsele sobre la frente y lo puso en su sitio—. ¿Cómo está la señora Osborne?

—Este asunto no ha sido muy bueno para sus nervios.

—Cuando dice «sus nervios», ¿a qué se refiere exactamente?

Hafner se rio.

—¿Ahora espera usted que le dé información? Aparte del hecho de que no es asunto suyo, hay una cosa llamada juramento hipocrático.

Strafford asintió y miró al suelo.

—Solo quería saber qué tratamiento le está usted dando. —Alzó la mirada—. ¿Qué medicinas, por ejemplo?

La frente colorada del médico se había puesto de color rojo ladrillo.

—No me gusta su tono, inspector —dijo entornando los ojos ya de por sí pequeños—. ¿Qué más le da a usted lo que le esté recetando?

—Me he fijado en las pupilas de la señora Osborne.

—¿Ah, sí? ¿Se ha acercado lo bastante para verlas con detenimiento?

En alguna parte de la casa sonaba música en un gramófono.

Strafford imaginó a Hafner de estudiante, acalorado y sudoroso en bares abarrotados, siempre con una chica distinta del brazo, gritando en los partidos de *rugby* de los sábados por la tarde, copiando en los exámenes.

—Oiga, inspector..., ¿cómo ha dicho que se llama?

—Strafford.

—Strafford, sí... La próxima vez lo recordaré. Un consejo: límitese a averiguar quién asesinó al cura y deje de meter la nariz en los asuntos ajenos.

Se puso el sombrero, fue hasta la puerta, la abrió, se volvió con la mano en el picaporte, dedicó a Strafford una última mirada desafiante y se marchó.

La casa quedó en silencio. Strafford oyó vagamente a la señora Duffy y a Kathleen que hablaban en la cocina. El gramófono seguía sonando; se quedó inmóvil, escuchando. La música llegaba del piso de arriba. Entró en el salón. Estaba vacío y el fuego se había apagado. La nieve caía en oleadas contra los ventanales; ya era casi una ventisca. Pensó en Jenkins. No sintió nada. Jenkins y él nunca habían estado muy unidos.

Ambrose Jenkins. Vio el nombre en su imaginación, con las letras talladas igual que en una lápida.

Llamó a la puerta del saloncito de Sylvia Osborne y no obtuvo respuesta. Asomó la cabeza a la habitación; el único rastro de ella que quedaba era la manta, que había dejado arrugada en el sofá. Como Hafner había estado allí, supuso que estaría arriba, en su cuarto, adormilada. A saber qué droga le estaría suministrando. Fuese lo que fuese, todo el mundo miraba para otro lado, la familia, los criados, el farmacéutico, el sargento Radford. Ningún sitio era tan discretamente tolerante como un pueblo pequeño.

Debería telefonar a Hackett y contarle lo de Jenkins, que no había aparecido, que estaba muerto. Porque Strafford ya estaba seguro de que así era. La luz estaba decayendo de prisa en las ventanas; pronto sería de noche.

La música había cesado.

Subió por las escaleras, anduvo hasta el final del pasillo, se detuvo ante el ventanal, dio media vuelta y se quedó allí un minuto, observando el camino que había

recorrido. A esas alturas conocía ya la disposición de todos los cuartos. El de Dominic estaba al lado de la ventana, y el de Lettie se hallaba al otro lado, dos puertas más allá. El cuartito donde había dormido el cura estaba también en ese lado, justo delante del pasillo donde le habían atacado.

Quedaban tres dormitorios vacíos. Probó las puertas; dos estaban cerradas, la tercera, enfrente del cuarto de Lettie, estaba abierta. Entró.

Las persianas permanecían bajadas y, en la penumbra, distinguió la forma de una cama, un ropero, una cómoda y una silla. El ambiente era húmedo y sofocante. Se hurgó en los bolsillos y encontró la caja de cerillas Swan Vestas que había olvidado dejar en la repisa de la chimenea después de encender el cigarrillo de Sylvia Osborne. Encendió una, se agachó y examinó el umbral, que había tenido cuidado de no pisar. Por la parte de dentro había una capa de polvo, lisa e intacta. Nadie había entrado en ese cuarto desde hacía mucho tiempo.

Volvió sobre sus pasos por el pasillo, salió al corredor —todavía no habían reemplazado la bombilla—, se detuvo otra vez y se apoyó en el pasamanos con los brazos cruzados, mirando el corredor y el pasillo. Intentó imaginar al cura saliendo de su cuarto, abrochándose el botón de detrás del alzacuellos. ¿Por qué se lo habría puesto? Con tres pasos habría llegado desde la puerta de la entrada hasta el pasillo. Habría habido una luz en el pasillo, pero no en el corredor, ¿habría reparado en que faltaba la bombilla?

A lo mejor no había salido de su cuarto; tal vez regresaba de alguna otra parte. Podía ser que estuviera abajo. Podía haberse visto allí con alguien. Sylvia Osborne estaba despierta, deambulando por la casa, medio drogada pero insomne. Pensó en la mancha de semen que habían encontrado en los pantalones del cura. ¿Quién sabe lo que ocurre en una casa vieja a esas horas de la noche?

El sonido del gramófono volvió a empezar, cerca de allí. Procedía del cuarto de Lettie. Llamó a la puerta.

Lettie llevaba un kimono azul y rosa. Tras abrir la puerta, retrocedió con una mano en la cadera y un mechón de pelo sobre un ojo. Miró a Strafford de arriba abajo.

—Es mi estilo Dietrich —dijo con voz sensual—. ¿Qué opina?

Él intentó vislumbrar el fondo de la habitación. Había una cama estrecha de madera con un edredón rojo de plumas, un escritorio al lado de una pared, una mesa en la otra con un gramófono barato y el disco dando vueltas. La canción era *Falling in Love Again*.

—Lo siento, no quería molestarla —dijo.

—Claro que quería. —Sonrió enarcando una ceja; el aliento le olía a humo de cigarrillo—. Pero no me molesta. —Asomó la cabeza y miró hacia el pasillo—. ¿Qué hace? Le he oído pulular por ahí, lo había tomado por el fantasma de Ballyglass.

Play it how I may,
I was made that way,
I can't help it.

—Quería asegurarme de que no escuchó nada ayer por la mañana —dijo Strafford—. Tuvo que oír una discusión, un grito..., algo.

Ella refunfuñó, adoptó una expresión de aburrimiento insoportable y hundió los hombros y dejó caer los brazos.

—Ya se lo he dicho, estaba dormida. Podrían haber disparado un cañonazo y no me habría despertado. ¿Es que no me cree?

—Sí. Pero a veces la gente oye cosas sin darse cuenta. ¿Quiere hacer memoria, procurar concentrarse?

—Concentrarme, ¿cómo?; ¿y en qué? ¡Estaba dormida! —Strafford asintió. Lettie tenía la mano en la puerta y la balanceaba ligeramente adelante y atrás sobre las bisagras—. En vez de quedarse ahí, ¿por qué no entra? ¿Qué ocurriría si mamá Duffy le viera rondando la puerta de la hija de la casa? Una joven tiene que velar por su reputación.

Falling in love again,
Never wanted to,
What am I to do?
Can't help it.

La canción había terminado, la aguja daba chasquidos en el surco.

—Lo siento —repitió Strafford.

Ella salió al pasillo para verle marchar. De espaldas no la vio sacarle la lengua y abrirse el kimono: debajo estaba desnuda.

Strafford volvió a bajar y se encontró con el coronel Osborne en el vestíbulo.

—¿Ha habido suerte con su colega? —Osborne llevaba puesta la chaqueta de caza y aún no se había quitado las polainas de cuero.

—No. Hemos abandonado la búsqueda; nevaba demasiado.

—Sí, ahora cae de firme. Si sigue así, mañana habrá medio metro.

A Strafford le pareció que la nieve llevaba cayendo desde hacía semanas no solo en el mundo, sino también en el interior de su cabeza; podía seguir cayendo sin cesar, constante, callada, mortal. Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz con el pulgar y dos dedos.

—Mire —dijo el coronel, hablándole otra vez con franqueza y paternalismo—, en vista de la noche que hace, ¿por qué no se queda a cenar con nosotros? Cenaremos pronto, los chicos van a ir a no sé qué fiesta. Pero que me parta un rayo si sé cómo van a llegar tal y como están las carreteras.

—Gracias —dijo Strafford, sorprendido con la guardia baja y sin saber cómo

declinar la invitación. A menudo pensaba que haber recibido una buena educación era una desventaja.

Había estofado de conejo. Pensó en la mixomatosis.

En el comedor de modestas proporciones, una enorme araña, adaptada para ser eléctrica, colgaba agobiante sobre una mesa de caoba tan grande que apenas dejaba sitio a la señora Duffy para pasar con el cucharón y la cazuela por detrás de las sillas de los comensales. El vino argelino hizo su segunda aparición ese día en dos licoreras de cristal tallado, con su brillo maléfico de color rubí. Todo lo que había en la mesa era viejo: los platos, la nudosa cubertería de plata, las servilletas deshilachadas de lino, el salero abollado.

El coronel presidía la mesa. Se había puesto un esmoquin, con varias condecoraciones militares en la solapa; también llevaba una pechera de celuloide, cuello almidonado y una pajarita negra. Sylvia Osborne languidecía al otro extremo de la larga mesa, delante de su marido. Lucía un vestido de fiesta de seda verde oscura, que le daba un resplandeciente aspecto de sílfide, o se lo habría dado de no ser por la chaqueta de caza de *tweed* del coronel que se había echado sobre los hombros y porque estaba encogida por el frío. Dominic estaba guapo con una chaqueta negra y una camisa blanca sin corbata. Lettie seguía con el kimono, debajo de un grueso abrigo negro, abotonado en el cuello; también llevaba unos guantes de lana sin dedos, bordados en tonos púrpura y naranja. En la sala hacía mucho frío.

Conversaron sin ganas. La señora Osborne, sumida en una profunda distracción, toqueteaba la comida, como si estuviese buscando algo que hubiera perdido.

El coronel se volvió hacia Strafford.

—¿Por qué no nos habla de usted, inspector? —dijo mostrando la dentadura en una especie de sonrisa desesperada—. ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

—No —respondió Strafford—. Soy soltero.

Hizo una mueca; había mordido un perdigón, incrustado en un trozo de carne de conejo, y pensó que debía de haberse roto una muela.

Lettie le sonrió animada.

—¿Quiere decir que es marica?

—¡Lettie! —exclamó su padre—. ¡Discúlpate ahora mismo con el inspector Strafford!

La chica se puso un dedo en el labio inferior y gimoteó:

—Oh, lo siento mucho, inspector Eztrafod.

Sylvia Osborne levantó la cabeza y miró a su alrededor como si alguien la hubiese llamado.

Lettie le guiñó un ojo a Strafford.

En su lado de la mesa, Dominic Osborne estaba comiendo con la cara sobre el plato. Lettie le lanzó una corteza de pan.

—Háblanos de ti, Dom-Dom —dijo—. ¿Tienes planes de boda? Una mujercita guapa y unos cuantos niños serían ideales para espabilarte un poco, ¿eh, hermanito

querido?

—¡Cierra la boca! —exclamó Dominic. Se volvió hacia su padre—. ¿Es que ha vuelto a beber?

Las cejas del coronel se arquearon.

—No bebe, ¿verdad? —Se dirigió a su hija—. ¿Bebes?

—Puez claro que no, papi —ceceó ella, batiendo las pestañas. Recobró la voz normal—. Solo alguna que otra tónica con ginebra antes comer, un poco de champán a media tarde y un par de copas de *brandy* antes de acostarme. Por lo demás, soy totalmente abstemia.

Osborne se volvió otra vez implorante hacia su hijo.

—Está bromeando, ¿no?

Dominic había vuelto a concentrarse en la comida y no dijo nada.

La señora Duffy entró para llevarse los platos de la cena. De postre había tapioca, anunció.

—Voy a cambiarme —dijo Lettie, y dejó a un lado la servilleta, apartó la silla y se levantó envolviéndose en el abrigo negro, como si fuese una capa. Le guiñó de nuevo un ojo a Strafford. Su padre empezó a decirle alguna cosa, pero ella no le hizo caso y se alejó cantando.

Falling in love again,
Never wanted to...

Sylvia Osborne volvió a levantar la vista.

—¿Qué? —murmuró con el ceño fruncido.

El coronel también dejó la servilleta.

—Tendrá que disculpar la mala educación de mi hija —le dijo a Strafford.

—No tiene importancia —murmuró cohibido Strafford.

Dominic Osborne alzó la vista de pronto y le echó una mirada venenosa.

—Es usted muy buen tipo, ¿eh? —dijo, con sarcasmo mordaz—. ¿Qué está haciendo aquí, cuando debería estar persiguiendo al asesino? ¿Y qué hay del otro policía, como se llame, el que he oído que ha desaparecido? ¿Por qué no está buscándole?

—Dominic, Dominic —dijo su padre—. El inspector es nuestro invitado.

El joven se puso en pie con tanta brusquedad que por poco derribó la silla; luego salió a grandes zancadas del comedor y dio un portazo. Strafford, aunque no pudo estar seguro, creyó ver lágrimas en los ojos del joven.

Cuando se fue, el coronel Osborne se quedó en silencio, contemplando la mesa; tenía la pajarita torcida.

—No entiendo a los jóvenes —dijo. Miró a Strafford—. ¿Y usted? Claro que no es viejo.

Strafford se levantó también.

—Tengo que volver al pueblo —dijo—, mientras las carreteras sigan transitables.

—¡Oh, pero espere! Los chicos están a punto de marcharse a la fiesta; ellos le llevarán. Les he dicho que cojan el Land Rover. Ese coche pasará por cualquier parte. O debería... con lo que me ha costado.

—No querría retrasarles...

—¡Tonterías! Le dejarán encantados en la Gavilla de Cebada. —Se levantó—. Iré a decirles que esperen.

Apartó la silla y salió llamando a sus hijos. Strafford se puso en pie vacilante y apoyó la mano en el respaldo de la silla. Sylvia Osborne continuó sentada, acurrucada sobre sí misma, al otro extremo de la mesa, con la vista baja. Strafford sintió una oleada de lástima por ella; parecía tan pequeña y frágil debajo de la enorme araña que colgaba sobre ella como una lluvia congelada de carámbanos.

La señora Duffy apareció con cinco cuencos sobre una bandeja de madera enorme. Miró a su alrededor entre enfadada y sorprendida.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —preguntó observando con gesto acusador a Strafford. Dejó la bandeja en el centro de la mesa con tanta fuerza que los cuencos saltaron y chocaron unos con otros. Volvió a mirar furiosa a Strafford—. ¿Y usted no querrá un poco? Bueno, si se enfría no será por mi culpa. ¡Tapioca, nada menos! —exclamó como si fuese un desperdicio deplorable de un lujo muy raro, y se fue refunfuñando. Ni siquiera se molestó en dirigir la vista a Sylvia Osborne.

Strafford fue al otro extremo de la mesa y se detuvo delante de la mujer acurrucada.

—¿Se encuentra bien? —No se atrevió a tocarla—. Parece usted...

—Sí que lo vi —dijo ella mirándole de pronto. Las pupilas eran dos puntos oscuros.

—¿A quién vio?

Apartó los ojos, haciendo memoria.

—Vi a alguien saliendo de la biblioteca...

—¿Sí? —Strafford tomó aliento—. ¿Quién era?

—No lo sé. El vestíbulo estaba oscuro, fue solo una sombra. Pensé que podía ser...

Su voz se apagó. Strafford notó su olor, al mismo tiempo dulce y amargo. Se arrebujó en la chaqueta de *tweed*, con los brazos cruzados sobre el pecho; la piel del hueco del codo era de color gris plata, como la hoja bruñida de un cuchillo. Se imaginó agachándose y besándole el pliegue que había en él.

—¿Pensó que era su hermano? —preguntó en voz baja—. ¿Pensó que era Freddie?

Ella volvió a mirarle, frunciendo el ceño aturdida. Qué finos y pálidos eran sus labios.

—¿Freddie? —dijo—. No, claro que no. No viene nunca... Geoffrey no le deja.

—Entonces ¿dónde lo ve usted?

—¿A quién?

—A su hermano.

—¡Oh! —Se encogió de hombros—, va a la cerca que hay al otro lado del prado, o si hace mal tiempo quedamos en el pueblo en el salón de té Grogan.

—¿Le da usted dinero?

Ella se mordió el labio.

—A veces. Siempre está sin un céntimo. Es una persona horrible, la verdad. — Esbozó una vaga sonrisa—. Pobre Freddie.

Strafford acercó una silla, la puso delante de ella y se sentó con las manos sobre las rodillas.

—Entonces ¿no sabe usted a quién vio salir de la biblioteca?

—No. Ya se lo he dicho. Estaba oscuro. Solo estaba la bombilla del vestíbulo.

Volvió a fruncir el ceño, intentando recordar.

Morfina, pensó él, tiene que ser morfina u otro barbitúrico; no sabía mucho de drogas, pero reconocía sus efectos al verlos.

—Y luego entró usted en la biblioteca —dijo—, ¿no?

—Sí, entré. No encendí la luz. ¿O sí? —Se puso la mano en la frente—. Vi lo que le habían hecho. Vi la sangre...

—¿Y luego? ¿Qué hizo usted entonces?

—Chillé, creo, y salí corriendo al vestíbulo. Geoffrey bajó. Estaba muy ridículo con su camisa de dormir... siempre usa camisa, nunca pijama. —Se rio y se tapó la boca con los dedos—. Solo le faltaba un gorro de dormir y una palmatoria.

—¿Reconoció al que yacía en la biblioteca..., supo que era el padre Lawless?

—Creo que sí. Estaba tumbado bocabajo. ¡Había tanta sangre! En mi vida había visto tanta sangre. Supe que era él, claro que sí, el traje negro, el alzacuellos. — Suspiró y se sentó un poco más erguida en la silla; cuando habló usó de pronto un tono prosaico, casi brusco—. Nunca le tuve mucho aprecio. Y no quería que viniese a casa, pero Geoffrey... —Se interrumpió y soltó una risita estremecida—. Pobre Geoffrey, se cree mucho mejor que Freddie, pero en realidad son iguales, solo que Geoffrey no juega y no se pasa la vida perdiendo dinero como hace Freddie. —Hizo otra pausa—. El caso es que ahora el cura está muerto, y no puedo decir que lo sienta. ¿Le parece mal? Supongo que lo está. —Se inclinó hacia delante y le miró; Strafford tuvo la impresión de que ella no había sabido quién era, pero que por fin empezaba a reconocerlo—. No será usted demasiado duro con ellos, ¿verdad? —dijo.

—¿Qué quiere decir? ¿Quiénes son ellos?

Ella movió la mano sin fuerzas, como espantando alguna cosa.

—¡Oh!, todos. Dominic. La pobre Lettie. Y el otro. En realidad son unos críos.

—¿El otro? —dijo con brusquedad—. ¿Quién es el otro?

—¿Qué? —Sylvia lo contempló con los ojos hinchados y parpadeando como una tortuga.

Él se adelantó, hasta que sus rodillas casi se rozaron.

—Dominic, Lettie y ¿quién más? —insistió—. ¿Quién, señora Osborne?

—¿Qué? —dijo ella; aún seguía mirándole, todavía parpadeaba despacio—. No sé a qué se refiere; no le entiendo.

El coronel Osborne apareció en el umbral.

—¡Dese prisa! —le dijo a Strafford—. Esos dos le están esperando. Ha dejado de nevar, pero parece que va a helar. —Miró a su mujer—. ¿Estás bien, cariño? Creo que es hora de acostarse. —Se frotó las manos—. ¡Nochebuena! —dijo, y añadió con una risita pícaro—. ¡A saber qué nos traerá Santa Claus!

¡Nochebuena! Era verdad; Strafford lo había olvidado.

VERANO, 1947

Yo era su pastor y ellos mi rebaño. Era lo que yo pensaba, y creo que ellos también, a su manera. Cumplí con mi deber, y más aún; soy humano y tengo mis defectos, pero creo que hice cuanto pude, por mucho que alguien diga lo contrario.

Eran unos salvajes, pero aunque se hiciesen los listillos y los tipos duros, en el fondo eran unos críos; niños, la mayoría. Claro que algunos eran unos auténticos sinvergüenzas, rebeldes y contumaces, y no se podía hacer otra cosa que esperar a que tuviesen edad para irse y volver al mundo... y que Dios ayudara al mundo, es lo único que puedo decir.

Había unos treinta, unas veces más y otras menos. El más joven tendría unos siete años, el mayor diecisiete, puede que dieciocho. No hace falta añadir que los mayores eran los más difíciles de manejar. Tenían la piel tan dura que de nada servían las palizas, a no ser que los enviase con el hermano Harkins, que era mi última opción. Harkins era un cabrón terco, tengo que decirlo; se había criado en un orfanato, por lo que se podría pensar que sentiría un poco de compasión, pero en vez de eso albergaba un rencor que vertía sobre los muchachos: una vez golpeó con un palo de *hurley* a Connors, el quincallero, que no tendría más de nueve o diez años.

No obstante, los quincalleros eran los más duros y podían sobrevivir a cualquier cosa, aunque el joven Connors por poco se muere cuando le echaron encima a Harkins. El padre de Connors y dos tíos suyos fueron al colegio, pero el padre Muldoon, el director, los mandó a paseo. Muldoon no toleraba tonterías ni de los padres, ni de los parientes, ni de nadie. Nosotros teníamos nuestras propias leyes.

Y, aunque Connors hubiese muerto, no habría sido el primero. Hubo dos o tres que se «perdieron», ese era el eufemismo habitual. Los niños perdidos de la Escuela Industrial y Reformatorio de Letterferry. No pregunté los detalles; esas cosas no se hablaban.

El edificio había sido un cuartel, y lo parecía, una especie de granero adusto de granito colgado en una roca sobre el mar. Que nadie me pregunte por qué había un cuartel ahí, en medio de la nada, de hecho, ni siquiera en medio, sino al borde de la nada, con la bahía a un lado, y una marisma al otro que llegaba hasta Nephin, la

segunda montaña más alta de Connemara. Los chicos la habían rebautizado la montaña 'Effin, claro.^[2] A todo le ponían mote; el mío era Tom-Tit.

A veces, por increíble que parezca, lo echo de menos. Había algunas noches, sobre todo en verano, tan agradables que se me hacía un nudo en la garganta al mirar a mi alrededor, el mar como un espejo de oro bruñido y la montaña azulada que se alzaba en la distancia, todo el paisaje llano y silencioso, como el telón de fondo de una obra de teatro. Pero no querría volver, ¡oh, no! Aunque nunca se lo dije a los chicos, yo lo llamaba Siberia. Éramos todos reclusos, los chicos, los hermanos y yo, los reclusos de la prisión de Letterferry.

Nos habían advertido de que no tuviésemos favoritismos con los chicos. Un sacerdote redentorista llamado Brady, lo recuerdo muy bien, iba dos veces al año a darnos una charla —a los hermanos y a mí, no a los chicos— y ese era su tema preferido. «El favoritismo, queridos hermanos en Cristo, es dar ocasión al pecado», decía inclinándose sobre el borde del púlpito en la capilla que había en el sótano mientras nos miraba con un reflejo en las gafas de concha. Cuando se animaba con los pecados de la carne, el fuego del infierno y lo demás, se le formaban unas manchas de espuma, como saliva de cuco en la comisura de los labios. Nunca me gustó, con su horripilante sonrisa, y yo tampoco le era simpático, eso estaba claro. Habría dicho que ese tipo sabía lo que decía cuando hablaba de los pecados de la carne.

Pero debería haberle escuchado, lo sé. Yo era el capellán del colegio, el único sacerdote, los hermanos me envidiaban por eso, y tenía la especial responsabilidad de dar un buen ejemplo. Y lo intenté; de verdad que sí. No soy teólogo, ni mucho menos, pero nunca he entendido por qué Dios, que nos ha creado, espera que actuemos de forma distinta a como nos hizo. Admito que no es uno de los grandes misterios, como el libre albedrío y la transubstanciación, pero aun así es un problema con el que me he debatido toda mi vida de sacerdote.

Le habían apodado Ginger;^[3] lo cual no era muy original, dada la mata de rizos rojizos que ningún peine podía domar. Tenía nueve años cuando llegó a Letterferry. Había estado en otro sitio en Wexford, creo que en un orfanato, pero allí no podían con él, eso dijeron, y nos lo enviaron. No era el peor, ni mucho menos; un poco salvaje, sin duda, como los demás: no sabía ni leer ni escribir y ni siquiera sabía cómo lavarse. Lo convertí en una misión personal, con el objetivo de civilizarlo, y le enseñé a leer; me sentí orgulloso, pero no se me ocurrió que eso podía ser lo que Brady, el redentorista, llamaba «tener favoritismo». Sigo sin creer que hiciese nada malo. ¡Oh!, algunas cosas eran pecaminosas, no lo negaré; pero, como decía un viejo cura al que conocí hace años en el seminario, para eso está Dios, para perdonar nuestros pecados. Además, donde hay amor, ¿cómo va a haber pecado? ¿No nos dijo el propio Jesús que nos amásemos unos a otros?

Ginger era un niño guapo, como pude comprobar cuando conseguimos quitarle la mugre y cortarle el pelo. Corpulento, incluso entonces, y no exactamente grácil, pero

algo debía de tener que me hizo elegirle. Tal vez que era un solitario, como yo. Creo que prefería los caballos a las personas. Había un poni de Connemara que le gustaba montar a pelo. El poni era tan pequeño que Ginger tenía que levantar los pies para no arrastrarlos por el suelo. Adoraba a ese animal, y el sentimiento era mutuo. Daba gusto verlos trotar por los caminos de la marisma, el pelirrojo grandullón y el caballito con las crines amarillas flotando al viento.

Ginger, he de admitirlo, tenía un lado violento, aunque intentaba ocultármelo. Estar con él era como estar en una jaula con un animal salvaje al que le hubiesen administrado un sedante cuyos efectos estuvieran remitiendo. Conviene tener presente que siempre me dio un poco de miedo. Pero a veces el miedo es un acicate, ¿no? Hay quien sabrá a qué me refiero.

Hice averiguaciones; nunca era fácil conocer los antecedentes de los pobres niños abandonados que acababan en Letterferry. Su madre, eso me dijeron, era una joven respetable, o al menos tenía un empleo respetable de dependienta en una ferretería del pueblo donde vivía en el condado de Wexford. Como de costumbre, nadie me dijo quién era el padre; lo único que pude averiguar es que era un hombre adinerado y muy conocido y que había pagado a la joven para que se mudase a Inglaterra y se quedase allí. La vieja historia de una joven decente de clase obrera de la que se aprovechaba un seductor rico y que terminaba en un callejón de algún pueblo sucio de hollín en la región central de Inglaterra —¡el desierto!—. ¡Y que tengan la cara de llamarme pecador!

¿Que por que me desterraron a Siberia? Fue por algo que empezó como una diversión. Yo era un joven seminarista y tuve la ocasión de ir a Roma un verano, con tres o cuatro más. Nos habían elegido, con otra docena de grupos de varios seminarios del país, para disfrutar de una audiencia con el mismísimo papa Pío. Me gustó Roma..., ¡no, Dios, me encantó! Era la primera vez que salía al extranjero. La luz del sol, la comida, el vino, las mañanas en el monte Pincio o las noches a la sombra del Coliseo: nada podría haberme preparado para lo que llaman el *dolce far niente* de la vida en Italia, ni siquiera a pesar de que hacía poco que había acabado la guerra y la ciudad era un desastre y parecía habitada solo por soldados mutilados, prostitutas y estraperlistas. Los tipos como yo, «los chicos de negro», como nos llamábamos a nosotros mismos, éramos inocentes en el extranjero, en un mundo perverso.

Conocí a un joven llamado Domenico —¿qué mejor nombre para un futuro cura?— a quien le caí simpático y me enseñó la ciudad. Me llamaba *bello ragazzo* y se burlaba de mí porque no sabía ni una palabra de italiano, aunque su inglés tampoco fuese tan fluido como él creía. Era un chico menudo, de piel morena y suave, ojos negros y vivos —yo siempre había pensado que las palabras «ojos risueños» eran solo una expresión, hasta que conocí a Domenico— y rizos negros que le caían sobre la frente. Años después vi una reproducción de un cuadro, de Caravaggio, creo que era, con una figura al fondo que era idéntica a mi amigo romano.

Fuimos juntos a todas partes, al Vaticano, por supuesto, al Panteón, al Foro y a la Villa Medici, ¡oh!, a todos los sitios que valía la pena visitar. Domenico sabía tantas cosas y tenía tantas ganas de enseñármelas que lo mismo podría haber sido un guía profesional. Y no solo íbamos a hacer turismo; me llevó a cafés y a restaurantes que no conocían los turistas, y donde comimos verdadera comida italiana, no esos horribles platos de pasta, como decía Domenico, que servían a la gente, a precios vergonzosos, en los lugares más populares cerca de las escalinatas de la plaza de España y la Vía Veneto.

Recuerdo con claridad un bar al que fuimos una tarde que Domenico dijo que tenía más de ciento cincuenta años, con los espejos agrietados, el suelo de baldosas blancas y negras y unas mesitas de mármol verde para estar de pie. Nos tomamos un vaso de vino de Frascati cada uno, fresco y casi incoloro, y un plato de queso parmesano entre los dos, nada más, aunque la ocasión fue uno de los mejores momentos de mi vida, antes o después. ¿No es raro? Solo una copita de vino y un poco de queso y me sentí en el cielo.

Luego cometí un error. Una noche, Domenico y yo nos vestimos de paisano y me llevó a un garito en un callejón del Trastevere, al otro lado del río. El lugar estaba abarrotado y lleno de humo... (en aquellos tiempos los italianos solo fumaban cigarrillos norteamericanos, Camel y Lucky Strike, estaban de moda) y olía a desagüe, sudor y ajo. Bebí demasiado Chianti y acabé en uno de los cuartos del fondo, con un colchón sucio en el suelo, y un niño que no tendría más de once o doce años, aunque por muy joven que fuese no tenía nada de inocente. El caso es que la policía hizo una redada —buscaban a un extranjero que había matado a una niña— y cuando quise darme cuenta me encontré en una comisaría, sin Domenico, intentando explicar que era un seminarista irlandés y que no había matado a ninguna niña. No me creyeron por cómo iba vestido. A esas alturas ya estaba sobrio.

Al final llegó un sacerdote del Colegio Irlandés, un grandullón de Kerry con la cara colorada que respondió por mí y me sacó de allí después de dos horas sin dejar de hablar y me llevó al convento cerca del Circo Massimo donde me alojaba. Inocente de mí, pensé que eso sería todo, pero, por supuesto, me enviaron a casa deshonorado —nunca llegué a ver al papa, aunque me avergüenza decir que fingí haberlo visto— y me llamaron al palacio del arzobispo en Dublín para que me echara una reprimenda John Charles en persona.

Lo peor no fue que me hubiese ido de juerga, me hubiese emborrachado y me hubiera puesto en evidencia delante de un montón de italianos —a su excelencia los extranjeros le traen sin cuidado—, sino que la policía italiana, en la que había muchos comunistas, me hubiese pillado en una «situación comprometida» y que funcionarios al más alto nivel en el Vaticano hubiesen tenido que intervenir para ocultar la noticia del periódico. Todo eso me lo explicó su excelencia, con los labios finos lívidos de rabia. Se despachó a gusto y yo salí del palacio escarmentado. Hay que tener en cuenta que no era más que un joven seminarista a quien todavía aterrorizaba la

autoridad. Después he aprendido unas cuantas cosas. Por ejemplo, he oído rumores sobre el propio McQuaid que me hacen dudar de si lo que él sentía ese día era rabia o envidia. Pero bueno, no es mi intención causar un escándalo.

El caso es que me enviaron a Siberia.

Llegados a este punto, tengo que hacer una confesión. Ginger, incluso antes de adecentarlo, o especialmente antes, me recordaba al golfillo callejero con el que me sorprendieron esa noche en el Trastevere. No era que hubiese el menor parecido físico entre los dos, aparte del gesto hosco y un poco lánguido de la boca, pero en cuanto vi a Ginger recordé aquella noche en Roma en el cuartucho del Trastevere.

Me da igual que me crean o no, pero jamás se me pasó por la cabeza acostarme con él, con Ginger. Jamás. Tenía demasiados recuerdos de las noches en que, de pequeño, mi padre entraba en mi cuarto con una bolsa de caramelos en la chaqueta del pijama y me hacía prometer que no se lo diría a nadie. «Solo tenemos que saberlo tú y yo, Tom, ¿de acuerdo? Solo tú y yo». No iba todas las noches, y sé que sonará raro, pero era casi peor que si lo hubiese hecho. Porque me pasaba las horas tumbado, con miedo de quedarme dormido, escuchando por si lo oía llegar de puntillas por el rellano. Nunca he podido ver esa cuña de luz que se cuela en una habitación desde fuera al abrir la puerta sin sentir un escalofrío.

En cualquier caso, no me extenderé más; solo quiero que quede claro por qué nunca me habría metido en la cama de Ginger. No habría podido imaginarlo tumbado en la oscuridad, como hacía yo, sujetando la sábana como si fuese el borde de un precipicio sobre un río de aguas turbulentas o un bosque en llamas. No, no podría haberle hecho eso.

Contaré cómo fue y esta vez espero que me crean.

Teníamos que disciplinar a los chicos y teníamos que hacerlo nosotros, de lo contrario no nos quedaba otra alternativa que enviarlos con Harkins, y yo no iba a dejar que Harkins se acercara a Ginger. No me cabe duda de que algunos hermanos disfrutaban golpeando a los chicos con una vara, una correa o, en ocasiones, con los puños. Así hacíamos las cosas: justicia dura para todos.

Recuerdo que había un hermano más joven, creo que se llamaba Morrison, que durante todo un año, desde que llegó a Letterferry, se negó a pegar a los chicos. Supongo que dirán que era un pacifista y estaba totalmente en contra de los castigos corporales. —¡Dios mío, he estado a punto de escribir de la pena capital!—. Ese año nos habían llegado dos gemelos quincalleros, los Maughan, un auténtico par de matones. Mikey, a quien le faltaba un ojo y esa era la única forma de distinguirlo del otro, que se llamaba Jamesy, era el peor de los dos y un día sacó tanto de quicio al hermano Morrison —recuerdo que el pobre hombre llevaba todo el año aguantándolo— que perdió la paciencia, lo arrastró de la clase de carpintería al pasillo y le dio la mayor paliza de su vida, y poco faltó para que Mikey perdiera también el otro ojo. La puerta de la clase de carpintería era de roble macizo y tenía dos pulgadas de grosor —los victorianos sabían hacer las cosas—, pero cuentan que los puñetazos de Morrison

y los gemidos de dolor de Mikey se oían como si los dos siguieran dentro de clase.

Esa tarde, el pobre Morrison llegó avergonzado a lo que llamaban el Común, donde los hermanos quedaban a echar un merecido trago, después de la hora del té, y ¿qué hicieron los demás sino dedicarle un aplauso solemne? «Enhorabuena por haber recobrado por fin el juicio», le dijo uno de ellos, supongo que sería Harkins, y todos se levantaron y lo rodearon alzando los vasos para brindar y dándole palmaditas en la espalda. Supongo que era comprensible, en cierto sentido; teníamos que hacer piña y mantener a raya a los críos de la calaña de los gemelos Maughan, de lo contrario habría reinado la anarquía.

Me alegra decir que esa tarde yo no estaba. ¿Habría felicitado también al pacifista renegado? Espero que no, pero la verdad es que no estoy seguro. ¿Acaso no nos habían lavado el cerebro a todos por igual?

En cualquier caso, aquí acaba la digresión.

Lo cierto es que de vez en cuando tenía que darle un golpe a Ginger, porque no era ningún ángel, eso seguro, ¿cómo iba a serlo después de lo que había visto y sufrido en su corta vida? La desgracia, que debería enseñarnos a ser decentes unos con otros, nos convierte en animales.

No sé si debería parar aquí; no sé si tendré estómago para continuar. Pero le debo a Ginger, y a mí mismo, contar las cosas tal y como ocurrieron. Sin confesión no hay perdón. Aunque, como he dicho, no me tengo por un gran pecador, no obstante, sé que eso debe decidirlo el buen Señor.

Lo malo era que Ginger, cuando le pegabas, parecía tan..., no sé, tan vulnerable, tan pequeño, tan frágil —aunque no fuese pequeño ni tuviese nada de frágil— que cualquiera con un poco de corazón se habría apiadado de él y le habría consolado. Un niño al que han hecho daño es tan conmovedor... La forma que tenía Ginger de encogerse, de intentar apartarse y de levantar un hombro para protegerse; el modo en que le temblaban los labios gruesos y lánguidos; la forma en que se le llenaban los ojos de lágrimas y sobre todo la manera en que procuraba aparentar indiferencia cuando le golpeaba; la forma en que trataba de ser valiente y viril; todo eso era... solo puedo decir que era irresistible, así que tenía que abrazarle y tocarle, porque quería que se sintiera mejor. Después, claro, me enfadaba, me irritaba que se hubiese portado así y me hubiera forzado a hacer lo que había hecho, y tenía que golpearle otra vez, para intentar que dejase de ser como era, y entonces se acurrucaba, con los brazos sobre la cabeza, para protegerse, e intentaba no llorar y demás, y todo volvía a empezar y seguía hasta que los dos acabábamos exhaustos y cesaba hasta la siguiente ocasión.

Espero que quede claro lo que pretendo decir. Era un círculo interminable: primero el pescozón en la oreja o la bofetada en la cara, luego se apartaba, se encogía y contenía las lágrimas, así que tenía que abrazarle... Un círculo que no podía romper, no. ¡No era culpa mía! No.

La primera vez fue un día de junio, en la festividad del Corpus Christi. Siempre

me han gustado las procesiones. Desde mi primera infancia, contemplar a un grupo de chicas de la Legión de María todas de blanco desfilando solemnemente y lanzando pétalos de rosa de una cesta, y a los chicos desfilando despacio detrás de ellas, con sus sotanas y sus roquetes, me ha conmovido siempre casi hasta las lágrimas y a veces me ha hecho llorar. Nunca me siento más cerca de Dios que al ver a un coro de niños y oírles cantar *Tantum Ergo* o *Dulce corazón de Jesús, fuente de amor y de misericordia*. Claro que no debería hacerme falta eso para mantenerme en mi fe, y en realidad no lo necesito; es solo que hay algo que me afecta profundamente al ver una ceremonia solemne de la Iglesia con niños, con su torpeza e inocencia infantiles. Nunca me ha importado que las niñas se rían o que los chicos se den codazos y bromeen; ¿a quién podría importarle excepto tal vez a Harkins y a otros como él? Yo veía en esa irreverencia inocente una prueba de la gravedad del misterio que se estaba celebrando, el misterio de Dios hecho carne y ofreciendo esa carne al insulto, la tortura y el tormento, para que la muerte sea derrotada y nosotros, los hijos de Dios, podamos seguir viviendo eternamente en la otra vida.

¿Tiene esto algún sentido? Para mí, sí.

Ese año hizo muy buen tiempo, el sol brillaba sobre el mar y el aire que resplandecía en la marisma y la montaña —la montaña 'Effin— estaba tan despejado que me parecía ver las ovejas pastando en la ladera. Había un coro de niñas de los pueblos y aldeas de los alrededores —ese día teníamos que vigilar de cerca a los mayores— y nuestros chicos iban limpios y peinados y se portaban mejor que nunca.

La procesión empezaba en la puerta del colegio y seguía por un sendero hasta el mar y luego pasaba por un pequeño prado hasta la iglesia de piedra que había en la punta —dicen que es del siglo XII— donde el párroco y yo oficiábamos la misa y dábamos la comunión, y luego todos volvíamos al colegio, donde había una enorme mesa sobre unos trípodes en la hierba, con té y bocadillos, y se servía limonada, galletas y pasteles. Ginger y otro chico, cuyo nombre no recuerdo, llevaban un estandarte con el Sagrado Corazón y dos cintas que colgaban de las esquinas sujetas por dos niñas de la clase infantil del convento de Loreto, más allá del lago, y yo iba detrás con el peso encantador del hisopo en la mano —me encanta esa palabra, «hisopo»—, asperjando agua bendita a izquierda y derecha. Fue tan conmovedor oír las voces de los niños temblando en la brisa que llegaba de la bahía, oler los pétalos de rosa que las niñas del Loreto esparcían por el suelo y contemplar el cielo azul y ver las nubecillas blancas y algodonosas arrastradas tierra adentro por el viento.

Espero que no suene blasfemo si afirmo que creo que lo que ocurrió en la sacristía cuando terminó la procesión, las niñas volvieron a casa y nuestros chicos recogieron la mesa y retiraron los restos de comida —no hace falta decir que no fue mucho—, fue una continuación del rito que acabábamos de celebrar. Ginger y yo nos quedamos solos en la sacristía. Oímos arriba a los demás, terminando de arreglarlo todo, y al padre Blake, el párroco, que se iba en su Hillman Minx, pero allí abajo, en el sótano, todo estaba silencioso y tranquilo. Ginger se había quitado el roquete —debajo

llevaba solo una camiseta— y estaba a punto de quitarse la sotana cuando le puse las manos en los hombros y le obligué a mirarme. Permaneció allí, con el rostro alzado y los ojos muy abiertos como si supiese lo que iba a hacer, como si supiera que iba a agacharme y a besarle, a quitarle la camiseta y a meter la mano en la sotana, y que luego le daría la vuelta para que quedase de espaldas.

¿Cómo describir la ternura angustiada que sentí por él, a la luz vespertina de la sacristía, entre los olores de las sagradas vestiduras, de la cera de las velas, de las obleas de la comunión? ¿Cómo decir lo bella que es la imagen de un niño inclinado hacia delante, con las piernas temblorosas, el rostro apretado contra un montón de vestiduras y las dos manos en alto, agarradas a la tela bordada, soltando pequeños gemidos y estremeciéndose de pies a cabeza cada vez que yo le embestía, una y otra vez, con los ojos fijos en su nuca y las manos alrededor de su pecho, acariciándole, sosteniéndole, sujetándole contra mí, esa criatura pálida y trémula que durante esos breves momentos fue mía, fue solo mía... fue yo mismo? ¿Quién podría describir de forma apropiada cómo fue?

Que no pretenda nadie saber lo que es algo sin haberlo probado. Y que no me venga con que, después de probarlo, no quiere repetirlo. No. Que no me señalen con el dedo y me insulten y me adviertan de que Dios me castigará. Somos tan pocos los que sabemos cómo es —más de lo que cree la gente, pero aun así muy pocos—, los que vivimos en el mundo secreto y encantado donde todo está prohibido y, sin embargo, todo está permitido.

¿Cuánto tiempo estuvimos, Ginger y yo, en nuestro paraíso privado? No llega a un año, pero no me quejo. Para mí fue un paraíso, pero ¿y para él? Siempre lloraba después —solo tenía nueve años—, pero acabé acostumbrándome. Y estoy convencido de que le ayudé. Fuese consciente o no, necesitaba que le quisieran. ¿Cuántos de nosotros sabíamos a los nueve años lo que más nos convenía? Ginger debió de sentir cierto orgullo por haber sido elegido y convertirse en mi protegido; para él debió de ser un consuelo. Tengo que creerlo y lo creo.

Había muchos candidatos entre los que elegir. Debió de correrse la voz, al menos a ciertos niveles, de lo de Ginger y yo. Cuando acabó el verano y dejó paso al otoño empecé a reparar en que había acumulado, sin ningún esfuerzo por mi parte, un pequeño grupo de... ¿cómo llamarlos? ¿Acólitos?

En todas las instituciones hay una jerarquía extraoficial. Es natural, hasta los coros de ángeles están clasificados en un orden muy estricto, desde el pobre y viejo ángel de la guarda hasta el serafín de seis alas, el ángel ardiente, que sirve directamente a nuestro Señor. No obstante, Letterferry no era el reino de los cielos, y el orden se establecía según la dureza, la falta de compasión y la pura astucia. En la época que pasé allí, el jefe de los chicos era un chiquillo rubio llamado Richie Roche, que no tendría más de trece años. Lo controlaba todo como un jefe mafioso y repartía favores y castigos mediante una red de esbirros a quienes pagaba con cigarrillos, barritas de chocolate y fotos pornográficas, Dios sabe de dónde las sacaría. Las

autoridades estaban al corriente, entre ellos el padre Muldoon, el jefe, pero nadie hizo nada, por la sencilla razón de que el sistema funcionaba. Richie mantenía el orden, y todo el mundo quería que hubiese orden y llevar una vida lo más tranquila posible. No solo los hermanos y los chicos, sino los verduleros, los vendedores de periódicos y los dueños de las tiendas de dulces que abastecían al colegio y sacaban pingües beneficios. De hecho, a veces he pensado que Richie y el hermano Muldoon estaban compinchados, de ser así no me sorprendería lo más mínimo. El Señor y sus serafines actúan de formas desconocidas para el común de los mortales.

De todos modos, por debajo del nivel de Richie y sus matones, había un grupo de una media docena de criaturas desdichadas que se arrastraban como ratones y consagraban todas sus energías a pasar desapercibidos y evitar los abusos que se producían. Esos eran a quienes yo les resultaba más simpático, me sonreían por los pasillos, se ofrecían a hacerme recados y trabajaban más que nunca en las clases de apologética que impartía los sábados por la mañana. Tengo que decir que eran todos unos putitos y, por supuesto, yo no quería saber nada de ellos, salvo cuando se presentaba alguna ocasión demasiado buena para desaprovecharla. Había un crío con ojos de cordero degollado a quien arrinconaba a veces en el cuarto de las calderas y le daba lo suyo contra las tuberías del agua caliente, solo para enseñarle que si te pasas el día pidiendo algo, antes o después acabarás consiguiéndolo y tal vez no te guste tanto como imaginabas.

Pero por lo general dejaba a los ratones en paz, ¿acaso no tenía a Ginger?

No siempre era tan complaciente como había imaginado —después de todo, yo lo tenía a él, pero él me tenía a mí— y en un par de ocasiones tuve que recurrir a Richie para hacerle volver al buen camino. ¡Oh!, no hablaba directamente con él, pero había otros modos de hacerle llegar un mensaje. Richie era un granuja inteligente y sabía cuáles eran sus intereses. También sabía con exactitud hasta dónde podía llegar y cuándo parar. Él y su pandilla nunca le hicieron demasiado daño a Ginger y las dos o tres veces que le dieron un repaso de mi parte salió bastante bien librado, aunque, eso sí, después era mucho más sumiso. En esas ocasiones era cuando le trataba con más ternura, le masajeaba los golpes y era delicado con él en nuestras sesiones en la sacristía.

Y, a propósito, a menudo me he planteado por qué la sacristía era mi sitio favorito para los encuentros con Ginger. Debía de ser algo relacionado con las vestiduras. ¡El cuidado que tenía que poner en no estropearlas ni dejar manchas en ellas! ¡Imagínate que un día en el altar me hubiese dado la vuelta con una gran mancha blanca en la espalda de la casulla!

¡Ah, sí! Tengo que confesar una cosa más. La primera vez, el día de la procesión de Corpus Christi, usé una vela del altar con Ginger. Había una caja a mi lado y cogí una. Lo único que puedo decir en mi defensa es que también era la primera vez para mí y no sabía qué hacer, supongo que también me dio miedo hacerme daño o hacerlo yo. Pero no estuvo bien y solo lo hice esa vez con la vela.

¡Ay, me he entristecido al recordar esa época tan maravillosa! Debería volver de visita a Letterferry uno de estos días. El colegio sigue allí, con más trabajo que nunca, me han dicho que ahora hay casi cien chicos y nunca se sabe lo que podría encontrar. Al fin y al cabo, Ginger no era único. Lo malo es que ya no me gustan tan jóvenes — debe de ser el efecto de ir cumpliendo años, voy a cumplir treinta y seis— y, además, ahora tengo otro amigo; otro favorito, podría decirse.

No sé si quien causa las coincidencias es Dios o el Diablo, pero ¿quién habría predicho que acabaría en Ballyglass? Supongo que, cuando me vio la primera vez en el pueblo, Ginger debió de pensar que lo había arreglado yo, pero ¿cómo iba a saber que estaba aquí? Ni siquiera sé cómo lo reconocí, porque no se parece en nada a como era entonces. Enseguida noté que me reconocía, por la forma en que me miró con la boca abierta —siento decir que se ha convertido en un cretino—, pero tuve la suficiente presencia de ánimo para fingir que no le recordaba. Estoy seguro de que es mejor así. No querría que les fuese con historias a los Osborne, sobre todo a uno de ellos.

«Tener favoritismos, queridos hermanos en Cristo, es dar ocasión al pecado».

INVIERNO, 1957

La calefacción del Land Rover no funcionaba —Matty Moran, que se suponía que entendía de máquinas, había quedado en arreglarla, pero no lo había hecho— y Lettie se quejó del frío y quiso volver a la casa a por una manta. Dominic, que estaba al volante, le advirtió que no la esperaba.

Mientras pasaba al asiento de atrás, Strafford alzó la vista y se llevó una sorpresa al ver a Lettie entrar por la otra puerta. Habría preferido que se sentase con su hermano, en el asiento delantero.

No nevaba, pero estaba helando, como había predicho el coronel Osborne, y cuando salieron derrapando por el camino oyeron el hielo que crujía debajo de las ruedas.

—¿Dónde es la fiesta a la que van? —preguntó Strafford.

—En casa de los Jefferson, a las afueras de Camolin —respondió Dominic, sin volver la cabeza—. No sé por qué vamos, lo más probable es que sea horrible.

—Julian Jefferson es su mejor amigo —le confió Lettie a Strafford con un susurro teatral—. Son sencillamente inseparables. —Su hermano siguió con los ojos fijos en la carretera, girando el volante para evitar los trozos de hielo sucio desprendido que habían caído en las roderas. Los árboles se cernían sobre ellos a la luz de los faros igual que derviches congelados—. ¡Jesús, María y José, qué frío tengo! —se quejó Lettie, exagerando su acento irlandés—. De esta no salimos, extraviados por esos caminos una noche de nieve y hielo como esta, ¡aachís, aachís!

Ya fuese por casualidad o intencionadamente, tenía la cadera apoyada en la de Strafford; él esperó que fuese lo primero.

—Puedo ir andando desde el cruce y así ustedes siguen recto.

Gracias al resplandor verdoso del salpicadero vio cómo los ojos del joven se desplazaban para mirarle por el espejo retrovisor. ¿Por qué —se dijo— la gente parece siempre tan siniestra cuando te mira así desde el asiento delantero? Era como si te espiasen a través del buzón.

—¡De eso nada, muchacho! —exclamó Lettie, imitando otra vez a su padre—. ¿Y si se congela? Lo encontraríamos tendido en la cuneta al volver. Sería como el padre

Tom-Tit, solo que en vez de negro, blanco, como un negativo. Señoría, me dirigía hacia el pueblo de Ballyglass cuando vi algo que al principio tomé por un muñeco de nieve...

—Por el amor de Dios, Lettie, ¡calla de una vez! —dijo Dominic.

Lettie le dio un codazo a Strafford en las costillas.

—Creo que nuestro Dom-Dom está nervioso —soltó con otro susurro audible—. Debe de ser de la emoción de ver al pequeño Julie Jefferson. —Se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos a su hermano en el hombro—. ¿Le has llevado un regalito, DomDom? Deja que adivine. ¿Un estuche de manicura? ¿Un frasco de Evening in Paris? ¿Un volumen con las ocurrencias de Oscar Wilde encuadernado en seda verde? Vamos, hermanito, dínoslo.

Pero Dominic no dijo nada, se limitó a hundir la cabeza aún más en el cuello del abrigo y siguió conduciendo.

Pronto llegaron a la Gavilla de Cebada. Había una velita navideña ardiendo en una de las ventanas de abajo, pero por lo demás el sitio estaba a oscuras. Era Nochebuena, todo el mundo estaba con la familia. Casi todo el mundo.

Lettie besó a Strafford en la mejilla y le apretó la mano. Sus ojos de lémur brillaron bajo la luz del salpicadero.

—¿Va a pasar solo la Nochebuena? —preguntó—. ¿Qué me dice de esa camarera tan pechugona? ¿Cómo se llama? La pelirroja. A lo mejor puede convencerla de que le haga compañía. Pero no se vaya a dormir muy tarde. Papá Noel podría impacientarse e irse a otro sitio.

—Que disfruten de la fiesta —dijo Strafford.

Dominic Osborne se había dado la vuelta en el asiento.

—¿Ha aparecido su colega?

—No.

—Se ha largado sin permiso, ¿eh? —preguntó Lettie—. ¿Es ese tipo de la cabeza tan rara?

—Sí —respondió Strafford. Había abierto la puerta y estaba a punto de salir a la nieve—. Creo que está muerto.

Cerró la puerta del coche y subió por el arcén cubierto de nieve hasta la puerta de la taberna. Lettie bajó la ventanilla y le gritó alguna cosa, pero él hizo como si no la hubiera oído.

Le abrió la puerta Reck. Llevaba un vaso de *whisky* en la mano y una corona de papel cebolla de color rojo ladeada sobre la cabezota redonda.

—Y beben y beben y vuelven a beber... —entonó con voz de bajo—. La señora Claus y yo estábamos brindando en el saloncito... ¿Nos acompaña, inspector?

Strafford le dio las gracias y dijo que no, que estaba cansado y quería irse a la cama.

—¿A la cama, a la cama? —gritó Reck fingiendo consternación—. Pero ¡si es Nochebuena, señor!

—Sí, lo sé. Creo que estoy incubando un resfriado —mintió.

Al llegar a mitad de las escaleras, la señora Reck apareció en el umbral. También ella llevaba un sombrero de papel. Le preguntó si no quería cambiar de opinión y bajar a beber algo con ellos, y él repitió la mentira de que estaba incubando un resfriado. Luego corrió escaleras arriba y se sumergió en el santuario de su habitación.

No había bolsa de agua caliente en la cama.

Al ir a colgar la gabardina en el gancho de detrás de la puerta, algo crujió en uno de los bolsillos. Era un trozo de papel, una página arrancada de un cuaderno de rayas. Habían escrito unas palabras en letras mayúsculas. Se sentó en el borde de la cama y sostuvo el papel a la luz de la lámpara de la mesilla de noche.

PREGUNTE A DOMINIC POR EL HOTEL SHELBOURNE

Se quedó mirando ese mensaje un largo rato. Luego lo dejó en la mesilla debajo de la lámpara, se desvistió y se metió en la cama temblando; un momento después volvió a incorporarse y releyó la nota. No sabía lo que podía significar, pero creyó adivinar quién la había escrito.

Una vez más, se tumbó y apagó la lámpara. Ojalá hubiese un interruptor para apagar también la propia imaginación.

Las cortinas no estaban echadas y, poco a poco, la habitación quedó bañada con el resplandor azul grisáceo de las estrellas. Cerró los ojos. Después, creyó quedarse dormido pero descubrió que no lo estaba cuando una mano le tocó el hombro y le hizo dar un respingo. No había oído abrirse la puerta. Se incorporó como pudo entre la maraña de sábanas y encendió la lámpara.

—¡Chis! —susurró Peggy—. He venido a traerle su regalo de Navidad. —Strafford nunca olvidaría su risa, sardónica y pícara—. ¿No tendrá un regalo para mí? No, no creo. ¡Ah, bueno!

Llevaba un jersey verde, una blusa blanca y una falda gruesa de *tweed*, pero iba descalza. Empezó a quitarse la ropa.

—¿Qué hace? —preguntó.

Se había quitado el jersey y se estaba desabrochando la blusa; entonces, se detuvo.

—¿Usted qué cree que estoy haciendo? ¿Quiere que pare?

—No, no, es solo que...

—Es solo ¿qué?

—Bueno, es Nochebuena. ¿Por qué no está en casa con su familia?

—Porque estoy aquí, con usted. ¿Alguna objeción? ¿No? Pues apártese a un lado... me muero de frío. —Él retrocedió hasta la pared y ella se tumbó en el hueco caliente que había dejado en mitad de la cama—. ¡Jolín! —dijo—. ¿Cómo puedo haberme olvidado la bolsa de agua caliente? Tiene usted los pies helados. —Le cogió

la cara entre las manos y le besó. El sabor de su lápiz de labios le recordó a los caramelos que comía en la infancia—. Ahora pensaré que soy una fresca —dijo—. La verdad es que no lo he hecho nunca..., quiero decir que nunca me he ido a la cama con un huésped.

—Peggy, ¿qué edad tiene?

—Se lo he dicho, veintiuno.

—No la creo.

—Está bien; tengo diecinueve, casi veinte. Pero no soy, ya me entiende...

—No es ¿qué?

—Virgen... ¡Dios, parece usted tonto!

—Lo siento.

—No pasa nada —dijo.

Al notar el cuerpo de la joven contra el suyo se le hizo un nudo en la garganta; por un terrorífico instante temió echarse a llorar y ponerse en ridículo.

Yacieron mirándose, él sobre el costado derecho, ella sobre el izquierdo. La joven se acercó y dejó que uno de sus pechos se apoyara en su antebrazo.

—Me gusta que no sea usted bebedor —dijo—. No como ese Harbison. Dios, no para nunca. A propósito, le ha estado buscando. No sé qué quería de un caballo.

—¡Oh, Dios!

—No se preocupe, se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—No sé. A su casa, supongo, si es que la tiene. La señora Reck dice que le ha dejado una nota. No se preocupe, me alegro de que nos hayamos librado de él.

Por un momento, Strafford se quedó confundido, pensando en la nota que había encontrado en el bolsillo. No podría ser la de Harbison. Pero entonces ¿qué? ¡Bueno, al diablo con él! Ya lo meditaría por la mañana.

Peggy se le acercó suspirando y entrelazó las piernas en torno a una de las suyas.

—¡Ay! —gritó—. Tiene las uñas muy largas, ¿lo sabía? Y no le vendría mal un corte de pelo. Lo que usted necesita es alguien que le cuide. —Se rio—. No me mire así, no le estoy pidiendo que se case conmigo.

Oyeron la campana de una iglesia que llegaba a través de los campos.

—Debe de haberle caído bien a la señora R. —dijo Peggy.

—¿Por qué lo dice?

—Me ha pedido que le cambie las sábanas. Por lo general, solo plancho las viejas y las cambio una vez a la semana.

Él se rio. Los pelillos de sus brazos eran tan suaves como su aliento.

—¡Oh, Peggy! —dijo.

Ella temblaba. Le suspiró cálidamente al oído.

—Oiga —susurró—, tiene una cosa de esas... ya sabe a qué me refiero.

—¿Qué cosas?

—¡Dios, no tiene usted arreglo! Una funda, una goma.

—¡Oh!, me temo que no. Lo siento.

Los condones eran ilegales en Irlanda, pero no habría llevado uno encima aunque no lo hubiesen sido; las jóvenes alegres y complacientes como Peggy eran una rareza, o al menos lo eran en su vida.

—Pues olvídense de meterme la cosita. —Le apretó la pierna con más fuerza entre las suyas—. No se preocupe, hay muchas formas de despellejar un gato. —Volvió a besarle y se rio en su boca.

Más tarde encendieron la lámpara, Peggy se puso el jersey y se sentaron en la cama con las piernas cruzadas, uno al lado del otro, y la manta sobre los hombros.

—Desde luego, hemos despellejado al pobre gato —dijo Peggy con un suspiro de felicidad, y jugaron a las tabas con las perlas del collar de Peggy, cuyo cordel se había roto en algún momento de sus improvisados esfuerzos. Tuvo que enseñarle a Strafford las reglas del juego—. Se empieza con estas —dijo—. Se tiran por el aire las tabas, imagine que las perlas son tabas, y se cogen con el dorso de la mano. Luego se tira una y se recogen las otras una por una. Cuando están todas, acaba la primera ronda y se pasa a la siguiente. —Pero las perlas falsas no servían porque rodaban y al final dejaron de jugar y volvieron a tumbarse de espaldas uno al lado del otro—. ¿Sabía que en Mongolia también juegan a las tabas? —preguntó Peggy—. ¿O es en el Tíbet? En uno de esos sitios. Lo he leído en una revista. Es increíble, ¿verdad? Que la gente juegue aquí y allí a pesar de lo lejos que estamos. —Tarareó una canción en voz baja—. Me encantaría ir a un sitio así —añadió—. A la India, o a China, a un sitio verdaderamente lejano.

—A lo mejor va algún día.

—Sí, claro. Cuando las vacas vuelen.

Guardaron silencio un rato, luego Strafford se volvió y contempló su perfil. Tenía un inicio de una rolliza papada.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

Se inclinó hacia delante y la besó en el hombro, apretando los labios contra su lustre lechoso.

—Por... esto.

—¡Ah!, bueno, no podía dejarle solo en Nochebuena, ¿no? —Hizo una pausa—. ¿Hace mucho que conoce a ese amigo suyo que ha desaparecido?

—¿A Jenkins? —Se tumbó de nuevo de espaldas y se quedó mirando el techo—. No, mucho no. Y yo no lo llamaría exactamente amigo. Trabajamos juntos.

Ahora fue ella quien se volvió hacia él.

—Es usted muy solitario —dijo.

Strafford la miró de reojo sorprendido.

—¿Solitario? ¿Por qué lo dice?

—Porque es cierto, lo veo en su cara. —Trazó el perfil de su nariz, sus labios y su barbilla con la yema del dedo—. Debería buscarse a alguien. No es usted feo, aunque

sea un poco flacucho. Y cortarse las uñas. Pero me gusta cómo le cae el pelo sobre la frente, parece un chiquillo.

Strafford no tardó en descubrir que Peggy roncaba. No le importó. La joven yacía apoyada a su lado, moviéndose y murmurando en sueños. Él apagó la lámpara y se quedó un largo rato mirando la noche negruzca y azulada y el cielo abarrotado de estrellas. Llevaba tanto tiempo viviendo en la ciudad, que había olvidado cómo era el cielo de noche en el campo; también había olvidado el silencio, más opresivo que el zumbido nocturno más ruidoso de la ciudad.

El pronóstico del tiempo había dicho que ya no nevaría más, pero que habría varios días de hielo y escarcha.

Una Navidad blanca.

Peggy se incorporó murmurando sobresaltada en plena noche. Strafford le tocó el hombro y ella se tumbó otra vez.

—No sabía dónde estaba —dijo soñolienta. Volvió a pasarle la yema de los dedos por la cara, casi sin tocarle, como un ciego—. Es usted amable —dijo—. Un hombre amable.

Strafford soltó un suspiro. Era lo que siempre le decía Marguerite, con cariño, pero no sin cierta tristeza; la amabilidad no era exactamente una cualidad excitante en un hombre. Pero eso fue mucho antes de la noche en que le lanzó la copa de vino. Luego descubrió un lado suyo que no tenía nada de amable.

Peggy se sentó de nuevo y encendió la lámpara. Tenía unos pliegues en las axilas que recordaban a los michelines de un bebé rollizo. Strafford admiró el suave brillo de la luz de la lámpara en su espalda desnuda. Él también se sentó. Peggy se puso la blusa.

—Y ahora —dijo—, tengo que volver a mi cama fría.

Él le besó la nuca y le produjo un escalofrío.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó.

Ella le miró.

—¡Pues claro que no! —respondió y se rio—. ¿Está de broma? ¡Bastante me he arriesgado ya! —Estaba poniéndose el jersey, cuando se detuvo, y le contempló por el hueco para pasar la cabeza—. ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Acabo de caer en que ni siquiera sé cómo se llama!

—¿Cómo me llamo?

—Su nombre de pila.

—¡Ah! —dijo—. No, no lo sabe.

—Bueno, ¿me lo va a decir, sí o no?

Strafford suspiró.

—St. John.

Ella terminó de ponerse el jersey se sacudió el pelo.

—¿«Sinyún»? ¿Qué nombre es ese?

—Se escribe Saint John, pero se pronuncia «Sinyún».

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Por tradición.

—Ah, claro —dijo Peggy con picardía—. A los protestantes les encanta la tradición. —Tuvo que ponerse de pie para subirse la falda, luego se metió otra vez en la cama—. Deme un abrazo —dijo—, antes de que vuelva a esa puñetera nevera de mi cuarto.

—El arzobispo McQuaid me dijo que el protestantismo no es una religión —dijo Strafford al cabo de un rato.

Otra vez estaban sentados envueltos en la ropa de cama, con la cabeza de Peggy apoyada contra su pecho.

—Entonces ¿qué es? —quiso saber.

—Una reacción contra una religión. Según el arzobispo.

Ella se rio.

—¡Ah!, muy típico del viejo Chuleta Fría.

—¿Chuleta Fría?

—Es como le llamo yo. Siempre parece como si lo hubiesen dejado toda la noche a la intemperie, con esa cara tan gris y los ojillos brillantes. ¿Cómo es que ha hablado con él?

—Me mandó llamar, tiene una casa en las afueras de Gorey, para decirme que la Iglesia espera que todos, sobre todo yo, cumplamos con su deber.

—Que cumplamos con su deber y no digan lo que de verdad le pasó al padre Tom, ¿es eso?

—Es usted una chica lista, Peggy.

—Una tiene que ir con cuidado con los tipos como su santidad John Charles. No quiero acabar de esclava en una lavandería con las manos peladas mientras me gritan las monjas. —Lo apartó con cierta ternura—. Ahora tengo que irme, por mucha Nochebuena que sea.

Se levantó, se arregló la falda y se pasó la mano por el pelo.

—Ha sido un regalo de Navidad precioso —dijo Strafford. Estaba tumbado de lado, con la mano debajo de la mejilla. Ella se agachó y le besó en la frente.

—La próxima vez, tráigase una goma —dijo—, y quién sabe lo que podrá sacarle a Papá Noel.

Por la mañana se levantó tarde. La señora Reck, soñolienta, con un batín de lana y zapatillas de felpa rosas, le deseó feliz Navidad y le preparó el desayuno. Tenía hambre y se comió dos huevos cocidos y un plato de tostadas.

Pensó en Jenkins. Se le estaba formando un cristal de espanto gélido en la zona del diafragma que ninguna tostada, té o felicitación de Navidad podría fundir.

A través de la ventana, vio que las nubes habían despejado; qué raro estaba el cielo restregado, limpio y de un azul pulverulento, pelado, no, desnudo, después de días envuelto en capas de algodón sucio.

Tendría que llamar al sargento Radford; tendrían que organizar otra partida de búsqueda. No sería fácil volver a sacar a la gente la mañana de Navidad.

El perro Barney llegó de la cocina anadeando como un pato; al ver a Strafford, se detuvo. Ladeado sobre la oreja llevaba un gorro cónico de fiesta, fabricado con cartulina roja, espolvoreado de falsa escarcha y no muy bien sujeto con una tira elástica por debajo de la mandíbula. Perro y hombre se miraron, y el perro desafió al hombre a que osara reírse.

Cuando Strafford se terminó el desayuno, la señora Reck dejó un paquete sin forma al lado de su plato, envuelto en papel cebolla y atado con un cordel. Dentro había un par de guantes de lana grises.

—Feliz Navidad —dijo—. Espero que le valgan. Los he tejido yo misma para su majestad el señor Reck, pero el muy puñetero no los quiere. —Strafford le dio las gracias y se excusó por no tener nada con lo que corresponder. Ella se ruborizó—. ¡Ah!, casi se me olvida —dijo—. El señor Harbison ha dejado esto para usted. —Hurgó en el bolsillo del delantal—. Aquí tiene.

Le dio un posavasos de corcho con un anuncio de cerveza Bass. Detrás había escrito a lápiz con letra infantil: «Dígale a Osborne que estoy dispuesto a pagarle cien guineas por el caballo. F. Harbison». Strafford movió la cabeza.

No había ni rastro de Peggy; cuando preguntó por ella, la señora Reck le dijo que se había vuelto a casa.

—Es Navidad. —Y, con gran consternación por su parte, le echó una mirada que

a él le pareció muy elocuente.

Se puso la gabardina, el sombrero y sus guantes de lana nuevos y tejidos a mano.

Las cerraduras del Morris Minor estaban congeladas y tuvo que ir a buscar una jarra de agua caliente al bar para echársela por encima, aunque reservó la mitad para el hielo del parabrisas. Estaba harto de aquel invierno aparentemente interminable.

El motor, para su sorpresa, arrancó a la primera.

Solo entonces recordó la otra nota, la que le habían dejado la noche anterior en el bolsillo de la gabardina. No necesitó volver a por ella; se acordaba de lo que decía.

Todo estaba en silencio en Ballyglass House. Solo encontró a la señora Duffy. Le dijo que el coronel Osborne había ido a la iglesia, que la señora Osborne estaba acostada y que Lettie dormía.

—¿Y Dominic?

—Creo que ha salido a pasear al perro.

—¿Sabe en qué dirección suele ir?

—Yo diría que habrá ido al prado. Es donde va siempre. —Strafford notó que estaba deseando saber a qué se debía ese súbito interés por el hijo de la casa—. Doble a la derecha, pase la puerta de la cerca y siga el sendero.

—Gracias —dijo. Notó un olorcillo a pavo asado—. ¡Ah! Y, a propósito, feliz Navidad.

Cogió prestadas las botas de agua y el abrigo negro que había llevado el día anterior y salió a la mañana reluciente y sin viento. El aire estaba limpio y cortante por el frío e hirió sus pulmones como el filo de un cuchillo. En el silencio oyó con total claridad el crujido de una rama cargada de nieve al romperse en el bosque a lo lejos.

Pasada la puerta de la cerca, el sendero descendía en curva por una pendiente cubierta de nieve. Había hielo y tuvo que ir con cuidado, a pasos cortos y extendiendo los brazos a los lados para estabilizarse como un equilibrista. Al llegar al pie de la cuesta el camino se hizo más accesible. Un cuervo posado en una rama se inclinó, alargó el cuello y le graznó enfadado, haciendo ruido con el pico. La nieve de la pendiente estaba llena de huellas de animales; el coronel Osborne le había contado que ese año los zorros eran una plaga.

Eso debía de ser el prado, cubierto de nieve. Descubrió un petirrojo en una valla; su talismán, su viejo conocido.

Antes de ver al perro oyó su fuerte ladrido. Luego le vio corriendo con la cabeza baja, olisqueando el seto. Strafford se detuvo al pie de un viejo olmo sin hojas y esperó. Cuando Dominic Osborne lo vio, se detuvo también. Llevaba el abrigo de cuadros, el gorro tirolés con la pluma en el ala y un cayado de pastor en la mano. Los dos hombres, separados por unos veinte metros de distancia, se miraron en el aire tenso y despejado. El perro también vio a Strafford y frenó y le miró con el hocico tembloroso. Por un momento, los tres, los dos hombres y el perro, parecieron sacados de una estampa, luego Dominic Osborne se adelantó.

—Hola —dijo—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Le estaba buscando.

El perro olisqueó cansado, con delicadeza, las botas de Strafford.

—¿A mí? —preguntó el joven—. ¿Por qué?

—Va siendo hora de que hablemos.

Osborne se quedó pensando, luego dirigió la vista al cielo con los ojos entornados.

—Hace un día precioso —dijo.

—Sí.

—¿Va a volver a la casa?

—Daré un paseo con usted.

Osborne asintió con la cabeza. Seguía con la vista perdida a lo lejos. El perro los miró y soltó un gañido de impaciencia.

—¿De qué quiere hablar conmigo? —preguntó Osborne, dando golpecitos con la punta del cayado en el suelo helado.

—Continuemos andando, ¿le parece? —dijo Strafford.

—Primero dígame lo que tenga que decir.

El perro soltó otro gañido y se sentó enfurruñado. Strafford movió los hombros bajo el peso del abrigo prestado; aún estaba un poco húmedo de la nieve del día anterior.

—Tengo los pies fríos —dijo—. Creo que deberíamos seguir.

Osborne se encogió de hombros y el perro se puso en pie de un salto con la lengua colgante y sonrosada.

Anduvieron a lo largo del prado.

—¿Ha sabido algo de su colega, como se llame? —preguntó el joven.

—¿De Jenkins? No, no hay novedades.

—Es muy raro que haya desaparecido así. ¿Cree que le ha pasado algo?

Strafford no estaba prestando atención. Caminó en silencio un rato antes de hablar.

—Sé lo del hotel Shelbourne —dijo, sin apartar la vista del sendero nevado que tenía delante. Los pasos de Osborne no vacilaron, pero su rostro se vació de sangre; por un momento, dio la impresión de que fuese a echarse a llorar—. ¿Quiere contármelo? —preguntó Strafford.

—Pensaba que había dicho que lo sabía.

—Y lo sé —mintió Strafford—, pero me gustaría oír su versión.

Un conejo surgió de detrás de unas zarzas en el borde del camino, vio acercarse al trío, dio media vuelta y se metió en los arbustos mostrándoles la mancha blanca de la cola. El perro salió disparado tras él.

Al cabo de unos pasos, Osborne se paró y se volvió hacia el inspector.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con suspicacia.

—Me hicieron llegar una nota anónima —dijo Strafford, deteniéndose a su vez y

volviéndose para mirar a la cara al joven—. No daba detalles.

—Lettie —exclamó Osborne, clavando el cayado en el suelo con rabia.

—Ya le he dicho que la nota era anónima. Además, ¿cómo iba su hermana a saber lo del Shelbourne?

—Porque yo se lo conté —se rio con amargura—. Eso me enseñará a no confiar en esa zorra.

El perro regresó de su inútil persecución. Se plantó entre los dos hombres mirándoles inquieto y confundido.

—Cuénteme lo que pasó —dijo Strafford.

Anduvieron con el perro correteando por delante. Desde allí se veía la casa, el sol brillaba en la antena de una radio que asomaba por detrás de una de las chimeneas.

—Fue la noche del baile de fin de curso —dijo Dominic Osborne—. Unos cuantos quedamos en vernos antes en el Shelbourne. Estábamos en el bar Horseshoe. —Se interrumpió y Strafford le oyó tragar saliva. A cada paso clavaba el cayado en el suelo. No miró a Strafford a los ojos—. Al principio no lo vi. Estaba sentado a una de las mesas del rincón, lejos de la luz. Incluso después no lo reconocí, supongo que nunca lo había visto con un traje de paisano, y tampoco llevaba el alzacuellos. Luego me miró a los ojos, sonrió y se llevó un dedo a los labios para dar a entender que no hacía falta que le saludara, puesto que estaba con mis amigos. Pero yo ya había bebido unas copas y me acerqué a decirle hola. Recuerdo con exactitud lo que me dijo: «¡Míranos, disfrazados los dos!». Quería decir que él llevaba un traje y yo un frac. No sé por qué se alojaba en el hotel. Dijo que si después me apetecía tomar una última copa probablemente estaría en el bar y que si no podía preguntar por él en recepción. Tal como había observado, era raro, los dos allí con nuestros respectivos disfraces. Me hizo sentir, no sé, sofisticado, y... —Se encogió de hombros—, no sé.

Habían llegado a la pendiente de debajo de la puerta de la cerca. Se detuvieron, Osborne miró hacia la casa, frunció el ceño y se mordisqueó el labio, y Strafford le miró a él.

—Así que volvió usted al Shelbourne después del baile —dijo Strafford—. ¿Qué pasó?

—Lo encontré en la misma mesa; me dio la impresión de que llevaba allí toda la noche. Tomamos una copa. No me preguntó qué quería beber, pidió dos copas de *brandy* y las llevó a la mesa. Supongo que yo ya estaba un poco borracho. Era muy... muy romántico, ¿entiende? Quiero decir romántico como en una novela, o en una película, yo con mi pajarita y mi frac, bebiendo *brandy* en el Shelbourne a medianoche. Me dio un cigarrillo: Passing Cloud, ¿conoce la marca? Son ovalados; nunca había visto un cigarrillo ovalado. Me sentí, no sé, como David Niven o Cary Grant, uno de esos actores. —Soltó una risa breve—. Sí, era un actor. Como le digo, estaba un poco borracho. Luego insistió en que tomara otro *brandy* con él. La cabeza me daba vueltas.

Habían llegado a la puerta de la cerca, Osborne estaba a punto de abrirla, pero

Strafford le puso una mano en el brazo.

—Volvamos por donde hemos venido. El sol calienta un poco, no nos congelaremos —dijo.

El joven, con el rostro lívido, parecía al mismo tiempo emocionado y desdichado y seguía moviendo el cayado y mordisqueándose el labio. Era como si se hubiese olvidado de la presencia de Strafford; volvía a estar allí, en el bar Horseshoe, con frac y pajarita negra, bebiendo *brandy* y fumando cigarrillos ovalados, como un auténtico hombre de mundo.

Strafford tuvo una rara sensación de desánimo. Lo único en lo que no había pensado era en el joven y el cura, pero qué evidente resultaba ahora que se lo había dicho. Podía verlo, imaginarlo, oírlo. «Estás mareado, ¿eh? Sube a mi cuarto y tumbate un rato. ¡Upa! No te caigas... o nos echarán. Cógete del brazo, yo te sostendré. Estoy en el primer piso. Ya hemos llegado. ¿Por qué no te quitas la pajarita? Bebe un poco de agua, te aclarará la cabeza. Eso es, tumbate aquí. Quítate los zapatos, estarás más cómodo. ¡Oh, te arde la frente! Cierra los ojos; descansa. Tengo que decir que yo tampoco estoy muy bien, creo que me acostaré un minuto a tu lado. Deja que te toque otra vez la frente... ¡Ah, estás ardiendo!».

Volvieron por el sendero en pendiente. El perro siguió a su lado, mirándoles con curiosidad, extrañado de que estuviesen desandando el camino.

Ahí estaba otra vez el petirrojo, con el ojillo brillante como una cuenta de vidrio.

—¿Estaba con usted el martes por la noche? —preguntó Strafford, casi con displicencia.

—¿Qué? —El joven se detuvo y le miró, parpadeando; otra vez tenía ese aspecto trémulo e hinchado, como un niño a punto de romper a llorar. Bajó la cabeza—. Sí —susurró—. Sí, estaba conmigo.

—¿Había estado otras veces en su cuarto?

—Sí.

Siguieron andando.

—Siempre pareció muy inocente, en cierto sentido —dijo el joven—. Como esos juegos a los que jugábamos de niños, a médicos, a mamás y papás, ya me entiende. Y sentía la misma excitación tonta, la misma sensación de estar haciendo algo prohibido. Y era cierto que jugábamos. Él se vestía de cura y yo era el monaguillo, o un niño recibiendo la comunión, siempre tenía que fingir que era joven. Y nunca fueron más que las manos, sus manos, mis manos, a veces la boca. Yo no le dejaba hacer nada más, aunque él sí quería. Pero era considerado; nunca se quejó. Decía que no podía estar mal si había amor, que Dios mismo era amor... Nunca le prestaba mucha atención cuando empezaba con esa monserga de Dios, el amor y el perdón. Creo que intentaba convencerse a sí mismo, no a mí, de que no estábamos haciendo nada malo. «¡Oh, no eres más que un crío!», decía, «mi niño». Pero yo no era ningún niño, aunque él quisiera que lo fuese; sabía lo que estábamos haciendo y no me importaba. —Hizo una pausa—. No imagina el alivio que es oírme a mí mismo

diciendo todo esto en voz alta. ¿Sabe a lo que me refiero?

Habían llegado al olmo desnudo al lado del que se habían parado antes, y volvieron a detenerse. El perro corrió en círculos a su alrededor, gimiendo de impaciencia.

—Tuvo usted que oír algo esa noche —dijo Strafford—. Tuvo que oírle usted gritar.

—No, la verdad. Estaba dormido... Siempre se quedaba hasta que me dormía. «Necesitas a alguien que te cuide», decía. Además, mi cuarto está al otro extremo del pasillo.

Guardaron silencio. Strafford miró con fijeza a los ojos del joven.

—¿Sabe quién lo hizo, Dominic? ¿Sabe quién lo mató?

—No, no. No lo sé. ¿Y usted?

Strafford apartó la mirada y frunció el ceño.

—Sí, creo que sí.

—Pero no va a decírmelo.

—No.

Dieron media vuelta y regresaron hacia la casa, cada cual absorto en sus propios pensamientos. Al llegar a la puerta de la cerca, el joven dijo:

—¿Puedo decirle algo? No lamento que haya muerto. Es horrible, ¿verdad? Pero no, no lo lamento. Es como ser adicto a alguna cosa, despertar una mañana, ver que alguien se ha llevado la droga o lo que sea y que la necesidad ha desaparecido. —Abrió la puerta, pasaron y empezaron a subir por la pendiente—. ¿Significa esto que tendré que hablar con otras personas, otros detectives, en fin, con la policía?

—Si hay juicio, sí, creo que tendrá que testificar.

—¿No podría... no podría no decir nada y ya está? Mi padre...

Llegaron a lo alto de la cuesta y se detuvieron. Oyeron, a lo lejos, el teléfono, que sonaba débilmente en el interior de la casa.

—Intentaré protegerle como mejor pueda —dijo Strafford—. No puedo prometerle más.

El joven asintió con la cabeza.

—Voy a dejar la medicina —dijo—. Acabo de decidirlo, justo ahora. No estoy hecho para esa vida.

—¿Y qué hará?

—No lo sé. Me gustaría viajar. Tengo un poco de dinero, de mi madre. Quiero ver Grecia, las islas. A lo mejor acabo viviendo en una isla, después de todo. —Bajó la vista y apartó la nieve con la puntera del zapato—. Estará usted asqueado, ¿no?

—¿Por lo que me ha contado? No. Mi trabajo no incluye tener sentimientos.

Osborne le miró implorante.

—¿Seguro que no puede..., ya me entiende, callarse sin más? Si sabe quién lo mató, ¿de qué servirá que salga a la luz lo que le he contado?

La señora Duffy apareció en los escalones de delante de la puerta.

—¡Inspector! —gritó—. ¡Corra! ¡Le llaman por teléfono!

—Disculpe —dijo secamente Strafford, dio varias zancadas sobre la gravilla cubierta de nieve y siguió al ama de llaves hasta el vestíbulo. Ella apartó la cortina negra de terciopelo y le pasó el auricular.

—¿Hola?, al habla Strafford.

—Se trata de su hombre, Jenkins —dijo el sargento Radford—. Lo han encontrado. Lo siento.

—¿Dónde?

—En Raven Point.

Cuando Radford colgó, Strafford intentó llamar a Hackett, primero a Pearse Street, aunque sin éxito, y luego a su casa, pero el teléfono comunicaba; lo más probable era que lo hubieran dejado descolgado, al fin y al cabo era Navidad. Telefoneó al sargento de guardia en Pearse Street y le pidió que enviara a un motorista a la residencia de Hackett para informarle de la muerte de Jenkins.

El coronel Osborne había vuelto de la iglesia y le ofreció una copa a Strafford. Fue una de esas ocasiones cada vez más frecuentes en las que Strafford habría querido que le gustase beber; también le habría gustado fumar un cigarrillo, como hacía la gente en las películas. Tenía el cerebro embotado.

—¡Otra muerte! —exclamó el coronel, moviendo la cabeza—. Ya le dije que debería detener a esos quincalleros de Murrintown. ¿No le he visto a usted antes con Dominic? Lettie, claro, aún no se ha levantado. Y por poco no ha coincidido usted con Hafner. ¡Qué pundonor profesional el de ese hombre! ¿Cuántos médicos conoce dispuestos a hacer una visita a domicilio el día de Navidad? Quédese a comer. Hay pavo con jamón y guarnición. En Navidad, la señora Duffy tira la casa por la ventana.

Strafford puso el coche en marcha y llegó a la Gavilla de Cebada a mediodía. También allí olía a pavo.

—Joe me ha contado lo sucedido —dijo la señora Reck—. ¡Y además en nuestra furgoneta!

Su marido, dijo, había ido a Raven Point. Había cogido el coche de ella y se había llevado a Matty Moran con él.

—Pobre Joe, está muy disgustado. Se siente culpable por no haber denunciado la desaparición de la furgoneta.

—No pasa nada —respondió Strafford—. Ayer la vi por la carretera.

—¿La furgoneta?

No respondió. Subió a su cuarto y se tumbó en la cama. Hacía frío y no se quitó el abrigo prestado; estaba empezando a secarse. Tenía que acordarse de devolverlo, pero ahora se alegraba de tenerlo. Y en Raven Point haría frío.

La cama olía a Peggy. Se dio la vuelta y se puso la mano debajo de la mejilla. Por

la ventana se colaba una cuña de fría luz del sol. Él no era el responsable de Jenkins, Jenkins tendría que haber sabido cuidar de sí mismo. Pero aun así...

Le había pedido a Radford, que estaba en Raven Point, que fuese a recogerle a la Gavilla; ahora lo único que podía hacer era esperar. Apretó la cara contra la almohada y aspiró el olor de Peggy. Algo duro se le clavó en las costillas: era una perla. En Mongolia juegan a las tabas. ¿O era en el Tíbet?

Radford llegó en el Wolseley. No tenía mejor aspecto que el día anterior. Los párpados estaban hinchados y el blanco de los ojos era de un amarillo hepático y enrojecido. Le puso una mano en el hombro a Strafford.

—Lo siento —dijo.

Strafford asintió y forzó una sonrisa; le habría gustado sentir algo, un poco de lástima, dolor, arrepentimiento. Pero no sentía nada.

Radford lo llevó en su carraca de coche a una velocidad imprudente por carreteras que brillaban por la escarcha, pero aun así tardaron más de una hora en llegar a Raven Point. Dejaron la carretera de Wexford en un cruce cerca de un pueblecito y siguieron por tierras de aluvión. Un terreno llano y anodino, con marismas heladas y estanques bordeados de juncos secos. Los zarapitos salían volando del brezo con su grito sentido y desolado. El sol parecía haberse encogido, una moneda de oro plana clavada en el cielo.

Vieron la ambulancia y el coche patrulla desde muy lejos. También había un par de guardias, uno de ellos era el hombre con quien Strafford había discutido en el cuartel de Ballyglass. ¿Cómo se llamaba? Stenson, sí. El otro era un tipo rubio, estólido y grandullón que se quedó en un extremo y no dijo nada. Reck y Matty Moran habían estado allí y se habían ido. La furgoneta de Reck estaba ladeada a un lado del camino con una rueda en la zanja de la cuneta. El sargento Radford detuvo el coche y Strafford y él se quedaron un momento inmóviles observando a través del parabrisas. Los dos guardias y el conductor de la ambulancia se volvieron para mirarles.

—La furgoneta la encontraron Dan Fenton y su hijo —dijo Radford—. Habían salido de madrugada a cazar patos.

—¿Dónde está Jenkins?

—En la parte de atrás.

Strafford suspiró.

—Vamos, será mejor que eche un vistazo.

Salieron del coche. Uno de los guardias, el que no era Stenson, le saludó. El conductor de la ambulancia estaba sentado en el estribo del vehículo fumando un cigarrillo. Daba la impresión de estar helado de frío —todos lo parecían— y cansado.

Radford abrió la portezuela trasera de la furgoneta de Reck. Jenkins yacía de costado hecho un ovillo detrás del asiento del conductor, medio tapado con un saco de yute. Tenía sangre en el pelo.

—Le golpearon en la cabeza —dijo Radford—. Con un martillo o algo parecido.

Tres golpes, tal vez cuatro.

Strafford se plantó con las manos en los bolsillos del abrigo prestado, callado, impasible.

—¿Se sabe algo de Fonsej? —preguntó.

—No —respondió Radford—. A lo mejor volvió andando por el camino.

—O se echó al mar —apuntó Stenson, luego miró al sargento Radford y se ruborizó; estaba pensando en el hijo ahogado de Radford.

Radford no le miró.

—Tápenlo —dijo Strafford. Se volvió hacia el conductor de la ambulancia—. ¿De dónde es usted?

—De Wexford —respondió el conductor. Era un tipo fornido con las cejas negras y pobladas.

—Si se lo lleva usted, tendrá que trasladarlo a Dublín. ¿Es posible?

El conductor miró a Radford, luego a Stenson y negó con la cabeza.

—Me han dicho que le lleve a...

Radford le puso una mano en el hombro a Strafford.

—Deje que le lleve a Wexford y que se quede en la ambulancia hasta que puedan ir a recogerlo.

Strafford se volvió hacia Stenson.

—¿Ha inspeccionado la zona?

—El garda Coffey y yo hicimos una inspección preliminar del interior de la furgoneta —estaba ensayando para cuando tuviese que declarar en el juicio— y encontramos varios objetos, pero ninguno tenía nada que ver con el deceso.

—¿Cómo lo sabe?

Stenson entornó los ojos en dirección a Radford y luego se volvió a Strafford, empezó a decir algo, pero Radford le interrumpió.

—No hay ni rastro del arma —le dijo a Strafford— y tampoco hay mucha sangre. Lo mataron en otra parte.

Strafford asintió con la cabeza. Luego se adelantó y fue a lo largo del sendero. La arena helada crujió bajo sus pies. El camino acababa a los pocos metros y conducía a una playa estrecha de cantos rodados cubierta de basura arrojada por el mar. La línea de la marea estaba orlada de hielo. Estuvo un minuto contemplando el agua gris y sin olas. Oyó a los zarapitos silbando en lo alto. Olía mucho a sal y a yodo. Lo mismo podía haberse hallado en el borde del fin del mundo.

Se dio la vuelta y desanduvo el sendero.

—Vamos —le dijo a Radford.

El viejo coche traqueteó por el camino, los amortiguadores chillaban como si les estuviesen haciendo daño. El hielo en la marisma brillaba iluminado por el sol como si fuese mercurio.

—Aquí es donde encontraron a su hijo, ¿no? —dijo Strafford.

—Sí —respondió Radford mirando a lo lejos—. El mar lo sacó aquí.

—¿Lo conocía Fonsey?

—Supongo que debían de haberse visto en el pueblo, o cuando Larry iba a Ballyglass House.

—¿Larry? Pensaba que me había dicho que no le gustaba que le llamasen así.

—No, pero así es como pienso en él, Dios sabrá por qué. Para mí es Larry.

—¿Qué me dice del cura, también lo conocería su hijo?

Radford esperó un momento antes de contestar. Frotó tenso la palma de las manos contra el volante.

—Ese cura —dijo por fin— era un cáncer. Se tenía merecido lo que le pasó.

Strafford se quedó pensando un instante.

—¿Por qué no le denunció? —preguntó—. Por lo visto, todo el mundo sabía cómo era y lo que hacía.

Radford soltó una risita seca.

—¿Denunciarle a quién? A lo mejor no se ha enterado usted...; no se denuncia a un cura. El clero es intocable. ¿No se lo ha dicho nadie?

—¿Ni siquiera cuando es un cáncer para la comunidad?

Radford suspiró.

—Lo más que habría conseguido —dijo— habría sido que lo trasladaran. Es lo que hace siempre la Iglesia cuando uno de los suyos se mete en líos. Y habría continuado haciendo lo mismo en otra parte.

Strafford se cruzó de brazos y se arrellanó en el asiento.

—¿Cree que lo mató Fonsey?

Radford le miró sorprendido.

—Es lo que parece, ¿no? El tal Jenkins debía de estar siguiéndole.

Strafford asintió despacio con la cabeza. Se volvió y contempló el paisaje que pasaba por la ventanilla.

Llegaron al final del camino, pasaron un badén y continuaron por la carretera pavimentada.

—¿Adónde quiere que le lleve ahora? —preguntó Radford.

—Será mejor echar un vistazo en casa de Fonsey.

No dijeron nada hasta llegar a Ballyglass. Luego Strafford le guio y aparcaron cerca del sitio donde Jeremiah Reck se había parado para ofrecerse a llevarle dos días antes. ¡Dos días!, pensó. ¿De verdad había pasado tan poco tiempo?

Se apearon del coche.

—Es por aquí —dijo Strafford—. Está muy empinado, cuidado donde pisa.

Otra vez había sangre delante de la caravana de Fonsey, pero esta vez no era de conejo. También había un hacha, con sangre y pelo en el lado sin filo.

Strafford alzó la mirada y movió la cabeza.

—¿Quién dijo que habían registrado el bosque?

La puerta de la caravana estaba abierta. Entraron. Strafford, el más alto de los dos, tuvo que agachar la cabeza para pasar. Allí había más sangre, mucha; la sangre de

Jenkins.

—Fonsey debió de atacarle por sorpresa —dijo Strafford—. ¿Habría encontrado algo?

—Tal vez esto. —Radford usó el pañuelo para coger un cuchillo con una hoja muy larga y muy fina de tanto afilarla a lo largo de los años—. Un cuchillo de despellejar —dijo—. Como los que usan los carniceros. —Dejó el cuchillo en la mesa de formica que había sujeta con bisagras a la pared. Luego añadió—: ¡Dios!, ¿qué es eso? —En el suelo, debajo de la mesa, había un vaso de cristal tallado roto, del que asomaba lo que parecía un trozo de carne podrida, amoratada, ennegrecida y púrpura en algunos sitios. Radford se acuclilló y la toqueteó con el cuchillo—. ¡Dios! —repitió en voz aún más baja. Los dos supieron qué era lo que estaban viendo. Radford tomó aliento—. Esto es lo que encontró Jenkins —dijo—, esto y el cuchillo. Y entonces llegó Fonsey. —Se puso en pie con un gruñido y miró la sangre del suelo y de las paredes—. Parece que su caso está resuelto.

—¿Eso cree?

—¿Usted no?

—Supongo que sí. Pero si Fonsey mató al cura, ¿cómo entró en la Casa?

—Se lo preguntaremos cuando lo encontremos.

—Cuando lo encontremos —murmuró Strafford—. Sí. Cuando lo encontremos.

Subieron por la ladera helada, entre los abedules plateados. En algunas partes era tan resbaladiza que tenían que agarrarse a los árboles. Cuando llegaron a la carretera, se detuvieron un momento para recobrar el aliento. Luego Radford se apartó, se inclinó con las manos sobre las rodillas y vomitó. Volvió a incorporarse y se limpió la boca.

—Lo siento —dijo. Carraspeó y aspiró aire profundamente—. ¿Qué quiere hacer ahora? —preguntó.

—Lléveme a la Gavilla de Cebada, por favor. Tengo que telefonar a Dublín.

Llamó a Hackett a su casa y esta vez sí consiguió dar con él. Hablaron de Jenkins; no había mucho que decir.

—Tengo encima a los periodistas —dijo Hackett—. Los he mandado a la mierda. Le aconsejo que haga usted lo mismo.

Luego Strafford le contó lo que el sargento Radford y él habían encontrado en la caravana.

—¡Dios! —gritó con aspereza Hackett—. ¡Acabo de terminar la comida de Navidad! —Hizo una pausa—. El aparejo completo de ese pobre tipo, las pelotas y todo en un vaso de *whisky*. Encontrarlo ha debido de ser un bonito regalo navideño para usted. ¿Qué me dice del joven? ¿Cómo se llama...? Fonsey Walsh. ¿Se sabe algo de él?

—Sospecho que está muerto también.

—Dios, menudo baño de sangre. Voy para allá. Ahora pasará a buscarme un coche patrulla.

—Le veré en Ballyglass House.

—De acuerdo. Y Strafford...

—¿Sí?

—Feliz Navidad.

Al día siguiente, el cadáver de Fonsey apareció arrojado por las olas en la playa de Raven Point. Tenía hielo en el pelo. Los ojos estaban abiertos y los párpados congelados. Strafford pensó en la lechuza que había volado hacia él en la oscuridad y la nieve esa noche en la carretera, en su cara blanca y plana, en las alas extendidas y también en sus ojos.

CODA

VERANO, 1967

Al principio no la reconoció al verla cruzar el vestíbulo del hotel, habían pasado, ¿cuánto?, diez años desde la última vez que la había visto. Llevaba un vestido veraniego de flores que no le favorecía; era demasiado corto, dejaba ver demasiado las piernas. Se había alisado el pelo. Le caía desde la raya muy blanca y muy marcada en el centro, le pendía a ambos lados de la cara —como un par de cortinas, le pareció— y se curvaba en los extremos en lo que, según tenía entendido, se llamaba un *kick*. Las sandalias, de color azul eléctrico brillante y con correas hasta la pantorrilla, eran una versión *kitsch* de la antigua Grecia. Llevaba un bolso de lona muy grande al hombro y unas gafas de sol enormes de montura negra en la cabeza, como estaba de moda. La reconoció por su forma de andar, una versión ligeramente más elegante de los andares desgarbados de su padre.

Su primera reacción fue esconderse detrás de la palmera que había en una maceta al lado de la puerta giratoria. ¿Qué le diría? ¿Qué se dirían? Pero qué ridículo sería si lo viese escondiéndose de ella. Dudó, y luego fue demasiado tarde. Ella lo vio y se detuvo.

Él llevaba más de media hora deambulando por el hotel sin saber dónde instalarse. El bar Horseshoe estaba lleno de políticos ruidosos y el ambiente de refinada melancolía del vestíbulo no era mucho más acogedor. Había reservado una mesa para cenar, pero todavía era pronto y el restaurante estaba vacío, y no se imaginaba sentado allí solo, en mitad de tanta plata, cristal y esos manteles blancos.

Fuera, la tarde veraniega era un derroche de luz dorada y humeante, y oyó a los mirlos silbando en los árboles al otro lado de la carretera, detrás de las rejas negras de hierro de Saint Stephen's Green. El suave encanto de la luz, el apasionado trino de los pájaros, el ajetreo de los huéspedes que entraban y salían y el olor del humo de los puros y el perfume de las mujeres solo servía para deprimirle. Pensó en cancelar la cena y volverse a casa, pero no fue capaz de enfrentarse a la imagen de la vivienda vacía y las sardinas en una tostada. Así que, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se había dedicado a ir y venir, del salón al bar, del bar al restaurante — ¡todavía no había una sola mesa ocupada!— hasta que la vio y se paró en seco.

—Dios mío —dijo ella—, ¡usted!

¿Por qué se sorprendían los dos tanto de verse? Lo sorprendente era que sus caminos no se hubieran cruzado antes; Dublín era una ciudad pequeña.

—¿Cómo está? —preguntó él. No se habían estrechado la mano—. Parece...

—¿Mayor?

—Eso no es lo que iba a decir. La última vez que la vi era usted una niña.

—Sí, supongo que sí, aunque no me sentía muy infantil. ¿Cuántos años hace?

—Diez. Diez años.

—¿Tanto? Madre mía, qué deprisa pasa el tiempo.

Mientras hablaban, ella lo recorrió con la mirada con una leve sonrisa en la comisura de los labios. Notó que todavía le parecía un poco risible; no le importó.

—No ha cambiado usted mucho —dijo ella—. ¿Qué edad tiene ahora?

—¡Oh!, soy muy viejo. Cuarenta y cinco.

—Y yo tengo veintiocho... Sé que es usted demasiado caballeroso para preguntarlo. Mañana me caso.

—¿Ah, sí? Enhorabuena.

—¡Ajá! Invíteme a una copa... ¿Tiene usted tiempo? Podemos brindar por mí y por el feliz novio.

El bar Horseshoe continuaba abarrotado y el salón seguía teniendo aspecto deprimente a pesar del sol de la tarde que se derramaba por los tres ventanales, así que fueron al salón largo y estrecho que daba a la calle Kildare. Había unas pocas mesas ocupadas. Se sentaron en los taburetes de la barra. Ella encendió un cigarrillo —Churchman's, reparó él— y pidió una tónica con ginebra. Él pidió un zumo de tomate con hielo y un chorro de salsa Worcester.

—¿Todavía no bebe?

—No —dijo—. Sigo siendo virgen.

—Bueno, ¿sabe cómo llaman a eso en Nueva York? —dijo señalando con el cigarrillo a su vaso—. Un Virgin Mary. ¿A que es muy inteligente?

—¿Conoce bien Nueva York? —preguntó él.

—No. No he ido nunca. —Levantó la barbilla y exhaló una columna de humo sobre su cabeza—. Por cierto, me he cambiado el nombre.

—¿Ah? ¿Por cuál?

—Laura. Siempre quise llamarme Laura.

—O sea..., que se acabó Lettie.

—Eso es. Lettie ya no existe.

Volvió a cruzar las piernas y golpeó el cigarrillo contra el borde de un grueso cenicero de cristal que el camarero había dejado delante de ella. Él no lograba acostumbrarse a su pelo liso.

—¿Con quién se casa? —preguntó, dando un sorbo a su Virgin Mary.

—Con uno que se llama Waldron. Jimmy Waldron. Hace siglos que nos conocemos. Una vez me encerró en el cuarto de baño y me metió la mano en las

bragas. Yo no tendría más de diez u once años. Luego, años después, le di un rodillazo en la entrepierna en una fiesta, vomitó en el suelo. Es una base tan sólida para un matrimonio como cualquier otra, ¿no le parece? Aunque él insiste en que no recuerda ninguna de esas dos ocasiones, dice que debo de habérmelo inventado. Los hombres tienen una memoria muy defectuosa, ¿no se ha fijado? —Dio otro golpecito en el cenicero; su lápiz de labios escarlata lo había manchado un poco en un lado—. ¿Y usted? ¿Sigue soltero?

—No, me he casado. Se llama Marguerite. Hace mucho que nos conocemos, como usted y ese tipo. De hecho, estuvimos saliendo varios años, rompimos y luego volvimos a salir. No tenemos hijos, si es que iba a preguntarlo.

—No. Los niños son muy aburridos. Espero que Jimmy no cuente con tenerlos. De lo contrario se va a llevar un buen chasco.

Él dio otro sorbo a su vaso; no le gustaba el sabor del zumo de tomate, pero cuando le ponían hielo podía pasar por una bebida de verdad.

—¿Qué tal van las cosas en casa? —preguntó—. ¿Sigue usted viviendo allí?

—No, tengo un piso aquí. Trabajo en una galería de arte.

—No sabía que le interesase el arte.

—No me interesa. Es solo un trabajo. Por eso me caso, para que Jimmy el manoseador de niñas me libre de eso.

—Veo que está usted muy enamorada.

Ella se encogió de hombros.

—¡Oh!, Jimmy no está mal. A veces me hace reír, sobre todo cuando cree que está siendo muy serio. Tiene una casa bonita en Waterloo Road. Sus padres han muerto y gracias a Dios le han dejado mucho dinero. Ser pobre no encajaría nada conmigo. ¡Vaya, parece que me he terminado la copa! ¿Puedo pedir otra?

Le hizo un gesto al camarero. En el salón alguien había empezado a tocar al piano una empalagosa versión de *Falling in Love Again*.

—Escuche —dijo Trafford—. Es su canción.

—¡Ah, sí, de mi etapa Dietrich! —El camarero le llevó la copa. Ella la removió pensativa con el dedo índice, luego se metió el dedo en la boca y se lo chupó—. Sí, Jimmy no está mal —dijo—. Aunque lo siento por él, tener que aguantarme el resto de su vida. —Le miró con astucia por debajo de las pestañas—. Si es que vive tanto tiempo.

Encendió otro cigarrillo; era el tercero.

—¿Y la familia? —preguntó él—, ¿qué tal están?

—¡Oh!, más o menos igual. Creo que papá está un poco senil, pero ¿cómo saberlo? El Ratón Blanco sigue pasando la mayor parte del tiempo en la cama atendida por el Boche... no sé lo que haría sin sus inyecciones. Pobre Boche, ¿cómo se las habrá arreglado para soportarla todo este tiempo? Supongo que él también necesitará sus inyecciones. —Se quedó un buen rato mirando a Trafford con aire especulativo con la cabeza ladeada—. Pensaba que ella había matado a mi madre,

¿verdad?

Él sonrió.

—La posibilidad se me pasó por la cabeza.

—Supongo que el trabajo de un detective es sospechar de todo y de todos. Y ¿quién sabe si no tendría razón? Tal vez la señorita Ratón Blanco le diese un empujoncito a mami. Yo no lo descartaría, aunque no creo que tuviese valor. —Strafford fue a decir algo, pero ella le interrumpió dándole unos golpecitos en el dorso de la mano—. Pero oiga —dijo—, no creerá lo que ha hecho Dom-Dom. ¡Se ha convertido! Sí, se ha hecho católico. Y... espere a oírlo... ¡Ahora es cura! ¿Qué le parece?

A Strafford le sorprendió no sorprenderse. Había cierta simetría en eso.

—¿Dónde...? No estoy seguro de cuál es la palabra. ¿Practica? ¿Oficia?

—Está en uno de esos colegios espantosos en Connemara, cuidando del alma de una banda de delincuentes juveniles. Tengo que decir que era lo último que me esperaba de él. —Miró su copa y su voz se volvió inexpresiva—. Claro que él y el cura estuvieron muy unidos una temporada.

—Sí, como Laurence Radford —dijo Strafford, observándola; se había quedado inmóvil, y volvió a meter el dedo en el vaso y a remover dando vueltas y vueltas lo que quedaba de la bebida.

—¿Por qué le pondrán limón? —dijo—. Antes tomaba la ginebra sola. Siempre llevaba una petaca de Gordon's en el bolsillo. —Le miró de reojo—. En esos días era una chica mala.

—El hijo de los Radford —insistió Strafford—, su padre me contó que a usted le gustaba.

Ella levantó la copa y la apuró inclinando la cabeza hacia atrás.

—Estaba enamorada de él —dijo sin más—. ¿Se puede estar enamorada a los... qué edad tenía? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? Parecía amor. Pero, claro, estaba perdiendo el tiempo. No sabía nada. No tenía ni idea del cura y sus enredos. —Hizo una pausa; el cigarrillo que sujetaba entre los dedos tenía varios centímetros de ceniza colgando; no pareció darse cuenta—. Y luego mi Laurence va y se mata..., aunque solo fue mío en mis fantasías de colegiala. Estuve llorando una semana, pobre idiota.

—Dos muertes en un año —dijo Strafford—: su Laurence y luego Fonsey Walsh.

—¡Oh! Fonsey hizo lo que tenía que hacer —dijo—. Pobre animal, lo habría pasado fatal en la cárcel. —Apartó el vaso de pronto—. Oiga, este sitio es espantoso... con toda esta caoba, ¿por qué no salimos y damos un paseo por Saint Stephen's Green? Todavía es pronto. ¿Ha quedado con alguien...? ¿Espera a su mujercita?

—No, está..., no está aquí. —De hecho, Marguerite y él estaban separados, tal vez para siempre, no estaba seguro. Después de todo lo que había pasado, aunque esta vez no había tirado vino a la pared, había descubierto, para su sorpresa, que no le importaba mucho—. Y, usted, ¿ha quedado con su prometido?

—No, hoy tiene la despedida de soltero. Que Dios nos ayude. Se va a quedar en el Kildare Street Club, a la vuelta de la esquina... Que Dios les ayude.

Bajó del taburete, se puso el bolso al hombro; salieron a la luz del sol, cruzaron la calle y pasaron por la puerta de la esquina de Saint Stephen's Green. Todavía hacía calor. Había parejitas de enamorados en la hierba; en el estanque un niño pequeño y su madre estaban echándoles cortezas de pan a los patos; un vagabundo estaba tendido cuan largo era en un banco, profundamente dormido. El cielo por encima de los árboles se había puesto de color índigo. Rodearon los lechos de flores. La gente estaba sentada en el pretil de granito de la fuente, otros estaban tumbados en hamacas con aire aturdido. Un hombre en mangas de camisa y tirantes llevaba en la cabeza un pañuelo anudado por las puntas para protegerse la calva del sol.

—¿Todavía es usted policía? —preguntó Lettie. Strafford no se la imaginaba como Laura.

—Sí... por poco. —Ella le miró inquisitiva—. Filtré la historia a un periódico inglés —dijo.

—Lo sé. Al *Sunday Express*, ¿no? Papá se llevó una gran decepción con usted —imitó la voz de su padre—: «¡Maldito tipo, pensé que era de fiar y luego mira lo que hace!».

Strafford sonrió.

—El arzobispo también se llevó una decepción —dijo—. Quería que me trasladaran a las islas Aran o a cualquier otro sitio igual de animado.

—¿Y qué pasó?

—Mi jefe se plantó y aquí sigo. —Se apartó con cuatro dedos muy rígidos un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—Usted me gustaba, ¿sabe? —dijo Lettie—. Aunque, claro, sabía que no tenía nada que hacer, estaba usted demasiado ocupado suspirando por el Ratón Blanco.

Una niña pálida pasó corriendo con un aro y un niño más pequeño, llorando detrás.

—¿Estaba usted cuando encontraron a Fonseca? —preguntó Lettie.

—No.

—¿Por qué mató a ese policía? ¿Cómo se llamaba?

—Jenkins.

—Eso es. —Se habían detenido y ella observaba el agua en la fuente—. ¿Por qué le mató Fonseca?

—Usted lo sabe —respondió Strafford.

—¿Ah, sí? —Siguió apartando la vista—. Mire todos esos arco iris en miniatura que hacen las gotas de agua. —Se volvió hacia él—. ¿Por qué iba a saberlo? —preguntó.

—Porque usted sabe todo lo que pasó. ¿No es así?

Ella le aguantó la mirada un momento, luego se volvió de pronto y continuó andando. Él la observó marcharse y luego la siguió.

El quiosco de música estaba un poco más adelante. En dos o tres pasos él la alcanzó. Se había quitado el bolso de lona del hombro e iba balanceándolo a su lado.

—Todo el mundo dijo que se lo tenía merecido —afirmó.

—¿El cura?

—¡Pues claro que el puñetero cura! ¿De quién cree que estaba hablando? ¿De Fonsey? —Movi6 la cabeza—. El muy idiota de papá era el único que se dejaba engañar por él con su cháchara de caballos, la caza y demás. —Balanceó el bolso con más fuerza—. ¿Sabe que fue el cura quien empujó a Laurence Radford al suicidio? ¿Lo sabía?

—Me lo imaginé.

—¡Ah, se lo imaginó! —dijo con amargo sarcasmo—. No sabía usted mucho, ¿verdad?, todo eran suposiciones, la mayoría equivocadas.

—Sí, tiene razón, lo entendí todo mal. Cuando lo recuerdo, me veo como un espectador en un teatro viendo una obra y sin entender el argumento.

Ella se detuvo de pronto en el sendero y se volvió hacia él.

—¿Qué haría —preguntó— si descubriese quién lo mató en realidad? Y sabe muy bien que no fue Fonsey, ¿verdad? Fonsey lo castró de ese modo tan horrible y encendió una vela al lado de su cabeza. Dios sabrá por qué, pero no lo mató.

Le miró con intensidad, sin moverse ni parpadear.

—Entonces ¿quién fue, Lettie? ¿Va a decírmelo usted?

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Qué haría si supiera la verdad?

—¿Cree que no la sé? —Ella no dijo nada, solo siguió mirándole sin parpadear. Strafford suspiró y apartó la vista para contemplar las copas de los árboles. La luna llena, transparente como si fuese de papel de seda, pendía en un ángulo extraño sobre la punta de un campanario lejano, como una veleta—. No sé qué haría —respondió—. Probablemente, nada. —Se volvió otra vez hacia ella—. ¿Cómo entró en la casa Fonsey? Nunca he dejado de preguntármelo. ¿Tenía una llave o le dejaron pasar? ¿Usted qué cree, Lettie?

—Ya le he dicho que ahora me llamo Laura —dijo ella con frialdad.

—Muy bien, Laura: ¿bajó alguien las escaleras, le dejó pasar y subió con él a esperar que el padre Tom saliera de... de donde quiera que estuviese?

Ella se volvió y siguió andando.

—¿Qué más da? —dijo sin girarse.

Una vez más él la siguió y la alcanzó.

—Sabía usted lo de Dominic, ¿verdad? —dijo—. Sabía lo de él y el padre Tom.

—Deje de llamarle así... ¡el padre Tom! ¿Sabía que él mismo inventó ese nombre? «¡Llámeme Tom, por Dios!», decía con esa voz tan tonante, sonriendo y dándole palmaditas a la gente en la espalda. Me alegro de que haya muerto. Me alegro de... —se interrumpió.

—¿Qué se alegra de haber hecho, Lettie? Perdón, Laura. —Le puso una mano en el hombro—. Cuéntemelo —dijo en voz baja, casi con un susurro—. Cuéntemelo. Sé

que tiene razón, sé que Fonsey no le mató. A lo mejor tenía la intención, pero le faltó valor. No le gustaba matar, al menos a sangre fría. Cuéntemelo.

Ella le miró la mano.

—¡Ah! ¿Es que va a detenerme? —Alzó la vista y le sonrió—. ¿Qué quiere que le diga que no sepa usted ya?

—Podría decirme cómo puede una persona dormir por las noches, una persona, por ejemplo, que le quitase el cuchillo a Fonsey, corriera detrás del padre Tom, se lo clavase en el cuello y lo dejase bajar dando tumbos por la escalera hasta la biblioteca, caer al suelo y desangrarse hasta morir. ¿Podría usted dormir, Lettie..., o Laura, si matase así a un hombre, por mucho que mereciera morir?

Ella abrió mucho los ojos y se apartó un poco sin dejar de sonreír.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? —preguntó con una risita frívola—. Recordará que en aquellos tiempos dormía como un tronco. Y ahora también.

Luego se echó otra vez el bolso al hombro, se volvió y fue en dirección al hotel. Él la observó hasta que cruzó el curvo puentecillo sobre el estanque de los patos y desapareció entre las sombras al otro lado, bajo los árboles.



BENJAMIN BLACK (Wexford, Irlanda, 1945). Es el seudónimo de **John Banville**. Banville ha trabajado como editor en *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El intocable*, *Los infinitos* y la *Trilogía Cleave*, ciclo que incluye *Eclipse* (Alfaguara, 2014), *Imposturas* y *Antigua luz* (Alfaguara, 2012), uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies, y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013) y ahora *Órdenes sagradas*—, y *La rubia de ojos negros*, en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas».

Notas

[1] *Lawless* puede traducirse por «sin ley». (N. del T.) <<

[2] *Effing* es una forma eufemística de *fucking*, es decir, algo parecido a «la montaña de los cojones». (N. del T.) <<

[3] Con ese apelativo se llama a veces en inglés a los niños pelirrojos. (*N. del T.*) <<